An Agent Victoria Heslin Thriller

CUANDO NOS ENCUENTREN



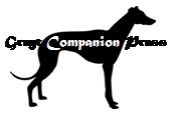
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

JENIFER RUFF

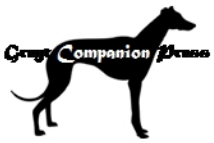
CUANDO NOS ENCUENTREN

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN 3

JENIFER RUFF



Greyt Companion Press



© 2019, 2026 Jenifer Ruff. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción al español: Greyt Companion Press

Diseño de cubierta: Dissect Designs and Jenifer Ruff

Publicado por Greyt Companion Press

contents

Otros libros de Jenifer Ruff en español
LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN
1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11

12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
JENIFER RUFF
Otros libros de Jenifer Ruff en español

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE

LAS INVESTIGACIONES DE VICTORIA HESLIN

Cuando nos encuentren es el tercer libro de la galardonada serie Las investigaciones de Victoria Heslin, de la autora superventas del USA TODAY Jenifer Ruff.

CAPÍTULO 1

En el aeropuerto de Dulles, Ned Patterson se quedó mirando el billete de primera clase en su móvil. —Es mi primer viaje en la parte delantera. Me siento afortunado.

Victoria Heslin se guardó el abrigo y la bufanda bajo el brazo mientras se detenían ante el mostrador de Skyline Airline. —He usado millas para las mejoras. No te emociones demasiado. No es para tanto.

—Vale, pero no me lo tengas en cuenta si le saco el máximo partido. —Esbozó una sonrisa y se hizo a un lado para dejar pasar a una familia. Pasaron a toda prisa, con los padres marcando un ritmo ágil y todos con el pelo chorreando por la lluvia. El más pequeño de los niños se quedó atrás, mirando a su alrededor y cantando Rudolph the Red-Nosed Reindeer, hasta que su hermano le dio un toque en el hombro y le dijo: —¡Para ya! ¡Ya he oído bastante!

Victoria no pudo evitar reírse. —Qué mono —dijo, volviéndose hacia Ned. —Escucha, tengo que pasar por un control de seguridad aparte. Nos vemos dentro.

—Hasta ahora. —Ned se despidió con la mano y se alejó.

La representante de Skyline llamó a Victoria. Ella se acercó al mostrador y subió su maleta a la báscula. Todo lo que había dentro se quedaría en la Abigail Heslin Rescue Foundation en España. Todos los objetos personales de Victoria para la semana estaban en su mochila y en una pequeña maleta de mano. Dejó sus credenciales y su número del sistema nacional de telecomunicaciones de las fuerzas del orden sobre el mostrador. —Hola —le dijo a la representante—. Vuelo armada.

Treinta minutos después, la estatura de Ned era fácil de distinguir al salir de la cola de seguridad. Su físico atlético contrastaba con el hombre encorvado que iba tras él, que llevaba un suministro de oxígeno portátil y tubos en la nariz. El sudor perlaba la frente del hombre. Si no fuera evidente que estaba enfermo, la TSA podría haberlo sacado de la cola para interrogarlo. Era el protocolo. Cualquiera que pareciera inusualmente nervioso o preocupado resultaba sospechoso.

Victoria esperó a que Ned se atara las zapatillas de deporte para poder dirigirse a su terminal. Cruzaron la zona de restauración y se subieron a una cinta transportadora.

—Quiero coger un café. Llevo días antojada de una de esas bebidas navideñas —dijo ella cuando terminó la cinta—. ¿Quieres algo?

—Claro. —Dirigiéndose a la cafetería, sacó la cartera.

—Ni hablar. Te estoy arrastrando hasta Europa para que dones tus habilidades veterinarias. Al menos deja que alivie mi culpa invitándote a un café.

—No te sientas culpable. Me alegra mucho poder ayudar. Tengo muchas ganas de ver el refugio. —Ned se cambió la mochila al otro hombro—. No quiero que esto sea raro. Y ya es un poco raro siendo que eres mi jefa y...

Victoria sintió que se sonrojaba. Los recuerdos recientes de un apasionado beso con él cruzaron por su mente. Su relación estaba evolucionando lentamente hacia algo más que un acuerdo laboral. —Yo tampoco quiero que sea raro. —Se detuvo frente a la cafetería—. No insistiré en pagarte el café, si es que quieres uno, pero yo cubro el transporte, la comida y el alojamiento. Sin discusiones. Cuando

me invites a ver uno de tus eventos de ironman, tú pagas la cuenta. ¿Vale? No va a ser raro si decidimos que no lo sea.

—Sí, jefa. —Le hizo un saludo militar y centró su atención en la lista de bebidas de los carteles que tenían encima—. No sabía que querías verme hacer un ironman. —Sonrió de oreja a oreja—. Haré los preparativos antes de que cambies de opinión.

Una vez que tuvieron sus bebidas, Victoria sacó una pastilla de un envase y se la tragó con un sorbo de su latte.

Ned la miró.

—Es para prevenir el mal de altura.

Él puso una mueca. —¿En el avión?

—Lo sé. Lo sé. No sirve de nada. Pero me tomo una de todas formas. Solíamos ir a esquiar a menudo cuando mi madre vivía. Fue entonces cuando empecé. Quizá ahora es solo superstición. Siempre me tomo una de estas pastillas antes de volar.

Bebidas en mano, se dirigieron a su puerta. Para cuando terminaron sus vasos, un empleado de la aerolínea anunció el embarque de primera clase.

Sus asientos estaban en la fila tres, en el lado izquierdo. Como siempre, Victoria anotó el número de filas desde su asiento hasta las salidas de emergencia más cercanas.

Ned la miró fijamente. —¿Estás contando las filas?

—En el improbable caso de tener que gatear hacia una salida a oscuras, me gustaría saber exactamente a dónde voy.

—Ya veo. —Él sonrió con sorna—. ¿Fuiste capitana de las Girl Scouts por casualidad?

—¿Qué? No te burles de mí. —Le dio un golpecito en el hombro—. Es una costumbre. Y de las buenas. —Al llegar a su fila, se detuvo—. ¿Quieres este asiento?

—No tengo preferencia. El del pasillo está bien.

Una vez sentados, Victoria estudió a sus compañeros de viaje. Como perfiladora, no podía evitarlo.

Un hombre con cara de bulldog y pelo oscuro y tupido con patillas apareció tras Ned. Una cicatriz en relieve le recorría desde la sien hasta la mandíbula y otra más corta y desvaída le cruzaba la mejilla. Su cuerpo robusto se veía hinchado bajo su traje de aspecto caro,

como si comiera y bebiera todo lo que le apetecía. Mientras el hombre ponía su abrigo en el compartimento superior, golpeó a Ned en la espalda con el codo, pero no se disculpó. Se dejó caer en el asiento de enfrente e inmediatamente llamó a la azafata para pedir un combinado, revelando un acento de Nueva York.

Tipo duro y egocéntrico, piensa primero en sí mismo.

Delante de Victoria, visible entre los asientos, una mujer elegante de unos cincuenta y tantos o sesenta años pasaba los dedos por un rosario. Su cabello oscuro estaba perfectamente peinado en un moño impecable, ni un pelo fuera de su sitio. Una hilera sencilla de perlas pequeñas complementaba un jersey de cachemira azul empolvado. Inclinó la cabeza y cerró los ojos.

Muy religiosa, o simplemente le tiene mucho miedo a volar.

Un adolescente de aspecto deportivo subió a bordo con auriculares inalámbricos, botas Bean y una camiseta bajo un gran abrigo de invierno. Tenía el pelo castaño rojizo, un poco levantado por delante, claramente a propósito. Absorto en lo que fuera que estuviera escuchando, echó un vistazo rápido al número encima de su asiento y se dejó caer en diagonal a ellos.

Típico adolescente privilegiado. Tan acostumbrado a volar que no le da importancia. Espero no haber tenido yo esa pinta de joven. Pero recordó que se pasaba la mayor parte del tiempo con la nariz metida en un libro abierto. A su familia y amigos les gustaba recordárselo. Puede que su hábito fuera lo mismo que el de este chico con sus auriculares.

El hombre con el suministro de oxígeno portátil de la cola de seguridad avanzó fatigosamente por la sección de primera clase. De cerca, no podía tener mucho más de cincuenta años. Victoria le sonrió. Él desvió la mirada rápidamente y bajó la cabeza.

Normalmente es indicio de que alguien tiene algo que ocultar, pero, por desgracia, puede que simplemente se avergüence de su estado.

A continuación entró en el avión una pareja de pelo cano y hombros empezando a encorvarse, con maletas pequeñas en la mano. Se detuvieron en la fila delante del hombre de la cara con cicatrices. La mujer llevaba un alegre jersey de color amarillo claro.

Su acompañante dejó el bastón a un lado y se quitó el largo abrigo de lana que cubría su jersey y su pajarita.

Ned se desabrochó el cinturón y se levantó de su asiento. —Deje que yo me encargue de eso.

Con un educado «gracias» y sin dudarlo, el hombre se hizo a un lado para que Ned le ayudara. Después de que Ned colocara las maletas arriba, el anciano le entregó su abrigo doblado, su bastón y dos paraguas de golf. Ned los colocó junto al equipaje. La digna mujer le dio una palmadita a Ned en el brazo y murmuró algo sobre que era joven y fuerte. El anciano volvió a darle las gracias antes de sentarse y meter una novela en el bolsillo del asiento.

Acostumbrado a que le sirvan, pero no lo da por sentado.

Una mujer espectacular de ascendencia india, piel oscura y frondosa melena negra se detuvo junto al hombre con cara de bulldog. Sus piernas estaban estiradas hacia delante, impidiendo que nadie pasara.

—Perdone. —Su voz era suave, sofisticada y educada, a juego con su atuendo profesional—. Mi asiento es el que está a su lado.

Un ceño fruncido cruzó el rostro del hombre. Se acarició la profunda cicatriz y la miró fijamente un segundo de más antes de encoger las piernas.

Tres mujeres jóvenes con sudaderas de la Universidad de Virginia subieron riendo y charlando. La mirada de la rubia se demoró en Ned mientras se pasaba los dedos por su larga melena.

Una azafata de veintitantos años le sirvió un gin-tonic al hombre de la mala actitud. Victoria miró la placa de identificación de la mujer. Sarah. Su piel brillaba con un bronceado uniforme. Tenía unos dientes blancos perfectos enmarcados por unos labios rosados y brillantes. Tomó nota de las bebidas del resto, preguntando a Victoria qué quería sin mirarla a los ojos. Algo fuera de la ventana llamó la atención de la azafata. Victoria siguió su mirada. Un carrito de equipaje se acercaba al avión y desapareció de la vista debajo de este.

Victoria tocó el brazo de Ned para llamar su atención. —Creo que una maleta ha estado a punto de quedarse fuera. —Estiró el cuello, preguntándose si sería su maleta con los suministros para el refugio

de perros, pero ya no se veía el carrito. Cuando se volvió hacia el pasillo, Sarah la estaba observando. La azafata forzó una sonrisa rápida y se marchó apresuradamente.

Se oyó un clic en los altavoces. —Buenas noches, les habla su capitán. Bienvenidos a bordo del vuelo 745 con destino a London Heathrow. El tiempo de vuelo será de aproximadamente siete horas y treinta minutos. Se están formando tormentas sobre el Atlántico. Ajustaremos nuestro curso si es necesario, pero nada que altere nuestra hora de llegada. Pónganse cómodos y relájense. Si pueden dormir, estaremos allí antes de que se den cuenta. Auxiliares de vuelo, prepárense para el despegue.

Victoria se acomodó en su asiento para el largo viaje mientras el resto de los pasajeros embarcaba. La mujer con el rosario tosió un par de veces, cubriéndose la boca con el brazo.

—Por favor, coloquen sus asientos en posición vertical. —Sarah paseó por el pasillo y cerró los compartimentos superiores—. Por favor, apaguen todos sus dispositivos móviles.

El hombre robusto del traje caro siguió trabajando en su portátil abierto.

Sarah entrelazó sus manos con la manicura hecha y se inclinó. —Apague su ordenador, señor, por favor.

Con un movimiento rápido, él desvió la pantalla de la vista.

—Voy a necesitar que lo cierre del todo y que guarde su mesa plegable ahora. —Sarah mantuvo una expresión neutral, pero se notaba una creciente tensión en su voz.

—Estoy terminando algo. Lo cerraré antes de que despeguemos.

—Necesito que lo cierre ahora, señor.

Él siguió estudiando su pantalla y aporreando el teclado.

—Señor, por favor, cierre su ordenador.

Casi todo el mundo guardó silencio. Los ojos a lo largo del pasillo se clavaron en el hombre.

—Aún estamos en tierra. No nos movemos. He dicho que lo cerraré cuando termine.

La mujer delante de Victoria estaba ahora en pleno ataque de tos. Sarah se fue y regresó con un agua. —Aquí tiene, señora.

La mujer aceptó el vaso dándole las gracias entre toses.

Sarah volvió junto al hombre del traje. —Señor Lombardo, por favor. —O bien ya le conocía, o había buscado su nombre en el manifiesto de pasajeros.

Ned se inclinó hacia delante, con la mano en la hebilla del cinturón. Justo cuando Victoria deseaba que Ned no se metiera, el hombre gruñó y cerró el portátil de golpe. —Vale. He terminado. Y puedes llamarme Sergei. —Hubo un tono lascivo en su respuesta, por la forma en que recalcó el «puedes».

La mujer india se giró por completo hacia la ventana, dando la espalda a Sergei. Victoria no podía culparla y se alegraba de no tener que sentarse junto a él todo el camino hasta Londres.

—Qué imbécil tan arrogante —susurró Ned.

Victoria respondió en un susurro: —Sé que estabas a punto de decírselo a la cara. Me alegro de que no lo hayas hecho. Tenemos un vuelo largo con él sentado cerca.

Sergei se dio la vuelta. Miró fijamente a Ned.

Oh, mierda. ¿Nos ha oído?

—Eso de apagar nuestros dispositivos móviles —dijo Sergei con desprecio— es porque se supone que interfieren con los sistemas de comunicación del avión. ¿No creéis que, si unos cuantos teléfonos y portátiles pueden estropear las comunicaciones del avión, quizá seamos vulnerables? Quizá todos deberíamos estar un poco preocupados, ¿eh? Solo digo eso.

Victoria asintió sin sonreír, para no dar alas al hombre. Esperaba que Ned hiciera lo mismo.

—Mi consejo —dijo Ned— es que, si quieres cambiar las reglas, no intentes hacerlo mientras estás en el vuelo.

Un auxiliar de vuelo, en su placa ponía Pete, entró en la cabina de primera clase por la parte trasera, acompañado por la guapa rubia de la sudadera de la Universidad de Virginia. Estornudó tres veces seguidas.

—Elige el que quieras —le dijo Pete, señalando las filas de asientos —. Tienes suerte de que no estemos llenos por aquí.

—Muchísimas gracias —dijo la joven con entusiasmo—. En serio, me iba a morir ahí atrás.

—No queremos eso y me alegra que hayamos podido reubicarte. —Pete llamó la atención de la azafata de primera clase en la parte delantera—. Tiene alergia y estaba sentada en la misma fila que el gato de terapia de pelo largo de un pasajero. —La forma en que recalcó *terapia* daba a entender que el término podría estar forzando la realidad.

—Bienvenida a primera clase —dijo Sarah—. ¿Cómo se llama para que pueda actualizar el manifiesto?

—Lizzie Smith. Hm, ¿y mis amigas? —Lizzie se tapó la nariz con el dorso de la mano, se giró hacia un lado y estornudó—. Hay muchos asientos vacíos por aquí. ¿Pueden sentarse conmigo?

—Yo también tengo un asiento libre a mi lado —sugirió el adolescente de los auriculares.

—Lo siento, no. —Sarah retiró un vaso vacío de una bandeja.

—Vale. Gracias de todas formas. —Lizzie le dedicó una sonrisa al joven, que claramente estaba a favor de tenerla a ella *y* a sus amigas delante—. De verdad que me iba a morir ahí atrás. —Se subió la manga—. Dios mío. Ya me está saliendo urticaria.

Una reina del drama.

—Apuesto a que sus amigas desearían tener alergia también —susurró Ned mientras Lizzie tomaba asiento dos filas por delante de ellos—. Tendría que haber probado eso antes para conseguir un asiento en primera.

—No creo que nadie se creyera que un veterinario es alérgico a los gatos. —Victoria no podía imaginar una vida sin animales y sentía lástima por cualquiera que fuera alérgico, como su colega, Dante Rivera. Pero no era el momento de pensar en Rivera y en las chispas que podrían haber surgido entre ellos. No mientras ella y Ned viajaban juntos y las cosas estaban... ¿cuál sería la mejor palabra?... ¿desarrollándose? Sí, las cosas se estaban desarrollando entre ellos y quería dar a su relación una oportunidad justa. No tenía mucha experiencia en relaciones románticas, pero centrarse en una cada vez parecía la forma inteligente de proceder. Pasara lo que pasara entre ella y Ned, el refugio se beneficiaría de su experiencia veterinaria durante la semana.

Mientras el avión se dirigía a la pista, Sarah comenzó la presentación de seguridad del vuelo. Victoria le prestó toda su atención. Cuando Sarah terminó, Victoria sacó la tarjeta de seguridad del bolsillo del asiento y la leyó detenidamente.

Ned puso el dedo en el borde de la tarjeta. —Nunca he visto a nadie leer eso de verdad.

—Está aquí por algo. Cada avión es un poco diferente. Es un error que alguien asuma que ya está familiarizado con él.

—Tienes razón. —Ned le cogió la mano y se la apretó—. Haría falta más gente como tú en el mundo.

—Gracias, caballero. —Ella le tendió la tarjeta de seguridad—. Aquí tienes.

Ned suspiró y cogió la tarjeta.

Bajo ellos, la pista pasó a toda velocidad con un estruendo. El avión se elevó suavemente en vuelo, y la presión del despegue empujó sus cuerpos contra los asientos.

Se sonrieron. Ned se inclinó. Se dieron un beso rápido. —Por una aventura excelente —dijo él—. Y por sacarle el máximo partido.

Fuera de la ventana, un relámpago cruzó el cielo en zigzag.

CAPÍTULO 2

A dieciséis pisos de altura, en el Centro de Control de Tráfico Aéreo de Canadá, Ted Neimer pasó su tarjeta de seguridad y entró en la sala de control principal. Ben, el joven que se estaba formando para sustituirlo, le seguía de cerca.

Al pasar por delante de Shelley, esta le propinó un amistoso puñetazo en el hombro. —No quiero ver señales de que te estés relajando por ser tu última semana, Teddy.

Ted soltó una risita. —El viernes no puede llegar lo suficientemente pronto. —Era mentira. Llevaba más de quince años haciendo bien su trabajo. A los cincuenta y seis años, ya le había llegado la hora por edad. Ahora se despertaba por la noche pensando en los días que pasaría sin hacer nada más que ganar a su nieto a los videojuegos. ¿Qué clase de vida era esa? Seguía corriendo de seis a ocho kilómetros al día, conservaba una vista perfecta, a diferencia de sus amigos, que todos llevaban gafas o entornaban los ojos para leer los menús. Pero era demasiado viejo para ser controlador aéreo. Ese era el trato; había evitado pensar en ello durante años, pero ahora ya estaba aquí. ¿Qué iba a hacer

consigo mismo? No jugaba al golf. No tenía ninguna afición. Ginnie tenía suficientes para los dos con su jardinería, su club de vinos y su club de lectura. A ella le gustaba compartir hasta el más mínimo detalle de su día. Si se quedaba todo el tiempo en casa, acabarían volviéndose locos el uno al otro.

—Se están gestando tormentas fuertes ahí fuera. Nubes espesas y niebla. —Shelley se sentó y ajustó sus controles—. No la fastidies ahora y pierdas un avión.

Ben dejó escapar una risa incómoda.

Ted sacudió la cabeza. —Siempre está intentando aligerar el ambiente por aquí, aunque su humor sea un poco raro. —Se puso los auriculares y giró su silla un par de veces hasta que estuvo a su gusto. Mientras Ben se acomodaba a su lado, Ted contempló la vista panorámica nocturna.

Un breve estallido de estática precedió a una comunicación entrante. —Centro, Delta 920. Solicito descenso a nivel de vuelo 310 para evitar turbulencias fuertes.

Ted estudió la pantalla antes de responder. —Delta 920, centro, descienda y mantenga nivel de vuelo 310.

—Delta 920 dejando 350 para 310.

En el monitor, una nueva etiqueta de datos con información sobre el vuelo Skyline 745, un Boeing 777, entró en su espacio aéreo precisamente a las 20:59.

—Deberían haber establecido contacto con una llamada de control al entrar en nuestro sector —dijo Ted—. Espera un minuto más y luego establece comunicación.

—De acuerdo. —Ben se aclaró la garganta y se le iluminaron los ojos. Acercó su silla y se quedó mirando la etiqueta de datos antes de pulsar el botón para iniciar el contacto—. Skyline 745, aquí Centro Aéreo del Sur de Canadá, le damos la bienvenida a nuestro espacio aéreo. ¿Cómo me recibe?

Ted asintió con aprobación.

—Skyline 745, aquí centro —repitió Ben, ajustando un mando bajo la pantalla—. ¿Cómo me recibe?

De nuevo, no hubo respuesta.

Ben frunció el ceño. —No responden.

Ted hizo una comprobación rápida del equipo de Ben. —Suelen responder de inmediato, pero puede que estén haciendo un anuncio en este momento. Vuelve a intentarlo en unos segundos.

Ben inhaló profundamente. —Skyline 745, aquí centro. ¿Me recibe?

La etiqueta de datos del avión desapareció del monitor.

Ted parpadeó y entornó los ojos hacia la pantalla.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Ben.

Ted no tenía una respuesta inmediata. De repente, el corazón le latía con fuerza y el calor se le subía al rostro. Esto no le había pasado nunca. Ni en toda su carrera trabajando en el centro de control. Perder la etiqueta de datos era mucho más grave que perder la comunicación. —Deja que me encargue yo. Voy a llamarlos por la frecuencia de emergencia. —Ted encendió su propio equipo—. Skyline 745, Centro Sur de Canadá en frecuencia de emergencia, ¿cómo me recibe?

Sin respuesta.

—¿Qué está pasando? —Ben le miró con gesto interrogante, pero Ted apenas registró la presencia del aprendiz. No era un fallo del sistema del centro de control; otras etiquetas de datos seguían moviéndose por la pantalla. Se secó las palmas de las manos en los pantalones y se inclinó hacia delante sobre los codos, como si acercarse al monitor fuera a servir de algo. ¿Se había imaginado la entrada del vuelo? No. Por supuesto que no. Ben también lo había visto. Ted cerró los ojos con fuerza, rezando para que el avión reapareciera en el monitor y los pilotos respondieran.

Lo intentó de nuevo. —Skyline 745, aquí centro en frecuencia de emergencia. Por favor, responda. —La voz de Ted sonaba más aguda de lo habitual.

El silencio se prolongó mientras la adrenalina de Ted se disparaba.

—¿Desaparecen alguna vez los aviones del radar? —La frente de Ben se arrugó en pequeñas líneas y pliegues—. ¿Por qué no responden?

La mente de Ted barajaba posibilidades a toda velocidad. Ninguna era satisfactoria. Un reactor comercial que viaja sobre la costa este simplemente no puede desaparecer del radar en un abrir y cerrar de ojos. Se levantó de un salto de su asiento y llamó a su supervisor. —

¡Rick! Hemos perdido un vuelo en cuanto ha entrado en nuestro espacio aéreo. —Ted soltó una rápida explicación de la situación. No había mucho que contar.

Rick cerró los ojos durante unos instantes y luego se volvió hacia Shelley. —Averigua si el vuelo 745 está en tierra. —Se sentó en el borde de una silla, mirando fijamente la pantalla mientras accionaba interruptores y se centraba en los otros vuelos del monitor—. Delta 452. Aquí centro. ¿Cómo me recibe?

—Aquí Delta 452. Se le recibe alto y claro, centro.

Rick respondió. —Delta, hemos perdido el contacto de radar de uno de nuestros reactores pesados, el Skyline 745. Su última posición conocida era diez millas por delante de usted, a nivel de vuelo 370. ¿Podría intentar contactar con ellos en la frecuencia de emergencia ciento veintiuno punto cinco?

—Entendido. Volveré a informarle sobre eso, centro.

Ted examinó los monitores junto a Rick, escuchó a Delta intentar contactar con el vuelo 745 en la frecuencia de emergencia y se preparó para la noticia de un accidente.

Un poco de estática precedió a la siguiente transmisión. —Delta 452 llamando a centro. ¿Cómo me recibe?

Rick respondió. —Delta 452, aquí centro. Adelante —aunque ya sabía lo que iban a informar porque podían oír las comunicaciones en la línea de emergencia.

—No recibimos respuesta del vuelo 745.

—Gracias, capitán —respondió Rick, con la voz manteniéndose calmada de alguna manera.

—No hay informes de ningún avión que haya caído del cielo. —Los ojos de Shelley estaban intensos y concentrados—. Todavía no.

Rick cogió el teléfono de emergencia. Golpeó el mostrador con su bolígrafo, fuerte y rápido. —Aquí el Centro de Control Aéreo de Canadá, supervisor Rick Starling. Tengo un reactor que lleva tres minutos fuera del radar. Vuelo Skyline 745. Hay 178 almas a bordo.

El agente Dante Rivera se secó el sudor de la frente con una toalla al salir de la pista de baloncesto del edificio del FBI.

—Parece que no has perdido tu toque. —El agente novato Edwards le dio a Rivera un empujoncito amistoso en el hombro—. No está mal para un viejo que ya ha pasado de su hora de irse a dormir.

Rivera sacudió la cabeza ante el novato. —Supongo que un viejo de treinta y tantos aún puede defenderse. Suerte tienes de no haber tenido que jugar contra mí cuando tenía tu edad. —Sonrió—. ¿En qué andas trabajando estos días?

—Estoy trabajando con una compañía de seguros.

—Vaya. Lo siento. ¿A quién has cabreado?

—No es tan malo. Han robado veinte millones en diamantes a Sailor Allbrecht.

—¿El dueño del equipo de la NFL?

—El mismo.

—¿Para qué quería Allbrecht veinte millones en diamantes?

El novato se encogió de hombros. —No lo sé. Pero las piedras estaban aseguradas, así que la aseguradora está empeñada en encontrarlas.

—Desde luego que sí.

El base, un reclutador del FBI, estiró los brazos por encima de la cabeza. —Rivera, me alegra verte de nuevo. ¿Algún caso importante te ha mantenido fuera de las pistas últimamente?

—Sí. Ha pasado tiempo. —Muy poca gente conocía los detalles de su última investigación.

En el vestuario, un pequeño grupo miraba fijamente la pantalla de televisión.

Rivera se echó la toalla al cuello y se detuvo para ver qué equipos estaban jugando. No eran deportes, después de todo. Eran noticias. El programa pasó a publicidad.

—Vaya. —Uno de los hombres resopló.

Otro sacudió la cabeza. —Eso es realmente triste.

—¿Qué ha pasado? —Rivera dio un largo trago a su botella de agua.

—Un Boeing 777 ha desaparecido. Aún no hay informes de un accidente. Por ahora solo dicen que está desaparecido.

Grandes noticias, sin duda. Rivera elevó una oración silenciosa por todos los que iban a bordo del reactor desaparecido y por sus familias. Su primer pensamiento fue en terroristas. Esperaba equivocarse. Ya había tenido suficiente de terroristas. Su caso más reciente consistió en localizar a los que infectaron al hijo del presidente de los Estados Unidos con una toxina neurológica.

Diez minutos después, con el pelo aún mojado de la ducha, caminó a grandes zancadas hacia su coche. Mientras se abrochaba el cinturón, encendió la radio. No era de extrañar; estaban informando sobre el avión desaparecido. El locutor entró en más detalles, diciendo: —El vuelo que partió de Dulles perdió el contacto con el control de tráfico aéreo una hora y cuarenta y siete minutos después del despegue. Las operaciones de búsqueda y rescate están en marcha.

¿El vuelo desaparecido salió de Dulles? Victoria estaba de vacaciones. Se iba al refugio de perros que financiaba en España. Estaba loca por los animales, sobre todo por los rescatados. ¿Habría llegado ya allí? ¿Hacía escala su vuelo en Londres? ¿Qué probabilidades había?

Hacía semanas que no la veía, pero eso no significaba que no estuviera pensando en ella. Lo de «ojos que no ven, corazón que no siente» no se aplicaba cuando se trataba de Victoria últimamente.

Ned, su veterinario privado y cuidador de animales, debía de estar alojado en su casa para cuidar de sus mascotas. Ned parecía un tipo estupendo y Rivera quería que Victoria fuera feliz, pero... no tenía sentido preocuparse por eso ahora. La vería en cuanto regresara de su viaje. Tenían asuntos personales pendientes que atender.

Mientras conducía a casa, por unas calles relativamente tranquilas debido a la hora tardía, Rivera rezó otra oración para que Victoria estuviera a salvo en España.

CAPÍTULO 3

Una impactante y fría sensación despertó a Victoria de golpe.

Tenía los vaqueros mojados. Un vaso de hielo derritiéndose se había deslizado de su bandeja hasta su regazo. Pero esa no era la mayor de sus preocupaciones.

Habían pasado veinte años desde su último ataque de asma, pero recordó de inmediato la sensación de asfixia que los ataques le provocaban en el pecho y la garganta. No era exactamente lo mismo que estaba experimentando ahora, pero se le parecía. Tenía los pulmones oprimidos y el ritmo cardíaco acelerado. La presión le atenazaba la cabeza como una resaca. Se quitó los trozos de hielo de los vaqueros y luchó por respirar, desorientada.

Ned dormía en el asiento de al lado. Un ronquido inquietante y jadeante escapaba de sus labios con un patrón rítmico. Quizá fuera la tenue iluminación, pero su piel había adquirido un tono azulado.

A pesar del miedo que crecía en su interior, la realidad fue regresando poco a poco. Viajaba a España con Ned. Una escala en Londres y luego al refugio de perros. Clima tormentoso. Fuertes rachas de turbulencia que la obligaron a aferrarse a los reposabrazos

mientras veía una película. Se quitó los auriculares. La pantalla de vídeo frente a ella estaba oscura. No recordaba qué habían estado viendo. Frotándose las manos, tosió, desesperada por llenar sus pulmones. El aire acondicionado estaba demasiado fuerte. Se puso el abrigo y se lo ciñó al cuerpo.

El zumbido constante del motor del avión resonaba en la cabina, por lo demás silenciosa. La oscuridad se veía interrumpida por alguna luz de lectura individual. Todos los demás a bordo parecían dormir.

Victoria sacó el móvil del bolsillo del abrigo. No tenía cobertura ni conexión a internet, pero pudo mirar la hora. Las cuatro de la madrugada. Qué raro. ¿No deberían haber aterrizado ya? Le costaba pensar con claridad. Tal vez había calculado mal la diferencia horaria.

Victoria se desabrochó el cinturón y pasó por delante de Ned hacia el aseo. No quería despertarlo, pero le sorprendió que al pasar él ni siquiera se inmutara.

Sus ataques de asma siempre llegaban en mitad de la noche. Su padre oía sus intentos desesperados por inhalar aire y corría desde su habitación hasta su cama. —Tranquila, tranquila. Respira despacio —la instaba mientras buscaba a tientas su medicación, ocultando a duras penas su miedo y preocupación. Victoria evocó su voz ahora, la forma en que lograba convencerla de que lo peor pasaría pronto si conseguía mantener la calma. Tenía que haber un inhalador a bordo.

Buscó con la mirada a un auxiliar de vuelo. Los pasillos estaban vacíos. Cerrando los ojos un segundo para evitar el mareo, se dirigió al aseo, cada vez más alarmada por su incapacidad para respirar con normalidad y por la extraña y pesada sensación que abrumaba su cuerpo.

El primer baño estaba ocupado. Se dio la vuelta y abrió el otro. En el reflejo del espejo, su piel se veía incluso más pálida y enfermiza que la de Ned.

Necesitaba encontrar un inhalador. De vuelta en el pasillo, abrió la cortina que separaba primera clase de clase preferente. Ni rastro de movimiento. Todo el mundo dormía. Victoria volvió a comprobarlo,

recorriendo con la mirada una fila tras otra. No se equivocaba. Todos tenían los ojos cerrados.

Con el vello de la nuca erizado, se abrazó a sí misma y jadeó con respiraciones cortas y espasmódicas. La mayoría de la gente en un vuelo nocturno espera dormir, pero ¿cuáles eran las probabilidades de que ocurriera de verdad? Buscó de nuevo a los auxiliares de vuelo. Una mancha de uniforme azul le llamó la atención. Allí, entre los pasillos. Pete estaba tumbado en el suelo de lado.

Victoria se acercó deprisa y se arrodilló junto a él. —¿Estás bien? ¿Estás bien? —dijo, dándose cuenta al instante de lo absurdo de la pregunta. Por supuesto que no estaba bien. Sacudió a Pete por el hombro e intentó despertarlo. Le puso los dedos en el cuello. Tenía pulso. ¿Por qué estaba en el suelo? Miró a su alrededor buscando a alguien más que pudiera estar despierto. ¿Qué estaba pasando? Le costaba dar forma a sus pensamientos. El miedo era punzante, pero su cerebro estaba aletargado.

Hipoxia. ¡Eso lo explicaría todo! La circulación del aire había fallado. Nadie dormía. Estaban todos inconscientes. Y su dificultad para obtener oxígeno no tenía nada que ver con un ataque de asma. Pero los aviones tenían sensores de advertencia automáticos para esas cosas. Si estaban sufriendo una descompresión, ¿por qué no habían caído las máscaras de oxígeno?

La mirada frenética de Victoria se posó en el hombre que había embarcado con su propio tanque de oxígeno. Estaba sentado una fila detrás de la salida de emergencia. Unos tubos transparentes salían de su nariz. Tenía la cabeza baja, por lo que no se había fijado al principio, pero tenía los ojos abiertos y movía las manos sobre una tableta.

—¡Oiga! —gritó ella.

Él estaba concentrado intensamente en lo que fuera que estuviera haciendo y no levantó la vista.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

¿Estarían también los pilotos inconscientes? La cabina de mando tenía un sistema de aire independiente del resto del avión; solo podía esperar que funcionara.

Se levantó y volvió corriendo a primera clase para pedir ayuda.

Sacudió a Ned por los hombros, desesperada por despertarlo ahora.

Él no respondió.

Continuó avanzando con paso inestable hacia la zona de servicio de los auxiliares en la parte delantera. —¿Perdone? ¿Hay alguien aquí?

Otra auxiliar de vuelo, la del pelo negro corto, estaba desplomada en el suelo, con la espalda contra la pared, las piernas estiradas frente a ella y la barbilla caída sobre el pecho.

Debo de estar soñando. Y esto es una pesadilla. Algunas pesadillas son increíblemente reales, eso es lo que las hace tan inquietantes. Esta es una de esas. Pero no estaba convencida. El pánico que crecía en su pecho era muy real. El grito ahogado en su garganta, muy real. La inquietud punzante que acompañaba a cada respiración superficial y la fuerte presión alrededor de su cabeza eran demasiado vívidos y dolorosos para un sueño. —Despierta —siseó, enfadada consigo misma por haber conjurado un sueño tan aterrador. Se pellizcó la mejilla con fuerza y sintió el escozor agudo.

Esto era real. Estaba sucediendo y había que hacer algo. Su mente empezó a nublarse. Tenía que permanecer consciente. De pie en medio de la cabina de primera clase, gritó: —¡Despertad! ¡Que todo el mundo despierte! ¡Por favor, despertad!

Sus gritos resonaron en sus oídos.

El avión cayó en picado, levantando a Victoria del suelo en un movimiento gigante y nauseabundo. Se le revolvió el estómago y luchó contra una oleada sofocante de náuseas. La aeronave rebotaba y se sacudía como un juguete ingrávido lanzado al aire. Los objetos salían volando de las bandejas y rebotaban por la cabina. Arriba, las maletas y los bolsos golpeaban contra los laterales de los compartimentos.

Salió lanzada hacia delante y golpeó el lateral de la zona de servicio con el hombro. Agarrando un asidero superior para mantener el equilibrio, golpeó con el puño la puerta de la cabina de mando. —¿Qué está pasando? —gritó, apenas reconociendo la voz sibilante que chillaba—. ¡Ayuda!

No hubo respuesta.

Luchó contra el impulso de desmayarse. Un pánico absoluto se apoderó de ella, destruyendo la esperanzadora posibilidad de que estuviera exagerando.

La aeronave volvió a dar sacudidas, errática y fuera de control.

El avión se niveló brevemente antes de inclinarse hacia arriba, haciendo que Victoria retrocediera por el pasillo hacia su asiento. Se detuvo donde pudo, sacudiendo con brusquedad a los pasajeros por los que pasaba, con el terror en aumento.

Sergei se despertó. Parpadeó y la miró con ojos vidriosos. Su ordenador estaba abierto sobre la bandeja. Siguió la mirada de ella hacia la pantalla y luego lo cerró de golpe.

—¡Todo el mundo está inconsciente! —gritó ella antes de que otro descenso repentino la alejara de él.

—Estaba durmiendo —dijo él, pero había una incertidumbre en su voz que no estaba presente antes.

El avión se estremeció y se lanzó hacia abajo en un descenso pronunciado. Victoria tragó saliva con fuerza para aliviar la presión que se acumulaba en sus oídos. Agarrándose a los respaldos de los asientos y aferrándose como si estuviera escalando una montaña escarpada, regresó a su sitio. Volvió a sacudir el hombro de Ned mientras pasaba sobre él. —Ned. ¡Despierta! ¡Por favor, despierta!

Mientras se sentaba, él abrió ligeramente los ojos. La miró sin llegar a verla.

—Estamos cayendo rápido. —Ella se abrochó el cinturón—. Y no ha habido noticias de los pilotos.

Ned tenía la mirada perdida. Se quedó traspuesto de nuevo.

La aeronave vibraba. En la parte delantera de la cabina, la auxiliar de vuelo que estaba en el suelo había recobrado el conocimiento. Se puso de pie con piernas temblorosas, agarrándose a la esquina de la pared. Victoria intentó establecer contacto visual con ella. Una caída brusca la lanzó como a una muñeca de trapo. Golpeó la pared y salió despedida de nuevo hacia la zona de servicio, perdiéndose de vista.

Sergei se aferró a sus reposabrazos. —¿Qué está pasando? —le gritó a Victoria—. ¿Quién eres? ¿Qué has hecho?

—¡Yo no he hecho esto! —le respondió ella a gritos, incrédula a pesar de su miedo.

Un compartimento superior se abrió de golpe. Un maletín y una maleta salieron volando, golpeando las cabezas de la pareja mayor antes de caer al espacio frente a ellos.

Llegaron gritos desde atrás. Al menos otros estaban volviendo en sí, aunque si alguna vez hubo un momento para quedarse atrapado en el ignorante reino de la inconsciencia, era este.

El avión traqueteaba, enviando vibraciones por todo su cuerpo.

Otro compartimento se abrió. El contenido se desparramó y voló hacia delante.

—¡Cúbranse la cabeza! —Victoria entrelazó sus brazos detrás de su nuca.

La elegante señora delante de ella rezaba el Ave María. Dos filas más adelante, Lizzie gritaba.

El ruido creció hasta alcanzar proporciones atronadoras. El avión volvió a caer en picado, dio un sacudón hacia arriba, se enderezó y luego volvió a bajar.

Estamos fuera de control. No, eso no puede ser. Si lo estuviéramos, el avión no seguiría haciendo esas correcciones violentas. Los pilotos están intentando evitar la caída.

Con un sudor frío, Victoria se aferró a sus reposabrazos y miró por la ventana. No se veían luces. Ni objetos visibles. Nada que indicara su distancia al suelo. Solo oscuridad. La Tierra es predominantemente océano; había muchas probabilidades de que estuvieran sobre uno en este momento. Introdujo los dedos debajo del cojín de su asiento, que servía de chaleco salvavidas. ¿Cuánto tardaría en soltarlo? ¿De cuánto tiempo dispondrían?

El tren de aterrizaje chirrió al desplegarse debajo de ellos.

Empujó los hombros de Ned hacia delante, manteniéndole la cabeza agachada y protegiéndole el cuello con el brazo. Aterrorizada, se preparó para un impacto que podía estar a escasos segundos o a unos minutos insoportables. Rezó para que los pilotos lo tuvieran todo bajo control y no estuvieran a punto de morir. ¿Iban a chocar contra el océano y romperse en un millón de pedazos con el impacto o a ahogarse bajo el mar? Suplicó que todo fuera solo una pesadilla vívida.

El avión dio un volantazo hacia la derecha. El armazón de aluminio gimió como un monstruo agonizante.

Más gritos.

Los pensamientos de Victoria volaron hacia sus seres queridos. Le había dicho a su padre cuánto lo quería antes de irse. Recientemente les había dado a Sam y Murphy regalos detallistas sin más motivo que hacerles saber que apreciaba trabajar con ellos. No había hablado con Rivera en semanas y ahora se arrepentía. Había actualizado su testamento hacía poco. Todo su patrimonio y fondo fiduciario se repartirían entre varias organizaciones de rescate y refugios y algunas otras organizaciones benéficas. Su padre heredaría sus posesiones más valiosas: sus galgos, podencos y los nuevos burros. Los perros nunca entenderían por qué no volvió a casa. Esperarían con anhelo para siempre, corriendo hacia la puerta cada vez que alguien fuera a su casa, esperanzados siempre por su regreso. Eso era lo que más le dolía.

Una mano fuerte le apretó el hombro mientras las lágrimas caían sobre sus rodillas. Gracias a Dios, Ned estaba despierto. Ella giró la cabeza y miró por encima de su muslo. Él también estaba inclinado en posición de impacto, con la mirada preocupada fija en ella. Pensó en la vida que podrían tener si no morían hoy: la posibilidad de casarse y tener hijos. Rezó para que, si realmente existía el cielo, fuera allí adonde ella fuera a parar. Ned le cogió la mano y se la apretó con fuerza mientras eran sacudidos como marionetas.

Los chillidos se hicieron más fuertes a medida que el avión se precipitaba inevitablemente hacia el suelo. La espera era lo peor, al no saber cuánto tiempo faltaba para el impacto. Los segundos tardaban una eternidad en pasar. Un objeto pesado cayó sobre la espalda de Victoria, provocándole presión y dolor. Dio un grito y Ned lo apartó de un empujón.

Si morían, esperaba que fuera rápido e indoloro. La imagen de sus extremidades siendo arrancadas de su cuerpo la hizo estremecerse. La ira estalló en su interior. Estaba a punto de morir joven y sana, pero si su cuerpo quedaba destrozado o era consumido por las llamas, sus órganos se perderían. Había más tiempo para pensar en el final de lo que esperaba. Apretó el cojín, con cada fibra muscular

tan tensa que le temblaba el rostro y los hombros. Deseó poder estar en cualquier otro lugar.

El impacto fue repentino: un estruendo atronador que rompía los huesos. La fuerza lanzó a Victoria hacia delante. El dolor le desgarró el abdomen. La parte delantera del avión rebotó hacia arriba y el resto se estrelló con un chirrido monstruoso, el sonido del metal rompiéndose y despedazándose. El aire gélido entró a raudales en la cabina. Vasos, papeles y ropa volaban por todas partes y el desgarro ensordecedor continuó y continuó. Victoria apretó los dientes y se mordió la lengua.

El dolor y los gritos significan que sigo viva.

Los ruidos más fuertes se disiparon, pero el avión siguió rebotando hacia delante, deslizándose y raspando, gimiendo ruidosamente sobre su panza. Finalmente, el avión destrozado se detuvo. Un frío asombroso le caló hasta los huesos. ¿Era real o otra sensación de terror puro? El aire helado sacudió sus pulmones, pero pudo volver a respirar. Tragando bocanadas de oxígeno, abrió un ojo y luego el otro. La cabina estaba envuelta en la oscuridad. Prevaleció un silencio de conmoción hasta que empezaron los gemidos.

—¿Estás herida? —Ned aún le sujetaba la mano.

—Creo que no. —Se tragó la sangre que le llenaba la boca. Al incorporarse para quedar sentada, el dolor estalló en su abdomen. Hizo una mueca y esperó a que remitiera, sabiendo que sería mucho peor cuando no estuviera enmascarado por la adrenalina—. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Él cogió una mochila que se había caído y la apartó—. Muévete despacio.

Tenía ganas de llorar, así que ¿por qué una risa histérica fermentaba en su pecho y amenazaba con salir?

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad y el contorno de los objetos apareció en formas vagas y dudosas. Temblando, tuvo que tirar del cinturón repetidamente para desabrocharlo, lo que le provocó una nueva oleada de agonía. Ned ya estaba de pie y se tambaleaba hacia la parte delantera del avión. Victoria encendió la linterna del móvil. Casi todos los compartimentos superiores estaban abiertos o sus puertas se habían desprendido. El pasillo estaba lleno de escombros.

—¡Ayudadme! No puedo moverme. ¡Quitadme esto de encima! —El acento era inconfundiblemente el de Sergei.

—Espera. —La voz firme de Ned era un faro de calma en medio de la escena surrealista.

Sergei soltó una sarta de maldiciones. Ned le quitó una maleta de encima. Victoria se levantó para ayudar. Agarró el brazo de una mujer y tiró de ella para incorporarla. No hubo resistencia. A Victoria se le cayó el alma a los pies al soltar el brazo e intentar recordar quién había estado sentada junto al hombre.

La hermosa mujer india.

—¡Está muerta! —gritó Sergei.

Un círculo de luz errante de un teléfono iluminó su cara. Tenía el labio hinchado. Uno de sus ojos estaba cerrado e inflamado. Se escabulló de debajo de la mujer y apartó su cuerpo.

Ned pasó por delante de Sergei y se agachó en la fila. —Tiene el cuello roto. Ha muerto.

Los llantos y los gemidos llenaron la cabina. El viento aullaba. La nieve entraba por las ventanas rotas.

Tiritando, Victoria pasó la luz por la cabina. La mujer que había estado sentada delante de ella estaba encorvada rezando, de forma rápida e incesante, como un subastador.

El chico adolescente estaba de pie en el pasillo. Él también movía su linterna, observando la destrucción.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí. Creo que sí.

—Soy Victoria. ¿Cómo te llamas?

—Ashby.

Victoria recordó de pronto haber visto a la auxiliar de vuelo salir disparada hacia la zona de servicio cuando el avión caía. Se apresuró hacia la parte delantera, tropezando con los restos esparcidos por el pasillo. La auxiliar seguía en el suelo. Victoria se arrodilló para buscarle el pulso, pero no encontró nada. Una sustancia tibia, húmeda y pegajosa le empapó la mano. Sangre. La auxiliar tenía un corte profundo en un lado de la cabeza, sobre el ojo. Pero había estado viva mientras el avión caía. Victoria la puso boca arriba y comenzó las compresiones torácicas.

Ned se dejó caer a su lado y tomó el relevo. Ella observó impotente durante un minuto antes de irse a comprobar cómo estaban los demás.

La pareja de ancianos no se había movido. Victoria les puso la mano en el cuello, pero ya sabía que se habían ido. No presentaban heridas visibles y daba la impresión de que habían sufrido hipoxia o ataques al corazón. Victoria abrió el compartimento encima de sus cabezas, uno de los pocos que seguían cerrados, y buscó a tientas con la mano. Dio con una pila de mantas dobladas y envueltas en plástico. Sacó una y la extendió sobre la pareja, por respeto y también para proteger a los demás de la vista. Ella había visto más cadáveres de los que le correspondían, pero para la mayoría no era una imagen normal.

Lizzie seguía en su asiento, girada hacia la parte trasera del avión. Entre sollozos incontrolables, gritaba: —¡Lauren! ¡Sadie!

Victoria puso una mano en el hombro de la chica. —¿Necesitas ayuda?

—Creo que tengo algo en la pierna. —La voz de la joven temblaba de terror—. No puedo moverla.

Victoria bajó la mano con suavidad desde la rodilla de la chica. No había nada que sobresaliera. La joven gritó cuando Victoria llegó al tobillo. Pero Victoria no palpó ningún hueso roto.

—Lizzie, ¿verdad? —preguntó para calmarla.

—Sí —sollozó la chica.

—Soy Victoria. No muevas la pierna, ¿vale? Puede que esté rota, pero vas a estar bien. La ayuda llegará pronto. Intentaré encontrar ropa de más para que no pases frío y un par de analgésicos.

—Mi abrigo está en un compartimento al fondo del avión. —Lizzie sorbió por la nariz—. Dejé todas mis cosas allí cuando me pasé a primera clase. —Gritó justo en el oído de Victoria—: ¡Lauren! ¡Sadie! —Dejó de gritar y señaló la pantalla de su móvil—. No hay nada de cobertura. Ni señal ni internet. ¿Por qué mis amigas no me oyen gritar?

—Solo... eh... quédate en tu asiento. —Victoria encontró dos mantas más y un abrigo y se los entregó a Lizzie—. Envuélvete en esto. Tienes que mantener el calor hasta que nos rescaten. Iré a

pedirles a tus amigas que se vengan aquí contigo para que podáis daros calor unas a otras. Y les pediré que busquen tu abrigo.

Ahora, ¿dónde está mi móvil? Se me debió de caer cuando cogía las mantas.

Buscó con la mano en el compartimento. Nada.

Mientras se dirigía a la parte trasera de la cabina, a Victoria le pareció extraño lo silencioso que estaba el resto del avión. Estiró un brazo frente a ella para no chocar con nada ni nadie y avanzó por la oscuridad, agarrándose a los respaldos de los asientos y contando las filas. El viento aullante entraba por la parte trasera del avión. Sus dedos extendidos tocaron la pesada cortina que dividía las cabinas. La parte superior estaba destrozada, unida a metal retorcido arriba. Con los dedos cada vez más rígidos y entumecidos, la apartó lo suficiente para pasar y luego se metió las manos en los bolsillos del abrigo, incapaz de soportar el frío.

Con una sensación de hormigueo recorriéndole el cuero cabelludo, Victoria entrecerró los ojos pero no vio nada. Agachando la cabeza contra el viento brutal, dio un paso precavido y cayó hacia delante, aterrizando de rodillas sobre la nieve. La caída inesperada le cortó la respiración. Jadeó mientras el material gélido le llenaba los zapatos, calándole en las piernas, el cuello y las manos. El dolor fue instantáneo. Fue como si la hubieran sumergido en agua helada.

¿Qué les ha pasado al resto de la cabina y a los pasajeros?

Victoria buscó un punto de apoyo, luchando por volver a subir al avión. Un borde irregular le desgarró la palma de la mano. Retiró la mano de un tirón. Le habría dolido más si no estuviera ya entumecida. Maldiciendo, agarró un amasijo de cables recubiertos de goma y salió de la nieve, agradecida de haber evitado los bordes cortados del avión, afilados como cuchillos.

De rodillas, empapada y con más frío del que había pasado nunca, se metió las manos heladas bajo las axilas y se apoyó en lo que quedaba de la sección de clase preferente, atónita por su descubrimiento.

—¿Hay alguien ahí fuera? —gritó al vacío oscuro y se esforzó por escuchar por encima del aullido del viento—. ¿Hola? ¿Hay alguien que me oiga? —Tras varios intentos de gritar y escuchar, se rindió.

Intentó recordar a la gente que había pasado por su lado durante el embarque. No había prestado mucha atención a la mayoría; ella y Ned habían estado absortos en su propio mundillo. Qué diferencia suponían unas pocas horas. Una diferencia increíble y horripilante.

En la oscuridad de arriba, las nubes de tormenta ocultaban la luna y las estrellas. No había señales de luces de pista, ni edificios iluminados, nada que indicara que no estaban en medio de la nada. Solo oscuridad. Pero había una cosa que sabía con certeza: ningún lugar de Europa occidental era así de frío, ni ahora ni en ninguna época del año.

Una explosión sacudió el silencio. A un kilómetro de distancia, quizá más, las llamas se dispararon hacia el cielo.

CAPÍTULO 4

Victoria regresó apresuradamente a la cabina de primera clase y cerró de un tirón la cortina divisoria tras ella. Ofrecía algo de protección contra los elementos, pero no mucha. El viento aullaba en el interior a través de agujeros, grietas y ventanillas hechas añicos.

Temblando de forma incontrolable, volvió a la parte delantera del avión. Sergei gritaba obscenidades ante la puerta de la cabina de mando y Ned seguía de rodillas, esforzándose por reanimar al auxiliar de vuelo. Victoria le apretó el hombro. Él dejó de realizar las compresiones torácicas, se dejó caer sobre sus talones y bajó la cabeza. Ella se puso en cuclillas a su lado, desesperada por algo de calor.

—Estás mojada —dijo él. Le frotó los brazos y la abrazó.

—Vengo de la parte trasera del avión.

—¿Cómo están las cosas por allí?

Ella bajó la voz hasta un susurro. —No están.

—¿Que no están? ¿Quiénes?

—Todos. Falta la mayor parte del avión. Me di cuenta cuando se rompió, ¿tú no? Sabía que había daños, pero no pensé que se

hubiera separado. No así. No queda casi nada más allá de los aseos de la parte trasera de nuestra cabina.

—¿No has visto a ningún otro pasajero?

—No. He gritado todo lo que he podido. Nadie ha respondido.

Ned se puso en pie de un salto. —Tenemos que encontrar el resto del avión, ver si alguien necesita nuestra ayuda.

Victoria le agarró del brazo. —Espera. Está oscuro. Fuera debe de haber temperaturas bajo cero. ¡Y el viento! Necesitamos ropa de invierno de verdad y necesitaremos una cuerda para caminar juntos o podríamos perdernos y morir congelados.

—No vamos a encontrar ninguna cuerda.

—¿Y si...? —revisó el avión con la mirada—. Podríamos arrancar las luces de tubo del suelo. —Al decir las palabras, se dio cuenta de que no habría suficiente—. O esperamos. Llevamos volando más de ocho horas. El sol saldrá pronto.

Ned sacudió la cabeza. —No podemos esperar. Si este fuera un avión lleno de desconocidos y tú estuvieras ahí fuera, sola y herida, no querrías que esperaran.

—No querría que murieran intentando encontrarme.

Ned abrió la maltrecha cortina divisoria de un fuerte tirón y arremetió a través de ella mientras Victoria le gritaba: —¡Ned! ¡No lo hagas!

—Has intentado detenerlo. Y ahora solo podemos esperar que vuelva. —La elegante mujer del rosario habló con acento británico, con los ojos alzados hacia Victoria. No se había movido de su asiento. Tenía los brazos cruzados sobre el torso—. Tenemos que seguir con vida hasta que nos rescaten. Eso significa mantenerse calientes.

Victoria se quedó mirando hacia la parte trasera del avión.

—Soy Rosamond —dijo la mujer.

—Yo soy Victoria.

—¿Qué has visto? —Todo el cuerpo de Rosamond temblaba—. ¿Qué había ahí fuera?

—Nieve. Estaba demasiado oscuro para ver nada más. Pero no había luces cerca. Hubo una explosión. Fue bastante lejos. Espera, deja que te busque una manta.

Al otro lado del pasillo, Lizzie apretaba su teléfono, sosteniéndolo a la distancia de su brazo y luego volviéndolo a acercar. —No hay cobertura. —Llorando, miró a Victoria—. ¿Van a venir mis amigos aquí?

—Ahora mismo no. —Victoria buscó en el fondo de los compartimentos superiores otra manta y encontró su teléfono.

—¿Por qué no? Necesito su ayuda.

—El avión se partió al aterrizar.

—¿Qué? —Lizzie sonaba incrédula—. ¿Ya no está unido a esta parte del avión?

—No. Ned ha salido para ver si puede encontrar a los demás... si no se congela antes.

—¿Dónde diablos estamos? —bramó Sergei por encima del viento —. Esto desde luego no es Londres.

Ashby estaba de pie en el pasillo con los brazos cruzados. —Podría salir y ayudar a Ned. —No se movió y sonaba como si necesitara que alguien lo convenciera de irse o de quedarse.

—Créeme. Para salir ahí fuera necesitas llevar la ropa más resistente al invierno que exista. —Victoria seguía tiritando violentamente por el tiempo que había pasado fuera—. Espera aquí. —Le echó una manta sobre los hombros a Rosamond.

—¿Dónde están los pilotos? —La voz de Sergei retumbó en la cabina—. ¿Por qué no han salido todavía? —Golpeó con los puños la puerta de la cabina de mando—. ¡Eh! ¡Abran ahí dentro! ¡Queremos saber qué ha pasado!

Ashby se lo quedó mirando. —Pareces un loco. No van a abrirte la puerta. Van a pensar que eres un terrorista que... —su voz bajó a un susurro— ...que ha saboteado el avión.

Sergei siguió aporreando la puerta.

—Deben de estar heridos —dijo Victoria. Los pasajeros se habían quedado sin oxígeno, pero la cabina de mando tenía un sistema de aire independiente. Alguien había intentado aterrizar el avión. Los pilotos, o al menos uno de ellos, habían estado despiertos. Aun así, Victoria dudaba de que estuvieran bien ahora; de lo contrario, ¿no habrían salido ya? ¿No habría oído alguna respuesta desde el otro lado de la puerta?

Sergei dejó de golpear. —Ninguno de nosotros tiene cobertura. Tenemos que entrar ahí y usar sus radios.

—Intentaron aterrizar el avión —dijo Rosamond, como eco de los pensamientos de Victoria—. Debieron de comunicar que nos íbamos a estrellar. Eso significa que la ayuda viene de camino.

—La cabina de mando no se puede forzar —dijo Victoria. *Ni siquiera con una pistola.*

—Tiene que haber alguna forma —murmuró Sergei mientras la linterna del teléfono de uno de los pasajeros iluminaba su rostro, revelando el gesto severo de su mandíbula—. ¿Y si los pilotos mueren de repente durante un vuelo? ¿Si los dos beben café envenenado o se apuñalan entre sí? ¿Nadie puede entrar?

A Victoria le desconcertó lo específico de sus sugerencias. —La tripulación de cabina tiene el código para entrar. —Su mirada se dirigió al teclado de control junto a la puerta de la cabina—. Introducir el código activa una alerta. Si nadie responde desde el interior, la puerta se desbloquea automáticamente durante unos segundos y puede abrirse desde fuera. Pero sin el código de acceso de emergencia, no vamos a entrar ahí.

—¿Cómo sabes eso? —Sergei se acercó a Victoria. Demasiado cerca.

Victoria se mantuvo firme. —He... He visto un documental sobre el tema. —No iba a decirles que era agente del FBI y no quería que nadie supiera que iba armada. La gente tenía miedo. Saber que había un arma a bordo podría aumentar su pánico. El instinto le decía que era mejor no revelar que era agente de la ley hasta que comprendiera qué estaba pasando.

—No puedo creer que estemos vivos. —Ashby parecía aturdido y ligeramente eufórico mientras permanecía en el pasillo—. Nuestro avión se ha estrellado y estamos realmente vivos.

Una ráfaga de viento y sonidos de metal crujiendo llegaron desde la parte trasera de la cabina. Los haces de varias linternas recorrieron las paredes y se encontraron al fondo, enfocando a Ned. Las puntas de su pelo y sus pestañas estaban cubiertas de hielo.

Victoria corrió hacia él. Le sacudió la nieve del cuerpo y lo guio hasta un asiento. Todo su cuerpo temblaba. Ella se sentó en su

regazo y se envolvió con él en una manta.

—¿Has encontrado a alguien? —preguntó Lizzie desde su asiento.

—No. Todavía no. —Ned apenas podía hablar por el castañeteo de sus dientes.

—¿Qué has visto? —preguntó Ashby.

—Nada. Solo nieve. No he podido encontrar nada.

—¿Has oído a alguien más? —preguntó Sergei.

—No.

—Por favor, no vuelvas a salir ahí —Victoria le frotó los brazos de arriba abajo—. Hace un frío peligroso.

—Tienes razón —respondió Ned—. Si no ha llegado ayuda al amanecer, tendremos que salir con toda la ropa que encontremos. Botas. Gorros. Guantes. O no seremos de mucha ayuda para nadie.

Tras unos minutos de silencio conmocionado, Ned la levantó de su regazo. —Puede que estemos aquí unas cuantas horas más. Tenemos que bloquear el viento.

—¿Maletas? —sugirió Ashby—. Podemos intentar llenar todo el espacio con maletas y cosas y luego usar la puerta lateral para salir.

—Será mejor que nos aseguremos primero de que la puerta lateral se abre —dijo Victoria, enfocando con su linterna hacia la parte delantera del avión.

Ashby desapareció en el *galley*. Una brutal ráfaga de aire frío los asaltó. —¡Se abre! —gritó él. Tras lanzar una mirada al auxiliar de vuelo muerto, volvió al pasillo y agarró una bolsa que estaba a los pies de Sergei.

—¡Eh! Ese es mi portátil —Sergei se lo arrebató al chico—. Dámelo.

Ashby lo soltó. —¿Podemos usar solo la bolsa?

Sergei miró a su alrededor. Los pasajeros enfocaban sus linternas hacia él y lo observaban. Gruñó y sacó su ordenador y un par de cosas más que Victoria no alcanzó a distinguir. Primero las apretó contra su pecho y luego lo metió todo en el bolsillo de su asiento. —Toma. —Le tendió la bolsa a Ashby, quien la encajó en una de las ventanillas rotas.

Ned y Victoria recogieron todo lo que quedaba en los compartimentos superiores mientras Ashby recogía objetos del

suelo. Ataron las asas de las maletas con corbatas y camisas y las apilaron en la parte trasera de la cabina.

Rosamond sostuvo una luz para que pudieran ver lo que hacían. Al cabo de unos minutos, intentó ponerse en pie. Hizo una mueca de dolor, se llevó la mano al costado y volvió a sentarse.

—Le duele mucho —dijo Victoria, preocupada por si la mujer tenía una lesión interna grave.

—Solo cuando me muevo o respiro. —Rosamond intentó sonreír. Se levantó de nuevo lentamente y luego se apoyó en su asiento, con falta de aire. Al final logró unirse a ellos. Separaron la creciente colección de objetos en montones sobre los asientos vacíos. Calcetines. Partes de arriba. Pantalones. Analgésicos y medicinas. Todo lo que no seleccionaron para el montón de ropa de abrigo fue a parar a la parte trasera de la cabina para reforzar la barrera contra el viento. Todos se pusieron varias capas de ropa hasta estar tan abrigados que apenas podían moverse.

Sergei no ayudó. Pasó por delante de Rosamond para coger ropa extra para él. Se quedó en el *galley*, bebiendo botellitas de licor de los armarios y golpeando de vez en cuando la puerta de la cabina de mando con el puño.

—Llevo muchísimas cosas puestas y sigo teniendo mucho frío. ¿Y si no nos encuentran? —dijo Lizzie, metiéndose las manos en los bolsillos—. Nos moriremos de frío aquí dentro.

—Nos encontrarán pronto. —Rosamond se acarició las perlas del cuello—. Un avión no puede desaparecer. La caja negra está enviando señales. Solo tenemos que mantenernos calientes y tranquilos hasta entonces. Mantenerse ocupado ayudará a que pase el tiempo. —Rosamond seleccionó un par de calcetines gruesos y se los entregó a Lizzie—. Toma, cielo, póntelos en las manos.

—¿Crees que el avión tuvo un problema mecánico o que lo hicieron terroristas? —preguntó Ashby, pasando la mirada de Ned a Sergei y luego de nuevo a Ned.

—Si fueran terroristas, ¿cuál era su plan? —preguntó Lizzie—. ¿Simplemente matarnos?

—No lo sabemos —respondió Victoria—. Pero ahora mismo, solo tenemos que centrarnos en mantener el calor.

Lizzie se pasó la mano por el tobillo. —Me late el pie. —Sus ojos se dirigieron a los cuerpos sin vida de la cabina—. Espero que mis amigos y todos los demás estén bien ahí fuera.

Ned le examinó el tobillo. —Creo que solo es un esguince fuerte. —Le dejó un frasco de pastillas para el dolor en el regazo—. Yo he tenido unos cuantos. Tómate dos o tres de estas e intenta mantenerlo en alto.

—Quizá deberíamos quedarnos en los baños para mantener el calor hasta que vengan a por nosotros —dijo Ashby—. Si siguen intactos, nos protegerán del viento. —Intentó abrir la puerta de un baño—. Esta está cerrada.

—¡Ah! —exclamó Victoria, corriendo hacia la parte trasera—. Uno de los baños estaba ocupado justo antes de que nos estrelláramos.

Ashby llamó con fuerza. —¿Hay alguien ahí dentro? —Golpeó la parte inferior de la puerta con el pie y luego pegó la oreja a ella.

—¿Oyes algo? —preguntó Victoria.

—No. Necesito algo para abrirla.

Ashby corrió al *galley* y regresó con un lápiz. Introdujo la punta en un pequeño orificio junto a la señal de ocupado y la deslizó. El indicador rojo cambió a verde. La puerta se abrió unos centímetros.

—¡Hay una mujer en el suelo!

Victoria se asomó por detrás de él. El haz de luz de un teléfono a su espalda iluminó el minúsculo espacio. Reconoció el uniforme azul y el cabello rubio ceniza de Sarah. —Es otra de las auxiliares de vuelo.

—Bien. —Sergei se levantó, moviéndose como un oso gigante bajo una masa de abrigos y mantas—. Si lo que has dicho es cierto, ella puede abrir la cabina de mando.

—No se mueve. —Victoria se puso de rodillas y agarró el brazo de Sarah. La auxiliar se agitó—. Sarah, ¿puedes ponerte en pie?

Gimiendo, Sarah luchó por quitarse una máscara de plástico transparente de la cara. A sus pies, un tanque de oxígeno portátil golpeó metálicamente contra la base del inodoro.

Victoria intentó encontrarle sentido a la máscara y a la botella de oxígeno. ¿Escondidas bajo los lavabos para emergencias? No creía que fueran equipamiento estándar en los aseos.

Sarah abría y cerraba los ojos. Tenía la mejilla muy amoratada y un bulto del tamaño de un huevo le sobresalía en la frente. Sangre seca apelmazaba el cabello en la parte superior de su cabeza.

Victoria la ayudó a levantarse.

Sarah se apoyó pesadamente en el lavabo, con los ojos negándose a permanecer abiertos. Levantó un brazo lentamente. Se tocó la cabeza y soltó un quejido.

El espejo se había hecho añicos y Sarah tenía cortes en los brazos por los cristales rotos del suelo. Debía de haber caído y golpeado la cara con el borde duro del lavabo y luego la nuca contra el inodoro.

¿Por qué estaba en el baño mientras el avión caía? Victoria agarró el brazo de Sarah para mantenerla estable. — ¿Sabes que nuestro avión se ha estrellado?

Sarah sacudió la cabeza, apenas un poco, y gimió.

—¿Se guardan tanques y máscaras de oxígeno en los baños?

—¿Qué demonios? —vociferó Sergei por encima del hombro de Victoria—. ¿Por qué tenía eso? —Él apartó a Victoria de un empujón y pasó la luz de su teléfono por el espacio.

Sarah lanzó un grito y se desplomó; un hombro golpeó contra la pared del baño.

Victoria empujó a Sergei lejos de la puerta. —Vamos, Sarah. Tenemos que sacarte de aquí y ponerte más ropa. —Guio a la azafata hasta un asiento cercano, frente a los cadáveres. Ayudó a Sarah a sentarse con suavidad.

—Ese bulto en la cabeza es algo bueno. —Ashby se asomó por encima del asiento desde detrás de ellos, apuntando con su linterna a la frente de Sarah—. Significa que la inflamación tiene un lugar hacia donde expandirse. Yo tuve uno así jugando al fútbol el año pasado. Se me pasó en un día más o menos y quedé bien.

Sergei se inclinó hacia Sarah. — ¿Puedes abrir la cabina o no? — Su voz era amenazante—. Tenemos que entrar ahí y averiguar qué demonios ha pasado. Y qué papel has tenido tú en esto.

—Déjala en paz. —Ned fulminó a Sergei con la mirada—. Tiene una conmoción cerebral.

Sarah se volvió hacia Sergei; sus ojos estaban desenfocados. —Sé quién eres —susurró.

Sergei dio un paso atrás.

Victoria observó a Sergei mientras agarraba la última manta de la pila. *¿Qué ha querido decir Sarah con eso?*

Sergei frunció el ceño. — ¿Tienes el código de seguridad para entrar en la cabina? —Pronunció lentamente cada palabra, con voz profunda y fuerte.

—Sí. —Tiritando, Sarah apoyó la cabeza entre las manos—. Yo solo... lo siento mucho.

—¿Sientes el qué? —preguntó Ashby.

—No... no puedo pensar —gimió Sarah—. No sé qué ha pasado.

—Está bien, Sarah. —Victoria envolvió los hombros de Sarah con la manta y la sujetó—. ¿Puede alguien cogerle otro jersey y un abrigo de ese montón?

—¡No está bien! —gritó Sergei—. ¡No está nada bien y no me seas blanda con ella! Esto es una emergencia. Está entrenada para emergencias. Tiene que esforzarse más. Tiene que hacer su trabajo.

—Las tripulaciones de vuelo están entrenadas —dijo Ned—. No son de hierro. Tiene una conmoción y tú no serás el único que acabe así si no te calmas un poco.

Sergei levantó las manos, mirando a Ned como si le divirtiera. —Lo que tú digas, grandullón. —Volvió a aporrear la puerta de la cabina.

Rosamond se quitó una de sus capas de ropa y envolvió a Sarah con ella.

Sarah tragó saliva. Echó la cabeza hacia delante y se tapó la boca con la mano. Abrió mucho los ojos y tuvo una arcada.

Segura de que la azafata estaba a punto de vomitar, Victoria miró a su alrededor, buscando desesperada algo para recogerlo. Pero Sarah se limitó a cerrar los ojos y se desplomó contra el asiento.

Sergei regresó. Su ira se dirigió ahora hacia Victoria. —Y ahora que lo pienso, tú estabas despierta cuando los demás estábamos inconscientes. ¿A qué se debe eso?

Victoria se había estado preguntando lo mismo. —No lo sé. Pero fue aterrador.

—Es sospechoso, eso es lo que es.

Un círculo de luz de un teléfono se deslizó sobre los asientos y aterrizó en el rostro de Sergei. Victoria notó el brillo gélido de sus

ojos.

—Mira, un vaso de hielo derretido se me cayó en el regazo —explicó ella—. Y... me tomé una pastilla para prevenir el mal de altura antes de salir. El medicamento hace que la sangre sea más ácida. La sangre ácida permite absorber más oxígeno. Quizá por eso estaba despierta. Pero no sé qué ha pasado, y desde luego no he tenido nada que ver con la caída del avión.

Sarah masculló algo sin levantar la cabeza.

—¿Qué está diciendo? —Sergei agarró el brazo de Sarah.

Ned lo apartó de un empujón.

Victoria se acercó para poder oír mejor a Sarah. —Trozo de papel... café... fondo del office —murmuró Sarah.

—¿Puedes repetirlo una vez más? —Victoria se inclinó, acercando el oído a la boca de Sarah mientras esta repetía lo que intentaba decir—. El código está anotado dentro del office —dijo Victoria—. Con los suministros del café. Tal vez.

Ashby llegó primero al office. Alumbrando delante de él, abrió las puertas superiores y deslizó los estantes hacia fuera. Tras un breve rato, pasó a los armarios de la parte inferior, sacándolos y levantando los recipientes y las tazas. —Creo que podría ser esto. —Despegó un papel amarillo doblado del fondo de una bandeja extraíble—. Es una serie de números.

—¿Por qué estaba anotado ahí donde cualquiera podría encontrarlo? ¿Eh? ¡Ya lo veis! ¡Algo no cuadra! —Sergei dio una patada a la puerta de la cabina para enfatizar.

Victoria estaba atónita de que el código hubiera sido anotado. Debía de ir en contra de todos los protocolos de seguridad, el juicio y el sentido común.

—¿Se abrirá la puerta sin electricidad? —preguntó Ashby.

—Estamos a punto de averiguarlo. —Sergei arrebató el post-it de los dedos de Ashby—. Pon la luz en esto.

Ashby obedeció. Sergei marcó los números.

Victoria corrió hacia la puerta; todos sus instintos le decían que debía entrar primero. Giró el picaporte y tiró de él. Se abrió. —Oh, no. —Se quedó en el umbral, analizando el espacio como si fuera la escena de un crimen.

El mayor de los dos pilotos estaba en el suelo ante su asiento. La sangre cubría su piel pálida. El otro, un hombre más joven de rasgos asiáticos, estaba desparramado sobre los controles. Las salpicaduras de sangre cubrían la ventana.

Victoria observó a Sergei, evaluando su reacción. Él la apartó para mirar fijamente a los pilotos y luego a Victoria. —Están muertos.

Victoria comprobó sus constantes vitales antes de aceptar que habían fallecido. Debían de haber muerto por las heridas sufridas durante el choque, pero no podía estar segura. ¿Por qué no llevaban puestos los cinturones de seguridad cuando el avión estaba cayendo?

Había una fotografía metida en el lateral de la consola: una mujer sonriente flanqueada por dos hombres corpulentos que vestían uniformes de fútbol americano. Los jóvenes, gemelos idénticos, sobrepasaban en altura a la mujer. Ella sostenía un ramo de flores y sonreía como si rebosara de orgullo. La foto se había tomado en un campo de fútbol. Los postes de la portería eran visibles al fondo.

—Si sacamos a los pilotos, podemos esperar aquí dentro hasta que nos encuentren —dijo Sergei.

Cada ápice del entrenamiento de Victoria le decía que debía preservar la escena, dejar a los pilotos para que los rescatadores pudieran determinar qué había ocurrido. Pero el frío dentro de la cabina de pasajeros era insoportable. La sensación térmica lo empeoraba. Sergei tenía razón. Dentro de la cabina de mando, podrían apiñarse como sardinas y evitar la hipotermia hasta que saliera el sol o llegaran los equipos de rescate, lo que ocurriera primero.

—Que tu hombre me ayude a sacarlos de aquí —dijo Sergei.

—Dejadme que les haga una foto primero.

—¿Tienes algún fetiche con los muertos?

—Es para la investigación. —Victoria tomó fotos de los pilotos desde todos los ángulos y luego apagó el teléfono para conservar la batería. Si era cuidadosa, debería durar otro medio día. Lo suficiente para que estuvieran fuera de allí.

Ned y Ashby sacaron a los pilotos de la cabina y los llevaron al lado derecho del avión con la azafata y los pasajeros de primera

clase que no habían sobrevivido.

Victoria recogió una gorra de donde descansaba sobre los controles. Estaba cubierta de sangre congelada. Estudió las palancas, diales, botones e interruptores. Probó la radio y luego el teléfono por satélite.

—¿Nada? —preguntó Rosamond.

Victoria sacudió la cabeza. —No hay corriente. No hay señal. Si logramos darle energía a esta radio, ¿sabes cómo usarla?

—Sí. —Rosamond se adelantó un poco—. Mi marido tuvo varios aviones a lo largo de los años. Era un poco aficionado a la aeronáutica. —Rosamond cogió el auricular—. Probablemente no funcionará sin energía, pero voy a intentarlo de todos modos. —Pulsó un botón y giró un dial como si supiera exactamente lo que estaba haciendo—. Mayday. Mayday. Habla una pasajera del vuelo de Skyline. ¿Me reciben?

No hubo nada.

—Mayday. Habla una pasajera del vuelo de Skyline... no lo sé. —Soltó la radio y dijo—: Estoy tan estresada que no soy capaz de recordar el número de vuelo por nada del mundo.

—Creo que era el 745. Pero espero que seamos su único vuelo estrellado hoy. —Por una fracción de segundo, Victoria sonrió a Rosamond, más por los nervios y la adrenalina desbocada que por otra cosa.

Como era de esperar, no salió ningún sonido de la radio. Ni estática. Ni respuesta.

—Nos hemos estrellado. ¿Me reciben? —Rosamond dejó escapar un pesado suspiro—. Mientras las comunicaciones funcionaran hasta el momento en que el avión se estrelló, no deberíamos tener que esperar mucho más.

Sergei entró en la cabina cargando mantas y un abrigo largo de lana. Se fijó en el hacha sujeta contra la pared. —Eso podría venir bien. —Dejándose caer en uno de los asientos de los pilotos, estiró las piernas sobre los controles y se tapó con la ropa.

Victoria ayudó a Lizzie a levantarse sobre su pie bueno y la ayudó a cojear hasta el baño y luego al interior de la cabina. Ned llevó a Sarah en brazos y la depositó suavemente en el otro asiento.

—Sabéis, acabo de recordar algo —dijo Ashby—. Con una conmoción, se supone que hay que despertar a la persona cada pocas horas para asegurarse de que está bien.

—Y si no está bien, la llevas corriendo a urgencias —espetó Sergei —. Por si no te has dado cuenta, eso no es una opción ahora mismo.

Tenía razón. Quizá dejar que Sarah durmiera toda la noche sin interrupciones era lo mejor.

—Pero no os preocupéis, que no le quitaré ojo. —Sergei miró de reojo a Sarah—. No estoy tan convencido de que no pueda hablar. Puede que sea que no quiera hablar. Si tiene cosas que ocultar, este numerito que está montando es la excusa perfecta.

—Cualquiera puede ver que no es un numerito. —Rosamond se cruzó de brazos.

Ned miró fijamente a Sergei. —No sé qué crees que ha hecho, y no puedo imaginar por qué estrellaría un avión estando ella dentro, pero no hay nada que podamos hacer al respecto ahora. No va a cambiar nuestra situación. Así que relájate y espera hasta que salgamos de aquí. No somos la policía ni el sistema judicial.

Victoria se puso las manos en las caderas. *Bueno... en cierto modo yo sí soy la policía. Pero tiene razón. Sarah está muy mal y nada de lo que pueda decirnos va a sacarnos de aquí por arte de magia.*

Ashby se sentó en el suelo, detrás de los asientos de los pilotos. —Esos sacos de dormir árticos especiales vendrían de lujo ahora mismo.

—Deberíamos apiñarnos todos para conservar el calor corporal. —Ned se sentó cerca de Ashby.

Sergei miró a Sarah. —No me importaría ayudarla a mantenerse caliente. Puedo asegurarme de que no se escape con raquetas de nieve mientras todos dormimos.

—¿Tú también te has dado un golpe en la cabeza? —Lizzie se quedó boquiabierta—. ¡No va a ir a ninguna parte sin muchísima ayuda!

—Yo mantendré caliente a Sarah. —El tono de Rosamond era firme —. Pero tú deberías ponerte en el suelo junto a los demás.

Sergei se burló. —No voy a dormir en el suelo con ninguno de vosotros. Además, no hay sitio para todos de todas formas.

—Solo intentamos que sigas vivo —dijo Ned—. Es una emergencia, no una fiesta.

—No lo quiero aquí abajo —susurró Lizzie.

Sergei se rió. —Te oigo. De todas formas no eres mi tipo. Demasiado flaca. Me gustan las chicas con muchas más curvas. Así que no te preocupes, cerebrito de mosquito.

Victoria ayudó a Lizzie a bajar al suelo.

Ned rodeó a Victoria con sus brazos. Ella se acurrucó contra él, absorbiendo su calor corporal.

—Si nos encuentran... —dijo Ashby.

—No digas «*si* nos encuentran» —le cortó Victoria—. Es «*cuando* nos encuentren». Y no debería faltar mucho. La operación de rescate probablemente se esté organizando ya.

—Pensé que habrían venido volando. ¿Sabéis? —dijo Lizzie—. En plan venir enseguida con paramédicos y médicos por si nos estamos muriendo.

—Sí. Yo también —coincidió Ashby.

Tenían razón. Y eso preocupaba a Victoria.

Rosamond rezó en voz baja. —Padre nuestro, que estás en los cielos...

—Basta de eso, de ese... ruido —masculló Sergei.

—Estoy rezando.

—¿Rezando? ¿A Dios?

—Por supuesto.

—¿Al Dios que ha estrellado nuestro avión y ha matado a los pilotos y a la mitad de los otros pasajeros de primera clase? Está un poco ausente, ¿no crees?, después de causar este desastre.

Ned miró con ferocidad a Sergei aunque el hombre no podía verle. —Yo rezaré contigo, Rosamond. Santificado sea tu nombre...

—Deberían estar aquí en cuanto sea de día. —Victoria se acercó más a Lizzie.

Lizzie se subió la manta hasta la barbilla. —No será lo suficientemente pronto.

—Amén a eso —masculló Sergei.

Se acurrucaron bajo los abrigos y mantas recuperados, con las manos cubiertas con calcetines, esperando.

CAPÍTULO 5

En el interior de su despacho revestido de paneles de caoba, el hombre que se hacía llamar El Ingeniero escuchaba las noticias de última hora.

Skyline Airlines informó de la desaparición del avión pocos minutos después de que este se perdiera de los radares. Por supuesto que lo hicieron. No tenían otra opción. Aquello era bueno. Todo el mundo se enteraría. Tendría la atención de todos cuando les contara exactamente qué era lo que estaba en juego.

Dos grupos terroristas distintos, el ISIS y Boko Haram, se apresuraron simultáneamente a atribuirse el derribo del vuelo 745. Probablemente les seguirían más. El Ingeniero se rió, pero fue un sonido agudo y nervioso. —Idiotas —dijo en voz alta—. Nadie ha derribado el avión. El avión está bien.

Utilizó un pañuelo para quitar el polvo a los premios de su estantería, una tarea que nunca antes había hecho. El equipo de limpieza se encargaba de esas cosas cuando él no estaba. Pero su energía nerviosa solía encontrar escapes extraños. Necesitaba

mantenerse ocupado hasta que llegara la llamada de confirmación. Entonces, pondría en marcha el resto de su plan.

Se sentó a su escritorio, flexionó y extendió los dedos, y se quedó mirando las llamas de su chimenea de gas, intentando no vigilar el teléfono. Un televisor en la pared, sobre la chimenea, estaba encendido sin sonido, sintonizado en un canal de noticias. Subió el volumen, observó un rato y volvió a quitarlo. A medida que los minutos se convertían en horas, ya no pudo ignorar su creciente ansiedad. El piloto ya debería haber llamado para decir que el avión había aterrizado. ¿Alguien le había traicionado? ¿Habían cogido la tecnología para venderla al mejor postor? El Ingeniero no podía creerlo. Ni por un segundo. Para proteger el mundo, así como su propia vida, había sido tan reservado que casi nadie sabía lo que estaba ocurriendo. El piloto estaba obsesivamente dedicado a su causa. No le importaba el dinero. Así que no era eso. Pero algo había salido mal. El Ingeniero giró su asiento unos centímetros de un lado a otro, tamborileando con los dedos sobre su enorme escritorio.

Sonó su teléfono. El especial. Solo unas pocas personas tenían el número. La pantalla decía Runway. El Ingeniero suspiró aliviado al aceptar la llamada.

—Aquí Runway llamando a El Ingeniero.

—Recibido, Runway. Aquí El Ingeniero —. El viento aullaba al otro lado y se alegró de estar orquestando los acontecimientos desde su cómodo despacho en casa.

—Tenemos un problema aquí.

El Ingeniero apretó la mandíbula. Estuvo tentado de colgar y desentenderse de cualquier problema que pudiera haber. Pero ya era demasiado tarde para eso. —¿De qué se trata?

—No es de mi parte del contrato. Hemos despejado una pista de aterrizaje entera según sus especificaciones. Está toda iluminada. Tenemos el combustible para aviones. Tenemos un médico para sus pasajeros, tal como pidió. Estamos listos para recibirlos. El único problema es que... no tenemos su avión.

A El Ingeniero se le dio un vuelco el estómago. Aquello era un problema. Un problema real. Uno que no había previsto. Uno que no podía solucionar a base de dinero. Había planeado tantos

escenarios: que pillaran al mozo de equipajes, o que fallara el adhesivo... pero no este. Su corazón se aceleró hacia un ataque de pánico. *Mantén la calma. No vas a fracasar.* Logró ordenar sus pensamientos. —Espere ahí para recibir más instrucciones. Asegúrese de que todos se queden. Está al llegar.

—Entonces, ¿dónde está ahora?

—Está al llegar —espetó.

—Esperábamos uno de sus jets privados. Pero... me he enterado de que ha desaparecido un avión comercial. El jet que debía aterrizar aquí... no es el avión que ha desaparecido, ¿verdad?

—Quédese ahí y haga aquello por lo que se le ha pagado —. El Ingeniero se levantó de la silla y se presionó el corazón con la mano, intentando calmar las palpitaciones. Si el avión no había aterrizado en la pista recién creada en Groenlandia como estaba previsto, entonces, al igual que todos los demás... no tenía forma de saber dónde estaba.

CAPÍTULO 6

Rivera encendió la luz de la cocina de un manotazo y cogió una cerveza de la nevera. Encendió el televisor, agarró un abridor y se hundió en su sillón reclinable. Con un partido de baloncesto de fondo, bebió un sorbo de cerveza y consultó los mensajes en su teléfono.

Su mensaje más reciente tenía como asunto *Vuelo 745*. Era de su jefe, el agente especial a cargo, Larry Murphy. El mensaje había sido enviado a todos los de la oficina de D.C.

Se cree que una de nuestras colegas, la agente Victoria Heslin, es pasajera del Vuelo 745. En el momento de este mensaje, se desconoce la ubicación del avión. Prestaremos asistencia en la investigación.

Un escalofrío profundo recorrió a Rivera, revolviéndole el estómago. Dejó la cerveza y llamó a Murphy. —Acabo de ver tu correo electrónico. ¿Sabes algo? ¿Han localizado el avión?

—No sabemos nada porque nadie sabe nada. El investigador principal de vuelos de la NTSB es un colega mío, James Follett. Le he dicho que Victoria es de los nuestros. Me mantendrá al tanto y le

daremos toda la información que necesite. Ahora mismo, lo único que sabemos es que los transpondedores se apagaron y todas las señales del vuelo fueron bloqueadas.

Rivera caminó hacia la cocina. —¿Bloqueadas? ¿Cómo que bloqueadas?

—Aún no están seguros.

—¿Qué crees que...? Quiero decir, ¿qué podemos hacer? —Regresó a grandes zancadas al salón.

—No estoy seguro. Espera un momento. —Con la voz amortiguada, Murphy habló con otra persona y luego volvió a atender la línea—. ¿Rivera?

—¿Son terroristas?

—Aún no lo sabemos. Mira, me tengo que ir. Me quedo en la oficina. Enviaré una actualización en cuanto haya información.

Presionándose la frente con la mano, Rivera se situó frente a su ordenador, intentando pensar dónde podría encontrar información adicional y útil. Tras un rato de búsqueda, navegó por el Professional Pilots Rumour Network, un sitio para pilotos y otros interesados en la industria de la aviación. Ya había docenas de hilos discutiendo sobre el Vuelo 745. Todo especulaciones. Pasó a Airliners.net, otro sitio web dirigido a entusiastas de la aviación, y encontró lo mismo.

Preparó café, revisó su correo electrónico por si había nuevos mensajes de Murphy y fue cambiando de canal para ver si alguna de las cadenas de noticias tenía alguna novedad sobre el vuelo. Buscó en internet estadísticas e información sobre accidentes de aviones comerciales. Según múltiples fuentes, las probabilidades de sufrir un accidente aéreo eran ínfimas: una entre cien si una persona volara todos los días durante nueve años seguidos. Las probabilidades de morir eran de una entre cinco millones. Una entre once millones según otro sitio. Aun así, había más accidentes de los que imaginaba. Ver una larga lista de ellos agrupados alimentó sus temores. La mayoría de los accidentes ocurrían en el despegue o el aterrizaje. Solo el diez por ciento se producían con aviones a altitud de crucero. De esos, la mayoría se debían a explosiones, colisiones en el aire o misiles.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar hasta saber algo más? Las operaciones de búsqueda y rescate estaban en marcha, así que no podían pasar más de unas horas antes de que se divisaran los primeros restos. Si el avión se había estrellado, alguien tenía que haberlo visto. A menos que hubiera caído en una zona tan aislada que no hubiera nadie cerca para ver nada. Dejó caer la cabeza entre las manos y gimió.

Victoria está en ese avión.

Tenía que volver a verla. Ella no sabía que él estaba enamorado de ella.

A las tres de la mañana, consideró tomar una pastilla para dormir y descansar unas horas, pero decidió no hacerlo. Se quedó tumbado en la cama, mirando al techo, conmocionado por el hecho de que no se informara de nada nuevo.

Antes del amanecer, hizo su trayecto hasta la oficina de D.C. por calles silenciosas y vacías. Ayudaba el hecho de que fuera una mañana de sábado fría. La escarcha cubría la hierba y los jardines. Sus faros iluminaban pequeñas placas de hielo negro en las calles. Fue cambiando la radio entre los canales de noticias, esperando en cualquier segundo oír que habían encontrado el avión. Pero seguía sin haber información sobre el paradero de la aeronave. Las noticias solo repetían lo que ya sabía.

—Skyline Airlines ha confirmado que el Vuelo 745 de Dulles a London Heathrow perdió contacto con el control de tráfico aéreo canadiense y desapareció del radar a las 20:58 de ayer, aproximadamente dos horas después del despegue. No hubo indicios de problemas a bordo ni de fallos mecánicos en el avión. La última transmisión del vuelo fue un informe de posición automatizado antes de entrar en el espacio aéreo canadiense. El vuelo había alterado el rumbo para evitar turbulencias. En este momento, se desconoce la ubicación del avión. El vuelo transportaba a 178 pasajeros y seis miembros de la tripulación.

Increíble. Aparcó su coche en el garaje del FBI y se apresuró hacia el edificio, con las estadísticas de accidentes aéreos dando vueltas en su cerebro. ¿Qué probabilidades había de que Victoria siguiera viva? Rezó para que así fuera, aun cuando sus entrañas revueltas le

recordaban lo poco probable que sería. Tenía que saber qué le había pasado. Si regresaba sana y salva, un milagro que desafiaría toda probabilidad, no iba a esperar ni un minuto más para decirle lo que sentía. No. Eso no importaría. Lo único que importaba era que Victoria estuviera viva. Rezó otra oración y fue directo al despacho de Murphy.

Vestido con vaqueros y una sudadera con capucha, Sam, uno de los mejores analistas de inteligencia del FBI, ya estaba allí. Solía tener una sonrisa en la cara, pero hoy no. Se saludaron con solemnes asentimientos de cabeza.

Murphy estaba de pie tras su escritorio, bajo sus títulos enmarcados de la Universidad de Georgia y la Facultad de Derecho de Wake Forest. —Acabo de recibir el manifiesto de vuelo de mi colega. Será público en cuanto hayan contactado con todas las familias. Lo estoy imprimiendo ahora. Os enviaré copias electrónicas a los dos. Averigüemos quién más iba en ese avión. No es que no confíe en los investigadores —James es el mejor y podéis apostar a que ya están analizando esto a fondo—, pero vamos a ayudarlos a terminar el trabajo.

—Consigue también el registro de carga. —Rivera llevaba traje y corbata porque siempre lo hacía, y ahora se aflojó el nudo.

—Ya lo he pedido. —Murphy se dirigió a la impresora que escupía documentos en un rincón de su despacho.

—¿Qué se dice por ahí? —preguntó Sam—. ¿Algo los derribó o fue un fallo mecánico?

—O un acto fortuito del destino —dijo Murphy, recogiendo los papeles de la impresora—. Hubo tormentas fuertes por toda la costa este. Podría haber sido el impacto repentino de un rayo. Pero realmente no lo saben. Y puede que no lo sepan hasta que encuentren el avión y el registrador de datos de vuelo. La única información que tengo y que no se ha hecho pública es sobre la última comunicación del piloto. No hubo llamadas de auxilio. Ni señales de problemas. No hubo indicios de los sistemas automatizados de que algo fuera mal. Pero la última comunicación entre el piloto y el control de tráfico aéreo puede haber sido un poco extraña.

—¿Extraña en qué sentido? —preguntó Rivera, apretando los labios.

Murphy ordenó los papeles. —Se supone que los pilotos deben repetir exactamente las instrucciones que reciben desde tierra y despedirse con su indicativo de llamada, para que no haya confusión.

Rivera sentía un vacío en su interior. No podía creer que estuvieran hablando de un avión desaparecido, un avión en el que iba Victoria. Recordó cómo ella mantuvo la compostura cuando se enfrentó a un asesino perturbado en su cocina. ¿Qué clase de mujer podía enfrentarse con éxito a un asesino en serie demente en su propia cocina y seguir teniendo un aspecto digno de una modelo? Se giró para mirar por la ventana.

—¿Rivera?

—¿Qué? —volvió a prestar atención—. Sí. Estoy escuchando.

—El piloto solicitó un ajuste de la ruta de vuelo para evitar turbulencias. El controlador de tráfico lo aprobó. El piloto respondió: «Recibido. Gracias. Aquí el capitán Jacobs, corto y cierro». La NTSB ha escuchado cientos de transmisiones grabadas de ese piloto. Nunca ha dicho nada parecido. Ni una sola vez. Además de eso, se puede oír al copiloto reírse de fondo. Eso es todo. No es una señal flagrante de problemas, el tipo podría haber estado de un humor excelente. Tal vez el copiloto acababa de contarle el mejor chiste de la historia. No suena aturdido ni intoxicado. Simplemente no dio la colación precisa. Es lo único inusual con lo que tienen que trabajar.

—La gente dice cosas extrañas bajo presión —dijo Sam, tirando del cordón de su sudadera—. Pero si esa era la forma del piloto de enviar una señal de socorro sutil, podría haberlo hecho mejor.

—Un comportamiento fuera de lo común podría ser un signo inicial de hipoxia. —Rivera se acercó a la pequeña mesa y dejó su maletín con el portátil sobre ella—. Estaba leyendo sobre el fatídico vuelo de Payne Stewart.

—Aquel en el que el flujo de aire se vio comprometido. —Sam sacó una de las tres sillas alrededor de la mesa y se sentó.

—Sí —dijo Rivera—. Todos a bordo estaban inconscientes o muertos y el avión voló con el piloto automático durante dos horas,

flanqueado por cazas, antes de que se quedara sin combustible y se estrellara. Pero esto es diferente. El Vuelo 745 desapareció del radar. Aquí está pasando algo más. —¿Hacía eso que la situación fuera más esperanzadora o peor? No lo sabía. Cerró los puños con fuerza y los apretó, canalizando su miedo en determinación.

Murphy entregó a Rivera y a Sam copias del manifiesto y luego cogió su taza de los Georgia Bulldogs de su escritorio. —Tienen helicópteros y barcos registrando la zona alrededor de la última ubicación conocida. Están lanzando sonar al lecho marino, buscando restos a lo largo de la costa noreste e intentando captar una señal del avión.

—Dado que no han encontrado ningún rastro de restos... —Sujetando los papeles, Rivera puso una mano en el respaldo de una silla y se inclinó hacia delante—. No sabemos si ellos... puede que no se hayan estrellado.

—Venga ya. —Sam miró a Rivera—. Victoria es una de las mujeres más amables y mejores que conozco. Pero las probabilidades de que alguien en ese avión esté bien, después de tanto tiempo desaparecido...

—Cosas más extrañas han pasado. —Rivera soltó la silla y se enderezó, cuadrando los hombros.

—El avión se estrelló —dijo Murphy—. No digo que no haya supervivientes, pero el avión se estrelló. Vamos a ayudar a averiguar por qué. Y si alguien, o un grupo, es responsable, va a pagar por ello.

—¿Entonces por qué no hay restos? —preguntó Rivera—. ¿Por qué nadie lo vio caer? ¿Por qué la caja negra no está enviando señales?

—Los equipos de rescate tienen que estar a menos de una milla de las cajas negras para captar las señales —dijo Murphy—. El avión podría estar enterrado a demasiada profundidad bajo el océano.

—El vuelo estaba a cientos de millas del océano cuando desapareció.

—¿Entonces, qué? —preguntó Sam—. ¿Crees que el avión siguió volando, esquivando el radar?

—Posiblemente. Sí. —Eso era lo que Rivera quería creer—. Es un escenario posible hasta que encontremos pruebas que demuestren

lo contrario.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé.

—¿Quién va a cuidar de todos sus perros? —Sam sacó la cabeza.

—Estoy seguro de que ese tipo, el veterinario paseador de perros, está con ellos ahora mismo. Escuchad, vamos a ayudar a averiguar qué está pasando. —Murphy le dio una palmada en el hombro a Sam e inclinó la cabeza hacia su puerta—. Iremos a una sala de conferencias para dividirnos la lista y vencer. Todo el mundo está ansioso por ayudar.

Bajaron las escaleras a una planta inferior y entraron en una de las salas de conferencias. Rivera colgó la chaqueta de su traje en el respaldo de la silla y preparó su portátil. —Empezaré con los pasajeros de primera clase. —Abrió el manifiesto y escaneó los nombres, buscando a Victoria—. Había muchos asientos vacíos delante.

Allí estaba. Victoria Heslin. Asiento 3G. Agente del FBI, armada, y su número de identificación. Junto a ella, en el asiento 3F: Ned Patterson.

Rivera se quedó mirando el nombre y resistió el impulso de sentir algo que no fuera entumecimiento. *Victoria estaba con Ned.* Ella le había contado que los perros del refugio en España estaban en mal estado por accidentes de coche, abandonados por los cazadores al final de la temporada de caza cuando ya no eran necesarios, desnutridos y enfermos. Necesitaban atención veterinaria y Ned era veterinario. Por eso se lo había llevado. Tenía todo el sentido del mundo. Y no importaba. No ahora, al menos. No tenía sentido darle vueltas.

Rivera le había hecho un control de antecedentes a Ned Patterson unos meses antes, cuando Victoria recibía notas amenazadoras de un asesino desconocido que resultó estar obsesionado con ella. El agente ya sabía más de lo que quería sobre el bondadoso veterinario del Medio Oeste, cuyas aficiones eran los triatlones y el cuidado de los animales. No había necesidad de investigar más ahora.

Pasó al siguiente nombre, tecleándolo en una base de datos del FBI y analizando la información y los sitios que aparecían para cada

nombre.

Vanya Ampari. 36 años. Financiera en Goldman Sachs. Nacida y educada en Michigan. Empleada en la firma desde que recibió su MBA en Wharton.

Sergei Lombardo. 44 años. Un hombre de negocios que afirma tener experiencia en la importación y exportación de mercancías valiosas. *Sea lo que sea lo que eso signifique.* Cumplió condena en la cárcel por blanqueo de dinero y de nuevo por tráfico de drogas. *¿A pesar de dos estancias en la cárcel y de no tener un empleador registrado, le va lo suficientemente bien como para comprarse un billete de primera clase a Londres?* Era definitivamente un individuo al que tenían que mirar más de cerca.

Dr. Harold Munson y Susan Munson. 75 y 76 años. Un cirujano ortopédico jubilado y su esposa, de Maryland.

Rosamond Spencer. 55 años. Originaria del Reino Unido pero con domicilio permanente en McLean, Virginia. Presentó demanda de divorcio. Copropietaria de la empresa Tritech y todas sus participaciones. Tritech era un titán en la industria tecnológica.

Ashby Burke. Dieciséis años. Estudiante de segundo año en Camden Academy, una exclusiva escuela preparatoria a las afueras de D.C. Su padre era banquero de inversiones en Bryant and Lessman, el director de su división europea.

Lizzie Morton, una estudiante de diecinueve años de la UVA. La vida que publicaba en internet mostraba a una hermosa joven rodeada de amigos. Se había trasladado de clase turista a primera clase antes del despegue. Según el protocolo, el auxiliar de vuelo había ajustado la asignación de asiento de Morton en el ordenador.

La auxiliar asignada a la cabina de primera clase era Sarah Barber, de 29 años, de Delaware. Llevaba tres años empleada en la aerolínea y trabajaba principalmente en vuelos transatlánticos. Sus páginas de redes sociales revelaban a una rubia menuda que tenía buen gusto para la moda y que claramente amaba sus escalas europeas. Estaba intentando montar su propia empresa. De venta de exfoliantes faciales orgánicos.

—¿Algo que destaque? —preguntó Murphy—. ¿Alguna señal de alarma?

—Tres ciudadanos iraníes de veintitantos años viajaban juntos —dijo Sam—. Estudiantes de intercambio que estudiaban en Londres y fueron a Estados Unidos de vacaciones.

—Lo quiero todo sobre ellos —dijo Murphy—. ¿Alguien con experiencia de vuelo a bordo?

—Sí —respondió Sam, estudiando la información en su pantalla—. Evan Aarons es un piloto con licencia que anteriormente voló para Delta. Compró su billete menos de veinticuatro horas antes de la salida. Iba a asistir al funeral de un amigo en Londres. Tal como exige la FAA, presentó una carta de su médico indicando su necesidad de viajar con un dispositivo de oxígeno portátil. —Sam levantó la vista—. Si el avión fue desviado —lo cual no es probable, pero si estamos especulando—, ¿podría ser Victoria un objetivo de rescate? No es que no haya formas mucho más fáciles de llevar a cabo un secuestro, pero solo lo planteo. Sé que su familia es extremadamente rica, pero ¿son, no sé, multimillonarios?

—Nunca hemos hablado de cuánto dinero tiene su familia. —Rivera se pasó una mano por su pelo oscuro y corto—. Solo sé que es mucho. Puedes buscarlo. La mayor parte del dinero pertenece a su padre. Ella tiene un fideicomiso establecido por su abuelo.

—Si Victoria fue el objetivo, también podría estar relacionado con uno de sus casos. —Sam volvió a aporrear las teclas de su teclado y a mirar fijamente su pantalla—. El grupo de tráfico sexual de Charlotte tenía poderosas conexiones globales. Ella todavía tiene que testificar en ese caso.

—O podría ser simplemente una tragedia fortuita. —Murphy se subió las mangas de la camisa—. Al igual que para todos los demás que iban en él. Investigad más a fondo a todos ellos. Ahora mismo, todo el mundo es una persona de interés, tanto como objetivo como sospechoso.

—Deberíamos llamar al padre de Victoria —dijo Sam—. Avisarle de que nos ocupamos de esto.

—Sí. —Rivera se levantó—. Lo haré ahora mismo.

CAPÍTULO 7

Victoria no había pegado ojo. El frío y el dolor que sentía en todo el cuerpo lo hacían imposible, y ya había dejado de intentarlo. Desde el momento en que se apretujaron en la cabina de mando, había estado atenta por si oía el zumbido de las palas de un helicóptero o los gritos de un equipo de rescate. No oyó ni lo uno ni lo otro. Los equipos de rescate ya tendrían que haber aparecido.

Una luz tenue y gris se filtraba por la ventana de la cabina, manchada de sangre; apenas lo suficiente para revelar los rostros de zombis de los supervivientes. Incluso Ned, que siempre iba por la vida con un brillo saludable permanente y una energía ilimitada, parecía agotado, con la piel de un tono rosado antinatural. Sarah había pasado la noche gimiendo y murmurando. Una y otra vez repetía: —Se suponía que el vuelo aterrizaría de forma segura.— Su aspecto era especialmente lamentable ahora, con sangre seca apelmazada en el pelo. El bulto de la frente se había reducido, pero había adquirido un inquietante color amarillento amoratado. Tenía un tajo oscuro justo en medio.

Victoria se puso de pie en el limitado espacio, deslizando la espalda por la pared lateral y teniendo cuidado de no pisar a nadie. Aún no había mucha luz fuera. El cielo estaba oscuro y plomizo, pero pudo ver por primera vez la extensión interminable de nieve. Se extendía más allá de lo que alcanzaba la vista: mechones, olas, picos y montículos. En otras circunstancias, la soledad habría sido de una belleza y una paz sobrecogedoras, especialmente desde el interior de una acogedora cabaña con un fuego rugiendo en la chimenea y sus perros acurrucados cerca. Ahora, era solo desolación y pesadumbre. Bien podrían estar varados en una balsa en medio del océano. No sabía qué sería peor.

—Tengo que usar el baño.— Sergei bajó las piernas de los controles al suelo. —Vais a tener que moveros todos.— Se rio con la boca muy abierta, dejando ver un diente de oro. Victoria se preguntó con cinismo qué parte de la situación le hacía gracia.

Sergei salió, pisoteando sus mantas y pasando a un palmo de sus piernas.

Desesperada por estirar los brazos y las piernas, Victoria salió tras él. Sergei no le gustaba y no confiaba en él. En una situación así, todo el mundo tenía que mantener la calma y la compostura o se desataría el caos. Hasta el momento, él era el único que flirteaba con un comportamiento poco cooperativo. Si perdía el control, tendrían que buscar la forma de dominarlo. Deseaba que no se llegara a eso y que no tuvieran que esperar mucho más para alejarse los unos de los otros.

En la cabina podía sentir el viento que habían oído aullar durante toda la noche. Se puso las manos en las caderas y se inclinó hacia atrás para estirarse. El dolor en el abdomen se intensificó. Con un ligero gemido, volvió a enderezarse rápidamente. Necesitaba ver cómo estaban sus heridas. Dentro de uno de los aseos, se levantó las camisetas y los jerséis y encendió la linterna del móvil. Un grueso verdugón rojo le cruzaba el abdomen por donde el cinturón de seguridad se le había clavado en la piel, y era posible que tuviera órganos magullados. Estaba sensible, pero si esa era la peor de sus dolencias físicas —y esperaba que así fuera—, era una mujer

increíblemente afortunada. Se bajó la ropa y se rehizo la coleta para apartarse el pelo de la cara.

—¿Qué has estado haciendo ahí dentro? —Sergei la miró con recelo cuando ella salió del aseo. Ella no tenía ni idea de qué estaba insinuando. Pasó de largo, prefiriendo fingir que no había oído su voz alta y desagradable.

La luz que se filtraba en la cabina no se parecía en nada a la luz del día, pero sus ojos ya se habían adaptado. Unos pantalones cubrían el rostro de la mujer india como una venda gigante, pero la manta que Victoria había puesto sobre la pareja de ancianos fallecidos había desaparecido. Parecían estar durmiendo, salvo por su piel de un azul fantasmal. Cogió dos camisetas pequeñas de los montones de ropa extra y les cubrió la cabeza.

—Sé que obviamente hay cosas peores, pero no me encuentro bien —dijo Lizzie, saltando lentamente hacia el baño sobre su pierna sana—. Me duele mucho el tobillo, está muy hinchado, y estoy mareada y con náuseas.

—Podría ser la altitud —dijo Victoria—. Tengo medicación para eso en mi mochila, pero no sé qué ha sido de ella—. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz, que tenía helada. Un sonido como de crujir y estallar se movió en el interior de sus oídos. —Definitivamente estamos a mucha altitud.

—¿Deberíamos hacer recuento de la comida y la bebida y calcular cuánto hay para cada uno? —preguntó Ashby, mirando los armarios de la cocina con barritas de cereales en la mano.

—Es una idea inteligente —dijo Victoria—. Conviene saber qué tenemos para aguantar una o dos comidas más. ¿Puedes encargarte tú de eso?

—¿Por qué habláis de racionamiento? —dijo Sergei—. No vamos a estar aquí mucho tiempo.

—Hay mucha más gente en la otra parte del avión que podría necesitar comida —dijo Ashby—. Pueden aparecer en cualquier momento.

—Entonces les recordaré que esto es comida de primera clase y que ellos no compraron billetes de primera—. Los ojos de Sergei se posaron en Lizzie.

«¿Lo dice en serio?», se preguntó Victoria.

Lizzie sorbió por la nariz. —No tengo hambre.

—Supongo que da igual.— Ashby se encogió de hombros. —Una persona puede sobrevivir siete días sin comida, pero solo tres días sin agua.

—Mi abuela pasó casi una semana sin comer ni beber.— Lizzie apoyó la cadera contra el mostrador metálico de la cocina, sin cargar peso en un pie. —Se limitó a quedarse dormida en su cama. Estaba en cuidados paliativos y pensábamos que por fin se estaba muriendo, y de repente un día se levantó y empezó a caminar de nuevo.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? —espetó Sergei—. No vamos a estar aquí una semana.

Ashby abrió una de las puertas del armario y sacó un estante. —Vaya faena. Qué desastre. Los refrescos han explotado. Las botellas de agua también están congeladas—. Separó una botella de agua de las demás, rompiendo el hielo. —Está todo pegado.

Victoria se acercó a las ventanas laterales. Mientras que la interminable extensión de nieve estaba inmaculada delante del avión, detrás estaba sembrada de restos. No le apetecía estar encerrada allí ni un minuto más. Su prolongada estancia en un espacio reducido con extraños sería la pesadilla de cualquier introvertido si no fuera por el hecho de que había ocurrido una tragedia real e impensable. —Vayamos a buscar a los demás. Me sorprende un poco que ninguno nos esté buscando todavía.

—Yo iré —dijo Ned.

—Yo también iré —exclamó Ashby—. Que alguien se encargue de inventariar la comida, si es que alguien quiere hacerlo.

—El frío prolongado no me es ajeno —dijo Rosamond—. Fui instructora de esquí...

Sergei resopló. —Eso fue hace mucho tiempo.

Rosamond no era vieja. Victoria recordaba la fuerza elegante y la excelente postura de la mujer cuando embarcó. Pero había una fragilidad y una cautela en su forma de moverse desde el accidente que hacía difícil imaginarla como instructora de esquí en las pistas.

—Conozco los signos de la hipotermia —continuó Rosamond, sin mostrar rastro de haberse sentido ofendida por el comentario de Sergei—. Cualquiera que salga fuera debe tener cuidado. Puede que un minuto te estés congelando y al siguiente, de repente, pienses que estás caliente, cómodo y relajado cuando definitivamente no es así. Y tenéis que mantener la piel protegida de la congelación.

—No pienso hacer senderismo ni explorar mientras dure nuestro pequeño desvío. Ya hace bastante frío dentro del avión—. Sergei se envolvió la cabeza con una camiseta de manga larga, cubriéndose las orejas. —Deberíais usar todos el sentido común, si es que tenéis alguno, y esperar a que vengan a sacarnos de aquí. Los pasajeros del resto del avión harán lo mismo si son listos.

—Deberíais ir —la mirada de Rosamond pasó de Ned a Victoria y luego a Ashby—. Pero tened cuidado. Yo me quedaré vigilando a Sarah. Manteneos secos. Intentad no sudar. La humedad es vuestro enemigo aquí fuera. Cualquier cosa mojada se congelará.

—Estaría bien que pudiéramos fabricar raquetas de nieve —dijo Ashby—. He estado dándole vueltas, pero aún no sé qué podríamos usar.

—Yo tampoco estoy seguro.— Ned se inclinó y miró por una de las ventanas. —Pero por lo de anoche sé que la nieve es profunda. Usemos bolsas de basura de plástico de los carritos. Podemos atárnoslas alrededor de las zapatillas y las piernas para evitar que se calen.

—Muy buena idea.— Ashby abrió los armarios de nuevo. Desdobló un montón de bolsas de basura y le dio dos a Victoria y dos a Ned.

—¿Podéis decirles a mis amigas que vengan aquí? —preguntó Lizzie—. Ahora hay todavía más asientos libres. Lo cual es muy, muy triste.

—Por supuesto —dijo Victoria—. Se lo diré.

—Mirad si pueden prescindir de algún abrigo o guantes extra —sugirió Rosamond.

Ned se puso un segundo par de calcetines a modo de guantes. —Claro. Veremos si necesitan algún tipo de ayuda. Quizá haya un médico que pueda mirar la herida de Sarah, el tobillo de Lizzie y revisar vuestras lesiones.

—Yo estaré bien.— Rosamond señaló la cocina de la parte delantera. —Probablemente aquí tengamos más comida y de mejor calidad. Quizá quieran algo. Podemos hacer un recuento de lo que tenemos mientras estáis fuera, como sugirió Ashby. Y tendremos que sentarnos sobre estas botellas de agua para que se descongelen un poco.

Sergei resopló. —Ya se me está congelando el culo. ¿Y ahora quieres que me siente sobre un trozo de hielo?

—Sí —Rosamond mantuvo la voz calmada—. Para que todos tengamos un poco de agua que beber. Por si la necesitamos. Y no hace falta que te sientes encima. Puedes metértela bajo el brazo entre las capas de ropa para que no te toque la piel.

—Ni hablar. Come nieve si tienes sed—. Sergei abrió un armario y agarró un puñado de botellitas de licor. —Así es como voy a pasar el rato.

—Guarda un par de esas —dijo Ned.

—No pareces el tipo de hombre que bebe—. Sergei desenroscó un tapón y se rio. —Si me hubieras preguntado, habría jurado que no te sales de tu dieta de col rizada y pollo a la plancha. Probablemente tengas una tarjeta de cliente habitual en uno de esos absurdos bares de zumos veganos, ¿verdad?

—Podríamos necesitar el alcohol en caso de emergencia.— Ned se concentró en sujetarse una bolsa de basura alrededor de la pierna. —Puede que lo necesitemos como antiséptico o... como anestésico.

Sergei se burló y se dejó caer en su asiento. —Qué va. Estarán aquí pronto. No creo que necesitemos amputar el tobillito flaco de Lizzie antes de eso.

Lizzie se quedó sin aliento.

—No es buena idea beber alcohol con este frío —dijo Rosamond, metiéndose una botella de agua bajo el brazo.

Ashby se agachó y miró por la ventana. —Sabéis, no hay más luz ahora que hace horas. El sol sigue en la misma posición en el horizonte. Tal vez este sea uno de esos lugares donde el sol no sale en invierno. O tal vez es más temprano de lo que creo. No sé qué hora es. Mi móvil ya se ha apagado.

—El mío también —añadió Lizzie—. Lo apagué todo, pero el frío ha agotado la batería.

—El mío está a punto de morir.— Victoria solo tenía un cinco por ciento de carga la última vez que lo miró.

—Menos mal que uno de nosotros todavía lleva reloj—. Rosamond levantó la muñeca y la miró. —Son las diez de la mañana en casa. Puede que estemos tan al norte que el sol no llegue a asomar por el horizonte durante los meses de invierno. ¿El norte de Canadá? ¿Groenlandia? ¿Noruega?

—Yo mismo he hecho varios cálculos.— Sergei se giró en el asiento y estiró las piernas de modo que sus zapatos descansaban en el reposabrazos del asiento al otro lado del pasillo. —Yo diría que estamos justo a mitad de camino entre «no lo sé» y «no me importa» siempre que me saquen de aquí pronto. Tengo cosas importantes que hacer. El número uno de mi lista es que tengo una aerolínea a la que demandar.

—Si esta es toda la luz que vamos a tener, ¿a qué esperamos? — Ned se envolvió la cabeza con un jersey, se hizo un nudo delante del cuello y se dirigió a la puerta.

Victoria miró hacia la cabina de mando. Sarah estaba sola. «Puede que sea mi última oportunidad de averiguar qué está pasando antes de que lleguen los equipos de rescate». Levantó la mano para detener a Ned y Ashby. —Necesito un minuto para ocuparme de algo.

Su cuerpo fuerte y esbelto estaba tan abrigado que le costaba moverse. Entró con paso torpe en la cabina, cerró la puerta y se acercó a Sarah.

El pecho de la joven subía y bajaba con respiraciones sibilantes.

—¿Sarah?

Sus ojos se abrieron con dificultad. Parecía mirar a Victoria sin verla.

—Sarah, soy del FBI. Y probablemente ya lo sepas porque figuraría en el manifiesto de pasajeros. Necesito que me digas por qué el código estaba anotado en la cocina. Sé que eso no es normal. Y necesito saber por qué tenías un tanque de oxígeno en el baño.

Sarah cerró los ojos y giró la cabeza.

—Si colaboras conmigo ahora, las cosas te irán mucho mejor a partir de ahora. Es la verdad. ¿Alguien te pidió que hicieras esas cosas?

Sarah permaneció en silencio.

—Sarah. Necesito que me digas lo que sabes.

Sarah gimió e hizo un ruido como de arcada.

Victoria no sabía si la estaba ignorando a propósito o si Sarah era incapaz de procesar sus preguntas. Su instinto le decía que era lo segundo.

Suspiró. Los otros estaban esperando. Un intento más. —Si lo peor está por llegar, me gustaría tener una advertencia.

Sarah negó con la cabeza. O tal vez estaba tiritando. Una sola lágrima le rodó por la mejilla. Victoria se la secó con la manga y subió la manta por cada lado para que rodeara la cara de Sarah.

Victoria salió de la cabina de mando. Ned y Ashby estaban apoyados en los marcos de la puerta.

Ned la estudió. —¿Lista?

Se buscó en el bolsillo el bálsamo labial, se aplicó una buena capa y se lo ofreció a los demás, que negaron con la cabeza. —Lista —dijo, guardando el bálsamo—. Vamos allá.

Con los calcetines en las manos, una bufanda y una capucha alrededor de la cabeza, y bolsas de basura envolviéndole los pies hasta las rodillas, se movió y sintió el peso de su arma, todavía guardada contra su costado.

Cuando abrieron la puerta lateral, el viento golpeó su cuerpo y tiró de su ropa como si pretendiera arrancarla del suelo. Hundiendo la barbilla en el pecho, salió del refugio y se adentró en la nieve.

CAPÍTULO 8

Lori Patterson estaba sentada con sus padres en el salón de banquetes del Marriott del Aeropuerto de Washington Dulles. Con los nervios a flor de piel por la falta de sueño, esperaba junto al resto de la multitud para recibir información sobre la desaparición del vuelo 745 de Skyline. Un hombre atractivo, de unos sesenta y pocos años y con el pelo corto y plateado, entró solo y recorrió la sala con la mirada.

Lori dio un codazo a su madre. —Ese que acaba de entrar es el padre de Victoria. Lo reconozco por las fotos.

Lori se levantó de su asiento. —Perdonad, por favor —dijo, abriéndose paso entre la gente de su fila hasta llegar a él—. Señor Heslin. Soy Lori Patterson. La hermana de Ned. Él y Victoria viajaban juntos.

—Sí. Lori. —Le estrechó la mano entre las suyas—. Hola. Ojalá nos conociéramos en otras circunstancias.

Los padres de Ned se acercaron y se presentaron. No hubo sonrisas de saludo, ni menciones amables de ningún tipo. Sus

expresiones solemnes reconocían que compartían las mismas preocupaciones y temores inimaginables.

—Nunca pensamos que Ned conocería a alguien a quien le importaran los animales tanto como a él —dijo la señora Patterson, con la voz quebrada como le venía sucediendo desde que supo que el vuelo había desaparecido.

Cielo santo. Lori estaba muy unida a su hermano y hablaba con él a menudo. El comentario de su madre era un poco prematuro. *Ned y Victoria no son oficialmente pareja. Todavía están aclarando las cosas. Victoria es la jefa de Ned. Y, de hecho, le he aconsejado que no cruce esa línea.* Pero aquel no era momento de preocuparse por comentarios o consejos inoportunos. Rodeó a su madre con el brazo y le apretó el hombro. *¿Cómo vamos a superar esto?*

El señor Heslin asintió con una sonrisa triste. —Victoria adora a sus animales, desde luego. —Por un segundo, miró más allá de ellos, hacia las filas de sillas.

—Por favor, siéntese con nosotros. —Lori señaló hacia sus asientos.

El señor Heslin se unió a ellos.

Un hombre se levantó en una de las filas intermedias. —Tengo una pregunta para todos los que teníais seres queridos en el avión. Intento determinar si se envió algún mensaje indicando que había un problema. ¿Alguien recibió una llamada o un mensaje de texto antes de que el avión desapareciera? ¿O después?

Lori se desplazó hasta el borde de su asiento, se irguió y escudriñó a la multitud, desesperada por cualquier brizna de información que ofreciera esperanza. Más que nada deseaba buenas noticias, pero la falta de noticias la estaba matando, consumiéndola por dentro minuto a minuto. No podía dejar de pensar en su hermano y en los demás pasajeros. Esperando y preguntándose, y preparándose para lo peor mientras mantenía la esperanza de un milagro. *¿Alguien supo algo de sus seres queridos?*

Un coro de negativas y sacudidas de cabeza se extendió por la sala.

Se volvió hacia el señor Heslin. —Nosotros no hemos sabido nada de Ned.

—Y yo no he sabido nada de Victoria —respondió él.

Un hombre bajo, con un traje hecho a medida, entró por una puerta lateral. Le seguían algunos otros hombres y mujeres con trajes de negocios. Se dirigió a la parte delantera de la sala, frotándose repetidamente las manos sobre los bolsillos del pantalón hasta que llegó al podio y las entrelazó a la espalda. Los demás se quedaron de pie a su alrededor.

Golpeó el micrófono. —Hola. Gracias a todos por venir. Soy Richard Stannis, director ejecutivo de Skyline Airlines. —Hizo un gesto hacia su izquierda—. Este es James Follet, el investigador principal de la NTSB, la Junta Nacional de Seguridad en el Transporte; Cynthia Reynolds de la FAA, la Administración Federal de Aviación. —Se volvió hacia su derecha—. Y Michael Cantor de la ICAO, que es la Organización de Aviación Civil Internacional. —Se enfrentó al grupo —. Todos queremos expresar nuestro más sentido pésame por esta situación y hacerles saber qué se está haciendo para encontrar a sus seres queridos. —Respiró hondo—. Investigadores de Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido continúan buscando el vuelo 745 de Skyline. El vuelo salió de Dulles a las ocho de la tarde. Todo era normal.

El director ejecutivo habló durante quince minutos y no dijo nada que Lori no supiera ya. Se hizo a un lado, intercambiando su lugar con el representante de la NTSB, quien abrió el turno de preguntas.

Las manos se alzaron de inmediato.

Un hombre con gafas y una espesa barba comenzó. —Robert Jones, de la KBCTV. Me gustaría saber si la desaparición del avión se ha atribuido a un fallo mecánico.

El director ejecutivo volvió al atril mientras el representante de la NTSB se apartaba. —No. El avión utilizado para el vuelo 745 solo lleva en servicio seis años. Estaba en excelentes condiciones. En perfecto estado. Tiene un historial ejemplar, libre de cualquier problema de mantenimiento. Nuestros aviones se inspeccionan después de cada vuelo y antes de despegar. No se detectó ningún problema durante estas inspecciones. No había ni un tornillo flojo en ese avión.

El director ejecutivo se retiró y Follett ocupó su lugar de nuevo. Señaló a un hombre en la parte delantera.

—Jack Brown, del Washington Times. Señor, tengo dos preguntas. En primer lugar, ¿han encontrado algo revelador en el manifiesto de pasajeros? Y, en segundo lugar, ¿había pasajeros a bordo con conexiones con grupos terroristas?

—Los investigadores están estudiando eso. Hasta ahora, no hay nadie que sepamos que encaje con esas descripciones. A cualquier terrorista conocido, a cualquiera que figure en las listas de vigilancia, no se le habría permitido subir al avión.

El señor Heslin levantó la mano.

Follett le señaló.

—Específicamente, ¿qué grupos están trabajando en la investigación?

—Los grupos aquí representados. —Follett se volvió para reconocer a los otros que estaban con él—. La NTSB, la ICAO, así como la AAIB, que es la Subdirección de Investigación de Accidentes Aéreos del Reino Unido. —Miró a uno de los otros representantes, que dijo algo, y luego volvió a dirigirse al público—. Skyline también cuenta con sus propios investigadores. Todos están trabajando juntos en este momento.

—¿Y qué hay del FBI? —preguntó Heslin.

—El FBI también participa y lo hará de forma aún más intensa si se determina que ha habido un acto de terrorismo.

Un joven reportero se levantó y lanzó una pregunta sin que se le concediera el turno. —Pero se está informando de que tres grupos ya han reivindicado la desaparición del avión. —Se aclaró la garganta—. El ISIS, Boko Haram y Hezbolá. ¿Es eso cierto?

—Sí. Eso es exacto.

—Entonces, ¿qué pasa con ellos? ¿Lo hizo alguno de ellos?

—En primer lugar, no creemos que las comunicaciones procedan de esos grupos reales. Y en segundo lugar, independientemente de quiénes dijeran ser, no creemos que sus afirmaciones sean creíbles.

—¿Por qué no?

—No disponen de información privilegiada. No pueden decirnos dónde está el avión. Eso es porque no lo saben.

El señor Patterson se puso en pie con la mano levantada. Lori observaba, nerviosa porque su padre estaba en un estado emocional muy frágil.

Cuando le dieron la palabra, se aclaró la garganta. —¿No hay una señal de las cajas negras?

—Los equipos de búsqueda y rescate aún no han detectado la señal.

—¿A qué se debe? —preguntó.

—Tienen que estar a pocos kilómetros de la señal para captarla.

—Si hubiera restos, ¿no se suelen localizar en cuestión de horas?

Follett apoyó las manos a ambos lados del atril. —Eso depende.

—¿De qué depende?

—De dónde se haya producido el accidente y de lo fácil que sea de divisar.

Surgieron murmullos entre la multitud.

—¿Qué hay de las comunicaciones de los pilotos? —gritó una mujer.

—No hubo llamadas de socorro, ni indicios por parte de los pilotos o los pasajeros de que hubiera algo mal en el avión o en el vuelo. —Follett buscó la siguiente pregunta y señaló a una mujer de delante —. Adelante.

Ella se levantó. —Elise Morales, del Washington Post. Si los transpondedores se apagaron, ¿no implica esa acción deliberada un secuestro?

—Por el momento, no sabemos si los transpondedores se desactivaron manualmente o si les ocurrió algo. —Se frotó el extremo de la frente con el dorso de la mano—. Eso es todo lo que tenemos por ahora. —Se dio la vuelta.

—Señor, una pregunta más, por favor —gritó una mujer desde una esquina de la sala—. ¿Han determinado si el avión se ha estrellado o no?

La sala se quedó en silencio. Lori apretó las manos una contra otra.

El representante se centró en la salida. —Proporcionaremos otra actualización en cuanto tengamos información adicional. Las familias serán las primeras en saberlo.

Los hombros de la señora Patterson se hundieron. —Siguen sin saberlo.

El estómago vacío de Lori se contrajo mientras negaba con la cabeza. ¿Debían empezar el duelo? ¿O seguir rezando? ¿Cómo era posible que las aerolíneas no supieran qué le había pasado al avión? Cogió la mano de su madre entre las suyas, deseando que hubiera algo más. Deseando que al menos supieran si había alguna posibilidad de volver a ver a Ned alguna vez.

CAPÍTULO 9

El viento fuera del avión destrozado era peor de lo que Victoria había imaginado. Cada bocanada de aire seco y gélido le quemaba los pulmones. Se maravillaba de que el simple e invisible frío pudiera causar tanto dolor.

—Yo voy primero —Ned se sujetó la parte delantera de la capucha —. Caminad sobre mis huellas.

Ashby se situó detrás de él y Victoria fue la última, sintiéndose en parte responsable de vigilar al adolescente. Era fuerte y joven. Hasta ahora, se había mantenido calmado y sereno. Pero también era el hijo de alguien.

Ned llevaba el bastón del anciano fallecido. Antes de cada paso, tanteaba el suelo frente a ellos. Caminaron fatigosamente por unos metros de nieve polvo profunda hacia la parte trasera del avión y un largo rastro de nieve aplastada. La cabina y el fuselaje de primera clase habían creado un camino, surcando un ancho surco entre las crestas de las montañas cuando aterrizó y salió disparado por el suelo como un arado. Ned señaló con el bastón: —Esto debería llevarnos directos al resto del avión.

La luz del día era tenue, en el mejor de los casos, similar a un crepúsculo sombrío. Lo que desde lejos parecían peñascos de nieve, de cerca resultaron ser bloques de hielo azul incandescente.

—Creo que esto se llama invierno polar —dijo Ned—. Cuando el sol no sale.

La nieve azotaba el rostro de Victoria mientras avanzaban con dificultad. El viento la empujaba hacia atrás. Ella se encorvó y se abrió paso a través de él. Con Ned tanteando el suelo con el bastón antes de cada paso, su ritmo era lento, lo que significaba pasar más tiempo expuestos al frío. La frustración de Victoria aumentó. Deseaba que pudieran moverse más rápido y escapar del viento brutal, pero el proceso de Ned de sondear el terreno era claramente importante para él. No era el momento de poner a prueba su relación cuestionando la necesidad de lo que estaba haciendo.

De vez en cuando, miraba al cielo, esperando ver un helicóptero acercándose.

Ashby siguió su mirada. —Estaba convencido de que ya habrían venido a buscarnos a estas alturas —miró a su alrededor—. No hay árboles por ninguna parte. ¿Estamos a demasiada altitud para los árboles?

—Eso parece —respondió Ned.

—¿Creéis que los demás están bien? —preguntó Ashby, deteniéndose para apretar la camisa que llevaba envuelta en la frente.

—No lo sé —Victoria recordó las llamas que había visto tras el choque—. Espero de verdad que sí. Si el resto del fuselaje sigue de una pieza, la mayoría podrían estar bien —el horrible sonido de metal chirriando del accidente se repitió en su cabeza.

—Sergei es un auténtico imbécil —soltó Ashby de repente, saltando sobre la nieve para alcanzar de nuevo a Ned.

Ned soltó una risita.

Victoria estaba totalmente de acuerdo, pero se contuvo de decirlo. Le aterraba la idea de estar atrapada con Sergei durante lo que podrían ser unas cuantas horas más. —Por lo que hemos pasado... cada persona responde de forma diferente a una situación altamente traumática. Su comportamiento podría ser parte de sus mecanismos

de defensa —*Quizá Ned y yo podamos quedarnos con los demás en la parte trasera del avión y enviar a los amigos de Lizzie y a un médico o enfermero de vuelta a la cabina de primera clase.*

—No lo creo —unas nubecillas blancas y gélidas salían de la boca de Ashby y le rodeaban la cara—. Ya era un capullo antes de que nos estrelláramos.

—Pensé que estabas absorto con lo que fuera que escuchabas en los auriculares cuando embarcamos —Victoria sonrió—. No parecía que estuvieras prestando atención a lo que pasaba a tu alrededor.

—Sí que lo estaba —Ashby señaló un objeto rectangular marrón que sobresalía de la nieve—. Ahí hay una maleta.

—Yo la cojo —Ned se salió del camino y atravesó la nieve acumulada a los lados, hundiéndose en la nieve blanca hasta la cintura. Levantó la maleta por encima de su cabeza, la trajo de vuelta y la dejó en el suelo—. Nos la podemos llevar. Esperemos que quienquiera que sea su dueño se fuera de vacaciones a esquiar.

Victoria no podía evitar ver lo que los rodeaba tanto como la escena de un crimen como una tragedia abrumadora. Curiosamente, podía oír la voz de Murphy en su cabeza diciéndole que ella sabía lo que hacía y que era su deber ayudar a proteger las pruebas. Abrió la maleta y seleccionó una bolsa de zapatos con dos brillantes tacones de aguja negros. Los levantó. —No es la vestimenta ideal para el frío. Voy a marcar la ubicación de la maleta con esto —siguiendo las huellas de Ned, volvió a caminar por la nieve acumulada, clavó la bolsa de zapatos en el hueco dejado por la maleta y regresó al camino.

Reanudaron la marcha. Un poco más adelante, Ashby susurró: —Mirad.

Un hombre con vaqueros, un jersey rojo brillante y un solo zapato yacía boca abajo en la nieve junto al rastro.

Ashby se quedó boquiabierto ante el cadáver congelado. —¿Cómo ha llegado proyectado hasta aquí? ¿Lo dejamos así? Ya sabéis, ¿como cuando la gente muere en el Everest y simplemente los dejan al lado del sendero?

Ned no se detuvo. —Lo recogerán cuando nos rescaten.

—Tenemos que tocar el menor número de cosas posible —dijo Victoria—. Pronto habrá investigadores por todas partes. Todo debe ser registrado y fotografiado.

Caminaron durante al menos otros veinte minutos, aunque Victoria no podía estar segura. Era difícil saberlo dado su ritmo lento. Su cuerpo empezó a quedarse entumecido y sintió deseos de quitarle el bastón a Ned y lanzarlo lejos en la nieve para que pudieran avanzar más rápido. Nunca antes había tenido tanto frío.

Aparecieron más objetos a lo largo del rastro. Manchas de color de varios tamaños esparcidas al azar por la nieve. Unas gafas de sol. Un bolso. Un portátil. Una caja de galletas de las Girl Scouts. Un zapato. Un regalo de Navidad envuelto con colores vivos. Un brazo cercenado. Con profunda tristeza, Victoria se dio cuenta de que demasiados pasajeros no habían sobrevivido al accidente.

—¡Eh! ¡Galletas de menta! Mis favoritas —Ashby cogió un paquete de la caja y luego miró a su alrededor—. Oye, si veis una maleta verde —verde bosque con una etiqueta amarilla— avisadme. Tengo medicinas que se supone que debo tomar todos los días.

—¿Para qué? —preguntó Victoria. Normalmente no sería tan entrometida, pero si Ashby tenía un problema médico grave, debían saberlo.

—Solo algo de salud mental. No os preocupéis. No me voy a morir ni nada. Solo avisadme si veis mi bolsa.

Ella escaneó los puntos de color buscando el verde bosque.

En el camino, más adelante, un conejo marrón estaba agazapado en la nieve, impasible ante su presencia. Un ojo sin parpadear los observaba.

Siguieron avanzando y el conejo no se movió. Una franja roja le rodeaba el cuello.

—Es un peluche —dijo Ned—. Lleva una bufanda roja.

La idea de a quién podría pertenecer trajo lágrimas a los ojos de Victoria. Se secó la humedad antes de que se congelara, recogió el peluche y se lo metió en un bolsillo. Había niños en el vuelo. No había pensado en eso hasta ahora. Esperaba que estuvieran bien. Tenían que estar cerca de los demás, pero aún no había oído ninguna voz.

—Oh, no —Ashby se detuvo.

Victoria se protegió los ojos del viento cortante y levantó la mirada.

Allí estaba. El resto del avión.

Cualquier esperanza de encontrar a los demás pasajeros vivos y sanos desapareció.

CAPÍTULO 10

Rivera salió de la sala de conferencias y recorrió el pasillo hasta que localizó un despacho vacío. Entró y cerró la puerta tras de sí. Sacó su teléfono y se quedó mirando el número del padre de Victoria.

Había visto al Sr. Heslin en fotografías. Tenía el pelo plateado y espeso, una mandíbula marcada y la salud robusta de un hombre de campo. Una inteligencia amable y serena se reflejaba en sus ojos azules de la misma manera que en los de Victoria. En las fotos espontáneas captadas por los medios, se le veía al aire libre vistiendo vaqueros y camisas de franela a cuadros con más frecuencia que en eventos de caridad luciendo trajes y esmóquines.

Rivera cerró los ojos durante unos segundos. Agarró el teléfono y marcó. Respondieron a la llamada tras el primer tono.

—¿Diga? ¿Sr. Heslin?

—¿Sí?

—Soy el agente especial Dante Rivera. Trabajo en el FBI con su hija.

Rivera oyó una inspiración brusca al otro lado. —¿Han encontrado el avión?

—No, señor. Todavía no. Le llamo porque... todos nosotros en la oficina estamos trabajando para averiguar qué ha pasado y... para ayudar a encontrarla.

—Oh. —El padre de Victoria se aclaró la garganta—. Me alegra oír eso. Gracias, Dante. Le agradezco la... la llamada de cortesía. —Se le entrecortó la voz—. He organizado un equipo de investigación para que ayude, si no tenemos información nueva pronto.

—Bien. Le avisaré en cuanto sepamos cualquier cosa; cualquier cosa que no se comparta con las familias de inmediato.

—Gracias.

—Victoria y yo hemos trabajado en varios casos juntos, y...

—Sí, lo recuerdo. Me ha hablado de usted muchas veces.

—Yo... bueno, haría cualquier cosa en el mundo para que ella esté a salvo. —Tragó saliva con dificultad—. Siempre cabe la posibilidad de que el objetivo fuera un individuo concreto del avión. Es posible que esa persona sea Victoria. Le aseguro que no tenemos pruebas de que sea así. Pero si recibe una llamada de rescate, por favor, hágamelo saber. Es a lo que nos dedicamos, y estaremos a su lado para gestionarlo en cada paso del camino.

—¿Un objetivo concreto? ¿Cree que eso es una posibilidad?

—El... el FBI tiene un procedimiento estándar...

—Le pregunto qué piensa usted, Dante.

Rivera se tomó su tiempo para responder. *¿Qué pienso yo? ¿Soy capaz de ser objetivo? ¿Es esto demasiado personal para que yo sea razonable?* Más que nada, deseaba que hubiera una explicación alternativa para la desaparición del avión. —Hasta que averigüemos la verdad, existen varias posibilidades.

—Desde luego. Lo comprendo. Gracias. Le avisaré si tengo noticias. Y a estas alturas, daría lo que fuera por que ese fuera el caso... la posibilidad del rescate.

—Sí. Nosotros también.

—Cualquier cosa que alguien pueda querer a cambio de mi hija, o de cualquiera de los otros pasajeros, es suya.

—Es bueno saberlo, señor.

Rivera terminó la llamada, se recompuso y regresó a la sala de conferencias. Incluso en fin de semana, las oficinas del FBI estaban muy concurridas. Agentes de campo y analistas cruzaban el espacio, murmurando entre ellos. Rivera captó varias referencias al avión desaparecido y a Victoria.

—¿Alguna novedad? —le preguntó un colega de lingüística.

—No. Nada todavía. Estamos en ello.

Dentro de la sala de conferencias, una caja de donuts y unas cuantas botellas de agua se encontraban ahora en el centro de la mesa. Rivera levantó la tapa de la caja, seleccionó el último donut de chocolate y le dijo a Murphy: —¿Has hablado con tu amigo de la NTSB? ¿Tienen alguna información nueva?

—Acabo de hablar con James. —Murphy se reclinó en su silla y estiró los brazos tras la nuca—. Siguen a oscuras. Les he hablado de lo del piloto y los iraníes. Ya lo sabían. Tampoco han encontrado nada sospechoso registrado en el cargamento. Nada que pudiera arder o explotar, ni siquiera bajo condiciones inusuales.

Rivera dio un mordisco al donut, se sentó y usó la mano libre para activar su portátil. —¿Qué están haciendo los investigadores de la NTSB?

—Lo mismo que nosotros. —Murphy estiró los brazos por encima de la cabeza—. Rastreando las vidas personales de los pilotos y las listas de pasajeros en busca de explicaciones. No ha aparecido nada que indique que los pilotos estuvieran pasando por alguna crisis personal, tuvieran tendencias suicidas o algún motivo para fugarse con el avión.

—Sí —dijo Sam—. Ambos pilotos eran hombres de familia. Tenían demasiadas buenas razones para vivir y ningún motivo que los investigadores hayan podido hallar para quitarse la vida y la de los demás. Tengo notas sobre ellos aquí. Esperad. —Sam tecleó y pinchó hasta llegar a una pantalla nueva—. El capitán tenía cincuenta y dos años, residente en Maryland, con siete mil horas de experiencia. Era un piloto veterano muy respetado con calificaciones excepcionales. Su recertificación más reciente fue hace cuatro meses. Tenía hijos gemelos que eran estrellas en el equipo de fútbol americano de su instituto. Tenían becas para jugar en la universidad

el año que viene. No era ningún secreto lo orgulloso que estaba su padre y las ganas que tenía de ver sus partidos universitarios. El copiloto apenas pasaba de los treinta. Su mujer estaba embarazada de seis meses de su segundo hijo.

—Muy triste si se han ido —dijo Murphy—. Los investigadores también están estudiando la ruta y el tiempo. Otros aviones en su ruta de vuelo informaron de los mismos problemas de turbulencias. Están haciendo simulaciones con esas condiciones meteorológicas para ver qué puede pasar.

Sam resopló. —Las turbulencias no se cargan los sistemas eléctricos y de aviónica.

—Necesitan encontrar el avión y el registrador de datos de vuelo. —Murphy cogió su taza—. Hasta entonces... todo son conjeturas.

—Un fallo técnico sería el peor escenario para Skyline —dijo Sam, limpiándose las manos con una servilleta y dejando un rastro de chocolate—. Necesitan que esto sea un misil, una bomba o un secuestro que no se pudiera haber evitado.

—Ya. —Murphy dio unos tragos a su taza—. Por probabilidad, preferiría jugármela con un posible secuestro cualquier día antes que volar con una aerolínea cuyo avión ha tenido recientemente un fallo grave. Pero este avión no ha tenido problemas de mantenimiento previos.

—Pero a lo que me refería es... ¿qué están haciendo específicamente para encontrar el avión? —Rivera terminó el donut y cogió una botella de agua.

—Tienen barcos y helicópteros peinando una cuadrícula, intentando captar las señales de las cajas negras.

—Dado que el avión no se estrelló en el lugar donde desapareció del radar —y no lo hizo, o ya lo habrían encontrado—, siguió volando sin ser detectado durante un período de tiempo prolongado. Ya fuera en piloto automático, o porque los pilotos lo llevaban, o alguien más. Eso significa que podría estar en cualquier parte. —Rivera suspiró—. Tendrían que calcular cuántas millas podría volar el reactor antes de quedarse sin combustible. Desapareció cuando llevaba menos de dos horas de vuelo, así que tenía combustible de sobra. Tendrían que hacer ese cálculo usando varias velocidades y altitudes en todas las

direcciones. Eso son cerca de un millón y una posibilidades. No pueden reducir un millón y una posibilidades a un área de búsqueda manejable. Solo estarían dando palos de ciego.

—Tienen modelos informáticos que les dan todas las posibilidades. —Murphy posó la taza—. Pero tienes razón, es un área demasiado grande para ser rastreada. Empiezan por donde desapareció el avión y trabajan hacia fuera en una cuadrícula en expansión.

Rivera negó con la cabeza. —Eso podría llevar una eternidad. Si el avión voló durante horas y luego se estrelló... si hay supervivientes y están heridos... puede que no lleguen a ellos a tiempo. —Por muy rápido que buscaran, no sería lo suficiente. Cada segundo contaba. Cualquier retraso disminuía las posibilidades de que Victoria y los otros pasajeros sobrevivieran. Tal como ocurrió con el FBI cuando intentaron salvar a la madre de Victoria. Llegaron demasiado tarde. Lo más probable era que el avión se hubiera estrellado y nadie hubiera sobrevivido. Él lo sabía. Entendía de estadísticas y probabilidades. Pero siempre cabía la posibilidad de que no fuera así.

—No hay mucho más que puedan hacer —dijo Murphy—. Tienen que trabajar con la información que tienen. Y esperar que la suerte esté de su lado.

—¿Deberíamos fiarnos de la palabra de la NTSB de que no se han encontrado restos? —preguntó Sam.

—¿Eh? —Murphy ladeó la cabeza y arrugó el gesto—. ¿De qué estás hablando?

—No lo sé. Si quieres explorar todas las posibilidades, por muy descabelladas que sean, a lo mejor el gobierno derribó el avión por error y ahora lo está encubriendo. O, esto tiene más sentido, el gobierno sabía que el avión estaba secuestrado y lo derribó para que no se estrellara en una zona poblada, pero saben que eso no sentará bien con un año electoral a la vista, así que por ahora el avión ha *desaparecido* convenientemente.

Murphy puso los ojos en blanco. —¿Y se las han apañado para limpiar todos los escombros del accidente antes de que nadie más los viera?

—Podrían, si tuvieran la ventaja de saber exactamente dónde cayó. Y en cuanto a los testigos, cualquiera que viera el choque o los

restos podría haber sido amenazado o sobornado para que mantuviera la boca cerrada.

—Tengo una reunión. —Murphy echó la silla hacia atrás y se levantó—. Ahora vuelvo. Seguid en ello, pero dejad las teorías conspiratorias. —Miró de reojo por encima del hombro mientras cruzaba la puerta—. A menos que podáis probarlas.

La puerta se cerró tras su jefe. Rivera apoyó los brazos en la mesa y se inclinó hacia Sam. —Tienes razón. En esta etapa, cualquier cosa es posible. Ya que sabes un poco de todo, analiza esto conmigo. Digamos que el avión no se estrelló cuando desapareció. ¿Cuáles son los escenarios alternativos más probables?

—Espera. —Sam miró su ordenador un poco más y luego dijo—: Muy bien. —Infló las mejillas, exhaló con fuerza y levantó la vista—. No hay tantas explicaciones razonables para que un avión desaparezca de repente.

—Repasémoslas.

Sam levantó un dedo. —Problemas técnicos.

—Vale. Pruebas en contra de eso: no hay indicios de problemas por parte de los pilotos. No comunicaron nada. Ninguno de los pasajeros usó teléfonos de a bordo ni móviles para despedirse de sus seres queridos o informar de que quizá no lo lograran. El 11 de septiembre, tuvimos historias así saliendo a la luz en cuestión de horas. Algo ocurrió bruscamente para cortar todas las comunicaciones antes de que nadie pudiera decir una palabra al respecto.

Sam levantó dos dedos. —Tendría que ser algo súbito y extremo, como una explosión a bordo o un misil. —Inclinó la cabeza—. Pero el radar habría detectado un misil. Y al menos un testigo habría visto un destello de luz cruzando el cielo. Una explosión repentina encaja.

Rivera se levantó de su asiento y recorrió la sala de punta a punta. —Con cualquiera de esos escenarios —fallo técnico grave, bomba, misil—, el avión cae. Si cae en tierra, alguien tiene que verlo pasar. O encontramos al menos parte de los restos bastante rápido. Lo más probable es que cayera al océano. Al impactar, se rompería en cien millones de pedazos o más. Muchas de esas piezas flotan. Asientos, aislante, plásticos, las balsas con dispositivos de enlace por satélite.

Cuerpos. Sea como sea, habría pruebas del naufragio en alguna parte. Y hasta ahora, no las hay.

—No por ahora, al menos.

—Como no tenemos pruebas de un accidente, vayamos con el escenario en el que hay un evento significativo e inesperado, pero el avión no cae. Quizá todos los sistemas de comunicaciones se pierden, pero sigue volando. Tenemos la respuesta extraña del piloto, potencialmente un episodio de hipoxia.

—Todos los aviones tienen sistemas automáticos para avisar a los pilotos si hay problemas con el oxígeno y la presión del aire. La cabina tiene una fuente distinta a la del resto del avión. Las máscaras bajan, las alarmas pitan como locas. Hay suficiente oxígeno para que los pilotos aterricen desde una altitud normal.

—En este escenario, todos los sistemas automáticos han fallado. O han sido desactivados.

—Entonces es a propósito, porque son sistemas diferentes. No pueden fallar todos al azar al mismo tiempo. Un Boeing 777 tiene transpondedores, transmisores de localización de emergencia. Tiene sistemas de respaldo para los sistemas de respaldo para anunciar su ubicación y evitar colisionar con otro avión. Algo global tendría que ser orquestado para que el avión se quedara completamente a oscuras.

—¿Podría un secuestrador hacer eso? ¿Una de las personas a bordo?

—Claro. Alguien a bordo podría desmontar todo el equipo de comunicación por satélite. Pero no puedo imaginar una toma de control hostil que ocurriera tan de repente que nadie se diera cuenta. Un cibersecuestro, sin embargo, podría ser un ataque silencioso y sigiloso. —Sam se presionó las sienes con los dedos.

—¿En qué estás pensando?

—Después del 11 de septiembre, Boeing y Honeywell desarrollaron la tecnología para volar un reactor de forma remota. Era para emergencias, como una amenaza a bordo similar a lo que pasó cuando los aviones chocaron contra las Torres Gemelas y el Pentágono. También hicieron que las cabinas fueran impenetrables, pero si un terrorista aun así lograra entrar, o si los pilotos se

volvieran kamikazes, el control de tierra puede tomar el mando. La tecnología anula todos los controles y sistemas de la cabina y permite que alguien en tierra controle cada aspecto de los sistemas del vuelo. Permite que un reactor sea operado a distancia como un dron.

—Un profesional podría hackear esas funciones.

—Teóricamente. Pero Boeing no quería que chavales con iPads volaran sus aviones, obviamente. Codificaron el sistema operativo hasta la médula.

Rivera se inclinó hacia delante. —Pero...

—Pero... —Sam se encogió de hombros—. Acabo de hackear la base de datos de la NTSB para llevar ventaja sobre lo que están haciendo. —Se enderezó y aparecieron pequeñas arrugas en su frente—. Escucha, podríamos argumentar que el avión fue secuestrado remotamente y todos los sistemas operativos desmontados, incluyendo el suministro de aire en la cabina y el habitáculo. Todo eso es factible. Pero aún tendríamos que explicar cómo evitó el radar. El avión se quedó totalmente a oscuras. Por desgracia, eso es lo que hace que cualquier otro escenario parezca imposible, aparte de que el vuelo haya saltado por los aires.

Rivera cerró los ojos y apretó la mandíbula.

CAPÍTULO 11

El hedor a combustible de aviación y a carne quemada impregnaba el aire mientras Victoria, Ned y Ashby contemplaban los restos del naufragio. Victoria inhaló y reprimió una arcada.

En silencio, se acercaron más.

La nieve circundante se había derretido por el fuego y luego se había vuelto a congelar, solidificándose en gigantescas placas de hielo con restos en su interior o a medio camino entre dentro y fuera. Manos, órganos internos, cabezas y cuerpos completamente intactos congelados en formas grotescas.

Se detuvieron ante el enorme hueco donde el fuselaje se unía a la cabina de primera clase. El resto del avión era ahora una carcasa carbonizada. Cables deshechos, hilos expuestos, mangueras y trozos de metal retorcidos sobresalían de las paredes y colgaban del techo. En el interior, nada se movía y todo estaba en silencio. Fila tras fila de pasajeros estaban quemados y ennegrecidos en sus asientos.

Victoria observaba la destrucción, incrédula. Un escalofrío sacudió su cuerpo. Había visto muertes espantosas y violentas, pero nada como esto. Cada persona era el hijo, la madre, el abuelo, el marido

o la esposa de alguien. En este mismo minuto, tenían a seres queridos angustiados esperando a que volvieran a casa. Victoria se cubrió la cara con las manos enfundadas en calcetines y cerró los ojos. Intentó fingir que la habían llamado para un caso. En las escenas del crimen, tenía que controlar sus emociones para ser objetiva. Tenía que distanciarse de la desgarradora realidad de la muerte y la pérdida. Pero incluso los equipos de respuesta a catástrofes más experimentados quedarían traumatizados por lo que la rodeaba. Miró a Ned.

Él tragó saliva con dificultad y se frotó los ojos. —Si no hubieras comprado billetes de primera clase... —susurró.

Ashby emitió un sonido extraño en la garganta y se alejó tropezando. Se detuvo en seco, se encorvó y vomitó.

Victoria lo observó con preocupación. La carnicería humana que los rodeaba era demasiado para soportarla.

El lugar pronto estaría plagado de agentes de la NTSB, la FAA y otras agencias identificadas por siglas. Los representantes de las aerolíneas montarían tiendas de campaña y se atrincherarían para la investigación. Habría médicos forenses, políticos y medios de comunicación. Las familias —abrumadas por el dolor, necesitando ver las pruebas de lo ocurrido— podrían ser trasladadas en avión para que intentaran seguir adelante con sus vidas. Pero ahora, solo había quietud. Mientras permanecía allí, en estado de shock silencioso, asimilándolo todo, la sensación de estar sola y vulnerable la invadía.

Ashby empezó a caminar hacia el avión calcinado.

—¡Espera! —Ned se adelantó al joven y fue el primero, clavando el bastón en la nieve. Ashby lo siguió y luego Victoria. Fuera de la zanja, la nieve le llegaba a media espinilla, y era más profunda a los lados del camino donde el fuselaje la había empujado a ambos costados. Sacar las piernas del montón de nieve requería esfuerzo y agravaba el dolor en su abdomen, pero Ned se deslizaba rítmicamente con zancadas fuertes.

Ashby puso las manos en forma de cuenco alrededor de la boca. —¿Hay alguien que pueda oírnos? ¡Gritad o haced algún ruido si nos oís!

Victoria y Ned se unieron a él en los gritos.

Los únicos sonidos eran sus propias inhalaciones pesadas y el silbido y aullido del viento.

Más allá del fuselaje, más maletas habían salido despedidas de la bodega de carga destrozada. La mayoría estaban abiertas y su colorido contenido esparcido por la nieve y el hielo. Más atrás, un ala sobresalía unos sesenta pies hacia el cielo. Un tanque de combustible estaba arrancado y medio enterrado en la nieve.

También había trozos de metal. El torso de un hombre con una sudadera negra. Una fila de asientos con los pasajeros todavía sujetos por el cinturón, con los ojos piadosamente cerrados y los rostros cubiertos de nieve.

Victoria caminó alrededor de los restos, llamando y escuchando respuestas que nunca llegaron.

Nadie dentro de la cabina ni fuera en la nieve estaba vivo. Estaban carbonizados y congelados o simplemente congelados.

Victoria captó un movimiento por el rabillo del ojo. Se dio la vuelta rápidamente, entrecerró los ojos y señaló. Una maleta grande estaba boca abajo y parcialmente abierta, creando una estructura de tienda de campaña sobre su contenido. —Acabo de ver algo. Allí.

Otro ligero movimiento en el suelo. Luego un gemido.

Ned era el que estaba más cerca y se apresuró a ir allí.

—¿Y lo de usar el bastón? —le gritó Ashby.

Ned aminoró la marcha y volvió a probar el terreno con el bastón.

Unos pequeños ojos dorados asomaban desde el espacio de debajo de la maleta volcada. Ned levantó la maleta. Un gato se encogía sobre un montón de ropa, temblando.

El gato estaba cubierto de sangre congelada, pero no protestó cuando Ned lo cogió y pasó suavemente sus manos cubiertas de calcetines por su lomo. Le dio la vuelta al animal e hizo lo mismo. —No está herido. La sangre no es suya.

Victoria tuvo que contener las lágrimas. No entendía por qué. —¿Puedo llevarlo yo?

Ned desandó sus pasos y le pasó el animal a los brazos. Ella se bajó la cremallera del abrigo y deslizó el gato dentro, dejando espacio para que asomara la cabeza. El animal olía a humo y a goma

quemada. —Ya pasó, pequeño tesoro —sorbió Victoria por la nariz—. Te tenemos nosotros.

Ned se protegió los ojos del viento y se dio la vuelta lentamente. —Parece que es el único superviviente por aquí atrás.

—Oye —llamó Ashby—. Esta chica lleva botas.

Estaba de pie sobre una mujer joven con una sudadera azul y naranja de la UVA. *Una de las amigas de Lizzie.* El impacto o la hipoxia debieron de matarla, pero el fuego la había respetado. Estaba congelada en su asiento. Su piel se había vuelto de un color marrón rojizo.

—Lizzie solo lleva una especie de zapatillas finas. —Ashby ya estaba tirando de un pie—. Estas serán mejores para ella si tiene que salir. Parecen abrigadas. Y más tarde, siempre podemos devolvérselas. —Gruñó y tiró—. Está atascada. No puedo sacarla. Tiene el pie congelado en posición flexionada.

Victoria apartó la mirada pero no lo detuvo. Después de la totalidad de lo que había visto, impedir que le quitaran las botas a un cadáver ya no parecía importante. Preservar la escena parecía de risa. Todo el mundo se había ido y nada los traería de vuelta. ¿De verdad importaba quién o qué salía despedido hacia dónde? Hace menos de veinticuatro horas, todos a bordo estaban llenos de vida, con horarios y planes y sueños. Así de repente... se habían ido.

Abandonando sus esfuerzos con el primer pie, Ashby pasó al otro. Se soltó y él se tambaleó hacia atrás con un fuerte «¡Uf!». Agarrando la bota, sonrió. —Lizzie solo puede caminar con una pierna de todos modos. Una bota es suficiente.

Ned esperaba cerca. —Espero que sea la que necesita.

—Ah, sí. No había pensado en eso. —Ashby se volvió hacia la chica —. Mejor cojo la otra también.

—Esa es la derecha. —Victoria no quería que Ashby volviera a dar tirones al cadáver—. Estoy segura.

Miraron a su alrededor mientras el viento implacable atravesaba sus capas de ropa. —Eso podría ser uno de los carritos de comida. —Ashby señaló un objeto alto y rectangular de costado. Una distancia considerable de nieve virgen lo separaba de ellos. Dio unos pasos por la nieve profunda y luego se detuvo—. Supongo que no lo

necesitamos —dijo encogiéndose de hombros—. Ya tenemos comida.

Ned extendió el bastón y arrastró un montón grueso y amarillo de plástico lo suficientemente cerca como para agarrarlo. —Es una balsa. —Encontró la cuerda para inflarla y tiró. La balsa se expandió.

Amontonaron ropa y unas cuantas maletas grandes y luego desandaron sus pasos hasta el camino allanado. Ned arrastró la balsa por sus cuerdas detrás de él, respirando en silencio, sin resoplar como Victoria y Ashby.

Ashby dio unos pasitos rápidos para alcanzar a Ned. —Vamos mucho más rápido.

—No hace falta el bastón si caminamos sobre nuestras huellas anteriores. Sabemos que es seguro.

Victoria gruñó. *Menos mal, porque quiero salir del viento lo más rápido posible antes de que todo mi cuerpo se convierta en un bloque de hielo.* Tenía ganas de volver al avión y quedarse dentro hasta que se fueran en helicópteros o quitanieves, lo que fuera que viniera a sacarlos de aquí. Mientras tuviera calefacción, o los llevara a algún lugar con calefacción, sería más que bienvenido.

—Tengo mucha sed. —Ashby cogió un puñado de nieve y se lo metió en la boca.

Ned se giró. —No comas demasiado de eso. No mientras estemos aquí fuera. Te bajará la temperatura corporal. Tienes que derretirla primero.

Ashby escupió un poco. —Ya lo sabía. Solo pensé que un poco no haría daño. También tengo hambre.

Ned siguió avanzando. Parecía inmune al frío y a todo lo demás. —Estamos quemando el doble de calorías de lo normal a causa del frío.

—Eso parece. —Victoria sentía el estómago vacío, pero era la menor de sus preocupaciones. Le dolía mantener los ojos abiertos. Dio unos pasos con ellos cerrados—. Nunca, jamás, había tenido tanto frío. Siento como si mi cuerpo no pudiera aguantar ni un minuto más.

—Eso es bueno. —Ashby esperó a que ella lo alcanzara y le dio una palmadita en el hombro—. Como dijo Rosamond, mientras sigas

sintiendo frío, estás bien. Acuérdate de eso.

Ned se cambió la balsa a una mano y caminó de lado. —¿Era Londres tu destino final? —le preguntó a Ashby.

—Sí. Iba allí a visitar a mis padres.

—¿A visitar? —preguntó Victoria sin levantar la cabeza. Estaba sorprendida porque pensaba que Ashby tenía unos dieciséis años, por lo que no tendría edad suficiente para la universidad.

—Viven allí. Solo por un año más. O eso dice mi padre. Es el director de una firma de inversión. Uno de los directores, al menos.

Victoria tosió. El aire seco dificultaba el hablar. —¿No vives con tus padres?

—Qué va. Tengo el colegio aquí. Camden Academy. No quería cambiar.

—Entonces, ¿con quién vives?

—Camden Academy es un internado. Y no veo la hora de volver. —Su voz subió una octava—. Vamos a ser tan famosos, ya sabéis, cuando nos encuentren.

—Así es, lo seremos —asintió Victoria, sin estar ni un ápice contenta por ello—. Y tenemos que asegurarnos de que todo lo que hayamos hecho entre el accidente y nuestro rescate sea algo de lo que podamos sentirnos orgullosos.

No le apetecía estar en el punto de mira. Había pasado la mayor parte de su vida evitándolo. Su trabajo sería imposible con gente siguiéndola y haciéndole preguntas. Ya estaba pensando en volver al trabajo, deseando más que nada que todo volviera a la normalidad. Pero la verdad era que, después de esto, una vez que sus cerebros procesaran realmente toda la experiencia y lo que habían visto, las cosas no serían normales durante mucho tiempo. Quizá nunca.

Un ruido sordo y quejumbroso cortó el silbido del viento. El gato bufó y se movió dentro de su abrigo. Ella puso la mano sobre su lomo para mantenerlo quieto. —¿Has oído eso?

Ned dejó de caminar para escuchar.

—¿No ha sido solo el gato? —preguntó Ashby.

—No, fue antes de eso.

—¿Has oído un avión? —gritó Ashby.

Ned miró hacia el cielo.

—No. —Victoria se esforzó por volver a oírlo—. No era como un motor.

El ruido volvió a producirse, esta vez más cerca. Un gruñido bajo y prolongado.

—Lo he oído. —La mirada de Ashby se movió de un lado a otro—. ¿Qué es?

Ned giró sobre sí mismo en un círculo lento de 360 grados. —Parecía un oso.

—¿Hay osos aquí? —Ashby se tensó—. ¿Grizzlies? ¿Osos polares?

Ned sacudió la cabeza y reanudó la marcha. —Es difícil de decir sin saber dónde estamos. Tal vez no fuera un oso. Podría haber sido un lobo.

—Genial —masculló Victoria. Por mucho que adorara a los animales y los prefiriera a la mayoría de las personas, seguía teniendo un miedo saludable a los carnívoros salvajes y hambrientos.

De vuelta a lo que quedaba de primera clase, a unas diez yardas de la puerta, seis cuerpos yacían uno al lado del otro. La nieve los cubría como una fina manta blanca. Los pantalones azul marino del piloto eran visibles. También el jersey amarillo de la mujer mayor. Sergei debía de haber sacado los cadáveres él solo. Rosamond y Lizzie no estaban en condiciones de ayudar en esa tarea.

Ned y Ashby recogieron la ropa y las maletas de la balsa. Victoria no podía entrar en el avión y alejarse del viento lo suficientemente rápido. Tiró de una maleta para meterla consigo.

—Cierra la maldita puerta —gritó Sergei.

Rosamond y Lizzie estaban de pie en la zona de servicio, envueltas en varias capas pesadas.

—Oímos vuestras voces. —Lizzie se apretó más el abrigo alrededor del cuello—. ¿Habéis encontrado a los demás?

Antes de que Victoria pudiera elegir las palabras adecuadas para responder, Ashby intervino y gritó: —Están todos muertos. ¡No os lo creeríais! Aparte de nosotros, no hay nada ahí fuera. Nada más que nieve e hielo.

El adolescente definitivamente tenía un problema de tacto.

Lizzie se quedó boquiabierta. Se le saltaron las lágrimas. —No. Oh, no.

—¿Es eso cierto? —preguntó Rosamond, rodeando a Lizzie con un brazo.

—¡Cierra la puerta! —bramó Sergei.

Victoria apretó los labios agrietados. —Es cierto. Somos los únicos que hemos sobrevivido. Os lo contaré, solo necesito entrar en calor primero.

—Tengo que rezar por sus almas. —Rosamond bajó la cabeza. Sus labios se movieron en silencio.

Sergei pasó junto a ellos y lanzó una botella de agua llena de un líquido amarillo por la puerta. Cayó en la nieve cerca de una colección de minibotellas de licor vacías.

Ashby y Ned metieron las maletas y la ropa y cerraron la puerta tras de ellos. La temperatura interior de la cabina estaba probablemente bajo cero, pero seguía siendo mejor sin el viento.

El aislamiento había mejorado enormemente mientras estaban fuera. En la parte trasera del avión, habían metido ropa y bolsas en las aberturas, tapando las grietas de la pared improvisada.

Sarah dormía ahora en una fila de asientos en medio de la cabina.

—¿Cómo está ella? —preguntó Victoria a Rosamond.

—No muy bien. Le expliqué dónde estábamos y qué había pasado. No estoy segura de que me entendiera. No podía mantener los ojos abiertos. Realmente necesita atención médica.

—Lo sé. Las personas con conmociones cerebrales necesitan estar en un lugar tranquilo y evitar la estimulación. Nada de televisión ni ordenadores ni luces brillantes. Al menos tenemos eso a su favor. —Victoria se quitó un par de calcetines y observó a Sarah, que tenía los ojos cerrados—. ¿Dijo algo?

Rosamond levantó el borde de una manta y lo metió detrás de la cabeza de la azafata de modo que la cubriera toda excepto los ojos. —Dijo que iba a montar su propio negocio y que hoy debía elegir el logotipo de un diseñador.

—¿Ah, sí? Bien. Eso significa que sabe lo que pasa.

—Creo que sí. Pero, sinceramente, eran más balbuceos aleatorios que una conversación. Se quejaba de un dolor de cabeza terrible. Le

di dos pastillas para el dolor de una de las bolsas.

Victoria se volvió hacia Rosamond. —Espero que tú también te hayas tomado alguna. ¿Crees que te has roto las costillas?

—Posiblemente. Unas cuantas. Pero estaré bien. —Rosamond se puso la mano en la caja torácica—. No debería faltar mucho. Por favor, sentaos y contadnos qué habéis encontrado.

—Contádnoslo —dijo Lizzie entre sollozos mientras se apoyaba en el marco de la puerta de la cabina de mando.

Por mucho que a Victoria le doliera hacerlo, tenía mucha práctica dando noticias de fallecimientos a familiares y seres queridos. —Encontramos el resto del avión. No hay más supervivientes.

—¿Nadie? —lloró Lizzie—. Tenía que haber más de cien personas. ¿Nadie más está vivo?

Victoria miró a Lizzie a los ojos y sacudió la cabeza. —Lo siento mucho.

—¿Cómo? Eso es simplemente... —Lizzie levantó las manos y sacudió la cabeza mientras las lágrimas brotaban—. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo es que están todos muertos y nosotros seguimos vivos?

—El fuselaje estaba muy destrozado. Hubo un incendio.

—¿Pero estáis seguros? —Los ojos de Lizzie iban de Victoria a Ned y a Ashby—. ¿Solo somos nosotros siete? ¿De todo el avión? ¿Somos lo único que queda?

Ashby se sacudió la nieve de los pies y se quitó las bolsas de basura rotas. —Estamos seguros.

Por una vez, Sergei había escuchado sin comentar nada.

Rosamond miraba fijamente, sin parpadear, con las manos cubriéndose la boca.

Lizzie gimió. —Yo también debería haber estado sentada allí atrás. No debía estar aquí delante. —Llorando, regresó cojeando a su asiento. Se detuvo y se dio la vuelta, señalando la bota que llevaba Ashby—. Oye —dijo entre sollozos—, esa es una de las Uggs de Sadie.

—Sí. —Él extendió la bota—. Yo, esto... la he traído para que... —Bajando la voz, se encogió de hombros y dejó la bota en el suelo—. Simplemente pensé... que a tu amiga le gustaría que la usaras.

—¿Por qué solo has traído una?

—La otra—

—Pensó que deberías descansar el tobillo herido —soltó Victoria de repente. Había un límite de información terrible que una persona podía procesar a la vez.

—¿Qué es eso? —Rosamond se quedó mirando el peluche que asomaba parcialmente por el abrigo de Victoria.

Victoria había querido dárselo al niño que lo había perdido. Antes de saber que no quedaba nadie. —Es solo un juguete —dijo, bajándose la cremallera del abrigo.

La mirada de Rosamond se desvió hacia la bola de pelo que asomaba por el cuello de Victoria.

—Pero este pequeñajo es real. Lo encontramos solo, escondido debajo de una maleta.

—Ooh —Rosamond hizo una mueca de dolor mientras extendía los brazos y cogía al gato de manos de Victoria—. ¿Está herido?

—Ned dice que está bien.

—Pero... soy alérgica —Lizzie retrocedió y chocó contra la pared del aseo.

—Sé que eres alérgica, pero no estaremos aquí mucho más tiempo —Victoria se quitó el gorro—. Tiene que haber pastillas para la alergia en alguna de las maletas.

Rosamond acarició el pelaje del gato.

El gato ronroneó, una vibración profunda y retumbante.

Ashby se rió. —¿Es él el que hace ese ruido? ¡Está tan feliz de que lo hayamos encontrado!

Rosamond lo abrazó más fuerte. —Es una pequeña estufa. Nos ayudará a mantenernos calientes.

—Genial —suspiró Lizzie.

—No podemos dejarlo fuera —dijo Victoria.

Sergei hizo una mueca de desprecio. —Esa apestosa bola de pelo hizo que te pasaran a primera clase, Lizzie. Él es la razón por la que estás viva para quejarte de los estornudos. Solo espero que esté enseñado a hacer sus cosas fuera.

—Vaya —Ashby abrió con cuidado la parte superior de una caja de galletas de menta que había recogido de la nieve—. Tiene razón. Ese

gato te salvó la vida —sacó una fila de galletas y ofreció la caja al resto.

Lizzie apartó la mirada y luego volvió a mirar al gato. Su sonrisa apareció lentamente. —¿Cómo deberíamos llamarlo?

—¿Qué tal Lucky? —sugirió Ashby.

—Allegra —dijo Lizzie.

—Cena, si no vienen pronto —Sergei cogió un puñado de galletas pero no se las comió.

—Quiero pensarlo —las lágrimas asomaron a los ojos de Rosamond y se las secó con la manga del abrigo—. Quiero decir, ya debe de tener un nombre. Pero podemos llamarlo de alguna forma mientras tanto.

Ned abrió la cremallera de la maleta grande y sacudió su contenido sobre un asiento vacío. —Vamos a clasificar esta ropa. Podemos ponernos más capas cada uno y usar el resto para montar un SOS para asegurarnos de que los equipos de rescate puedan vernos desde arriba. Volveré a salir cuando me caliente un poco.

—¿Cómo demonios no van a vernos? —se burló Sergei—. Todo este páramo invernal es una manta gigante de color blanco... y luego estamos nosotros. Tendrían que enviar a un equipo de rescate ciego para no vernos.

Victoria abrió la primera maleta grande. —Calcetines de lana —se los lanzó a Rosamond—. Póntelos. Son más abrigados que los que llevas.

Ned sostuvo un par de pantalones rojos. —Necesitamos ropa oscura y de colores brillantes para hacer el SOS. Resaltarán contra la nieve.

Rosamond se inclinó lentamente para recoger una camiseta blanca del montón que crecía. La usó para limpiar la sangre derretida del pelaje del gato. —Debéis de estar agotados.

—Lo estoy —el rostro de Victoria estaba quemado por el viento. La piel le picaba y le dolía a medida que recuperaba algo de calor—. Pero salir fuera es la única forma de apreciar que aquí dentro se está más cómodo.

—Hemos estado revisando los armarios para ver qué temenos. Rosamond acurrucó a la gata contra ella y la gata no pareció

molestarse—. Hay al menos tres comidas para cada uno. Por suerte, la aerolínea quería que tuviéramos varias opciones durante el vuelo. Pero están congeladas. Y no faltan aperitivos. Especialmente ahora que... ahora que sabemos que solo somos nosotros siete.

—Y déjame adivinar, Sergei ya se ha servido tres comidas él solo —dijo Victoria.

Rosamond negó con la cabeza. —No. En realidad, es el único que no ha comido nada todavía. Solo está bebiendo.

—Ah. Vale. Bueno, yo me comeré un par de barritas de cereales y luego ayudaré con el SOS.

Rosamond le pasó a Victoria una botella de agua. Era casi todo hielo. Victoria la aceptó y bebió el agua a grandes tragos, deseando que hubiera más. Se metió la botella fría entre las capas de su ropa, sin tocar la piel, pero donde hacía suficiente calor para que se derritiera más.

—¿Y si hacemos un fuego para derretir más agua? —preguntó Ashby—. Seguro que hay algún encendedor por alguna parte.

Imágenes de los pasajeros carbonizados cruzaron la mente de Victoria. —Sí. Es una buena idea. Pero no aquí dentro. No queremos quemar el lugar por accidente y tener que esperar fuera.

Sonrojándose, Ashby miró a Lizzie. —Sí, ya lo sé —sus hombros se hundieron—. Intentaré pensar en una forma de contenerlo. Solo lo justo para derretir nieve. Más tarde, tal vez. Porque sé que tengo mucha sed. Tenemos que encontrar cosas que ardan.

Clasificaron la ropa y comieron más aperitivos: patatas fritas y galletas.

Victoria captó la atención de Sergei. —¿Quieres ayudarnos a hacer el SOS?

—No mucho. Ya paso bastante frío quedándome aquí dentro.

—Permíteme que lo diga de otra forma —Victoria apretó la mandíbula—. Sal fuera y ayúdanos.

—¿Quién te ha puesto al mando? —dijo Sergei con desprecio—. Es una idea estúpida.

Ned dio un paso al frente. —Estamos haciendo una señal. Los que no estamos heridos tenemos que arrimar el hombro por aquí hasta que lleguen los equipos de rescate. Eso podría ser en dos horas, en

ocho o mañana —le estampó unos pantalones contra el pecho a Sergei—. Y vas a ayudar.

—Sí, sí —haciendo una bola con la tela, Sergei se la metió bajo el brazo y se dio la vuelta, refunfuñando—. Sabía que era cuestión de tiempo que se coronara rey del accidente e intentara tomar el mando.

Ned, Ashby y Victoria se abrigaron de nuevo y salieron, cargando con brazados de ropa extra y menos práctica. Las faldas cortas y la lencería no servían de nada con el frío. Otra ropa no les cabía sobre lo que ya llevaban puesto.

Sergei se quejó mientras los seguía.

Fuera, usando una bandeja y una pala para el hielo de la cocina, Ned empezó a cavar la forma de una S en la nieve, no muy lejos de los cadáveres apilados. —Tenemos que hacer una zanja lo bastante profunda para evitar que el viento se lleve la ropa. ¿Creéis que esto será suficiente? ¿O la hago más grande?

—Es un estúpido desperdicio de energía —Sergei observaba a Ned cavar—. No va a funcionar contra el viento. Podría nevar de nuevo de todos modos y cubrirlo todo.

Ashby frunció el ceño a Sergei. —No es una idea estúpida si ayuda a que nos salven —usó otra bandeja para empezar con la O.

Victoria no creía que el SOS fuera necesario. El avión emitía todo tipo de señales sobre su paradero, pero Ned parecía estar lidiando con su trauma manteniéndose ocupado.

Ned se encontró con su mirada y la sostuvo. —Podemos hacerlo. Paso a paso.

—Sí.

«Paso a paso» era el mantra de Ned. No solo hablaban de crear la señal de socorro. Habría mucho más con lo que lidiar después de que los rescataran. Todos estaban un poco en estado de shock, pero eso acabaría dejando paso a emociones profundas y enfrentadas: culpa del superviviente, miedo, ira, depresión. En este momento, lo mejor era tener un propósito: concentrarse en cavar las letras y rellenarlas con ropa. Eso era algo que podían lograr. Algo que podían controlar.

Ned volvió a cavar. Victoria seleccionó unos bóxers de colores brillantes y un bañador azul real y los extendió bien dentro de la letra S. Una fuerte ráfaga de viento levantó los bóxers por el aire. Observó cómo la ropa interior salía volando, y luego lo intentó de nuevo, asegurando la parte superior de un pijama negro en la nieve enterrando las mangas. Ya estaba pensando en volver dentro del avión, cubrirse con cada prenda de ropa que pudiera encontrar y dejar que Ned y Ashby terminaran. Sergei no ayudaba mucho. Se divertía poniéndose un sujetador rojo acolchado en la cabeza, usándolo como orejeras y soltando carcajadas como una bruja con vestuario nuevo.

Cuando terminaron la primera S gigante y la O, Ashby miró al cielo. —¿Es muy malo que no haya llegado nadie todavía?

Victoria se preguntaba lo mismo. Había esperado que los equipos de rescate estuvieran justo detrás de ellos, o al menos poco después del amanecer. —Lleva tiempo. No creo que estemos cerca de ningún pueblo —dijo, colocando un vestido rosa fucsia en la base de la S y cubriendo la parte superior e inferior con trozos de nieve.

Sergei gruñó. —Están asando un chuletón para nosotros antes de venir porque saben que tendremos hambre. Eso lleva su tiempo.

¿Era eso un intento de Sergei por bromear y hacer que Ashby se sintiera mejor? No estaba segura. Lo más probable era que su comentario tuviera un doble sentido.

Terminaron de cavar y colocaron la ropa en las zanjas, cubriéndola con objetos (zapatos, afeitadoras eléctricas, trozos de hielo) para ayudar a mantenerla en su sitio. El viento se intensificó y, para cuando terminaron, su fuerza y potencia eran aterradoras. Levantaba la nieve del suelo y cegaba a Victoria, que apenas podía mantener los ojos abiertos. Como pequeñas agujas, la nieve le pinchaba la piel expuesta de la cara.

Victoria se protegió los ojos y echó un último vistazo a las letras grandes y de colores brillantes que habían formado. —Ha quedado genial. Ahora volvamos dentro.

Rosamond tenía comida esperándolos. —Plato de falafel con quinoa y verduras. No quería daros un plato de carne que no

pudiéramos calentar. No está caliente, pero no está congelado. Os vendrá bien el alimento, ya sabéis, por si acaso.

Victoria cogió una de las bandejitas. *Por si acaso estamos aquí otro día.*

—Gracias —Victoria se quitó las capas exteriores—. Estoy famélica.

—¿Seguro que no quieres uno, Sergei? —preguntó Rosamond.

—Te he dicho que no.

Victoria devoró la comida, con tanta hambre que no importaba el sabor, aunque habría dado una semana de vacaciones por una comida caliente. El pastel de zanahoria estaba delicioso incluso con partículas de hielo mezcladas. Después, Ned y Victoria se sentaron juntos en sus asientos originales, a solas (todo lo a solas que se podía estar compartiendo la cabina con otras cinco personas) por primera vez desde el accidente. Con la parte trasera de la cabina mayormente bloqueada, y las ventanas rotas tapadas con bolsas y cubiertas con jerséis, la cabina de mando no proporcionaba suficiente calor adicional como para que valiera la pena amontonarse todos allí de nuevo.

Estaban cogidos de la mano, cada uno con dos pares de calcetines.

Victoria miró a Ned a los ojos. —Lo siento mucho.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Casi hago que te maten por convencerte de volar a España para ayudar a los perros de allí. Si no fuera por mí, tú...

—Estaría sentado en casa muerto de preocupación por dónde estabas. Y por si estabas viva. Mientras que aquí... —le apretó la mano—. Puedo saber que estás bien y aprovechar esta pequeña situación para demostrarte que puedo cuidar de ti —sonrió—. Vamos, me considero el hombre más afortunado del mundo. No pienses lo contrario.

—¿El hombre más afortunado del mundo? Yo no llegaría tan lejos.

—¿Por qué no? He sobrevivido a un accidente de avión y estoy contigo.

Su expresión parecía tan sincera que ella creyó que no le guardaba rencor.

—Además, ahora ya he pasado mi ración de desastres —se rió entre dientes—. ¿Quién tiene dos accidentes de avión en su vida? A partir de ahora estaré totalmente a salvo volando a cualquier parte —se inclinó y presionó sus labios contra la mano de ella, envuelta en calcetines.

—Uf —Sergei se dio la vuelta y eructó—. Vosotros dos me estáis provocando indigestión.

—No. Creo que eso es por tu atracón de alcohol y la falta de comida —dijo Victoria, deseando inmediatamente no haber interactuado con él.

Ned bajó la voz. —Ignóralo —se inclinó hacia delante para ocultar a Sergei de la vista de Victoria—. Según tu experiencia, ¿cómo empieza una persona siquiera a asimilar este tipo de tragedia?

Victoria encogió las piernas debajo de ella y se ajustó las mantas que tenían encima. —No lo sé. Nunca he vivido nada parecido. Pero ha habido momentos en los que las cosas eran difíciles de manejar emocionalmente. Un caso en el que trabajé cuando era novata, y las víctimas del Asesino de los Números, y las chicas jóvenes que fueron víctimas de trata con fines de explotación sexual. Casos duros. De vez en cuando, cuando es demasiado, necesito alejarme, poner la mente en otra parte. Normalmente, pienso en mis perros. Y ahora tengo a esos burros tan graciosos —sonrió—. Abro el móvil y miro las cámaras de vídeo de la casa y observo el patio, veo qué hacen los animales. Normalmente solo están durmiendo, pero verlos me calma. ¿Y tú? ¿Qué haces tú?

—Normalmente voy a correr un buen rato. O a nadar. Haré mucho de eso cuando volvamos. Más a menudo de lo que me gustaría, tengo que decirle a una familia que su querida mascota va a morir hagamos lo que hagamos. Pero nada se compara con esta magnitud de pérdida.

Victoria se inclinó y apoyó la cabeza en el hombro de Ned. —Estoy tan cansada ahora mismo. Apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—No me extraña. Hemos estado trabajando horas extra solo para mantener la temperatura corporal todo el día.

Sus lesiones por el cinturón de seguridad estaban mejorando. O simplemente se estaba acostumbrando al dolor. En cualquier caso,

estaba viva. Pero ya era suficiente. Quería salir de aquel avión destrozado. Entraba y salía del sueño, oyendo fragmentos de lo que los demás murmuraban a su alrededor.

—Hay muchos picos y valles —decía Ashby—. Crestas. Y ni un árbol.

—¿Dónde están los helicópteros? —dijo Lizzie—. ¿Los equipos de emergencia? Chocamos hace casi 24 horas. ¿Dónde están?

—Tal vez no haya nadie ahí fuera. Tal vez hayamos sufrido un PEM masivo o un ataque alienígena —dijo Sergei, pareciendo disfrutar torturándola—. El mundo podría tener problemas más urgentes que rescatarnos.

—Hubo tormentas terribles —Rosamond se dio la vuelta y tosió en su manga antes de continuar—. Tal vez nos desviamos mucho de nuestro plan de vuelo original para evitar las tormentas. Pero... no importa... no sé por qué no han llegado todavía. Solo podemos rezar para que se den prisa.

Victoria durmió hasta que los estornudos de Lizzie la despertaron.

La voz de Rosamond flotaba por la cabina. —Los buscadores tienen que estar a cierta distancia de la caja negra para captar la señal... ignífuga. Tiene que ser... transpondedores y satélites.

Sergei murmuró algo y Victoria solo captó la palabra «secuestrado».

—No había nadie con ellos en la cabina —dijo Ashby—. Tiene que haber sido uno de los pilotos. ¿Creéis que Sarah estaba compinchada?

—Sarah sabe algo —la voz de Sergei era firme.

La puerta de uno de los aseos se abrió y se cerró. Rosamond fue a ver cómo estaba Sarah. Los demás dejaron de hablar y durmieron dentro de la cabina de primera clase.

Victoria se despertó con un fuerte siseo.

—¿Alguien ha oído eso? —Lizzie sonaba totalmente despierta.

—Yo lo he oído —dijo Ashby.

—¿Qué ha sido? —gritó Lizzie.

Ned se enderezó en su asiento. —Creo que es hielo.

—¿Hielo? —la voz de Lizzie volvió a subir de tono—. ¿Estamos sobre hielo?

—Eso parece.

—¿Por qué hace ese ruido?

—Se está agrietando y desplazando —Ashby se puso de pie, agarrándose al respaldo de su asiento—. Vi un documental sobre ello.

Lizzie se acercó a Ashby y se colgó de su brazo. —¿Nos vamos a hundir?

—No —dijo Ned—. Con estas temperaturas, el hielo es sólido. Aguantará.

Victoria estudió la expresión de Ned para evaluar su confianza. —Espera... Puedo veros bastante bien —miró a su alrededor, desconcertada—. Ahora hay más luz que durante el día —se desplazó para mirar por una ventana que no estaba rota ni tapada. Fuera, la nieve reflejaba la luz de la luna. Bajó más la cabeza para poder mirar hacia arriba.

Luces de colores brillaban por todo el cielo, cintas ondulantes en tonos verdes, azules y púrpuras.

—¡Mirad! —exclamó—. Es una aurora boreal.

Los demás se incorporaron para verla.

—Las luces del norte —añadió Ashby—. Brillan cuando partículas cargadas eléctricamente del sol, electrones, se mezclan con gases en nuestra atmósfera. ¿Oís ese crujido como de electricidad estática? No es el hielo. No ahora, al menos. Son las luces. Ayer no se veían por las nubes.

—Y el niño es un empollón de la ciencia —dijo Sergei.

—Es precioso —dijo Lizzie.

—Es algo alucinante de ver —Ashby sonrió y pegó la nariz a la ventana—. Creo que es una señal. Todo va a salir bien a partir de ahora.

CAPÍTULO 12

Skyline Airlines había reservado dos plantas para los familiares de los pasajeros en el Sheraton de Londres. Se habían reunido allí, esperando con ansiedad noticias de sus seres queridos. Tal como estaban las cosas, con el paradero del vuelo aún desconocido, ni siquiera podían empezar el proceso de duelo.

Ataviados con ropa informal de colores vivos, más propia de los trópicos, los padres de Ashby estaban sentados uno junto al otro en las sillas de banquete del hotel, apretándose las manos con fuerza. Tras meterlo todo a toda prisa en las maletas, habían conseguido coger el siguiente avión de vuelta a Londres y correr directamente al Sheraton. Bajo su intenso bronceado, la expresión del padre era de dolor. La noticia se había difundido y no pasó mucho tiempo antes de que sus colegas supieran que su hijo estaba en el avión. Sus pensamientos y oraciones llenaban sus buzones de mensajes.

—Por favor, que Ashby esté bien —murmuró su madre. No era dada a rezar y no estaba muy segura de a quién se dirigía, pero no dejaba de proponer intercambios. Su marido le apretó la mano. Ella le devolvió el apretón—. Por favor, que esté bien.

Cerca de allí, en una de las sillas de banquete del hotel, la hermana de Rosamond rezaba fervientemente por su regreso sano y salvo. Su único consuelo en aquella situación impensable era que, si había ocurrido lo peor, Rosamond había tenido recientemente una conversión religiosa y ahora estaba en un buen lugar. También se preguntaba cómo estaría reaccionando al asunto el futuro exmarido de su hermana. ¿Estaría destrozado, o estaría ya gastando la fortuna que podría ser solo suya?

Desde una puerta lateral en la parte delantera, el representante de la NTSB echó un vistazo a la sala abarrotada. —Veo prensa ahí dentro. Pensaba que esto era solo para las familias.

—Se supone que lo es —respondió la portavoz de Skyline Airlines —. Pero no podemos pedir identificación a la gente y arriesgarnos a alterarlos todavía más. Han pasado dos días y no tenemos nada para ellos. Mientras la prensa mantenga un perfil bajo, pueden quedarse.

—Está bien. Ahora recuerde, los detalles sobre la investigación son casi todo lo que podemos ofrecerles en este momento. Y no vamos a mencionar la última transmisión del piloto. No hay pruebas suficientes de un comportamiento inusual. No vamos a abrir la caja de Pandora y hacer que un mundo de culpas recaiga sobre dos hombres de bien que probablemente sean inocentes de cualquier falta.

Con expresión solemne, el representante de la NTSB entró en la sala cargada de angustia. Se colocó tras el atril y se aclaró la garganta.

Los murmullos cesaron. La gente se inclinó hacia delante.

—Se está haciendo todo lo posible para encontrar a sus seres queridos —dijo.

El representante hizo una pausa demasiado larga para tomar aire y las preguntas estallaron rápidamente a través del silencio.

Un hombre bajito con un traje caro salió del Sheraton por una puerta trasera y encendió un cigarrillo. Caminó hacia un banco en las sombras tras el hotel y llamó a su jefe.

—Dime dónde está Sergei —exigió su jefe.

—Nadie lo sabe. Acabo de estar en una reunión para las familias de las personas a bordo. Nadie tiene ni idea —el hombre se cambió el teléfono de oreja y miró a su alrededor para asegurarse de que seguía solo.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

—No.

—¿Así que ni siquiera sabes si Sergei está vivo o muerto? ¿Podría ser cebo para peces en el fondo del Atlántico? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Sí. Porque, eh, como he dicho, nadie sabe qué ha pasado.

—¿Qué más puede salir mal con este trato? ¿Qué os dije a ti y a Sergei después de que trincaran a tres de vuestras mulas esta semana?

Las palabras de su jefe resonaron en su cabeza: —Dijo que habíamos contratado a idiotas a los que pillaron; que eso era culpa nuestra.

—Y dije que trajerais las piedras vosotros mismos y que no lo fastidiarais, o si no.

El hombre dio una fuerte calada a su cigarrillo. —Sergei no lo dudó. Cogió el siguiente vuelo a Londres. Lo que pasara después, qué sabré yo. Esto no es algo que hubiéramos podido evitar. No es como si...

—¿Ah, no? ¿Estás seguro de que Sergei no tuvo nada que ver con la misteriosa desaparición del avión? —preguntó su jefe.

—¿Cómo iba a tenerlo? No es solo él quien ha desaparecido, sabe usted. Es todo el dichoso avión y todos los que iban en él.

—Si Sergei orquestó una forma de traicionarnos, lo encontraremos y lo que le pase hará que parezca que Carlo fue el afortunado.

El hombre se estremeció mientras imágenes sin cabeza ni manos de su colega, Carlo, pasaban por su mente.

—Puedo retrasarlo tres días más. Después tendré que devolver el pago inicial del cliente.

Ni al hombre ni a su jefe les importaba Sergei. Pero les importaba el cuerpo de Sergei y lo que había en su interior. Veinte millones eran más que suficientes para que Sergei viviera para siempre, si

conseguía encontrar a un comprador interesado por su cuenta. Y si conseguía hacer creer al mundo que estaba muerto.

Sergei era un pobre desgraciado o un genio.

CAPÍTULO 13

Un fuerte ronquido despertó a Victoria de un sobresalto. *¡Sergei!* Se asomó por una de las ventanillas y se preguntó si una buena patada en el respaldo de su asiento le haría callar. Tenía que ser por la mañana, pues la aurora boreal y la luz de la luna habían desaparecido. Kilómetros de nieve se extendían hasta fundirse con el horizonte. El único espectáculo reseñable era la ausencia de todo. Nada más parecía estar vivo, salvo los supervivientes de primera clase. Y al menos un lobo o un oso.

Sí. Es la vida real, no un sueño. Y seguimos aquí. Tal vez si intento dormir una hora más llegue el equipo de rescate. Pero no aguantaba ni un segundo más en el asiento. Se levantó y caminó hacia la parte delantera, pasando junto a los demás, que seguían durmiendo.

Fue al otro lado del avión y miró hacia fuera. El SOS casi había desaparecido bajo una capa de nieve fresca; solo se distinguía un tenue contorno en algunos puntos. Bajó la cabeza con desánimo, frotándose los músculos doloridos desde el cuello hasta el hombro.

Ned se acercó por detrás. —Limpiaré nuestro SOS. Luego podemos ir a dar un paseo. Explorar un poco.

Insegura de si hablaba en broma o si solo intentaba sacar lo mejor de una situación terrible, Victoria respondió: —Sí, de acuerdo. No puedo decir que tenga muchas ganas de volver ahí fuera, pero necesito salir de aquí como sea.

—Podemos buscar más cosas. Quizá hubiera un grupo grande que fuera a esquiar a los Alpes y llevaran guantes de invierno de verdad y pasamontañas.

—No estaría nada mal. —Victoria se irguió—. Voy a ver cómo está Sarah.

La azafata seguía durmiendo.

—Buenos días, Sarah —dijo Victoria en voz baja, para no asustarla.

Sarah no respondió.

A Victoria se le encogió el estómago. —¡Sarah! —Sacudió el hombro de la joven.

La azafata se agitó y abrió los ojos. Victoria exhaló con alivio.

Pero la mirada de Sarah estaba vacía.

—Toma. Necesito que bebas este agua.

Victoria acercó una botella de nieve derretida a los labios de Sarah. Meter la nieve dentro había sido todo un reto y no había dado mucha agua. Un poco resbaló por la barbilla de Sarah y Victoria lo limpió.

Sarah gimió. —Siento como si me fuera a explotar la cabeza. —Fue una de las pocas cosas coherentes que había dicho en mucho tiempo.

—Te traeré otro analgésico.

Victoria deseaba poder hacer algo más por Sarah. Necesitaba un TAC cerebral para evaluar su lesión. Ayudó a Sarah a ponerse en pie y la acompañó arrastrando los pies hasta el aseo. Sarah se tambaleaba a cada paso y se apoyaba con fuerza en Victoria.

Sergei miró a Sarah con los ojos entrecerrados. —¿Lista para decirnos por qué ha pasado esto? ¿Y dónde demonios está nuestro rescate?

—No está en condiciones para un interrogatorio —le espetó Victoria—. Si sabe algo, tendremos que esperar para averiguarlo.

Dentro del baño, Victoria divisó un destello oscuro en un lateral del inodoro. Una mota de sangre fresca. Se inclinó por detrás de Sarah para ver mejor. Al fijarse más, un rastro rojizo casi imperceptible sobre la mota indicaba que habían limpiado más sangre de la superficie. ¿De quién era? De alguien que no quería que nadie lo supiera o se lo habrían dicho a los demás. Lizzie habría gritado que se estaba muriendo y, sin duda, Ashby habría compartido la noticia con una mezcla de fascinación morbosa y preocupación. Ned parecía estar bien. Tenía que ser Rosamond o Sergei.

Tras la visita al lavabo, Victoria llevó a Sarah de vuelta a un asiento, le puso los pies en alto y la convenció para que comiera un poco. Aturdida, ella cooperó, se tragó más analgésicos y se volvió a quedar dormida de inmediato.

Para entonces, todos los demás estaban despiertos.

Lizzie tenía los ojos rojos y llorosos. Rosamond le tendió un ibuprofeno. —Toma. Para el tobillo. —Siguió adelante y puso un cubo blanco congelado en un plato para la gata—. Y esto es para ti, dulce Esperanza.

—¿Esper qué? —preguntó Ashby.

Esperanza —repitió Rosamond con una sonrisa, observando cómo la gata lamía el cubo.

Esperanza era un buen nombre para la gata, que parecía satisfecha, ronroneando constantemente. Ese sonido relajante había llenado la cabina a ratos desde que habían metido al animal.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Ashby con la boca llena de una barrita de desayuno, mirando directamente a Ned.

Sergei refunfuñó. —¿Se lo preguntas a él?

—Vamos a volver fuera —dijo Ned, poniéndose un jersey grueso encima de lo que ya llevaba puesto.

—Yo voy. —Ashby arrugó un envoltorio y cogió una bolsa de patatas fritas—. Y me voy a llevar esa hacha con nosotros.

Todos, excepto Sergei, comieron una cosa o dos, o tres, de la cesta de aperitivos.

Se vistieron basándose en las lecciones aprendidas el día anterior: varios pares de calcetines en los pies y en las manos, cualquier cosa que pudieran usar para cubrirse la cabeza y la mayor parte de la

cara, y bolsas de basura sujetas alrededor de cada pierna con cordones de zapatos. Ned llevaba un chubasquero amarillo gigante sobre el resto de la ropa.

Victoria se puso unos vaqueros de hombre sobre los suyos, añadió un abrigo de hombre con capucha sobre sus camisas y jerséis, y caminó contoneándose hacia la puerta. La abrió. El viento la empujó hacia atrás, azotándole la cara.

Limpiaron la nieve de su señal de auxilio SOS sacudiendo las prendas y volviendo a colocarlas en su posición. Cuando terminaron, se dirigieron en la misma dirección que ayer. Sus huellas anteriores estaban cubiertas de nieve, pero permanecía el surco profundo dejado por el fuselaje. Ned llevaba el bastón. Ashby llevaba el hacha.

A lo lejos, en las alturas, una lucecita se desplazaba rápidamente por el cielo oscuro. Victoria señaló: —Hay un avión ahí arriba.

Ashby soltó el hacha y empezó a saltar. Ned agitó los brazos.

Victoria también saludó, sintiéndose ridícula. —¿Por qué hacemos esto? Están demasiado altos para vernos. Demasiado altos para ver el SOS. No nos están buscando. —La lucecita desapareció—. Pero significa que podría haber una ruta de vuelo sobre dondequiera que estemos. Quizá deberíamos intentar encender una hoguera para la próxima vez.

—Ya habríamos hecho una para calentarnos si hubiera algo con lo que encenderla —dijo Ned.

—Tendrían que estar mucho más cerca para ver el fuego también, ¿verdad? —Ashby dio una patada a un montón de nieve con la bota. Se mantuvo sólida—. Ay. Eso era hielo.

—Sí, tendrían que estar más cerca que eso. —No había posibilidad de que vieran una señal a menos que un avión volara bajo, buscándolos—. Hagámoslo de todos modos. Si podemos encontrar cosas que quemar.

—No he visto ninguna fuente de madera por ninguna parte. —Ashby gesticuló con el brazo—. Ni arbustos. Ni árboles. Eso se necesita para mantenerlo encendido, ¿no?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Victoria.

—¿Os acordáis de la primera persona muerta que vimos ayer? —Ashby apartaba la nieve fresca a cada paso—. ¿El del jersey rojo?

—¿Qué pasa con él? —preguntó Ned.

—Hoy no lo he visto.

Victoria miró por encima del hombro, exponiendo un poco el cuello al viento gélido. —Probablemente lo haya cubierto la nieve.

—Puede ser, pero... sí, puede ser.

No se salieron del rastro hasta que llegaron al otro lugar del siniestro. Ned sondeó el suelo con el bastón mientras rodeaban el lado más alejado del fuselaje carbonizado. Ashby hizo lo mismo con el hacha. Solo Ned había estado por ese lado anteriormente.

Una fila entera de asientos había sido arrancada de la cabina y lanzada lejos del fuego. Tres hombres seguían sujetos con el cinturón.

—Reconozco a estos tíos —dijo Ashby, mirando fijamente—. Hablé con ellos cuando esperábamos para embarcar. Son estudiantes de intercambio en Londres que estaban de visita en Estados Unidos. Solo son unos años mayores que yo y ahora...

Ned sacudió la cabeza y cerró los ojos un instante. Se acercó a los cuerpos y les quitó los cordones de los zapatos al único hombre que aún conservaba las piernas.

Un pasajero llamó la atención de Victoria. El cadáver del hombre estaba congelado, erguido y rígido en su asiento, con los brazos al frente y cubierto de nieve, recordándole a un monumento a Abraham Lincoln en miniatura. Victoria se acercó. Algo en la cara del hombre resultaba extraño. Manteniendo secos sus guantes-calcetín, usó los codos para quitar la nieve de la cara, los hombros y la espalda del hombre. Otros cuerpos habían quedado destrozados, pero este hombre estaba íntegro. Unos tubos de plástico permanecían en su nariz; ahora eran finas cuerdas de hielo. Algo sobresalía junto a él, encajado entre su brazo y el respaldo del asiento. Al quitar más nieve, descubrió su suministro de oxígeno portátil. El tanque era una botella plateada con letras azules, idéntica a la que había encontrado con Sarah en el lavabo. ¿Era una coincidencia? ¿Había docenas de tanques de oxígeno portátiles en el mercado, o solo unos pocos? ¿Formaba el tanque de Sarah parte del

equipamiento estándar del baño para emergencias, o estaba conectado de alguna manera con este? Tener acceso a internet o hacer una sola llamada para aprovechar la habilidad de investigación de Sam le permitiría saber si había alguna relevancia en el hallazgo de dos tanques idénticos. Ojalá pudiera compartirlo todo con Rivera y pedirle su opinión. Pero ninguna de esas opciones era posible allí. Solo contaba con sus conocimientos, su razonamiento deductivo y su intuición. En esta situación, nada de eso estaba a la altura de las bases de datos de inteligencia del FBI, ni siquiera del internet más básico.

—¡He encontrado un neceser con medicinas y de todo, y hay Benadryl! —gritó Ashby—. ¡Y cerillas!

Victoria sonrió, agradecida por el hallazgo. Sentía una pequeña punzada de culpa cada vez que Lizzie sorbía por la nariz o estornudaba, aunque ya no era Victoria quien mandaba respecto a la gata. Rosamond le había tomado mucho cariño y no sacaría al animal fuera a menos que fuera para salvar la vida de una persona. E incluso entonces, probablemente buscaría la forma de salvar a ambos.

El viento arreció. Copos de nieve húmedos azotaron el rostro de Victoria, logrando colarse más allá de la bufanda, la capucha y el cuello del abrigo. —¿Listos para volver? —preguntó. Ella estaba más que lista. Habían encontrado lo suficiente para que el viaje valiera la pena: las medicinas. Eso bastaría para que Lizzie aguantara lo que deberían ser solo unas pocas horas más, medio día a lo sumo, antes de que los rescataran.

—Sí —dijo Ned—. No deberíamos quedarnos aquí fuera mucho más tiempo.

Varias preguntas daban vueltas en la mente de Victoria mientras regresaban al sendero. ¿Por qué se estrellaron? ¿Fue un accidente o hubo algún responsable? ¿Estaban implicados Sarah y el hombre del tanque de oxígeno? ¿Había intentado uno de los pilotos secuestrar el avión?

—¿No deberían habernos encontrado ya? —Ashby llevaba la muñeca pasada por el asa de un neceser de cuero. Lo hacía girar.

Ned suspiró. —Pensé que ya lo habrían hecho.

—Nos están buscando —dijo Victoria—. Y si esto ha sido de algún modo un incidente terrorista, el FBI estará volcado en ello. —Pensó en Rivera. Sabía que él haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a encontrarlos, y eso le proporcionó cierto consuelo.

—¿Qué significa que aún no estén aquí? —preguntó Ashby—. Tío, esto es una mierda. ¿Es que no saben dónde estamos?

—Un avión como el nuestro cuesta al menos cien millones. —Ned clavó el bastón en el suelo—. Es una proeza asombrosa de tecnología avanzada. Emite todo tipo de señales para no chocar con ningún otro avión ni perderse. Que nadie nos haya encontrado todavía... ¡no tiene sentido!

Llegaron al camino que los llevaría de vuelta con los otros supervivientes. Ned se puso el bastón bajo el brazo y aceleró el paso. —Lo que realmente me preocupa es que, si estuviéramos cerca de la civilización, alguien habría visto caer el avión. Habrían visto el fuego. Y habrían acudido aquí en cuestión de minutos. Horas, como mucho. Eso significa que estamos muy lejos de... todo.

—Quizá tengamos que empezar a planear cómo salir de aquí a patita. —Ashby recogió un teléfono de la nieve—. ¡Genial! A lo mejor le queda batería. Dejaré que se caliente en mi bolsillo y lo probaré más tarde.

—Si nadie viene a por nosotros —Victoria resoplaba para seguir el ritmo y tenía que gritar para que se la oyera sobre el viento—, y al final decidimos que tenemos que caminar en busca de civilización... puede que nos espere una caminata muy larga. Y no tenemos ni idea de qué dirección tomar. Por ahora, lo mejor es quedarse cerca de los restos.

—Mirad. —Ashby se detuvo y señaló unas huellas en la nieve. Un animal grande había cruzado el camino. Las huellas eran redondas, con cinco dedos y cinco marcas de garras—. ¿Estaban ahí cuando íbamos hacia los restos?

—No. Nos habríamos dado cuenta. —Ned se protegió los ojos con la mano y miró a su alrededor—. Son huellas de oso.

—Ese oso que oímos ayer. —Ashby se agachó, analizando las huellas—. Nos está acechando.

—Si un grizzly nos amenaza, es porque estamos en su territorio —dijo Ned—. Si un oso negro viene a por nosotros, es porque quiere convertirnos en su próxima comida.

—Nos tendrá miedo, ¿no? —preguntó Victoria—. ¿A los tres juntos?

—No si da la casualidad de que tiene hambre. No me imagino que haya mucho que comer por este lugar. Un animal aquí fuera debe de pasarse la vida entera buscando comida.

—Ahora tiene de sobra. —Ashby alzó el hacha sobre su cabeza—. Especialmente si le gusta la comida ligeramente chamuscada y luego congelada.

El comentario de Ashby alivió un poco a Victoria. Luego se sintió fatal por haberse sentido así.

—Sabes, tenías razón con lo del hombre del jersey rojo. —Ned miró hacia un lado—. He estado atento para ver el cuerpo. Ya no está.

—¿Crees que se lo ha llevado un oso? —dijo Ashby.

—Espero que no. —Victoria se estremeció.

—Mejor él que nosotros, ¿no? —Ashby bajó el hacha a su costado.

Para cuando llegaron a la cabina de primera clase, el SOS estaba de nuevo cubierto de nieve.

Ya dentro, Rosamond estaba llorando.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Victoria. *Aparte de que nuestro avión se ha estrellado en medio de la nada helada, casi todos han muerto y nadie ha venido a buscarnos todavía.* Le había tomado cariño a aquella mujer, que se preocupaba más por los demás que por sí misma. Victoria ya sabía que las lágrimas de Rosamond no eran por ella.

Lizzie respondió: —Es Sarah. Se despertó y dijo que no veía nada. Luego vomitó. Los equipos de rescate tienen que darse prisa de una vez y llegar ya. ¿No puedes ayudarla? —Lizzie miró fijamente a Ned, retorciéndose las manos.

Ned se quitó las capas exteriores y las lanzó sobre un asiento vacío. —Lo que realmente necesita son pruebas de imagen.

Sarah gimió. Los ojos se le pusieron en blanco. Su cuerpo se sacudió violentamente bajo las mantas. Un brazo salió disparado

hacia un lado y se quedó rígido.

—¡Le está dando un ataque! —gritó Lizzie—. ¡Tenéis que hacer algo!

Todos miraban a Ned.

La convulsión cesó tan repentinamente como había empezado.

—No puedo creer que esté pasando esto —dijo Lizzie—. ¿Por qué seguimos aquí? ¿Dónde está la maldita gente de la aerolínea? ¿La policía? ¿Quienquiera que sea el que tenga que venir cuando se estrella un avión? ¿Dónde están? ¿Por qué tardan tanto? —Lizzie abrió de un tirón la puerta lateral. Asomó la cabeza y lanzó un grito fuerte y prolongado. Cuando cerró la puerta segundos después, estaba tiritando.

—¿Y si Sarah tiene una hemorragia intracraneal? —dijo Ashby—. Quizá deberíamos hacerle un agujero para liberar la presión.

—¿Y si no está sangrando, la matamos haciéndole un agujero en la cabeza? Me alegro de no estar en un accidente de avión con vosotros, payasos —masculló Sergei—. Ah, pero si lo estoy.

—Probablemente tenga un edema cerebral —dijo Ned—. No puedo hacer nada más que mantenerle la cabeza elevada para reducir la presión intracraneal. Y seguir dándole los analgésicos y antiinflamatorios que tenemos. Quizá encontrar antihipertensivos para bajarle la tensión. Sé lo que se puede hacer con humanos, pero está muy por encima de mis habilidades. Un trépano podría ayudar, pero... No. Olvidadlo. Aunque uno de nosotros fuera neurocirujano, no podemos abrirle el cráneo aquí fuera sin el equipo adecuado. Tiene que estar en un hospital.

—Oh, Dios, espero que no se muera. —Lizzie se tiraba de mechones de pelo y arrugaba la cara como si fuera a llorar de nuevo —. Si muere, solo quedaremos seis. ¡Qué pesadilla!

CAPÍTULO 14

Cambiando el peso de una cadera a otra en su asiento de cuero de primera clase, Victoria observaba su botella de agua. Era sobre todo nieve. Solo se había derretido un poco más desde la última vez que lo comprobó. La agitó, por si eso ayudaba. Tras abrir el tapón, dio unos sorbitos y se sentía igual de sedienta cuando se terminó.

Se puso en pie y balanceó los brazos; pensó en hacer abdominales, pero los suyos aún le dolían por el accidente y, además, el suelo estaba demasiado sucio para tumbarse.

Quiero salir de aquí. Estoy congelada. Necesito estar sola. Si tan solo pudiera dormirme y despertar cuando lleguen los rescatistas.

—¿Qué hora es? —preguntó Lizzie, pasándose los dedos por su espeso cabello rubio, que ahora colgaba lacio y grasiento. Entornaba los ojos ante la novela de misterio que había dejado el anciano fallecido durante el accidente. Victoria no estaba segura de cómo Lizzie se las apañaba para ver lo suficiente en la oscura cabina para leer, incluso con el libro justo delante de sus narices. Pero parecía absurdo regañarla por la fatiga visual cuando acababan de sufrir un accidente de avión y seguían tirados allí.

Victoria se guardó de nuevo la botella de agua entre las camisetas y los jerséis y volvió a sentarse.— Tienen que ser al menos las siete de la tarde, ¿no?

—Son solo las cuatro y media —respondió Rosamond, subiendo a Esperanza a su regazo.

Victoria frunció el ceño. El tiempo pasaba muy despacio.— ¿Las cuatro y media, hora de la costa este?

—Sí.

Lizzie gimió.— Han pasado tres días.

—Cuesta creer que la cabina de primera clase nos pareciera lujosa por aquel entonces —dijo Ned. Sus largas piernas descansaban sobre la parte superior del asiento vacío que tenía delante.

Victoria encogió las piernas bajo el cuerpo. Había probado todas las posiciones posibles en los asientos del avión y ya ninguna le servía. Nunca más volvería a quejarse de la duración de un vuelo internacional después de esto. ¿O acaso volvería a poner un pie en un avión voluntariamente? Suponía que tendría que hacerlo para volver a casa. Como volver a montar en el caballo que te ha tirado.

—Qué asco —la cabeza de Ashby asomó de entre sus rodillas—. Hay vómito congelado bajo este asiento. Alguien debió de vomitar mientras caíamos. —Retorció su cuerpo hasta quedar boca abajo en su asiento, con las piernas estiradas hacia arriba contra el respaldo —. Y el olor. Puede que todo lo de los baños esté congelado, pero sigue siendo asqueroso. Somos prisioneros en este Alcatraz de mierda congelada.

—Ninguna prisión es tan mala —masculló Sergei, sacando una botellita del bolsillo del asiento de delante—. *Y lo que apesta es el pis de la gata.* He visto que la gata ha cagado en la esquina del fondo.

—Pues fabrícales un arenero, ¿por qué no lo haces? —espetó Rosamond—. Y dudo mucho que sea la gata la que apesta el avión. Has tenido gases sin parar y realmente parece que lo estés haciendo a propósito.

Sergei se rió—. Puede que esté un poco estreñido. Así es como lo prefiero.

—¿Por qué ibas a querer estar estreñido? —preguntó Ashby.

—Es más seguro para ti si no lo sabes —dijo Sergei guiñando un ojo.

—¿Qué has dicho antes de compartir el estado de tus intestinos? —preguntó Lizzie, todavía moqueando, aunque el Benadryl había ayudado a frenar sus estornudos—. ¿Que has estado en prisión? ¿Y más de una vez?

—He estado en lugares que tu cerebrito no podría imaginar, niñata. Y es algo que yo sé y que ninguno de vosotros va a descubrir.

Victoria se aclaró la garganta.— Rosamond, ¿vives en Londres?

—No, vivo en Virginia. Pero me crié en Londres. Iba a casa —todavía la llamo casa— para visitar a mi hermana. Compré un billete de ida. Ni siquiera había decidido cuánto tiempo me quedaría.

—¿Estás casada? —preguntó Lizzie, dejando la novela sobre la mesa plegable.

—No. Antes lo estaba.

—¿Estás divorciada? —Sergei juntó el índice y el pulgar y lanzó un tapón de botella a través del avión—. Mira tú por dónde. Pensaba que la gente religiosa no creía en eso.

—En primer lugar, no siempre fui religiosa, pero me alegro mucho de serlo ahora, considerando nuestra situación. Ayuda.

—Siento pincharte el globo —se burló Sergei—, pero si estás rezando para que las aerolíneas o el gobierno o quien sea nos saque de aquí, no está funcionando.

Rosamond se giró para seguir hablando con los demás.— Mi marido me dejó, pero una vez que lo hizo, deseé que hubiera ocurrido antes. Somos accionistas de una gran empresa que él fundó. Su corazón suele estar en el lugar correcto, pero tiene ideas muy diferentes a las mías sobre cómo deberíamos gastar nuestro dinero para dejar el mundo mejor de como lo encontramos. Probablemente esté encantado de que yo esté en este avión y probablemente esté rezando —rezando por primera vez en su vida— para que nunca nos encuentren.

—Vaya, eso es duro —Lizzie enrolló mechones de su pelo alrededor de su dedo, tirando con fuerza—. ¿Por qué te casarías con un hombre así?

—No era así cuando nos conocimos. O al menos eso creía yo. Era un científico brillante y empollón. Igual que yo. Sus pasiones crecieron y alimentaron su éxito, pero también su arrogancia. Ni siquiera sé qué ha estado haciendo últimamente. Llevamos años separados, pero el divorcio aún no es definitivo. Aunque sí sé una cosa: hace apenas una semana, una de mis amigas dijo que lo vio con una rubia que tenía la mitad de su edad.

—¿Qué hará si mueres? —Desde su posición invertida, Ashby estiró el brazo y quitó un trozo de hielo de sus zapatos. Le cayó en la nariz y se lo quitó de un golpe—. No lo entiendo.

Rosamond sacudió la cabeza.— Todavía tenemos mucho que resolver, sobre todo a través de nuestros abogados. Pero hablemos de cosas más agradables. Me gustaría mantener el optimismo. Hay tanto bien que tenía planeado hacer en los próximos años... —Se hizo la señal de la cruz en la frente, los labios y el corazón. La gata la miró como si no pudiera creer que hubiera dejado de acariciarla.

—Mis padres probablemente ni siquiera sepan todavía que he desaparecido —bufó Ashby.

—Eso es imposible —Victoria presionó sus manos cubiertas por calcetines contra sus mejillas frías—. Todo el mundo nos está buscando ahora mismo. Te garantizo que nuestras fotos aparecen en todas las noticias.

—¿De dónde sacan las fotos? —preguntó Lizzie, pasando los dedos por su tobillo hinchado—. ¿Simplemente las cogen de nuestras cuentas de redes sociales?

—Normalmente.

—Gracias a Dios. Porque lo que me faltaba era que usaran la foto de mi carné. Es una foto terrible que no se parece en nada a mí —dijo Lizzie—. Ashby, ¿por qué piensas que tus padres no lo saben?

—Están de vacaciones en el Caribe. No iban a volver a Londres hasta dentro de una semana. Se olvidaron de que yo iba a ir por las vacaciones de invierno, supongo. Mi padre tuvo un año muy difícil y necesitaba desconectar. Pasó algo con un cliente.

—¿Qué tipo de cosa? —Sergei se inclinó hacia el adolescente—. ¿Estafó a alguien en un trato?

—No lo sé. —Ashby bajó las piernas y se deslizó para sentarse sobre su trasero—. Creo que perdió mucho dinero de un cliente.

La expresión de Sergei se volvió seria.— Ahora mismo, algunas personas probablemente estén pensando que yo les hice lo mismo. Pero los empresarios ricos de guante blanco no tienen problemas para joder a la gente y salirse con la suya.

—Ninguna inversión está garantizada. Siempre hay un riesgo —dijo Ashby—. Mi padre no es un delincuente. Nunca ha estado en la cárcel.

Sergei se rió entre dientes.— Los ricos rara vez han estado allí.

—¿Por qué actúas como si fueras pobre? —gritó Ashby—. Estás en primera clase como el resto de nosotros. —Sus ojos se dirigieron a Lizzie—. Quiero decir, la mayoría de nosotros. No quería decir...

—Mejor cállate mientras puedas, chaval. —Sergei se llevó una botellita de vodka a los labios—. Nunca fui a colegios privados de lujo, pero siempre supe que no debía decir algo tan estúpido que arruinara mis posibilidades de que una chica se dejara manosear. —Levantó la barbilla y se bebió el contenido de un trago.

—Eres un cerdo —dijo Lizzie—. Y vamos a ignorarte.

—Excepto que quiero saber por qué ibas a Londres —dijo Ashby—. ¿Por qué ibas? ¿Y por qué querría alguien matarte? Aparte de la razón obvia de que eres un hombre odioso.

Sergei gruñó. Quizá fue una risa—. Soy importador y exportador de bienes valiosos y resultó que estaba en medio de un trato importante. —Lanzó la botella de plástico vacía hacia la parte delantera del avión. Golpeó la pared y se quedó en el suelo.

Ashby se enderezó.— ¿Qué significa eso? Porque suena totalmente sospechoso.

—Es todo lo que voy a decir. Cuanto menos sepas, mejor. Podría intentar usar este accidente de avión en mi beneficio.

Deslizándose hasta el borde de su asiento, Ashby miró fijamente a Sergei.— ¿Vas a robar la identidad de un muerto?

Sergei se rió.— No lo había pensado, la verdad. Gracias. La próxima vez que salgas ahí fuera, ¿por qué no buscas a un tipo que se parezca a mí para que pueda intercambiar las identificaciones con él? Alguien que no tenga familia.

Victoria no estaba segura de si bromeaba o no.— Te saldrías con la tuya durante un día más o menos. Tal vez. Cuando nos encuentren.

—Quizá sea todo lo que necesito. —Sergei abrió otra botella y sonrió—. ¿Me da eso más tiempo si ninguno de vosotros está cerca para delatarme? Ya sabéis, ¿y si yo fuera el único superviviente que saliera de este accidente de avión?

—Cállate la boca, tío —gruñó Ned.

—Es una cosa horrible que decir —Rosamond sacudió la cabeza.

Lizzie lo miró con odio—. No tiene gracia.

Sergei volvió a reír—. No intento tener gracia. Y pensaba que me estabais ignorando. Supongo que soy tan irresistible que no habéis podido hacerlo.

Victoria apretó los dientes. La presencia de Sergei hacía que el calvario fuera aún peor de lo que ya era. Quizá dentro de unos meses, cuando hubieran retomado sus vidas, ella iniciaría una investigación personal y encontraría una razón justificada y legal para hundirlo por ser tan imbécil. Estaba segura de que no faltarían delitos en su pasado y presente. Pero mientras estuvieran atrapados juntos, era mejor no dejar que su comportamiento irritante la venciera.

Rosamond se dirigió a Ned y Victoria.— ¿Y vosotros dos? ¿Ibais de vacaciones?

—Ned y yo íbamos a coger un vuelo de Londres a Sevilla para trabajar de voluntarios en un refugio de animales allí.

—¿Por qué ibais hasta España para eso? —preguntó Ashby.

—Victoria está siendo modesta. —Ned la rodeó con el brazo.— Ella es la principal benefactora del refugio. Se llama el Centro de Rescate Abigail Heslin.

—Lleva el nombre de mi madre —Victoria sonrió—. Albergan hasta setecientos perros a la vez, todos rescatados, y hay una clínica veterinaria allí mismo. Una vez que los perros están lo suficientemente sanos, física y mentalmente, les buscan hogares. Docenas de empleados y voluntarios hacen el trabajo. Personas increíbles. Y Ned va a realizar cirugías mientras estemos allí. Luego traeremos unos cuantos perros de vuelta a los Estados Unidos con nosotros para que sean adoptados. Quiero decir... ese era el plan.

Rosamond se puso en pie, cargando a Esperanza—. ¿Por qué España, si no vivís allí?

—Hace unos años, fui consciente de la difícil situación de los perros de caza allí. El refugio al que vamos rescata perros que son... descartados —es la mejor manera de explicarlo—; algunos cazadores se deshacen de ellos de cualquier forma cuando termina la temporada de caza. Muchos de los perros viven en las calles, al borde de las carreteras. No han sido tratados precisamente como mascotas queridas. Es... hay tanto maltrato. Es terrible. Quería ayudar a marcar la diferencia.

—Y lo estás haciendo. —Ned le apretó la rodilla.— Cada vez que va, vuela de regreso con unos cuantos perros y les encuentra hogar.

Victoria sonrió—. Excepto que la mitad de las veces acabo quedándomelos yo. —Queriendo desviar la atención de sí misma, se estiró en diagonal a través del pasillo y tocó el reposabrazos de Lizzie—. ¿Y tú, Lizzie?

—Mis amigas y yo íbamos... —Se le cortó la voz—. Mis amigas y yo íbamos de vacaciones.

—No tienes que hablar de ello si va a alterarte.

—No. Quiero hacerlo. —Las lágrimas asomaron a los ojos de Lizzie. Se limpió la mejilla con el dorso de la manga, sorbiendo por la nariz—. Una de mis compañeras de la UVA está terminando un semestre en el extranjero en Londres.

Íbamos a reunirnos con ella y viajar durante una semana. Dormir en hostales juveniles y ver todos los monumentos. Nunca he estado fuera del país. Teníamos entradas para el Rey León hoy.

—Hablemos de cosas que no hagan llorar a nadie —dijo Ashby, poniéndose en pie y estirando los brazos por encima de su cabeza, golpeando el techo.

—¿No os habéis fijado en que todo la hace llorar? —dijo Sergei.

Ashby continuó: —Aparte de vuestra familia y amigos, ¿qué es lo que más echáis de menos?

—Una cama cálida y cómoda con mantas y un edredón de plumas. —Rosamond suspiró.

—Comida caliente —dijo Ned.

—La calefacción e internet —exclamó Lizzie.

Sergei se levantó de su asiento y se dirigió a la zona de servicio—. La electricidad.

—Me sumo a lo de la calefacción e internet. —Victoria observaba a Sergei. ¿Iba a por más alcohol? Con la forma en que se zampaba las botellas, ¿cómo es que aún quedaba alguna?

—Echo de menos la civilización. —Ashby se inclinó hacia delante, estirando los isquiotibiales ahora. Su voz sonaba amortiguada contra sus piernas—. La tele, los videojuegos, mi móvil y los cargadores.

—La privacidad —gritó Sergei desde el frente, abriendo uno de los armarios.

—Ambulancias y hospitales —añadió Rosamond.

—¡Nuestro equipo de rescate! —gritó Lizzie, con la voz a punto de quebrarse, un poco demasiado alta y aguda—. Porque, ¿dónde diablos están? ¿Dónde? ¿Por qué no están aquí? ¿Por qué no ha venido nadie a salvarnos? —Nuevas lágrimas rodaron por su rostro. Se puso en pie y gritó.

Todos los demás se quedaron en silencio.

CAPÍTULO 15

Rivera levantó la cabeza de sus brazos y parpadeó. La luz de la mañana entraba parpadeando por los bordes de las profundas ventanas cuadradas. Sam lo observaba desde el umbral de la sala de conferencias.

—Buenos días, Sam.

—He pensado que te vendría bien esto —Sam levantó un vaso de Starbucks rojo y verde. Entró y lo dejó sobre la mesa frente a Rivera —. Es el tueste especial de Navidad.

Rivera se pasó las manos por las mejillas sin afeitar. Miró la hora. Eran casi las siete. Había dormido unas pocas horas. —¿Alguna noticia?

—Sigue sin haber rastro de restos —Sam fue hacia las ventanas y subió las persianas—. Cuesta creerlo.

—Sí. Mucho —Rivera sacudió el brazo para aliviar la sensación de hormigueo que lo recorría—. Voy a ducharme aquí y luego tengo algo que hacer. Volveré pronto. Llámame si pasa algo —empujó la silla hacia dentro y cogió el café—. Gracias por esto.

Tras ducharse y ponerse ropa limpia de su taquilla, Rivera salió trotando hacia su coche. De la guantera sacó dos antihistamínicos de potencia extra y se los tragó. Necesitaría la medicina allí a donde iba: a la finca de Victoria. Durante todo el trayecto mantuvo las noticias puestas en la radio por satélite, aunque lo más probable era que se enterara de cualquier noticia de última hora por Sam o Murphy antes de que se hiciera pública.

Hubo un breve informe meteorológico: posibilidad de ligeras nevadas. Después de eso, sin ninguna catástrofe que compitiera ni ningún escándalo reciente, la historia del avión desaparecido dominaba la actualidad.

El calvario de Victoria consumió sus pensamientos durante todo el camino hasta su casa.

Guirnaldas de vegetación navideña colgaban en amplios arcos a lo largo de la valla de hierro negro que rodeaba la finca. La casa apenas era visible desde la calle, pero desde el final del camino de entrada se percibía claramente que algo especial se ocultaba a la vista. Rivera pulsó el botón de la puerta principal. Había dos sistemas de alarma desde que Beth Dellinger, alias «la Asesina de los Números», invadió el hogar de Victoria.

Una mujer respondió:

—¿Sí?

—Hola. Me llamo Dante Rivera. Soy amigo de Victoria y trabajo en el FBI. Aquí tiene mi placa —la abrió y la mantuvo fija frente a la cámara—. Necesito hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre Victoria. Es posible que no regrese cuando tenía planeado.

—Ella no me ha dicho nada al respecto.

—Lo sé. Eso es parte de lo que tenemos que hablar.

—¿Le ha pasado algo?

—Si pudiera abrir la puerta, podríamos hablar de ello —Rivera no tenía fuerzas para esperar pacientemente más de unos segundos. Si no, diría que era un agente federal ordenándole que lo dejara entrar, no pidiéndolo.

—Está bien. Puede subir. Ya sé quién es usted. Está en la lista de personas.

—¿En qué lista de personas?

—Personas a las que puedo llamar si tengo algún problema y necesito ayuda con cualquier cosa.

Se alegró de saber que estaba en la lista. Se preguntó a quién más habría seleccionado ella y en qué posición se encontraba él. ¿Cerca del principio o cerca del final?

Rivera avanzó con el coche mientras la verja se abría y se cerraba por completo tras él antes de que la siguiente se abriera. Un método infalible para evitar que sus animales escaparan. Aparcó el coche en el camino circular frente a la casa. Mientras caminaba hacia la puerta, cuatro de los burros rescatados por Victoria lo miraron con ojos enormes desde detrás de una valla blanca. Tenían un pelaje espeso de color marrón oscuro y algo en sus cuerpos —sus vientres redondeados y patas cortas, con cabezas demasiado grandes para el resto del cuerpo— le recordó a los gnomos. Eran de aspecto extraño, rozando lo deforme, y aun así podía entender por qué a Victoria le parecían increíblemente adorables. La visión de los animales le entristeció.

Una corona gigante con un lazo rojo colgaba de la puerta. Cuando se abrió, la mujer del interior no era tan joven como esperaba. Más bien de unos cincuenta y pocos. Vestía vaqueros y una camisa de franela, sin maquillaje y con el pelo recogido en una coleta. Varios galgos la flanqueaban y lo miraban con rostros curiosos. El más pequeño, con la cabeza a la altura del muslo, ladró. Uno grande y blanco movió la cola y agitó la cabeza y el cuerpo de lado a lado en sentidos opuestos, lo que a Rivera le recordó a un velocirráptor.

Mostró su identificación de nuevo para que ella no se preocupara.

—Hola —ella se apartó unos mechones sueltos detrás de la oreja —. Soy Lisa. Por si no lo sabe ya. Probablemente sí, siendo del FBI. Pase para que pueda cerrar la puerta.

Rivera siguió a Lisa por el vestíbulo hasta la enorme e impecable cocina. Un soporte con cuencos de acero para perros recorría una pared a unos treinta centímetros del suelo. En una esquina de la habitación había una fuente con agua circulante, también para los perros.

—¡Oh, no! —Lisa se puso las manos en las caderas y observó un plato vacío encima del tostador—. Mi desayuno ha desaparecido. Pensé que estaría seguro ahí arriba, pero me equivoqué —miró a los perros—. ¿Quién de vosotros se ha comido mis tortitas? Tenéis mucha suerte de que no les haya puesto pepitas de chocolate. Estuve a punto. ¿Os imagináis lo que habría pasado entonces?

Rivera se dio cuenta de que no había comido nada desde el almuerzo de ayer y no tenía ni pizca de hambre. —¿Cuándo se suponía que iba a volver Victoria?

—El próximo sábado.

—Es muy probable que no vuelva para entonces.

—Oh —Lisa inclinó la cabeza. Cogió su plato vacío y caminó hacia el fregadero—. No puedo quedarme más tiempo. Tengo otro trabajo que hacer.

—¿Tiene otros amigos en este sector? ¿Amigos a los que pueda llamar que hagan lo mismo que usted? Específicamente, ¿alguien que haya cuidado de los perros de Victoria antes?

—Sí. Soy auxiliar de veterinaria —Lisa abrió el lavavajillas y metió el plato dentro—. Tengo muchos amigos que cuidan mascotas. ¿Sabe qué? No importa, olvide lo que he dicho, pediré a un compañero que me cubra el turno en mi otro trabajo. Prefiero hacer esto, la verdad, si Victoria me necesita más tiempo. ¿Dijo cuánto tiempo más?

—Aún no estamos seguros —Rivera echó un vistazo a la enorme mansión de Victoria, escasamente amueblada. La había comprado por la extensión de terreno y lo había vallado todo para sus animales. La propiedad lindaba con una amplia red de rutas de senderismo. La disposición era nada menos que increíble para los amantes de los animales y la naturaleza. Quienquiera que cuidara de los perros de Victoria cuando ella viajaba tenía toda una ala de invitados para vivir. Cualquier cuidador de perros en su sano juicio querría prolongar este trabajo indefinidamente.

—No he sabido nada de ella desde que se fue —Lisa negó con la cabeza. Un perro se frotó contra su pierna. Ella le acarició la cabeza —. ¿Ha pasado algo?

Costaba creer que Lisa no lo supiera, resultaba difícil de entender cuando él no había pensado en otra cosa que en Victoria y el vuelo desaparecido desde el viernes por la noche. Tal vez Lisa había estado tan absorta cuidando de los perros de Victoria que no había tenido tiempo de poner las noticias. Le molestó un poco tener que decírselo.

—Victoria y Ned iban en el avión a Londres que desapareció el pasado viernes.

—Dios mío —los ojos de Lisa se abrieron de par en par—. Pero espere, ¿no pensaban ir a España?

—Tenían que hacer escala en Londres.

—Dios mío. Dios mío —se dejó caer de rodillas y rodeó con sus brazos el cuello de un galgo blanco y alto. El perro le rozó con el hocico—. No suelo ver la televisión ni nada de eso, pero oí lo del avión. Oí que había desaparecido. No me di cuenta de que era el vuelo de Victoria. ¿Lo han encontrado ya?

Rivera negó con la cabeza.

—Como no hay información sobre el avión, la prensa se centra en los pasajeros. Seguramente no saben dónde vive Victoria, o estarían ahora mismo ante las puertas de entrada excavando en busca de información. Eso podría cambiar en cualquier momento. No los deje entrar. Y, por favor, no hable de ella. Es una persona muy reservada. No querría que nada de su vida se hiciera público.

Victoria evitaba la mayoría de las situaciones sociales, prefiriendo hacer su trabajo discretamente y hacer senderismo con sus perros. Rivera sabía que ella evitaba ser reconocida como una heredera. La prensa mundial que rodeaba al vuelo desaparecido podría arrebatarle todo eso.

—Lo sé —Lisa miró por la ventana y volvió la vista hacia Rivera—. Tuve que firmar un acuerdo de confidencialidad para trabajar aquí.

Bien. Inteligente.

Llamaron a la puerta.

—¿Espera a alguien? —Rivera se dirigió hacia la parte delantera de la casa.

—No. Y el equipo de limpieza ya ha venido esta mañana —Lisa se apresuró a adelantarlo y miró hacia fuera—. No sé quién más puede

atravesar la verja.

Rivera abrió la puerta e inmediatamente reconoció al padre de Victoria. Ataviado con vaqueros y un abrigo azul marino, ofrecía una figura impresionante, alto y esbelto, con el pelo corto y plateado.

—Señor Heslin. Hola. Soy Dante Rivera, colega de Victoria en el FBI. Hablamos por teléfono ayer —se hizo a un lado mientras hablaba para que el padre de Victoria pudiera entrar.

—Ah, sí. Dante —el señor Heslin esbozó una sonrisa triste—. Solo he venido a ver cómo están sus perros. Y a asegurarme de que alguien estará aquí durante al menos... al menos un poco más de tiempo.

Rivera puso la mano sobre el hombro del hombre, sintiendo que le vendría bien el apoyo emocional. El señor Heslin agarró el antebrazo de Rivera y se aferró a él.

—Yo estaba haciendo lo mismo, señor.

El gran perro blanco se acercó al señor Heslin. Este soltó el brazo de Rivera y le rascó las orejas al animal.

—Buen chico, Eddie.

Él y Lisa se presentaron.

—He venido a ver qué hace falta hacer y quizá pueda explicarme el horario... ya sabe, qué... —su voz vaciló. Se aclaró la garganta, manteniendo la mirada en el perro—. Qué hay que hacer cada día. Puede que me quede aquí hasta que... —acarició el cuello de Eddie, sorbiendo por la nariz—. Hasta que sepamos algo más.

Rivera comprendía la necesidad de estar en casa de Victoria, de sentir su presencia y apreciar las cosas que le daban alegría. Y, por supuesto, había algo más que eso. Su padre estaba luchando por discernir si debía hacerse cargo de las responsabilidades de su hija de forma temporal... o, más probablemente... para siempre.

CAPÍTULO 16

Ni un maldito rayo de sol. Otra vez.

Victoria sentía el pelo sucio. Le dolían todos los huesos del cuerpo por el frío.

Tenía la boca seca y con un sabor... asqueroso.

Sergei se había pasado toda la noche roncando y tirándose pedos.

¡Desde luego, los rescatadores se lo están tomando con mucha calma!

Ned despegó la barbilla del pecho y abrió los ojos. Su aliento olía raro. Ella se retocó la coleta e intentó sonreír. Al fin y al cabo, era culpa suya que él estuviera en aquel avión. —Creo que es de mañana —susurró. ¿Acaso importaba? Pues sí. Cuando llegaran los equipos de rescate, seguramente lo harían durante el día.

—Entonces, buenos días. —Él se incorporó un poco, dirigió la mirada a la ventana y suspiró—. ¿Siguen todos durmiendo?

—Creo que sí. Debería ver cómo está Sarah.

Victoria pensó en todas las cosas que solía hacer al despertarse: cepillarse los dientes, hacer ejercicio, ducharse, escuchar las noticias, tomar un desayuno saludable, dar un paseo tranquilo o

correr con sus perros. Lo echaba todo de menos. Al menos el abdomen le dolía menos. No se le había reventado ningún órgano ni nada parecido, o ya estaría muerta. Eso era bueno, al menos.

Mientras tanto, Sarah había dormido casi sin interrupción desde el accidente.

Rosamond, que ya estaba arrodillada junto a la azafata, miró a Victoria y sacudió la cabeza.

Victoria se llevó las manos a la boca. —Oh, no. ¿Cuándo?

—No, no. Lo siento. Solo quería decir que no mejora. No quería decir que... lo siento.

Algo tocó los hombros de Victoria. Sobresaltada, se giró para ver a Ned y sintió un fuerte impulso de apartarle las manos de un sacudón. No era por él. Él no había hecho nada malo. Era por todo lo demás. El accidente. Las muertes. El sufrimiento. Solo quería salir de allí.

—¿Quieres salir un rato?

—No mucho. —Se estremeció—. Esperemos unas horas. Si todavía no han venido a por nosotros, saldremos otra vez. Tengo una lista mental de cosas que necesitamos. —*Lo primero y más importante: tiempo lejos de todos los demás.*

Victoria podría vivir sola con sus perros durante meses sin ver a otra persona y no tendría problemas con eso. Pero vivir en un espacio tan reducido con otros durante tanto tiempo era un desafío al que preferiría no tener que enfrentarse. Por supuesto, no eran las circunstancias ideales: no tenían la opción de retirarse a sus propios cuartos ni de salir a correr solos para descansar los unos de los otros.

—¿Cosas como qué? —Ned tenía ahora las manos sobre la parte delantera de los hombros de ella. Se los masajeaba con los dedos.

Ella se tensó, deseando que parara. —Bolsas de basura. Botellas de agua, ya que Sergei ha usado muchas de las nuestras para orinar. Comida, por si necesitamos más. Medicinas. Sobre todo para Sarah.

Rosamond le arropó a Sarah la manta hasta la barbilla y se alejó de ella. —Ayer, mientras estabais fuera, buscamos un botiquín de primeros auxilios de emergencia, pero no encontramos ninguno. Debería haber habido uno en el avión. Al menos uno. No está aquí,

así que debe de estar ahí fuera, en alguna parte. Si lográis encontrarlo, quizá tenga medicación para las convulsiones. No estoy segura de si le servirá de ayuda, pero vale la pena tenerlo con nosotros por si le da otro ataque. Aún nos queda ibuprofeno, pero nos vendría bien algo más fuerte.

La gata miraba fijamente a Lizzie. Se agachó, a punto de saltar para sentarse con ella en el asiento. Rosamond se acercó deprisa, la cogió en brazos y se la llevó a la parte trasera del avión.

—Me gustaría encontrar mochilas para todos —le dijo Ned a Victoria—. Y algo para fabricar unas muletas para Lizzie.

Victoria se cruzó de brazos. —¿Estás pensando en salir de aquí a pie, verdad? —susurró.

—Han pasado tres días desde el accidente. Ya deberían habernos encontrado, ¿no crees? No quiero estar aquí dentro de tres días lamentando no haberme ido antes. Nos vamos a quedar sin comida pronto.

—No dejo de pensar en ello, pero no estoy segura de si ha pasado demasiado tiempo o no. —Victoria levantó los brazos—. No es como si pudiéramos buscar en Google cuánto suele tardar el equipo de búsqueda y rescate en encontrar un avión accidentado, pero —suspiró— deberían haber sabido casi con exactitud dónde caímos. —Bajó los brazos y escondió la cara entre las manos—. No lo sé. Si nos marchamos, no tendremos refugio. Ningún lugar donde escondernos del viento y del frío. En cuanto nos salgamos del rastro, estaremos totalmente expuestos por quién sabe cuánto tiempo.

—Lo sé.

—Pero necesitamos un plan para estar preparados. Sin un plan, no llegaremos lejos. Veamos qué podemos encontrar fuera por si llega el caso. El folleto de seguridad decía que cada puerta estaba equipada con una de esas balsas inflables. Si podemos encontrar las otras y no están destruidas, serán útiles para transportar suministros. Y deberíamos reunir cosas para hacer fuego. Revistas. Libros. Madera de verdad, si es que hay alguna. Y nos vendría bien una olla para derretir nieve.

—No estaba pensando en que fuéramos todos. Lo más lógico sería que yo fuera a buscar ayuda solo.

Ella lo miró a los ojos. *No va a ir solo.* —Salgamos a ver qué encontramos y luego decidiremos qué hacer a continuación.

—Yo voy con vosotros —dijo Ashby, pasando junto a ellos para sacar una bandeja de un armario de la cocina—. Solo necesito comer algo primero. —Sacó una caja—. ¡Ah, genial! Hay barritas de cereales de un sabor nuevo ahí atrás. No las había visto antes.

Ashby le recordaba a Victoria a su perra, Izzy, que siempre estaba dispuesta a dar un paseo. Fuera, era curiosa y zigzagueaba de una cosa a otra: el rastro de otro perro, un cadáver en descomposición y su favorito de todos los tiempos: las ardillas. Izzy tenía muchísima energía y una actitud estupenda sin importar la situación. Como todos los perros, tenía una capacidad de recuperación asombrosa. Quizá a Ashby no le habría hecho gracia que lo comparara con su perra, así que Victoria se guardó el pensamiento para sí, pero para ella era un gran cumplido.

Media hora después, tras haber comido y haberse vestido por capas, los tres abandonaron la cabina. A lo lejos, el sol se posaba en el horizonte gris, incapaz de subir más, dejando el cielo tan oscuro y sombrío como el preludio de un tornado. Siguiendo la misma ruta, Victoria hacía todo lo posible por seguir el ritmo ágil de Ned. De vez en cuando tenía que trotar unos pasos.

—Esto es una prueba de resistencia, ¿verdad? —Respiraba con dificultad mientras avanzaban hacia el otro lugar del siniestro—. Como un triatlón.

—Sí. —La voz de Ned sonaba amortiguada bajo el jersey que llevaba atado a la cara. Solo se le veían los ojos—. Pero es diferente cuando no es por voluntad propia, ¿sabes?

—Lo sé. Aunque, ahora que lo pienso, la parte de los viajes de esquí que siempre he odiado es el telesilla subiendo la montaña, cuando te quedas ahí sentado, cada vez con más frío. —Uno de sus recuerdos favoritos era un viaje familiar a Austria para esquiar, el invierno antes de que muriera su madre. Había hecho un frío glacial, pero el paisaje era de una belleza hipnótica. Todos en su familia llevaban pasamontañas que los hacían parecer ladrones. Quién los tuviera ahora. Intentó aferrarse al recuerdo del viaje de esquí, pero solo duró un momento y luego se le escapó—. ¡Es que no es posible

que no nos encuentren! —dijo casi gritando, aunque hasta ese momento había tenido la firme intención de guardarse su frustración.

—Ha habido aviones que han desaparecido antes. —El viento le echó la capucha a Ashby hacia atrás. Él volvió a ponérsela y se la sujetó por arriba—. El vuelo de Malaysia Airlines.

Del haber fallado. Leí un libro sobre eso. —Ned se volvió hacia ellos—. La política y los egos interfirieron en la búsqueda inmediata. Es imposible que eso ocurra con una aerolínea estadounidense en nuestra ruta de vuelo.

—No nos mantuvimos en nuestra ruta de vuelo. —Ashby abrió los brazos—. Mirad a vuestro alrededor. Esto no es Londres. Nos desviamos muchísimo. Pero aun así, solo tardamos unas horas en llegar aquí volando. ¿Por qué el equipo de rescate no estaba aquí solo unas horas después? ¿Cuánto tiempo tardan en organizar lo que necesiten? ¿Por qué están tardando días? ¿Dónde están?

—No lo sé. —Victoria sacudió la cabeza. Esas mismas preguntas habían dado tantas vueltas en su cabeza que habían formado una zanja permanente—. Es imposible que no nos encuentren. —Había dicho y pensado esa frase innumerables veces. Y cada vez se la creía menos.

—Entonces, ¿dónde están? —A Ashby se le volvió a caer la capucha. Se la colocó de un tirón—. ¿Acaso el gobierno encubrió el accidente porque querían que desapareciéramos? ¿Hay algún personaje importante en el avión? Porque si lo hubiera, probablemente iría en primera clase. Y no había mucha gente en primera clase. Se suponía que Lizzie no debía estar allí. Quizá el hombre mayor que murió tiene cien millones de dólares. Sus hijos son unos desastres. Uno tiene adicción a la metanfetamina y el otro tiene un problema con el juego. Están metidos en líos hasta el cuello y él estaba harto de sacarles las castañas del fuego. Quería darles una lección. Les cortó el grifo. Lo único que se interponía entre ellos y todo el dinero que pudieran necesitar era que su padre seguía vivo.

—Vaya. —Victoria intentó mostrar su sorpresa abriendo mucho los ojos, pero no pudo hacerlo bajo la nieve que soplaba con fuerza—.

¿De dónde te has sacado eso?

—He estado pensando en ello. La mujer que estaba sentada junto a Sergei... tal vez sea la reina de algún lugar de la India. Su muerte significa que su malvada hermanastra se queda con el trono y hereda toda la riqueza y el poder.

Ned se rió. —Tienes mucha imaginación.

—Sí, ya me lo han dicho antes. He tenido mucho tiempo para pensar en posibilidades estos últimos días. —Ashby soltó una risita —. A lo mejor ahora resulta que Sergei es un espía. Él mismo admite que hay gente que lo quiere fuera de circulación.

—Es demasiado vago e irritable para ser un espía. —Ned se detuvo a escudriñar la distancia y luego reanudó la marcha—. Más bien parece un delincuente o un estafador.

Victoria asomó la barbilla por encima del abrigo para que se la oyera. —Según mi experiencia, los estafadores tienen mucho más encanto que Sergei.

Tanto Ned como Ashby se rieron.

Ashby se puso serio. —¿Hay alguna razón por la que alguien querría mataros a vosotros?

—No. Rotundamente no —respondió Ned.

Victoria negó con la cabeza, pero no estaba tan segura. Ella se había cargado las vías de ingresos de más de un grupo criminal poderoso.

Ashby caminó en línea recta saliéndose del rastro. Agarró un bulto del suelo y le sacudió la nieve. —Es un bolso. —Logró abrir la cremallera, algo que Victoria no creía que pudiera haber hecho sin quitarse los calcetines y los guantes de las manos, cosa que no tenía intención de hacer. Rebuscó en el contenido—. Hay un móvil. —Pulsó el botón de inicio—. No hay señal, pero queda algo de batería. —Se lo metió en el bolsillo—. Al menos podemos usarlo como linterna.

—Busquemos otros. —Victoria se estremeció—. Alguien en el avión debía de llevar una batería externa.

—¿Tienes frío? —preguntó Ned.

—¿Lo dices en serio? Sí, tengo frío. Siento que se me va a agrietar la cara y los pies me parecen bloques de hielo macizo. En realidad, dejé de sentirlos hace mucho tiempo.

—Bien. Eso significa que todavía estás en tus cabales. —Ashby levantó una nube de nieve con el pie—. ¿Os imagináis lo increíble que sabría un chocolate caliente ahora mismo?

—El café con leche y jengibre que me tomé en el aeropuerto. —Victoria intentó tragar saliva. No fue fácil. Tenía la garganta muy seca—. Eso sería increíble.

—Ahora mismo, cualquier comida caliente sería la mejor que he tomado en mi vida, sea lo que sea —dijo Ned. El aire frío y el ejercicio no parecían afectarle, pero tenía las mejillas al aire de un rojo intenso por el viento.

Ashby se metió las manos en los bolsillos. —Supongo que si vamos a quedarnos atrapados en un desierto helado, tenemos suerte de tener mucha ropa y un montón de comida. Pero ya no queda mucha.

—Gracias a que comes como un adolescente sano en pleno crecimiento. —Victoria le sonrió a Ashby, pero vio que se le mudaba el gesto por completo.

—Lo siento. No comeré tanto.

—Oye, anímate. Estaba bromeando. Uno de los pocos aspectos positivos de todo este calvario ha sido conocerte. Deberíamos haber racionado la comida el primer día...

—¡Racionarla fue idea mía!

—Lo sé. Pero ninguno pensábamos que seguiríamos aquí. Todos creíamos que teníamos más que suficiente para aguantar hasta que nos rescataran. Además, Sergei lo compensa todo al no comer nada.

—Sí, ¿a qué vendrá eso? Lizzie tampoco come apenas. —Ashby se sujetó la capucha—. Sabéis, os he oído hablar de salir de aquí a pie. Creo que deberíamos hacerlo. Sin duda. Estoy totalmente dispuesto. Podemos traer ayuda para Lizzie, Rosamond y Sarah. Aunque odio dejarlas con Sergei.

Llegaron a los restos de los dos tercios traseros del avión. La mayor parte del horror estaba enterrada bajo la nieve, creando bultos y formas extrañas. Solo se distinguían las piezas más grandes: el fuselaje, un motor, un ala, las filas de asientos intactos.

—Allí está el otro carrito de aperitivos. —Ashby se lanzó hacia delante, solo unos pasos por detrás de Ned—. Vamos a vaciarlo.

Ned hincó el bastón en la nieve. Este se hundió sin resistencia. —¿Qué de...? ¡No te muevas! —gritó.

A escasos centímetros de sus pies, el suelo se hundió y la nieve se precipitó hacia un abismo.

Ned dio un salto para alejarse. El brazo de Victoria salió disparado para detener a Ashby, en un reflejo instantáneo.

—¡Madre mía! —exclamó Ashby boquiabierto.

Con el corazón a mil, Victoria se quedó mirando el borde de la grieta oscura y sin fondo. El enorme agujero solo medía un metro de ancho, pero las paredes heladas a cada lado parecían descender hasta el infinito.

Victoria agarró el brazo de Ned con una mano y el de Ashby con la otra, demasiado asustada para mover los pies y sin querer que nadie más lo hiciera tampoco. Ned los guio hacia atrás con pasos lentos y cautelosos. Habían estado a punto de caer hacia una muerte segura. Si Ned no hubiera estado usando aquel bastón… un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Eso ha sido aterrador! —El pecho de Victoria aún subía y bajaba con fuerza, pero la impresión de haber estado al borde de la muerte empezó a remitir. Aquella tierra de nadie congelada acababa de revelarles que existía un nivel de pesadilla totalmente nuevo para ellos. Cualquier paso podría ser el último si no tenían cuidado.

Cambiaron de dirección y recogieron algunos bolsos y mochilas para revisarlos cuando estuvieran dentro. Cuando Victoria volvió a levantar la vista, el cielo perpetuamente gris de repente parecía más oscuro, más amenazador de lo habitual. —Puede que haya tormenta. Deberíamos volver.

La perspectiva de una seguridad relativa nunca había resultado tan atractiva, y nadie discutió su sugerencia. Se dirigieron hacia la cabina de primera clase con la cabeza agachada y la barbilla pegada al pecho. Ned mantenía un ritmo constante, bloqueando toda la fuerza del viento para los demás. —Voy a escribir un libro sobre esto. —Levantó el bastón hacia el cielo—. Lo voy a titular *El viaje del infierno* o *La razón por la que voy a odiar el frío el resto de mi vida*.

—Más vale que yo también salga en él —se rió Ashby—. Deberías llamarlo el vuelo más jodido de la historia.

Victoria avanzó con esfuerzo, abrazándose a sí misma y manteniendo la cabeza ladeada. —No sabía que escribieras.

—Escribí una docena de relatos cortos en la universidad, solo por diversión. Eso es todo. Pero nunca antes había tenido una historia como esta que contar.

Caminaron con dificultad. El momento de ligereza había pasado y el frío hacía casi imposible pensar en otra cosa. La nieve caía con más fuerza. La visibilidad disminuía. No es que hubiera nada especial que ver en aquel paisaje yermo.

Victoria entornó los ojos ante la nieve. —Creo que esto es lo que llaman un «white-out». O se le parece mucho.

—Sí. —Ashby tosió, un sonido agudo y seco—. Vi una película sobre eso. Al final, morían todos.

Victoria ignoró el comentario de Ashby y se concentró en pisar exactamente sobre las huellas de Ned. Aunque ya era la sexta vez que hacían ese camino, estaba más alerta que nunca. Un mal paso era todo lo que se necesitaba para caer al vacío.

—¿Habéis oído eso? —Ashby dejó de caminar.

—No. —Victoria no quería pararse a escuchar. Quería volver al avión y salir del viento y la nieve. Quería que un equipo de rescate llegara volando y se los llevara a casa. Ya era suficiente. Había sido demasiado. Demasiado.

El siguiente gruñido fue inconfundible.

—Vamos —dijo Ned—. Seguid caminando.

Victoria no necesitó más ánimos para regresar al avión. La temperatura brutal era más que suficiente para mantenerla en movimiento. El gruñido era un incentivo extra.

El estruendo gutural y amenazante volvió a sonar. Más cerca. Victoria se protegió los ojos de la nieve y miró en todas direcciones. Miró por encima del hombro y solo entonces se quedó helada. Allí estaba. Una forma gigante e inconfundible entre la densa ráfaga de nieve que se arremolinaba. Un oso polar. Se movía como un perro, pero mucho más corpulento y pesado, a menos de veinte metros de distancia. Los labios del enorme animal se retrajeron para exponer unos dientes grandes y afilados. Era imposible no mirar fijamente a la bestia, cuya mirada se había clavado en Ashby.

Todo lo que Ashby llevaba en los brazos cayó sobre la nieve.

—No corras. —Ned pronunció cada palabra lentamente, con una voz tranquila y firme que Victoria no le había oído nunca—. Agita los brazos. Haz mucho ruido. Empieza a retroceder muy despacio. ¡No corras!

El animal se acercó sigilosamente.

Ashby dio un paso atrás en la nieve profunda. Agitó los brazos. —¡Aléjate de nosotros, maldita sea! ¡Vete! ¡Vete ya! —Su voz temblaba de terror.

Ned gritó con voz profunda y airada. —¡Fuera! ¡Fuera! —Agitó y revoleó los brazos como un lunático al que cualquiera evitaría.

El oso ladeó la cabeza. Se irguió cuan largo era, abrió la boca y gruñó, bajo y ominoso.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —Los ojos de Ashby seguían fijos en la bestia.

Usando los dientes, Victoria se quitó los calcetines de las manos. El aire gélido golpeó su piel. Las manos le dolieron e instantáneamente se quedaron entumecidas. Tanteó buscando su funda bajo la ropa. ¿Funcionaría su pistola? ¿Dispararía? Las horas de prácticas de tiro y resolución de problemas con su arma en la academia habían hecho que usar la pistola fuera algo instintivo. Sabía manejar fallos de disparo y encasquillamientos, pero nunca antes habían hecho simulacros a temperaturas bajo cero prolongadas con las manos congeladas.

Ashby tropezó. Sus brazos giraron en molinillo mientras caía de espaldas sobre la nieve.

El oso se lanzó hacia delante.

Ashby se acurrucó formando una bola.

Victoria se posicionó para ponerse frente al animal. Disparó al pecho del oso. Si no alcanzaba sus órganos vitales, las balas harían poco para detenerlo. Un disparo. Seguía viniendo. Dos disparos. Aún avanzaba, con la boca abierta y los dientes expuestos como dagas. Tres disparos. La bestia estaba a solo unos metros. Se giró hacia Victoria. Ella disparó una cuarta ráfaga. El oso se detuvo. El tiempo se paró. Con un profundo rugido, saltó desde la nieve. Victoria disparó una última bala al pecho mientras el oso se abalanzaba

sobre ella. El animal se desplomó contra el suelo con un gruñido lastimero y agudo, llevándose a Victoria con él.

Ella cerró los ojos con fuerza, preparándose para un dolor insoportable que superara cualquier cosa que hubiera experimentado jamás. Esperaba que unas garras gigantes le desgarraran la garganta. Le destrozaran la cara. Se hundieran en su corazón.

Nada de eso ocurrió.

Abrió los ojos. Un fuerte olor almizclado le llenó las fosas nasales y le dio arcadas. Luchó por liberar las piernas y escapar de debajo de aquel peso masivo.

Unas manos fuertes la agarraron por debajo de los hombros, sacándola y levantándola del suelo. —¿Estás bien? —preguntó Ned. La abrazó como si no fuera a soltarla nunca. Desde la distancia, miraron atrás. El oso no se había movido. La sangre oscurecía la nieve.

—Estoy bien. —Su voz sonaba calmada, un subproducto de la conmoción—. Solo… solo estoy agitada. Vámonos. Si esa cosa no está muerta, se va a poner furiosa.

—Ya. No creí que tu pistola fuera lo bastante potente para matar a un oso. Pero lo detuvo.

Ashby permanecía en el suelo, mirando hacia el cielo oscuro y la nieve que caía. Una zona oscura y húmeda cubría su entrepierna. Levantó la cabeza un poco, y luego del todo. —¡Madre mía!

—Levántate del suelo antes de que se te congelen las partes nobles.—Ned soltó a Victoria y corrió hacia Ashby para ayudarle a levantarse—. Vamos. No sabemos si está muerto del todo y yo no pienso comprobarle el pulso. Tenemos que salir de aquí.

Ya en pie y dejando un rastro de nieve amarilla detrás, Ashby rompió en una carcajada que le hacía doler la tripa, dándose palmadas en los muslos. —¿Habéis visto eso? ¿De verdad ha pasado? —Sacudió la cabeza, saltando—. Por favor, decidme que a alguno le queda batería en el móvil. ¡Tenemos que hacer una foto de esto! ¡Joder! Deberíamos asegurarnos de que está muerto del todo y luego arrastrar a este bicho hasta el avión. Usarlo para algo. ¿Comida? ¿Un abrigo de piel?

Hace dos días, Victoria le habría dicho que no era necesario. Los rescatarían en cualquier momento. Ya no estaba tan segura. Pero tenía un problema más inmediato. Aún con la pistola en la mano, se levantó el abrigo, los jerséis y la camiseta e intentó deslizarla de nuevo en la funda. Tenía los dedos pegados al metal helado. Hizo una mueca de dolor al despegarlos, viendo cómo se desgarraba la piel. El arma cayó a la nieve. Se agachó e intentó cogerla. Sus dedos no cooperaban, ni siquiera sentía el frío gélido que debería haber sentido. Juntó las manos como si fueran unas pinzas para recoger su arma y logró meterla en el bolsillo del abrigo en lugar de en la funda. Se metió las manos en los bolsillos también y buscó sus calcetines-guante. Al verlos, se apresuró a recogerlos del suelo. Con los dedos rojos y rígidos como cubitos de hielo, no consiguió ponérselos.

—Espera. —Ned le tomó las manos entre las suyas—. No te pongas eso si está mojado.

—No noto que estén mojados.

—Deja que te ayude. —Ned tuvo que quitarse sus propios guantes para ponerle los de ella—. Necesitas otro par. Ten, toma estos.

Ella daba saltitos, gimiendo mientras le castañeteaban los dientes. —Está bien, está bien. Con esto basta. Solo vámonos de aquí. —Su voz era aguda. A sus propios oídos, sonaba aterrorizada—. Me las dejaré en los bolsillos. —Se volvió a meter las manos en los bolsillos del abrigo y dejó que los calcetines mojados cayeran al suelo.

—Vámonos. —Ned parecía preocupado—. Rápido.

Recogieron la mayor parte de las provisiones que se les habían caído y regresaron a toda prisa. La nieve, que caía con rapidez, casi había borrado sus huellas recientes. Victoria tuvo una arcada. El olor almizclado del oso no se le quitaba de encima.

Detrás de ella, Ashby seguía riendo, con grandes carcajadas intermitentes. Caminaba como un vaquero, con las piernas arqueadas donde la orina ya se había congelado y le había dejado los pantalones rígidos. Alternaba entre gritar: «¡Eso acaba de pasar!» y mascullar combinaciones elaboradas de insultos con: «¡Tengo muchísimo frío!» y «¡Yo también voy a escribir un libro! ¿Cómo no voy a hacerlo?».

Cuando llegaron al avión y abrieron la puerta, Sergei estaba inclinado sobre Sarah, gritando. —No me trago ese numerito de «no puedo pensar con claridad» o «no recuerdo nada». ¿Por qué estaba en el baño con el tanque de oxígeno cuando caímos? ¡Tiene que decirnos lo que sabe!

—Por favor, para —le suplicó Rosamond. Tenía el rostro profundamente marcado por la tensión.

Sergei pivotó hacia la puerta abierta, dirigiendo su ira hacia Victoria. —Alguien es el responsable de nuestro accidente. Y creo que sé por qué. ¡Fracasaron estrepitosamente, pero aun así quiero respuestas!

Victoria observó a Sergei e intentó pensar más allá de lo muerta de frío que estaba. *¿Qué es lo que sabe?*

Ashby irrumpió dentro, trayendo consigo nieve e hielo. —¡Casi me mata un oso polar! —Temblaba de frío, apenas podía mover las piernas, pero era evidente que seguía bajo los efectos de un subidón de adrenalina—. ¡El momento más aterrador de mi vida! ¡Lo más acojonante de la historia!

Sergei se dio la vuelta, mirando al adolescente.

—Eh, voy a necesitar ayuda para quitarme los pantalones. —Ashby se quedó de pie con las piernas muy separadas—. Están tiesos como palos. —Victoria no sabía si seguía riendo o si había empezado a llorar. No lograba distinguir gran cosa. Todo sucedía como en una neblina a su alrededor. Se sentía extrañamente relajada. Necesitaba sentarse. Aturdida, se dejó caer en uno de los asientos.

Ned se puso de cuclillas a su lado inmediatamente. —¿Victoria? ¿Estás bien?

Ashby volvió a contar la historia, incluyendo por qué tenía los pantalones congelados, sin la más mínima vergüenza. —No me creo que no me haya cagado encima. Deberíais haber visto a ese bicho. Si no llega a ser por la pistola…

—¿Qué pistola? —Las aletas de la nariz de Sergei se dilataron mientras apartaba a Ashby y se ponía frente a Ned—. ¿De dónde habéis sacado la pistola?

Ned se enderezó. —No era…

—¿Eres uno de esos agentes de seguridad aérea? —preguntó Lizzie.

Sergei se puso a escasos centímetros de la cara de Ned. —¡O alguien que secuestra aviones! Porque eso de que ibais a Londres para salvar a un puñado de chuchos sarnosos… ¡no me lo he creído ni por un segundo!

Un músculo palpitó en la mejilla de Ned.

Sergei empujó a Ned. Este tropezó con Esperanza y se cayó, pero recuperó la posición rápidamente. Con los puños cerrados, se lanzó hacia Sergei. —Me acabas de dar una buena razón para hacer algo que tengo ganas de hacer desde antes de que este avión despegara.

—¡Dale un puñetazo! —Ashby animaba desde el pasillo—. ¡Es un imbécil!

Rosamond rezaba. —Dios, concédenos la sabiduría para…

—Cállate —gruñó Sergei sin mirarla.

—¡Basta! —gritó Victoria, esforzándose por incorporarse y ponerse entre los dos hombres antes de que alguno hiciera algo irreversible. Extendió los brazos—. ¡Basta! La pistola es mía. Yo disparé al oso. No soy agente de seguridad. Soy agente del FBI. —Sostuvo la mirada a Sergei hasta que él relajó la postura y miró hacia otro lado. Ella sacudió la cabeza hacia Sergei—. Quien tuviera el arma tenía que ser un hombre, ¿eh? Pedazo de sexista.

—¡Eso! —Ashby señaló a Sergei con el dedo—. Ella me ha salvado la vida ahí fuera.

Victoria mantuvo los ojos fijos en Sergei. —¿Por qué crees que alguien quería derribar este avión?

—Eres la última persona a la que se lo diría, señorita agente del FBI. —Se alejó dando pisotones hacia la cabina, el único lugar aparte del aseo al que alguien en el avión podía escabullirse.

—¡Oye! —gritó Victoria. Una oleada de mareo la invadió.

—Déjalo ir. —Rosamond parecía desesperada—. Todos tenemos que calmarnos.

Ashby frunció el ceño. —Realmente es un imbécil.

Rosamond, Ned y Lizzie miraban fijamente a Victoria, lo que la hacía sentirse incómoda. Tenía náuseas. Se tambaleaba. Se apoyó en un asiento. Necesitaba volver a sentarse.

Ned se acercó a su lado. Tenía la cara aún roja y quemada por el viento, pero su ira había sido sustituida por otra cosa. Podía verlo en sus ojos —una profunda preocupación— y aquello le envió un fuerte escalofrío por su cuerpo que ya tiritaba de por sí.

Él la sostuvo. —Tenemos que quitarte la ropa y envolverte en mantas secas.

Rosamond le puso dos dedos en la arteria carótida. —Tiene el pulso muy débil.

Victoria levantó las manos. Le costó un esfuerzo inmenso. —Necesito ayuda para quitarme esto. —Los dedos le dolieron cuando Rosamond le retiró los calcetines de las manos. Unas manchas rojas antinaturales cubrían las yemas de sus dedos.

—Cielo santo. —Rosamond puso su mano suavemente sobre el brazo de Victoria. Su expresión de preocupación le dijo a Victoria todo lo que necesitaba saber.

Victoria examinó la piel dañada. Con los hombros caídos hacia delante, dejó caer las manos a los costados. Se hundió de nuevo en el asiento, maldiciendo entre dientes.

CAPÍTULO 17

Dentro de la sala de descanso, Rivera cogió un refresco con cafeína de la nevera. Un televisor estaba encendido en una de las paredes. El presentador de las noticias informaba desde el exterior del aeropuerto de Dulles con aviones despegando al fondo.

—Han pasado cuatro días desde que el vuelo 745 desapareció. Aún podría haber supervivientes, pero sus posibilidades disminuyen con cada día que pasan sin ser encontrados. Por desgracia, las fuentes dicen que al final de la semana, la misión de búsqueda y rescate pasará a ser una tarea de recuperación. Los expertos creen que el vuelo 745 cayó sobre el norte de Canadá o en la zona septentrional del océano Atlántico. Para determinar las probabilidades de supervivencia de alguien varado en tierra o en el agua, la Guardia Costera utiliza un software llamado CESM. Introducen varios factores...

—¡Cállate! —Rivera arremetió contra el mando a distancia. Apagó el televisor y lanzó el mando sobre la encimera.

Sam suspiró.—No se han rendido, simplemente van a...

—No quiero hablar de ello, Sam. Volvamos al trabajo —dijo Rivera, con la mandíbula tan tensa que tuvo que moverla de un lado a otro para aliviar la presión.

Salieron de la sala de descanso, regresaron a toda prisa a la sala de conferencias y se sentaron.

Murphy irrumpió, con los ojos nublados por el cansancio, portando una carpeta.

Rivera giró en su asiento—. Por favor, dime que tienes información nueva.

—Puede que sí. —Murphy le dio una palmada en el hombro a Rivera—. La NTSB dice que tienen a un sospechoso.

—¿Quién es? —preguntó Rivera, poniéndose en pie.

—Un empleado de Skyline. Un operario de equipaje.

—¿De qué sospechan que ha hecho? —Sam se inclinó hacia su ordenador y empezó a escribir.

—Pronto lo sabremos. Tramaba algo. Ya ha mentido al respecto. —Murphy agitó la carpeta—. La aerolínea revisó cada minuto previo al momento en que ese avión aterrizó y volvió a despegar. Justo antes de que el vuelo 745 abandonara la puerta de embarque, se acercó un transportador de equipaje. El empleado que conducía el carrito afirmó que tenía que cargar una maleta de última hora. Esa fue la mentira. Según los datos que ya se habían transferido del sistema de registro de aviónica, la zona de carga no se volvió a abrir.

—Si no estaba cargando una maleta, ¿qué estaba haciendo?

—Aún no lo sabemos y eso es exactamente lo que tiene que explicar. —Murphy señaló el ordenador de Sam—. Acabo de enviarte el vídeo de la pista. No se puede ver al conductor. La aerolínea tuvo que averiguar quién era por eliminación cuando nadie se presentó voluntario. El carrito apenas se ve. Se aproxima desde un ángulo extraño con respecto a las cámaras, pero se ven las sombras con claridad. Se bajó y se acercó al avión. Treinta segundos después, vuelve a estar en el carrito y se aleja. No está claro qué hizo durante ese tiempo. —Murphy consultó su reloj—. O lo están interrogando ahora mismo o acaban de terminar. Le he dicho a mi colega que nos envíe la grabación del interrogatorio en cuanto la tengan.

—Ya estoy en ello. —Los dedos de Sam se movían con destreza sobre el teclado—. Todas las grabaciones de la NTSB acaban en la misma base de datos. Solo necesito un minuto más y la tendré. —Pulsó una tecla para ampliar la vista y se reclinó—. Aquí está. La tengo.

Murphy entornó los ojos por encima del hombro de Sam.—¿Qué tienes?

Sam subió el volumen.—Si ese es el tipo, lo están interrogando ahora mismo.

La mirada de Murphy se dirigió a la puerta de la sala de conferencias. Se apresuró a cerrarla.—¿Has hackeado su grabación en directo? ¿Cómo demonios...? —Sacudió la cabeza—. Da igual.

—Estoy monitorizando la investigación de la NTSB para que no tengamos que esperar a que nos digan lo que saben. Solo tenía que encontrar la señal adecuada.

—Realmente contrato a los mejores. —Murphy retiró la silla de al lado de Sam—. Hazme sitio.

Rivera se situó detrás de ellos.

En la pantalla, un joven musculoso de unos veintitantos años estaba sentado tras una mesa. Con los hombros caídos, miraba fijamente la superficie rayada. Su rostro tenía la misma expresión que los hombres condenados a muerte, los que están cuerdos, en el momento de la sentencia.

—Ese debe de ser el empleado. Se llama Joe Wilson. Tres años en la aerolínea. —Murphy golpeó la mesa con los nudillos y observó la pantalla a través de sus gafas—. Este tipo suspendió el examen de acceso a recogida de equipajes pero, debido a un error administrativo, en lugar de ir a la lista de no aptos, fue a parar a una lista de contratación de reserva. Cuando la gripe asoló la ciudad, lo contrataron. Ha pasado por tres puestos de bajo nivel distintos en las aerolíneas en tres años porque es más tonto que una piedra, pero el sindicato no permite que lo echen. Pensaron que podría cargar maletas; no hay mucho riesgo en eso.

—Sí. Hasta ahora.

El hombre sentado al lado de Wilson, presumiblemente su abogado del sindicato, se secó la frente con el dorso de la mano.

Dos hombres estaban de espaldas a la cámara.

Murphy señaló al hombre alto y delgado que estaba a la derecha —. Ese es mi amigo, James Follett, el investigador principal. Sé que le gustaría despedazar a este tipo.

El abogado habló—: Mi cliente ha cometido un error, pero creía firmemente que nadie saldría dañado. Ahora está colaborando plenamente.

Rivera golpeó su palma con el puño—. ¿Un error?

—Entonces, a ver si lo hemos entendido bien. —En la pantalla, la mandíbula de Follett apenas se movía al hablar.—Un hombre estadounidense, caucásico, de unos cincuenta años, le convenció para colocar un dispositivo en el avión. Y usted creyó que lo único que haría esa caja sería recoger datos atmosféricos.

Wilson levantó la barbilla—. Sí. Eso es lo que dijo. Representaba a la Fundación Cronos.

—¿La Fundación Cronos? —preguntó Follett.

Wilson asintió.

—En la mitología griega, Cronos es el dios griego del tiempo —dijo Sam—. El padre de Zeus.

En la sala de la NTSB, Follett le gritó a Wilson—: ¿Si le hubiera dicho claramente que planeaba poner una bomba en el avión con esa caja, se habría negado, pero como parecía un meteorólogo legítimo, no tuvo problemas en infringir todas las leyes federales del planeta relacionadas con su trabajo? ¿Lo he entendido bien?

Wilson hizo una mueca.

—Díganos exactamente qué aspecto tenía la caja. —Follett bajó la voz—. Otra vez.

—Era pequeña. Negra. Rectangular. —Wilson formó una figura con las manos—. No mucho más grande que un teléfono móvil. De unas dos pulgadas de grosor. Pesaba menos de una libra. Parecía exactamente un cargador de teléfono portátil. No vi ninguna abertura. Quizá tenía un pequeño bulto que podría iluminarse. Pero no podía ser una bomba. No hay manera. Me aseguré de ello.

—¿Y cómo se aseguró de ello, señor Wilson?

—Dije que tenía que pasar por seguridad. Ya sabe, para demostrar que no era nada de lo que no permitimos en los aviones. Y el tipo

dijo que le parecía bien. Dijo que no tenía problemas en pasarla por seguridad porque era inofensiva. —Wilson sacudió la cabeza—. Tiene que creerme. No era una bomba. Solo era para recoger datos atmosféricos. No tuvo nada que ver con... con lo que sea que le pasara al avión. Nunca lo habría puesto en el avión si no hubiera pasado el control de seguridad.

—¿Cuándo pasó por seguridad?

—El mismo día.

—¿La pasó usted?

—No. Lo hizo otra persona.

—¿Quién?

Wilson miró fijamente al investigador de la NTSB—. No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabe que pasó el control?

—Porque la recogí dentro de la terminal, cerca de la puerta de embarque. Donde el hombre me dijo que iba a estar.

—¿No sabe cómo llegó allí?

Wilson sacudió la cabeza.

—¿Dónde la recogió? Exactamente.

—Estaba debajo de una maleta de mano que se quedó en el túnel, justo fuera del avión. Verá, no todas las maletas de mano caben en los compartimentos superiores. Muchas de ellas tienen que ponerse en la bodega de carga después de que los pasajeros embarquen.

El abogado apoyó la frente en su mano.

Follett se mofó—. Creo que todos hemos volado en avión alguna vez. —Sacudió la cabeza mirando a Wilson—. ¿Quienquiera que pusiera el dispositivo allí sabía que usted sería el encargado de recoger esas maletas?

—Sí. Supongo que sí.

Los investigadores guardaron silencio unos segundos. Follett se cruzó de brazos.—Por lo tanto, tuvo que ser uno de los pasajeros u otro empleado quien dejó el dispositivo en el túnel.

—Supongo que sí —respondió Wilson de nuevo—. No lo sé.

—Y nosotros tampoco, porque resulta que no hay cámaras en los túneles. —Follett se apoyó en la mesa, acercándose a Wilson—. Si tenía el dispositivo cuando aún estaba metiendo maletas en el avión, ¿por qué no lo puso en el avión entonces?

—Porque no estaba solo. Tuve que inventar una excusa para volver.

—Cuando volvió, ¿dónde lo puso exactamente?

—Bajo el ala.

—¿Cómo lo sujetó allí?

—Tenía un adhesivo especial.

—¿Un adhesivo? ¿Qué era en realidad, Joe? ¿Qué puso en el avión que hizo que desapareciera?

—Ya se lo he dicho. —Wilson se presionó la frente con los dedos—. Era una caja para recoger datos atmosféricos. Presión y cosas así. Eso es todo lo que era.

—Ya le gustaría que eso fuera todo. —Follett hizo una mueca de desprecio—. Cuando se enteró de que el avión había desaparecido, ¿por qué no se presentó para contarnos esto?

—Porque... al principio... ya se lo he dicho. El dispositivo no tenía nada que ver con la desaparición del avión. ¿Cómo podría ser? Además, el avión no estalló, o habría restos por alguna parte. ¡No era una bomba! —Se le entrecortó la voz—. Se lo juro, no lo era. Pasó el control de seguridad.

El abogado se inclinó y le habló a Wilson al oído.

Follett se giró hacia un lado. Hay que reconocerle que mantuvo la compostura.

El abogado volvió a reclinarse.

Follett continuó—: El hombre que le pagó por hacer esto... ¿no lo ha visto nunca antes?

—Nunca lo he conocido.

—¿Cómo lo encontró?

Wilson se encogió de hombros—. No sé cómo me conocía o cómo sabía que trabajaba para la aerolínea. Se presentó.

—¿Dónde se le acercó por primera vez?

—En un bar.

—Deme el nombre del bar. Deme la fecha de su primera interacción con él.

—El pub Cactus. La semana pasada.

—¿Hace solo una semana? —Follett y el otro investigador intercambiaron una mirada que sugería que no esperaban un plazo

de tiempo tan corto.

—El viernes pasado —añadió Wilson.

—¿Y cuánto dinero le dio por pegar la caja en el exterior del avión?

Wilson cerró los ojos. Sus hombros subieron y bajaron con un suspiro tembloroso—. Doscientos cincuenta mil.

Follett se puso justo frente a la cara de Wilson.—Lo suficiente para convencerle de arriesgar su trabajo y permitirse creer que no es algo malo poner un dispositivo en un avión, pero más de lo que cualquier meteorólogo pagaría jamás por cualquier cosa en la historia del mundo; así que incluso usted tuvo que pensar que algo iba mal, pero lo hizo de todos modos. No era un terrorista porque parecía un tipo normal, ¿verdad? Así que no pasa nada mientras le paguen... y el hecho de que doscientas personas puedan estar muertas significa que ha cobrado unos mil por cadáver.

Dentro de la sala de conferencias del FBI, Sam se giró hacia Rivera —. Puede que sea un idiota, pero la gente hará mucho más por menos dinero que eso. Probablemente sean cinco años de su sueldo neto. Puedo ver por qué se convenció a sí mismo de que era inofensivo.

Rivera se limitó a mirar la pantalla, sacudiendo la cabeza.

De vuelta en la sala de interrogatorios, Follett caminaba ahora frente a la mesa.—¿Y ya ha recibido el dinero?

—Sí. Fue transferido a mi cuenta bancaria. Puedo darle la información cuando me devuelvan el teléfono.

—¿Tenía que poner la caja en el vuelo 745, o podría haber sido cualquier vuelo?

—No lo sé. Oh... espere. Se me olvidaba. Me dijo que sería un vuelo a Londres. —Wilson se frotó la barbilla con la mano—. Dijo que la ruta de Dulles a Londres era la mejor para los datos que necesitaba. Los datos para sus experimentos. Pero el momento dependía del tiempo. Dijo que estaba esperando una gran tormenta. El día anterior, llamó y me dijo que las condiciones eran las adecuadas y me dio el número de vuelo. Y esa noche hubo tormentas por todas partes. ¿No lo ven? Realmente solo se trataba del tiempo. Eso es todo lo que era.

Follett frunció el ceño y el abogado de Joe bajó la vista hacia la mesa. —Ya, claro —dijo el otro investigador de la NTSB—. ¿Y no se le ocurrió que por doscientos cincuenta mil dólares podría fletar un vuelo a Londres y poner él mismo el trasto en el ala? Quiero decir, ¿si lo que quería era recopilar datos meteorológicos? Por lo visto, no se requiere ningún test de CI ni una inteligencia mínima para este trabajo. Debería exigirse.

—Le he dado mi teléfono. —Wilson se inclinó hacia delante—. ¿No pueden rastrear el número desde el que me llamó y traerlo aquí?

—El número es irrastreable. —James dio un pisotón—. ¿Tiene alguna otra sugerencia, Einstein?

—Mire, nunca habría hecho esto, jamás, si hubiera pensado que podía pasar algo malo. Es la verdad. Yo... mi... alguien que me importa mucho estaba en ese avión. —Wilson dejó caer la cabeza entre las manos y gimió.

—Dudo que esa persona vaya a visitarlo a la cárcel, teniendo en cuenta que ha provocado la muerte de todo el mundo.

—Dennos un minuto. —El abogado de Wilson acercó su silla a su cliente.

Las manos de Rivera se cerraron en puños apretados, con las uñas clavándosele en las palmas. —Quiero saber qué demonios era esa caja. Si era un explosivo...

—Tiene que ser una bomba. —Sam cogió su botella de agua de la mesa—. Probablemente alguien de seguridad recibió su propio cuarto de millón para hacer la vista gorda cuando pasó el control.

—Hay varias personas de seguridad en cada fila precisamente para que eso no ocurra. —Rivera se aferraba a cualquier motivo válido para que el avión no hubiera explotado.

—Y sin embargo, ocurrió —dijo Murphy, sin dejar de mirar la pantalla.

—Quizá. Quizá no.

—Bueno, algo ocurrió, qué duda cabe. —Sam dio un trago de agua.

—El dispositivo podría ser lo que permitió que alguien hackeara el sistema —dijo Rivera.

—O a lo mejor un multimillonario con afición a la meteorología soltó de verdad un cuarto de millón por unos datos —bromeó Murphy.

Rivera soltó un gruñido y se rio.

—Voy a llamar a Follett. —Murphy pulsó varios botones en la pantalla de su teléfono—. Asegúrate de que sepa que la vida de Wilson corre peligro. Si no por parte de quienquiera que hiciera esto, por las familias de los que iban a bordo. —Puso el manos libres y dejó el teléfono sobre la mesa.

En el monitor de Sam, Follett miró su teléfono y se disculpó para salir de la sala. Unos segundos después, su voz entró en la sala de conferencias. —¿Qué pasa, Murphy?

—Escucha, esto es muy personal para nosotros. Estamos siguiendo de cerca vuestra investigación. Tú harías lo mismo si uno de los tuyos estuviera en ese avión y no estuvieras ya al tanto. Esta es mi opinión.

—De acuerdo. Adelante.

—He analizado las respuestas de Wilson. Su lenguaje corporal.

—¿Eh? ¿Dónde has visto...?

—Lo que voy a decir no quita que Wilson sea culpable por su participación, pero realmente creía que solo se trataba de recopilar datos. No es un sociópata. Solo es un idiota. Está metido en un lío monumental, pero él no está detrás de esto. Necesitamos que nos lleve hasta quienquiera que lo esté. Tenemos que meterlo en el programa de protección de testigos antes de que lo crucifiquen. No permitas que trascienda su nombre, hagas lo que hagas. No te lo lleves arrestado. No dejes que salga de tu oficina hasta que envíe una escolta armada por él.

—¿Así que lo mantengo aquí hasta que vengáis a por él?

—Sí. Haremos que pase por el polígrafo y luego lo retendremos en algún lugar seguro. Tengo a un agente de camino a ese local, Cactus, ahora mismo. Y averiguaremos todo lo que haya que saber sobre la Fundación Cronos, si es que realmente existe.

—Cielo santo. ¿Cómo demonios...? Está bien, lo que sea.

—Encontraremos a quien pagó a Wilson para poner esa caja en el avión. Doscientos cincuenta mil dólares es una burrada de dinero

por datos meteorológicos. —Murphy se mofó—. Tenemos satélites para eso. Y es una coincidencia demasiado grande.

—¿Estabas en la puñetera sala con nosotros, Murphy?

—Estoy donde necesite estar hasta que encontremos ese avión. Retén al maletero y envíame la información de la cuenta bancaria de Wilson para que podamos rastrear los fondos.

Rivera echó un vistazo a Cactus.

Me pregunto si estará lleno de capullos.

El bar era limpio y contemporáneo. Olía un poco a coche nuevo. Los televisores recorrían la parte superior de las paredes, emitiendo canales de deportes y cotizaciones bursátiles. Había unas cuantas mesas con gente que empezaba temprano con las copas, pero a esa hora, demasiado tarde para el almuerzo y demasiado temprano para la cena, estaba casi vacío.

Frente a una pared de espejos flanqueada por estantes y botellas de licor, una camarera apuesta limpiaba un vaso con un trapo. Rivera se acercó.

La camarera dejó el vaso bajo la barra. Sonrió y se puso una mano en la cadera. —¿Qué desea tomar?

—A su gerente. —Rivera abrió su placa del FBI.

Los ojos de la camarera se iluminaron. —Claro. Iré a buscarlo. —Se desplazó al otro lado de la barra para hacer una llamada rápida y regresó—. Ya viene. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarlo mientras lo espera? Soy Chrissy.

—¿Estuvo trabajando el pasado viernes por la noche?

—El viernes pasado. Sí. Empecé a las siete.

—¿Recuerda haber visto a este tipo? —Rivera le mostró la foto de Joe Wilson.

—¿A él? Sí. Quiero decir, es cliente habitual. Lo veo bastante a menudo. Pero no estoy segura de si lo vi el viernes por la noche.

—Haga memoria.

La camarera miró al techo. —Lo intento, pero... no estoy segura. Pudo ser el viernes. Pudo ser el sábado. A lo mejor ni siquiera lo vi

en toda la semana.

—¿Dónde suele sentarse?

—Aquí. O en un reservado. O en una mesa si viene en grupo. Pero suele empezar en la barra. Es un buen tipo. No es el más listo del mundo, pero no tiene la culpa, ¿verdad?

—¿Tienen cámaras vigilando la barra?

—Sí. —Miró hacia otro lado un segundo cuando alguien se acercó —. Aquí viene el gerente.

Un hombre negro con la cabeza afeitada saludó a Rivera con la mano. Llevaba vaqueros ajustados, una camisa de vestir bien cortada y botas de ante. —Ryan Johnson. ¿Qué puedo hacer por usted hoy?

—Agente Dante Rivera. —Rivera mostró sus credenciales—. Busco información sobre un sospechoso. —Johnson se llevó la mano a los labios.

—Cielo santo. ¿Sospechoso de qué?

—No puedo compartir eso. Creemos que estuvo aquí el viernes por la noche hablando con un cliente llamado Joe Wilson.

—Agente, quiero ayudarle. —Johnson sonrió mientras recorría a Rivera con la mirada de la cabeza a los pies—. Pero un viernes por la noche pasan por nuestras puertas más de quinientas de las personas más bellas de Washington. Puesto que Joe Wilson fue quien habló con el hombre, ¿por qué no le pregunta a Joe con quién habló y dónde encontrarlo?

—¿Le ha pasado algo malo a Joe? —preguntó la camarera.

—No creo que lo vuelvan a ver mucho por aquí, pero está bien. Y no sabe quién es el hombre.

—Oh. Qué escándalo. —Johnson sonrió—. ¿Qué hizo?

—Eso es lo que tengo que averiguar en cuanto lo encuentre —dijo Rivera—. Voy a necesitar todo lo que pueda darme del pasado viernes. Nombres de todos los empleados que estuvieron aquí. Todos los recibos de tarjetas de crédito. Todas las grabaciones de vídeo de seguridad.

—Claro. Venga a mi despacho. —El gerente guio a Rivera por un pasillo oscuro. Se giró y sonrió—. Todo lo que busca está aquí abajo. —Al final del pasillo, abrió una puerta a una sala intensamente

iluminada con muebles actuales—. Si me hubiera preguntado hace unas semanas cómo encontrar las imágenes del viernes por la noche, podríamos haber estado aquí toda la noche intentando averiguarlo. No es que fuera lo peor que pudiera pasar... pero usted, señor agente, ha tenido suerte con el momento. Hace poco tuve que buscar otra cosa en una grabación. Ahora domino todo este asunto.

—¿Qué tuvo que buscar?

—A un carterista. Y lo encontramos. Excepto que no era exactamente un «él». Más bien un... «ellos». Un grupo descarado y buenos bailarines. Pero causaron un poco de estragos a escondidas mientras entretenían a todo el mundo. —El gerente se sentó. Introdujo algo en su ordenador, miró la pantalla e hizo clic en unos cuantos enlaces—. Vale, tengo que recordar cómo iba esto. —Se quedó mirando su pantalla—. Era algo aquí o quizá abajo del todo. —Se echó hacia atrás y se acarició la barbilla—. Ya me acuerdo. —Se acercó de nuevo—. Es este botón de aquí y luego puedo seleccionar cualquier fecha y hora que quiera. Y después buscamos la cámara que enfoca a la barra. ¡Y aquí está! ¡Así de fácil! El viernes por la noche a partir de las cinco, cuando abrimos. —Se giró hacia Rivera —. ¿Cómo quiere hacer esto ahora? ¿Quiere que lo reproduzca directamente?

—Puede ayudarme a encontrar a Joe Wilson. Cree que estuvo en la barra sobre las ocho y media. ¿Sabe qué aspecto tiene?

—El tipo corpulento de la foto que me ha enseñado. —Señaló la silla a su lado—. Venga. Acérquese. Quizá sea mejor que lo haga usted mismo. Este botón de la derecha controla la velocidad, por si quiere avanzar rápido.

Rivera se quedó mirando a Johnson hasta que este apartó su propia silla unos centímetros. Rivera se sentó y se desplazó por el vídeo del viernes pasado por la tarde hasta que la marca de tiempo marcó las 8:25. Redujo la velocidad a la normal y localizó a Wilson. El empleado de Skyline estaba sentado en un taburete de la barra, sonriendo y mirando a su alrededor. En menos de un minuto, pidió una bebida y se rio de algo que dijo la camarera. Parecía un tipo accesible y amable. Sano y despreocupado. Nada parecido al

hombre estúpido y derrotado interrogado por los investigadores de la NTSB.

Un hombre ocupó el taburete junto a Wilson. Rivera pausó el vídeo y estudió al recién llegado. Era corriente en todos los sentidos. Ni feo ni guapo. Ni alto ni bajo. De complexión media. Profesional, pero no excesivamente arreglado. Su presencia no dispararía las alarmas de nadie. Cuanto más hablaba, más se inclinaba Wilson hasta que bloqueó por completo la vista de la cara del otro tipo. Wilson bajó la cabeza como si no quisiera perderse ni una palabra. Miró a los lados un par de veces y luego volvió a mirar. Todo en la conversación parecía sospechoso. No había forma de que aquel pequeño dispositivo negro, el enorme pago y la desaparición del vuelo no estuvieran relacionados.

Si Wilson hubiera rechazado al hombre y denunciado la petición a las autoridades, los pasajeros y la tripulación del vuelo 745 estarían a sus cosas y Victoria estaría en España.

—Descargue una foto de este tipo y envíeme el vídeo completo. —Rivera clavó la vista en el monitor, grabando la cara del hombre en su memoria—. ¿Puede hacerlo?

—Solo tendrá que darme su dirección.

Tras dar su correo electrónico, Rivera sacó unas cuantas fotos del vídeo pausado con su teléfono. Se las envió a Murphy y le llamó a continuación. —Acabo de enviarte una foto. Haz que tu amigo se la enseñe a Wilson para que confirme que es el tipo que le pagó por poner la caja en el avión. Pero tiene que ser él. El terrorista.

Rivera volvió a ver parte del vídeo. El terrorista no llevaba ninguna bebida cuando se acercó a Wilson y no pidió nada. No habría ningún número de tarjeta de crédito que rastrear. El hombre se marchó sin tocar nada y sin hablar con nadie que no fuera Wilson. Poco después de que el hombre se fuera, Wilson se levantó. Sonriendo, se alejó de la barra. Justo cuando llegaba al borde del alcance de la cámara, apareció un mechón de pelo largo y rubio. Wilson alargó el brazo como si tomara la mano de la mujer. Entonces ambos desaparecieron. Rivera solo tuvo ese rápido vistazo de la rubia de espaldas.

Reprodujo esa última parte de nuevo, deteniéndose en el atisbo de pelo rubio. Se giró hacia el gerente. —¿Sabe quién es esa? —Señaló el borde de la pantalla.

—Oh, el misterio se complica. Yo ni idea. Puede que Chrissy lo sepa.

—Dígale a Chrissy que venga aquí y mire esto.

—Vuelvo enseguida con ella. —Salió y regresó segundos después con la camarera.

Chrissy observó el breve clip de Wilson con la mujer misteriosa. Sacudió la cabeza. —Apenas se la ve. Podría ser cualquiera. Pregúntele a Wilson.

—Lo haré. —El teléfono de Rivera vibró. Un mensaje de Murphy. *Wilson lo confirma. Ese es el tipo que le hizo la oferta.*

A menos que llevara un disfraz, sabían exactamente qué aspecto tenía. Ahora solo tenían que encontrarlo.

CAPÍTULO 18

Rivera se dirigió a toda velocidad de vuelta al edificio del FBI, sin éxito. A pocas manzanas de allí, un accidente bloqueaba el tráfico. Un camión de bomberos y una ambulancia ya estaban en el lugar de los hechos. Resultaba imposible pasar sin pedir a los vehículos de emergencia que se apartaran. Rivera esperó, golpeando rítmicamente la alfombrilla con el pie, consultando el teléfono y deseando haber pedido una hamburguesa para llevar antes de marcharse del Cactus. Se metió dos chicles de menta en la boca.

No podía dejar de pensar en el dispositivo que Wilson había colocado en el avión, y en qué podría haber hecho para que el aparato desapareciera... o se estrellara.

La ambulancia se marchó y llegó otro vehículo de policía. El tráfico seguía sin avanzar. Rivera abrió el portátil y usó su punto de acceso para investigar un poco, tecleando *sigilo por radar* y *cómo funciona la tecnología furtiva.*

Cuando finalmente regresó a la sala de analistas de inteligencia del FBI, fue directo hacia Sam, que estaba sentado frente a un ordenador con varios monitores.

—Hola. ¿Ha salido algo de la transferencia bancaria a Wilson?

—Jennings se está encargando, pero ha sido desviada fuera del país —dijo Sam—. Todavía no tengo nada. Y no existe ninguna Fundación Cronus que se dedique al tiempo meteorológico ni a nada que pueda ser relevante.

—Me lo imaginaba. Oye, he estado investigando qué tendría que pasar para que un avión se volviera invisible.

—Ya. Yo también.

—Bien. El tipo de tecnología que requiere no aparece de la nada. Ha tenido que estar en desarrollo durante años. Estoy intentando encontrar alguna mención a un prototipo.

—Cierto. Pero cualquiera que estuviera trabajando en esto no querría que se corriera la voz. ¿Sabes lo valiosa que sería esa tecnología? Esto no es algo que se venda al mejor postor. Esto es algo de pegarle un tiro a alguien y robarle la tecnología. Sería material gubernamental de alto secreto. O de una empresa tecnológica de miles de millones de dólares con capacidad para mantener algo enorme en la sombra.

—Aun así, el gobierno no podría sacárselo de la manga. Alguna empresa o persona tuvo que ser pionera con el prototipo de algo que allanara el camino. Estoy intentando averiguar quién.

—Vale —Sam movió la cabeza de un monitor a otro.

—¿Alguna coincidencia con el tipo del Cactus en las bases de datos del FBI?

—No. Acabo de aumentar el alcance del software de reconocimiento facial. El proceso podría tardar días, horas o semanas en dar un resultado, si es que lo encuentra.

La agente Payton Jennings, de contabilidad forense, entró en la sala de conferencias. Se quitó las gafas. —¿Todavía nada?

Rivera negó con la cabeza.

—Vaya. —Jennings se tapó la boca con la mano—. Pobre Victoria. Sigo con lo de la transferencia. Avisadme si puedo ayudar en algo más.

—Gracias, Payton. —Rivera miró la hora. No había pasado por casa en dos días. Menos mal que no tenía mascota. Durante ese tiempo, no había pensado en casi nada excepto en el vuelo de Victoria y, aun

así, seguían sin saber dónde estaba. Tenía que esforzarse más. Un poco de ejercicio le ayudaría a mantener la mente despejada. Se volvió hacia Sam—. ¿Quieres echar unas canastas conmigo mientras damos un poco de margen a esto? ¿O ir a la galería de tiro de abajo?

Sam levantó la vista. —Ehm... ¿no? Pero iré a comer algo contigo cuando termines.

Rivera revisó sus mensajes mientras abría la puerta y avanzaba por el pasillo. El segundo mensaje le hizo detenerse. Dio media vuelta y regresó a la sala de conferencias. —Sam, acabo de recibir acceso a las grabaciones de seguridad del aeropuerto del día del vuelo.

—Podría habértelo conseguido yo.

—Lo sé. Pero ha llegado rápido. A veces no viene mal seguir los canales oficiales. Llevará mucho tiempo revisar las grabaciones de todo el aeropuerto. ¿Puedes pasar la aplicación de reconocimiento facial con lo que tienen?

—Sí. Ya me las apañaré. Pásame lo que te han dado.

Rivera le envió la información de acceso y observó por encima del hombro de Sam mientras este cargaba algo del mensaje y tecleaba varios códigos.

—Pensaba que ibas a hacer ejercicio. —Sam abrió otra aplicación, haciendo clic y moviéndose de pantalla en pantalla.

—Quiero ver si puedes encontrar a nuestro sospechoso primero. Estaré por aquí. —Rivera se sentó en un escritorio vacío cerca de Sam y encendió el ordenador, introduciendo su identificación del FBI en la máquina para iniciar sesión. Continuó su investigación sobre empresas y personas que pudieran tener los conocimientos necesarios para avanzar en el concepto de tecnología de anulación de radar.

Diez minutos después, sonó un aviso en uno de los dispositivos de Sam. Giró con la silla y se inclinó hacia la pantalla. —Parece que tenemos una coincidencia en una de las aplicaciones. Es un posible positivo en la señal del aeropuerto.

Rivera acercó su silla rodando.

Estudiaron la coincidencia, rebobinando el vídeo y siguiendo al hombre en el monitor. Parecía algo mayor que el hombre del bar, pero el parecido estaba ahí, sin duda. Le tocó el turno ante un agente de la TSA en la cola de seguridad, entregó su identificación y mostró su teléfono.

Rivera señaló. —Congela ahí mismo.

—Hacer zoom no ayudará. El agente bloquea lo que necesitamos ver. Pero puedo cotejar la marca de tiempo de esta grabación con el sistema de la TSA y ver de quién era el billete que se escaneó en Dulles exactamente a esa hora.

—Genial.

—¿Crees que es un perturbado que quería ver quién subía a ese avión antes de matarlos?

A Rivera se le encogió el estómago. —Aún no sabemos lo suficiente sobre él para afirmarlo. —Habiendo trabajado en casos de psicópatas, sabía que era una posibilidad real.

Rivera miraba por encima del hombro de Sam, haciendo clic con la parte superior de un bolígrafo.

Sam se enderezó y miró a Rivera de arriba abajo. —¿Te importa?

Rivera dejó de hacer clic y soltó el bolígrafo.

—Esto va a llevar un tiempo. No tanto como si le pidiera la información a la TSA, pero aun así tengo que entrar y averiguar cómo están almacenados los datos. ¿Por qué no te vas a entrenar?

—Esperaré.

—Vale. Pero espera allí.

Rivera volvió a su investigación. Una hora más tarde, tenía tres nombres a los que llamar en relación con la tecnología de ocultación o de anulación de radar. Dos eran ingenieros y uno era un físico universitario. Encontró sus números de teléfono en la base de datos del FBI e hizo la primera llamada. Saltó un contestador. Dejó un mensaje con su nombre y número. Lo mismo ocurrió con la segunda llamada. Dejó otro mensaje. Suspirando, marcó el tercero.

—Ya lo tengo. —Sam se reclinó en su silla.

—¿Tienes un nombre? —Rivera cortó la llamada sin dejar mensaje y se acercó a Sam.

—Sí. —Sam escribió algo en la libreta que tenía junto al teclado. Rivera se inclinó para leerlo. Evan Aarons. —Espera. He visto ese nombre antes. —Y entonces recordó dónde—. Sé quién es.

—Sí. Yo también lo he reconocido.

Por un segundo, Rivera sintió el impulso instintivo de llamar a Victoria y ponerla al día. —Tenemos que decírselo a Murphy.

—Hay algo que tengo que averiguar primero. Dame un minuto. —Sam frunció el ceño mirando su teléfono, pulsando botones—. Maldita sea. Todavía no me ha devuelto la llamada.

—¿Quién?

—La doctora que firmó la receta del suministro de oxígeno.

—Vuelve a llamarla ahora mismo.

—En eso estoy. —Sam realizó la llamada y luego se levantó y caminó por el perímetro de la gran sala, negando con la cabeza y pareciendo descontento con quien estuviera al otro lado del teléfono.

Rivera abrió el archivo de pasajeros creado recientemente, seleccionó el nombre de Evan Aarons y leyó la información por encima. —Increíble. Simplemente increíble. —Cogió un bloc de notas y tomó unos apuntes.

Sam seguía paseando. Levantó un dedo para que Rivera esperara.

Minutos después, Rivera subía las escaleras a toda prisa, de dos en dos. Sam resoplaba detrás de él. En el rellano, Rivera escaneó su placa, introdujo su código y abrió la puerta de un empujón. Recorrieron el pasillo apresuradamente y entraron de golpe en el despacho de Murphy.

Murphy estaba tras su escritorio, con el teléfono en la oreja y su taza de café con el dibujo de un bulldog en la otra mano. Bajó el teléfono, mirando de Rivera a Sam y de nuevo a Rivera. —¿Qué pasa? ¿Habéis encontrado algo?

Rivera agitó su bloc de notas. —Tenemos una identificación positiva del tipo que se reunió con Joe Wilson en el bar Cactus.

Sam dio un paso adelante. Su expresión seguía siendo seria, sin rastro del entusiasmo que debería haber acompañado a su noticia. —Pasó por seguridad aproximadamente sesenta minutos antes de que despegara el vuelo 745.

—¿Tenía billete?

—Sí.

—Vive en las afueras. Usó su nombre y dirección reales. Lo tenemos todo. Es legítimo.

—Genial. ¿Vais a ir a recogerlo?

—No.

—¿Por qué demonios no? ¿A qué esperáis?

—Se llama Evan Aarons. El problema es que también está en el vuelo 745 de Skyline.

Murphy se quedó mirando. —Tenéis que estar bromeando.

—Evan Aarons es el expiloto comercial. —Rivera apretó su libreta con ambas manos—. El que subió con el tanque de oxígeno aprobado por la FAA. No lo llevaba puesto ni lo estaba usando en el aeropuerto. Puede que él mismo pasara el dispositivo de la caja negra por seguridad. Subió al vuelo. La aerolínea ya ha confirmado que todos los pasajeros del manifiesto embarcaron. Tienen vídeo junto a la puerta de embarque que lo confirma.

Sam asintió. —Hasta hace unos minutos, no habíamos hablado con la doctora que escribió la nota sobre su oxígeno. No nos devolvía la llamada porque no tenía ni idea de qué le preguntábamos. Acabo de llamar de nuevo e insistí en hablar con ella. Dice que nunca ha atendido a un paciente llamado Evan Aarons, que no lo conoce y que jamás ha tenido que escribir una carta para la FAA para que alguien use oxígeno suplementario a bordo.

—¿Qué más sabemos de ese tal Aarons?

—Empezó en la escuela de vuelo justo después de graduarse en la Academia de las Fuerzas Aéreas y luego pilotó F-16 durante 8 años. —Rivera consultó sus notas—. Más tarde fue contratado como piloto comercial en Delta y después como piloto privado. Durante los últimos veinte años, ha estado muy involucrado en actividades contra las armas nucleares. Fue uno de los activistas que lanzó las protestas de la campaña por un Futuro Libre de Armas Nucleares, uno de los movimientos de desarme nuclear más grandes de la historia de Estados Unidos. En los últimos años ha estado

relativamente tranquilo en ese frente. En todos los frentes, por lo que vemos.

—O perdió su pasión por eliminar los arsenales nucleares o desarrolló una nueva. —Murphy resopló—. ¿De antinuclear a antiestadounidense?

Sam se cruzó de brazos. —Aarons compró su billete el día antes del vuelo.

—Debe de haber una docena o más de vuelos de Dulles a Londres cada día. Ved si podéis determinar por qué eligió este vuelo. ¿Qué hacía que este fuera diferente de los demás? Y averiguad si alguien más en ese avión tiene alguna conexión con Aarons.

—De acuerdo —dijo Rivera—. Es una buena noticia. Aarons no se habría metido en el avión si fuera a hacerlo explotar.

—A menos que sea un terrorista suicida en una misión equivocada por el bien común —dijo Murphy—. Eso es exactamente lo que haría un terrorista. Y explicaría por qué no le importó quién le viera la cara en ese bar o en el aeropuerto. Tenía que saber que le rastrearían con bastante facilidad mientras Joe Wilson estuviera vivo. El ángulo kamikaze tiene sentido. Aarons o sus amigos terroristas manipularon el suministro de aire hasta que todos los demás perdieron el conocimiento. Aarons usó su oxígeno suplementario para mantenerse consciente un poco más hasta estrellar el avión contra la ladera de una montaña.

La idea hizo que Rivera se estremeciera.

—¿Qué hay de sus finanzas? —preguntó Murphy—. ¿Alguien las ha investigado ya?

—Sí. Jennings ha investigado a todos los pasajeros. —Rivera volvió a mirar sus notas—. Aarons tenía un par de cientos de miles en su plan de jubilación y unos diez mil dólares en ahorros. Tiene una hipoteca y un préstamo para el coche. Su patrimonio neto es negativo. No han salido grandes sumas de sus cuentas en el último año. Nunca, para ser exactos. Él no es quien le paga a Joe Wilson un cuarto de millón de dólares. Es imposible.

—Sí, hay una forma. Los terroristas no son boy scouts. No declaran su blanqueo de dinero para poder pagar impuestos por ello.

Rivera gruñó. —Sabía que iba a haber un problema con el oxígeno en la cabina y quería estar preparado. No significa que fuera una misión de muerte. Pilotó ese avión a alguna parte después de que desapareciera del radar. —Rivera alzó la voz—. Lo sé.

—No lo sabes —dijo Murphy—. Pero sí, es posible que lo pilotara. ¿Sería una vez que todos los demás a bordo hubieran muerto? ¿O es una situación con rehenes? Eso es lo que tenemos que averiguar. Y lo daré por válido, de momento. Pero ¿cómo entraría en la cabina?

—Tal vez no necesitara hacerlo. Aarons podría haber hackeado los controles, de alguna manera, y haber pilotado el avión desde su portátil.

—El pequeño dispositivo negro podría haber facilitado el hackeo —añadió Sam—. O tal vez tuviera algo que ver con que el avión se volviera invisible.

—Vuestra hipótesis requiere que alguien —terroristas— secuestrara el avión a distancia y lograra burlar todos los radares. —Murphy ladeó la cabeza—. Es mucho suponer.

—Mucho suponer, pero no imposible —dijo Rivera—. He estado investigando mucho sobre ello. Es factible. Algo hizo que ese avión desapareciera.

Murphy apartó la mirada.

—¡No me dejes solo en esto! Por favor. Vamos a analizarlo a fondo. No es una teoría de la conspiración si encontramos las pruebas.

—Vale. —Murphy suspiró—. Lo del hackeo remoto... me lo podrías vender. ¿Pero un dispositivo del tamaño de un teléfono móvil que anula el radar y bloquea todas las demás señales?

—Es posible —dijo Rivera—. Y si aceptamos que el avión fue ocultado, eso nos da muchos más escenarios que explorar. —*Escenarios que dan a los pasajeros una oportunidad de estar vivos.*

—Algo similar a un tipo de escudo de Faraday podría haber bloqueado todas las señales electromagnéticas —dijo Sam—. No me refiero a confundir pasivamente al radar con formas diseñadas y pintura de bolas de hierro como hacemos con nuestros aviones furtivos. Me refiero a detectar el radar con átomos y moléculas que vibran a la frecuencia de las ondas entrantes y las absorben en lugar

de reflejarlas de vuelta. —Los ojos de Sam se iluminaron—. O quizá evaluó las ondas que llegaban y emitió un pulso de radar opuesto que las cancelaba. Nunca se ha hecho antes. No que sepamos. Sería algo enorme.

—De todos los escenarios que tenemos para explicar la desaparición del avión, un nuevo desarrollo tecnológico como ese me parece el más probable. —*El más probable para dar a Victoria una oportunidad de estar viva.*— Las mismas personas que secuestraron el avión lo ocultaron. Aarons tomó el control, cambió el rumbo del vuelo y aterrizó en otro lugar, desviando el avión para sus propios fines.

Murphy se apretó la palma de la mano contra la frente. —Vale. ¿Qué fines? ¿Y dónde está ahora?

—Los responsables aún no han dado la cara o no quieren el mérito. —La mirada de Sam se desplazó hacia la puerta abierta mientras dos agentes pasaban por delante—. Y eso no es bueno, porque un grupo que no quiere el mérito es un grupo que solo quiere matar.

—O no quieren que lo sepamos todavía —añadió Rivera—. Porque todavía tienen el avión.

—Lo que nos devuelve al problema que intentamos resolver. —Murphy se cruzó de brazos—. ¿Dónde está el avión ahora?

—Hay muchos lugares en el mundo donde un reactor puede aterrizar sin ser detectado. —Rivera se estrujó el cerebro buscando ejemplos que no parecieran sacados de películas de ciencia ficción—. Una isla privada, por ejemplo. Con la maquinaria pesada adecuada, cualquiera puede allanar una pista en un terreno relativamente llano.

—Podrían estar pintándolo de nuevo ahora mismo, como cuando alguien robó mi Camry —dijo Sam—. Lo pintaron de un negro brillante. De hecho, quedaba mejor. Pero esos idiotas no sabían que yo tenía un chip oculto. Cualquiera con capacidad para tomar el mando de un avión a distancia sabría que hay que quitarle los localizadores de emergencia y la caja negra. —La expresión de Sam se ensombreció—. Oh, no.

—¿Oh, no qué? —Murphy frunció el ceño—. ¿En qué estás pensando?

—En las manos equivocadas, ese dispositivo es potencialmente devastador para Estados Unidos. Pensadlo. ¿De qué serviría nuestro ejército si un enemigo pudiera lanzar misiles nucleares invisibles?

—Me alegro de que sea solo una hipótesis —dijo Murphy.

CAPÍTULO 19

El Ingeniero no había dormido bien en tres días. No desde que el avión desapareció.

Se puso su traje, camisa y pajarita favoritos. El espejo reflejó a un caballero mayor, bien vestido, que no se había cuidado demasiado últimamente. Tenía el pelo demasiado largo y necesitaba recortarse las cejas. Su piel quizá estaba un poco cetrina por la tensión a la que estaba sometido: la presión de orquestar su idea maestra y el dolor aplastante de saber que no había logrado cumplir su cometido.

¿Dónde estaba el avión? ¿Por qué no había aterrizado en la nueva pista de Groenlandia? Debía de haberse estrellado. Alguien debía de haberse enterado de la existencia de la tecnología y lo había derribado.

Se apartó bruscamente de su reflejo.

No. Nadie derribaría ese avión si supiera lo que había a bordo. Secuestrarlo, posiblemente, y apoderarse de mi tecnología.

Salió a grandes zancadas de su dormitorio, riéndose ante el concepto de unos secuestradores robando un avión que ya había sido secuestrado.

¿Alguien tiene ya el dispositivo en su poder? Si no es así, ¿cuánto tiempo tardarán en encontrarlo y realizar ingeniería inversa con la tecnología?

Los músculos se le tensaron alrededor del pecho. Una sensación de dolor le recorrió el brazo. Se llevó la mano al corazón y cerró los ojos con fuerza durante unos pasos, pero no detuvo su marcha.

Se suponía que el piloto debía deshacerse de esa caja en cuanto aterrizara. Si el dispositivo de bloqueo seguía en el avión cuando se estrelló —y por supuesto que así sería— el Ingeniero había fracasado. Había intentado evitar la destrucción del planeta y ahora, por su culpa, podría ocurrir de todos modos. Más pronto que tarde.

¿Qué país será aniquilado primero?

El taconear de los zapatos pulidos del Ingeniero resonaba en los grandes pasillos vacíos. Ya había despedido a todos los que trabajaban para él. Se detuvo a admirar los retratos que colgaban de sus paredes. El suyo. El de su esposa. No se había fijado realmente en ellos hasta ahora, o de lo contrario podría haberlos quitado. Se alegraba de no haberlo hecho. Quería echarles un último vistazo.

Cuando su vuelo a Londres coincidió con las condiciones exactas —una noche tormentosa y llena de nubes—, supe que había llegado el momento. Eso fue lo que convirtió al Vuelo 745 en el vuelo elegido: aquel en el que mostraría a todo el mundo lo que había logrado. El vuelo que cambiaría el mundo.

Continuó hacia su despacho. No sentía arrepentimiento, solo decepción, intensificada por la presión que aumentaba en su pecho, brazo izquierdo y hombro.

En el vestíbulo, escudriñó a través de las puertas, buscando y escuchando señales de que alguien se acercara a su casa. Estaba preparado para que alguien lo encontrara. No estaba seguro de quién exactamente. ¿La policía? ¿El ejército? Alguien del FBI ya le había dejado un mensaje relativo a sus investigaciones. Siempre cabía la posibilidad de que vinieran. Por eso ya había destruido los planos, limpiado sus ordenadores y borrado y destruido las unidades de almacenamiento.

Abrió la puerta de arco de su despacho con un escáner de palma seguido de un código. Dejó la puerta sin echar la llave y entró,

donde introdujo un segundo código en un teclado bajo su escritorio.

Una pared de estanterías pivotó hacia dentro, revelando su habitación secreta interior. La única prueba de su existencia desde el exterior de su casa era la chimenea que sobresalía del tejado justo encima.

Entró y cogió brazados de las investigaciones que le quedaban —cuadernos y papeles— y los arrojó al incinerador. Los diagramas le devolvieron la mirada desde las páginas, representando años de esfuerzos maníacos y cálculos minuciosos. Lo tiró todo dentro y apartó la vista. Un dolor agudo le recorrió el brazo.

Desarrollar la tecnología siempre tuvo como fin hacer del mundo un lugar mejor. Nunca se trató de mi ego. Podrán decir lo que quieran, pero no es verdad.

Su mano planeó cerca del botón. Un solo movimiento de su dedo índice y todo sería consumido por el fuego. Estaba a punto de destruir años de su brillante trabajo.

Tragó saliva y pulsó el botón. Un rugido de llamas estalló en el interior.

Así, sin más... las pruebas de su increíble tecnología dejaron de existir. Solo había una forma de recrearla, y era con el conocimiento que él solo poseía en su magnífico cerebro. El Ingeniero sabía cómo solucionar eso.

Presionándose el cuello y la mandíbula con una mano, se hundió en su silla de cuero y sacó una hoja de papel de escribir del cajón de su escritorio. No era la primera vez que pensaba en esta carta.

Empezó a escribir, se detuvo, rompió el papel y lo tiró a la basura. Tenía que ser perfecto para que el mundo comprendiera exactamente lo ocurrido. Se aferró el pecho y se centró en la tarea. Con una hoja nueva, empezó otra vez, eligiendo cuidadosamente las palabras precisas mientras hacía una mueca ante la sensación de ardor alrededor del corazón. Cuando terminó, le temblaban las manos. Colocó la carta en el centro de su escritorio para cuando lo encontraran.

Cargó su revólver y se lo puso en la sien.

Su dedo se deslizó sobre el gatillo.

CAPÍTULO 20

Cinco días. Atrapados en medio de ninguna parte.

Tumbada a lo largo de los asientos, Victoria no creía que pudiera aguantar ni una hora más.

El fuselaje estaba más aislado a medida que se volvían cada vez más creativos sobre cómo y dónde cubrir las aberturas, pero el frío seguía filtrándose. Siempre estaba ahí, acechante e implacable, sin importar cuántas capas se pusiera. Se le había instalado en los huesos, drenándole la energía y dejándola abrumada por el agotamiento. Tenía que obligarse para mover un solo músculo.

La euforia inicial de estar vivos se había ido erosionando poco a poco, sustituida por una resignación cansada, letargo y un miedo punzante. Puede que hubieran sobrevivido al accidente solo para morir allí fuera de todos modos, parte a parte del cuerpo. Los que se habían ido primero y rápido podrían haber sido los afortunados, después de todo.

En esos momentos, sus perros estarían probablemente alineados ante las ventanas del salón, esperando a que su Suburban apareciera por la entrada. Y su pobre padre. Tras perder a su madre

a la temprana edad de treinta y siete años, ahora podría perder a su hija en una segunda tragedia. Estaría caminando de un lado a otro en su casa, angustiado, tal como estuvo años atrás cuando secuestraron a su madre. Tres días de espera para acabar descubriendo que habían llegado demasiado tarde. Deseaba poder hacerle saber que todavía estaba bien. Por ahora, al menos. Los padres de Ashby debían de estar pasando por un infierno. Y los de Lizzie. Y los de Ned. Todas las familias de las víctimas. Incluso Sergei probablemente tenía gente que estaba preocupada. ¿Y qué pasaba con todas las demás familias que esperaban noticias de seres queridos que volverían a casa en bolsas para cadáveres? Era insoportable pensar en el dolor que el accidente había causado a tanta gente.

Lizzie se despertó y rompió la monotonía, balbuceando a nadie en particular. —¿Por qué no han llegado todavía? —No era una pregunta, sino una vía de escape para la desesperación que todos sentían. Quizá tuviera algo que ver con todo el Benadryl que estaba tomando, pero había estado durmiendo bajo un enorme montón de abrigos y mantas toda la tarde, o la mañana, fuera lo que fuese eso. Era casi imposible saber la hora del día cuando el sol nunca salía por completo.

Frente a los respaldos de los asientos, Victoria sacudió la cabeza, apenas un movimiento perceptible.

—Tiene que haber miles de personas buscándonos —exclamó Lizzie—. ¡Entonces, ¿por qué no nos han rescatado?! ¡¿Por qué?! ¡No tiene sentido! —Nada de lo que decía era nuevo.

—No lo tiene. No tiene sentido. —Ashby lanzaba bolitas de papel desde su mesa plegable, apuntando a un vaso al otro lado del pasillo —. No es que estuviéramos en una avioneta de poca monta sin plan de vuelo. Los aeropuertos deberían saber exactamente dónde estamos. Creo que ya hemos esperado bastante.

—Se supone que los supervivientes no deben abandonar el lugar del siniestro —dijo Lizzie—. Quedarnos quietos es nuestra mejor estrategia para volver a casa vivos.

—Tienes miedo de salir ahí fuera, ¿verdad? —dijo Sergei.

—El tobillo ya me está matando —replicó Lizzie—. ¿Cuál es tu excusa?

Ashby habló como si Sergei no lo hubiera hecho. —Si dejamos una nota diciendo en qué dirección vamos, no debería importar. Si encuentran los restos, deberían ser capaces de encontrarnos a unos pocos kilómetros de distancia, o a cien. ¿No?

—Puede ser —dijo Lizzie—. ¿Pero es más probable que estemos muertos si nos encuentran aquí o allí fuera? Creo que estamos más seguros aquí.

—Quizá pasamos por un agujero negro de distorsión temporal y salimos en otra dimensión. —Sergei tarareó una melodía inquietante —. Nadie nos encontrará nunca y no volveremos jamás a casa.

Sus conversaciones circulares habían cambiado del «*cuando* nos encuentren» al «*si* nos encuentran». Pero no tenían ni idea de en qué dirección caminar ni a qué distancia podría estar el pueblo más cercano. Y cuando Victoria pensaba en el frío brutal que hacía fuera con el viento soplando, era suficiente para querer esperar al rescate allí. Podrían llegar en cualquier momento.

Retirándose dos calcetines de la mano, estudió las dolorosas ampollas de las yemas de sus dedos. Desde ayer, las había mantenido calientes y había aceptado las pastillas de ibuprofeno que le daban a intervalos regulares. —Ibuprofeno, no aspirina —insistió Rosamond. Victoria no podía buscar en Google «congelación» y descubrir cómo de mal estaba. Quizá eso fuera algo bueno. Al menos Rosamond se sentía algo segura sobre cómo tratar la afección.

Victoria rodó sobre su costado, mirando el cuero gris de los asientos. El avión era como una prisión, pero salir fuera a tomar aire fresco era más molestia de lo que valía la pena.

—Cada vez que habéis salido habéis tomado el mismo camino, ¿verdad? —preguntó Sergei.

—Sí —respondió Ashby.

—¿No habría tenido más sentido probar en algunas direcciones diferentes? —El tono de Sergei era inequívocamente acusatorio—. Por si hay algún pueblo no muy lejos de aquí.

—No lo hay. No hay nada hasta donde alcanza la vista en todas las direcciones. Y es mucho más fácil caminar por el sendero pisado. La nieve es profunda. Salirse del camino es peligroso porque no podemos ver qué está cubriendo la nieve. —Ashby frunció el ceño—. Lo sabrías si hubieras salido ahí fuera con nosotros.

—Y si hubiera salido, ¿cuántas veces? ¿Cuatro o cinco? No habría ido en la misma dirección todas y cada una de las veces.

—No hay nada ahí fuera —dijo Ned—. Estábamos buscando suministros del resto del avión.

Sergei gruñó. —Pero si uno de vosotros hubiera caminado la misma distancia en otra dirección, habríais visto algo que podría habernos ayudado a salir de aquí. Quizá si hubierais tenido un plan.

—Hace días no sabíamos que necesitábamos un plan —dijo Rosamond—. Todos pensábamos que íbamos a ser rescatados, como ya debería haber ocurrido.

—Sí, Sergei —dijo Ashby—. Lidera, sigue, o quítate de en medio si no vas a ayudar.

—Me gusta —dijo Ned—. ¿Te lo has inventado tú?

—No. Es algo que dicen en mi colegio. Como, si no hay viento en tus velas, coge el remo.

Sergei se tiró un pedo lo bastante fuerte como para que resonara por la cabina. —Estaría encantado de quitarme de en medio si alguno de vosotros hubiera descubierto hacia dónde ir.

—¿Sabes qué? ¡No has hecho ni una maldita cosa para ayudarnos! —gritó Ashby—. Te has bebido todo el alcohol y te has meado en la mayoría de las botellas de agua para no tener que levantar el culo. ¿Es eso lo que pasa cuando te haces adulto? ¿Te conviertes en un imbécil egoísta al que solo le importa sí mismo? ¿Metes a tu hijo en un internado y te pasas todo el día en el trabajo o te vas de compras por toda Europa? —La voz de Ashby se quebró—. Preferiría morir aquí fuera que dejar que eso me pasara a mí.

—¿Qué? —Sergei se rio—. ¿Finalmente se te ha pasado el efecto del Ritalin, Junior?

La cara de Ashby se enrojeció. —¿Qué daño hace no ser un gilipollas todo el tiempo? Ya entendemos que tu vida da asco. —Agitó los brazos mientras las lágrimas asomaban a sus ojos—. Has

estado en prisión y crees que la gente te odia tanto que te quieren muerto. ¿Has pensado alguna vez que este podría ser un buen momento para empezar a hacer algunos amigos de verdad siendo una persona decente? ¿Has pensado eso alguna vez? Así que, a partir de ahora, guárdate tu negatividad para ti solo. Todos sabemos que esta situación es una mierda. Ninguno de nosotros quiere estar aquí ni un segundo más. Especialmente no contigo. —Giró la cara y se limpió los ojos con el dorso de la mano.

Sergei se cruzó de brazos y resopló por la nariz. Se dio la vuelta y miró al resto. Todos lo observaban sin decir nada. Frunciendo el ceño, sacó un paquete de galletas del bolsillo de su abrigo. Tras sacar una, la levantó a medio camino de su boca, luego se detuvo. Sosteniendo la galleta en el aire, le dio un codazo a Ashby. —¿Una de menta?

Ashby miró la galleta. La agarró y le dio un mordisco, pero mantuvo la cara girada hacia el otro lado.

—Tienes razón. Tengo que salir ahí fuera y echar un vistazo por mí mismo. —Sergei cogió algunas galletas y dobló el envoltorio de plástico sobre el resto de la pila—. En una dirección *diferente*.

Bien, haz eso. Victoria se mordió la lengua. Se preguntó si realmente se iba a comer las galletas, ya que no había comido nada en días, que ella supiera.

Las tensiones se calmaron y todos estuvieron en silencio durante mucho tiempo. Finalmente, Rosamond asomó la cabeza desde la cocina delantera y dijo:

—¿Todo el mundo bien? —Unas ojeras oscuras rodeaban sus ojos y unos mechones cortos y tiesos de pelo gris se escapaban de su moño, antes perfecto, y se encrespaban alrededor de su cabeza. Si Victoria no lo supiera, parecería que el calvario había creado manchas de la edad en la piel clara de Rosamond y vuelto sus cejas y pestañas grises, pero era solo que su maquillaje se había desgastado o se lo había quitado. Las líneas de su rostro se habían profundizado. Seguía moviéndose despacio y solo había estado fuera unas pocas veces, manteniéndose relativamente cerca de la cabina. Cuando no estaba sirviendo al resto de alguna manera —ofreciendo comida, nieve derretida, calcetines secos, atendiendo a Sarah—,

acariciaba a la gata en su regazo durante horas seguidas. Nos quedan unas pocas comidas. No tiene sentido morir de hambre. ¿Alguien quiere lasaña casi descongelada?

—No, gracias —respondió Victoria.

Ashby intervino con un:

—Sí, claro, ¿por qué no?

Victoria abrió un envoltorio de barrita de cereales con los dientes y se la comió. Si iban a intentar caminar hasta el pueblo más cercano, tenían que hacerlo pronto y ella debía mantener sus fuerzas. Se quedó mirando el envoltorio mientras masticaba mecánicamente. Ya se había comido varias. Si alguna vez volvían a casa, no quería volver a ver este tipo de barritas nunca más.

—Debería tener un montón enorme de comida esperando solo para mí —refunfuñó Sergei—. Si estamos en las últimas con la comida, ni se te ocurra darle a esa gata ni un bocado más o yo mismo le partiré el cuello.

—Como hagas eso, te pego un tiro. —Victoria se sorprendió a sí misma al decir las palabras en voz alta. Pensar algo y hacerlo realmente eran dos cosas muy diferentes.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que te enseñan en el FBI? —Sergei se rio—. Sabes, este podría ser un buen momento para que me toque a mí caminar en círculos ahí fuera como tan bien habéis hecho todos. El resto os podéis quedar dentro perdiendo la cabeza poco a poco. Voy a salir a buscar algunas cosas.

Victoria se incorporó haciendo un esfuerzo. Por mucho que despreciara a Sergei, no era seguro que fuera solo. Quizá Ashby saltaría y se ofrecería voluntario como hacía cada vez que Ned salía. Pero Ashby permaneció callado, acurrucado, comiendo lo que fuera que Rosamond le había dado.

—¿Qué necesitas? —preguntó Ned.

Sergei se envolvió la cabeza con una bufanda. —Necesito salir de aquí de una maldita vez.

Ned suspiró, tan fuerte como se puede suspirar, y se levantó del asiento. —Iré contigo.

—Como quieras —gruñó Sergei. Agarró el hacha de la cabina de mando y la dejó cerca de la puerta—. Esta es la versión masculina

de un bastón.

Victoria volvió a tumbarse. Por supuesto, el señor «Boy Scout» Patterson se ofrecería voluntario para ir con él. El matiz condescendiente de sus pensamientos la sorprendió. Frunció el ceño, poco acostumbrada a ser tan miserable y amarga. El accidente les estaba pasando una factura terrible a todos.

Ned se agachó en el pasillo junto a su cabeza. Una barba espesa cubría su barbilla y su labio superior. Llevaba un gorro de lana, una camisa de franela y una chaqueta de plumón, recordándole a un leñador. —¿Cómo estás? —preguntó.

—Estoy bien. Estaré bien.

—No tardaremos mucho.

—Se ha quedado sin alcohol, ¿verdad? —murmuró ella.

—Sí. Probablemente quiera ver si han sobrevivido botellitas de vodka en el otro avión. Pero buscaré más comida. ¿Quieres que te traiga algo?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué tal un libro? —preguntó él—. Intentaré encontrarte un buen thriller del FBI. ¿Qué te parece?

—Busca uno donde el agente salve el día —dijo Sergei—. Quizá ella pueda sacar algunos consejos para el puesto.

Quiso gritarle a Sergei que se callara, pero no iba a rebajarse a su nivel. —Claro —le dijo a Ned. Intentó forzar una pequeña sonrisa, pero solo logró apretar los labios en una línea.

Ned se inclinó y le besó la frente, luego fue al montón de ropa de la primera fila para abrigarse.

—Intentad encontrar más botellas de agua —dijo Rosamond—. Y una vez que estén vacías, las rellenamos con nieve. —Miró fijamente a Sergei.

Sergei masculló algo y dobló la esquina. Una ráfaga de aire helado entró en la cabina.

—Hasta pronto —dijo Ned, poniéndose un abrigo azul—. No os divirtáis demasiado mientras no estemos.

—Ojalá no siguierais saliendo ahí fuera —exclamó Lizzie cuando Ned pasó por su lado—. Pero tened cuidado.

—Sí. Ten cuidado —dijo Victoria, demasiado bajo para que Ned la oyera.

El viento volvió a entrar con fuerza cuando la puerta se abrió y se cerró tras Ned.

Victoria se ajustó más las mantas y los abrigos, cubriéndose la cabeza por completo. Rosamond hablaba suavemente con Esperanza. Una bolsa de patatas se abrió con un suave chasquido.

Victoria cayó en un sueño lánguido.

Fuera, Sergei miró la hilera de cadáveres, los que no habían sobrevivido al accidente. —Al menos no se están descomponiendo. Créeme, ese es un olor que no quieres que se quede fuera de tu puerta trasera o en tu sótano durante demasiado tiempo.

—Muy reconfortante que tengas conocimientos personales sobre eso. —Ned sacudió la cabeza.

Una bufanda morada de mujer rodeaba la cabeza de Sergei, de modo que solo se le veían los ojos. Los extremos con borlas ondeaban al viento. Caminaba delante de Ned, con la cara baja y la barbilla hundida, haciendo girar el hacha en círculos como si fuera el bastón de un director de banda.

—Te vas a cortar la cabeza haciendo eso.

Sergei se rio entre dientes y siguió girándola. —¿No os encantaría eso a todos?

—Cuando nos salgamos de este camino, úsala para probar el suelo delante de ti. El hielo cambia constantemente. Cada vez que hacemos este trayecto, todo parece un poco diferente.

—¿Diferente? Yo lo veo todo blanco. ¿Por qué estás tan preocupado? —Bajó el hacha contra un montículo blanco. Chocó con un estallido—. ¿Ves? Eso es hielo. Todo está congelado. Totalmente congelado.

—Yo también lo pensaba al principio. Pero luego me di cuenta de que... —Ned habría continuado, pero Sergei claramente no estaba escuchando—. Limítate a usar el hacha. —Ned siguió caminando, arrepintiéndose ya de haber hecho el viaje con Sergei, pero alguien

tenía que ayudar a mantener vivo al imbécil. Lástima que no fuera Sergei el que estuviera durmiendo durante todo el calvario con una conmoción cerebral en lugar de Sarah. Y habría estado bien que Ashby hubiera venido con ellos para calmar la tensión. Ned le estaba cogiendo cariño al chico.

Caminaron sin hablar el resto del camino. Sergei se mantuvo delante y Ned dejó bastante espacio entre ellos. Sergei mantenía un buen ritmo. O bien estaba en mejor forma de lo que Ned pensaba, o su ego era tan grande que se estaba esforzando al máximo. Ned deseó que Sergei se esforzara hasta que le diera un ataque al corazón. Luego recordó que una de las razones principales por las que estaba allí fuera helándose el culo era para ayudar a mantener a salvo a aquel hombre insufrible.

Cuando llegaron al final de la pista, donde el fuselaje carbonizado estaba cubierto de nieve, Sergei levantó el hacha y la apoyó sobre su hombro.

—¡Prueba el suelo, maldita sea!

—Estás muy respondón cuando no está esa novia tuya cerca. Nadie te ha elegido para estar al mando, así que cállate. —Se lanzó hacia delante.

—¿Estás borracho? He dicho que...

—Te he oído. Todos te hemos oído. Puede que pienses que esa pistola mantendrá a raya a la gente, que hará que te escuchen. No lo hará. Tienes que dormir en algún momento.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Pero te diré una cosa. Un hombre de verdad no le lamería tanto el culo a su novia. Aunque sea rica.

Ned sacudió la cabeza. —No sabes de qué estás hablando.

—Oh, creo que sí lo sé. Creo que sí. Me fijo en las cosas. Sé exactamente quién es ella ahora. El gran caso con la hija de esa familia estirada a la que secuestraron. Victoria es la heredera agente del FBI... y luego estás tú, corriendo detrás de ella, besándole las botas cada vez que tienes ocasión. Me das asco.

—¿Ah, sí? Bueno, el sentimiento es mutuo. —Ned apenas creía haber adulado a nadie. Aun así, no pudo evitar hacer un rápido

repaso mental de los últimos días. ¿Había algo de verdad en las palabras de Sergei?

—Estás en esto por el dinero, ¿eh?

—Creo que ya es suficiente.

—Sabes que tengo razón. ¿Qué eres, su cuidador de perros?

—He dicho que ya basta.

—Recogiendo lo que ensucian sus perros mientras ella vuela a Mónaco en su avión privado. Solo que esta vez voló en uno comercial... probablemente para que tú no te sintieras fuera de lugar, y mírate ahora. Un gran...

—Tío, realmente eres un especialista en ser un capullo, ¿verdad?

—Prefiero eso a ser un especialista en ser un perrito faldero.

—Estás muy equivocado. No la conoces a ella y no me conoces a mí. Y ciertamente no conoces nuestra situación.

—¡Una situación! Es una forma muy de clase alta de describir el hecho de vivir bajo el mismo techo. Quizá le estés cogiendo el truco. Dime, ¿también la abanicas y le das uvas mientras sus sirvientes le pulen las uñas?

—Ella no es así. ¿No la has visto lo suficiente para darte cuenta? Victoria no es pretenciosa. Le encantan los animales.

—Díselo al oso al que le pegó un tiro. Y por nuestro bien, dado que ese oso debe tener amigos, espero que haya confiado en ti para que te lleves su arma. —Sergei levantó la cabeza hacia el viento, protegiéndose los ojos con la mano—. Ashby dijo que había un carrito de bebidas a la derecha de un ala. —Miró a su alrededor, sin mostrar signos visibles de que su hostil intercambio le molestara lo más mínimo—. Y allí está el ala, así que esa es la dirección que voy a tomar. —Se desvió de la pista hacia la nieve.

Ned suspiró. —O usas ese piolet o dejas que vaya yo delante y te quedas en mis huellas.

—Cállate y guárdate eso para tu novia. —Siguió caminando—. Pero avísame si ves ese carrito.

Con las manos cerradas en puños dentro de los guantes, Ned se dio la vuelta y se alejó. *¿Por qué me habré ofrecido voluntario para ir con él?* Sus ojos se movían de un lado a otro, buscando comida. Se volvió hacia Sergei y gritó tan fuerte como pudo: —¡Coge

cualquier tentempié que haya en ese carrito! ¡Y si hay bolsas de basura, cógelas! ¡Necesitamos más!

Sergei no respondió.

El hielo se desplazó con un gemido grave. El sonido seguía siendo inquietante, pero se estaba acostumbrando a él.

Ned agitó los brazos para llamar la atención de Sergei. No le sorprendería que el hombre agarrara todo el alcohol pero dejara atrás la comida.

El hielo crujía y restallaba. Había algo más fuerte y amenazador en el sonido. Por instinto, Ned extendió las manos para mantener el equilibrio. Quería salir de allí. Pero ¿qué camino era más seguro?

Otro crujido agudo llenó el aire como un disparo.

El sonido del hielo gimiendo se hizo más fuerte que el aullido del viento. Una fila de asientos cerca de Sergei se deslizó lentamente unos cuantos pies por la nieve.

Ned puso las manos en jarra alrededor de la boca. —¡Sergei!

Sergei había llegado al carrito. Golpeó la puerta con el piolet.

—¡Sergei! —Ned bajó los brazos. En contra de su buen juicio, se apresuró en dirección a Sergei. Volvió a poner las manos en jarra—. ¡Por aquí! ¡Ven por aquí!

Sergei soltó el piolet y abrió la puerta del carrito. Arrancó un estante y se metió una botella pequeña de vino en cada bolsillo. Volvió a meter la mano para coger más alcohol, llenando los bolsillos de sus abrigos y pantalones. Unas cuantas botellitas cayeron al suelo.

El carrito se deslizó de lado.

Sergei dejó de moverse. Con un extremo de la bufanda morada ondeando al viento, recogió el piolet y miró a su alrededor.

Ned le hizo señas con los brazos. —¡Por aquí! ¡Date prisa!

Un gemido fuerte y estridente estalló a su alrededor.

Sergei tropezó como si le hubieran quitado la alfombra de debajo de los pies. Miró hacia abajo y empezó a correr, agitando los brazos a los costados. Detrás de él, el carrito se deslizó hacia el interior de la tierra. Segundos después, con un grito aterrorizado, Sergei cayó al suelo, desapareciendo de la vista.

Ned corrió por la nieve, gritando: —¡Sergei!

—¡Ayuda! —respondió Sergei.

Con el corazón acelerado, Ned aumentó la velocidad, frenando solo a unos pies del abismo. Se dejó caer de rodillas y se asomó al borde.

Al menos a la altura de un cuerpo por debajo de él, el piolet estaba clavado en el hielo. Jadeando y gruñendo, Sergei se aferraba al mango con ambos brazos. Un pie tenía un punto de apoyo en el hielo. Si su apoyo cedía... Ned dudaba de que Sergei fuera lo bastante fuerte como para sostener todo su peso corporal con los brazos, incluso aunque el piolet aguantara.

El hielo vibraba como el motor de un coche. Sonó otro crujido.

—¡Aaugh! —gritó Sergei.

—¡Aguanta! —Ned bajó el bastón. Le faltaban unos metros para llegar. Se levantó de un salto y examinó los restos que cubrían la nieve, buscando frenéticamente cualquier cosa que pudiera usar para sacar a Sergei.

—¡Sácame de aquí!

—¡Lo estoy intentando! ¡Aguanta! —Los pensamientos de Ned volaban mientras intentaba pensar. ¿Cinturones de seguridad? No, tendría que cortarlos. No tenía nada con qué cortar. Tardaría demasiado. ¿Hacer colgar una bolsa o un bolso? Primero tendría que encontrar uno. Tenía que haber formas, pero ninguna estaba allí mismo en ese momento.

Sergei chilló. —¡Se me resbala el pie! El piolet no va a aguantar. Apenas está clavado en el hielo.

—Quítale algo de peso encima. —Ned se quitó el abrigo de un tirón—. Clava el otro pie.

Las manos de Sergei resbalaron por el mango. Lanzó un grito ahogado. —¡No puedo!

—¡Entonces suelta una mano y clava los dedos! —Ned se envolvió una manga una y otra vez alrededor del brazo—. ¡Tienes que hacerlo!

—¡No puedo soltar el piolet! —Una botella de vino se cayó de su bolsillo lateral y se desplomó al abismo—. ¡Date prisa!

—¡Lo estoy haciendo! ¡Estoy pensando!

—¡Siento todo lo que he dicho antes! ¡Necesito que me ayudes! Tengo diamantes por valor de veinte millones de dólares y los compartiré contigo si me sacas de aquí.

¿Pero qué demonios? —¡Me muevo lo más rápido que puedo! —Ned se tiró al suelo boca abajo, lanzando el abrigo por el borde. Llegaba más lejos que el bastón, pero seguía sin ser lo suficientemente largo.

—¿Eso es todo lo que tienes? —gritó Sergei—. ¡Un abrigo no va a aguantarme!

—¡Cállate para que pueda salvarte la vida! —Ned clavó los pies en la nieve y se deslizó hacia delante hasta que sus hombros quedaron suspendidos sobre el espacio abierto—. Esto es lo máximo que puedo acercarme o no podré sacarte. Tendrás que soltarte y saltar a por él. —*Tengo demasiada parte de mi peso fuera del suelo.* El miedo atravesó su adrenalina. *¿Qué impedirá que yo caiga detrás de él una vez que se agarre a mí?*

—No puedo. No puedo.

—Tienes que hacerlo. ¡Tienes que agarrarlo!

—Acércate más. ¡Date prisa! ¡Rápido!

Ned hundió su cuerpo en la nieve y avanzó unos centímetros más. —No dejaré que te caigas solo si agarras esto. —*Porque puede que me caiga contigo.*— ¡Solo levanta la mano y agarra la manga!

—¡No puedo! ¡No puedo soltarme! —Sergei miró a Ned, con puro terror en los ojos.

Otro crujido y un siseo. Los lados de la grieta se ensancharon y la abertura se hizo más profunda.

—¡Si quieres la mitad del dinero, date prisa! —Sergei miró hacia abajo y gritó.

—¡Sergei, no mires abajo! ¡Mírame a mí! Agarra el abrigo. ¡Estarás bien si agarras el abrigo!

La cabeza del piolet bajó una fracción de pulgada. Los pies de Sergei patearon desesperadamente contra el hielo.

Ned abrió las piernas, clavando los zapatos en la nieve. Se deslizó más cerca. *¡Estoy demasiado fuera!* El abrigo bajó otra pulgada. —¡Agárralo! ¡Ahora!

El piolet se soltó del hielo. Sergei saltó, intentando agarrar el abrigo. Sus grandes ojos miraron fijamente a Ned mientras su cuerpo caía al vacío.

Ned se lanzó hacia delante, pero no pudo alcanzarlo. Su torso se arqueó y se agitó mientras se deslizaba por el borde del hielo.

Victoria se despertó tiritando. Movió los hombros hacia delante y hacia atrás bajo las mantas, intentando generar algo de calor corporal adicional.

Su lado pesimista cobraba fuerza y causaba estragos en su determinación. Las cosas pasan por algo. ¿O no? ¿Qué razón explicaba todas las muertes sin sentido a su alrededor? Ninguna. ¿Cuál era la razón de que ella hubiera sobrevivido cuando tantos otros no lo habían hecho? ¿Era solo para morir aquí? *¿Qué clase de mujer eres?*, se preguntó. *Cálmate. Tú no controlas lo que te pasa, solo cómo respondes.* Inspiró profundamente, contuvo el aliento y lo dejó salir despacio. Enderezó los hombros. Cuando Ned regresara, iba a ser testigo de su nueva y mejorada actitud.

Se incorporó, alerta de repente. Ned llevaba fuera bastante tiempo. —¿Qué hora es?

—Ya es hora de que nos rescaten —masculló Lizzie.

—Son las tres de la tarde —respondió Rosamond.

—¿Sabéis a qué hora se han ido? —preguntó Victoria.

—No lo sé —dijo Rosamond—. No estoy segura de...

—Pero llevan fuera mucho tiempo, ¿verdad? —Un nudo se le estaba formando a Victoria en el estómago. Su primer instinto había sido llamar a Ned. Rápidamente recordó que eso no era una opción sin cobertura y con las baterías agotadas.

—Seguro que están bien. —Rosamond no sonaba muy convincente.

Victoria se levantó con esfuerzo y se dirigió hacia el montón de ropa. Rosamond tocó el brazo de Victoria. —Creo que deberías quedarte aquí y esperar a que vuelvan. Tus dedos se pondrán mucho peor si aguantan otro ciclo de congelación y recalentamiento.

—Yo puedo ir. —Ashby se movió hacia el pasillo—. Si estás muy preocupada.

—Gracias, Ashby. —Victoria agarró dos bolsas de basura. El montón estaba casi agotado—. Iremos juntos.

—¿Crees que Sergei ha intentado cargarse a Ned?

—¿Qué? ¡No! Solo me preocupa que les haya pasado algo ahí fuera.

—Ya. ¿Como que el oso polar pueda tener amigos que busquen venganza?

Ella tampoco había pensado en eso. ¿Cómo era posible? No había estado pensando con claridad en absoluto. Se maldijo a sí misma por no haber enviado a Ned fuera con su arma.

Se pusieron las bolsas, seguidas de jerséis, abrigos y bufandas alrededor de la cara.

—Toma, lleva estos. —Lizzie le dio a Victoria un par de guantes de algodón. Solos a estas temperaturas eran inútiles, pero bajo cuatro pares de calcetines, ayudarían.

—Gracias. —Victoria se los puso—. No tengo ninguna intención de perder más dedos.

—¿Está nevando? —Ashby entornó los ojos una vez que estuvieron fuera—. ¿O solo lo parece porque el maldito viento lo está volando todo?

—Creo que está nevando. No estoy segura. Vamos. —Victoria arrancó a paso ligero—. Si buscaban suministros, habrán ido al otro lugar del accidente.

—Pero Sergei hablaba de ir en otra dirección para ver qué hay por ahí.

—Lo sé. Pero mira. Alguien ha caminado hoy por nuestro sendero habitual, así que tienen que ser ellos.

—¿Necesitamos un sustituto para el bastón?

—Estaremos bien mientras nos mantengamos en el camino. Date prisa. No quiero estar fuera mucho tiempo.

Caminaron uno al lado del otro en la zanja, con una sensación de inquietud que empujaba a Victoria a moverse más rápido de lo que lo habían hecho nunca.

Los restos aparecieron a la vista. —Por aquí. —Ashby siguió las huellas que salían de la hondonada y cruzaban la nieve hacia el ala que sobresalía.

—Quédate en las huellas —dijo Victoria, innecesariamente. No pudo evitarlo. Quería ir delante y proteger a Ashby, pero él ya iba guiando. Ella le seguía en fila india, sin quitarle los ojos de encima para asegurarse de que tenía cuidado.

—¡Ned! —gritó Victoria, levantando la mirada. Le sorprendía que aún no hubieran visto a los demás.

—¡Ned y Sergei! —gritó Ashby—. ¿Dónde estáis?

—Vayamos hacia donde vi aquel carrito de bebidas —sugirió Ashby —. Eso es lo que Sergei quería de verdad. Las botellitas.

No muy lejos del carrito, entre la nieve y las formas cubiertas de hielo, había un cuerpo tendido boca abajo. No estaba cubierto de nieve. Ella no supo qué pensar al principio.

¡Ese es el abrigo azul de Ned!

El terror se apoderó de ella mientras luchaba por avanzar a través de la densa nieve pensando: *que no sea Ned, por favor, que no sea Ned*. Pero era Ned sin duda y no se movía. —¡Ned! —gritó—. ¡No, no, no, no!

Los hombros se movieron. La cabeza de Ned apareció a la vista. Victoria sintió una alegría inmensa al ver que estaba vivo. —¡Ned!

—¡Para! —gritó Ned con tal fuerza que ella se quedó paralizada.

Ashby se quedó mirando. —¿Eso es... está...? ¡Está colgando sobre una grieta!

Victoria se percató del espacio abierto. La cabeza y los hombros de Ned colgaban sobre él. Unos centímetros más adelante y caería dentro.

—¡Ned! ¿Qué estás haciendo? —gritó ella—. ¡Retrocede! ¡Ahora! ¡Deslízate hacia atrás! ¡Por favor!

Grandes manchas de piel blanca cerosa con ronchas de color rojo oscuro cubrían las mejillas de Ned. Sacudió la cabeza en un movimiento lento que terminó con su barbilla cayendo hacia el pecho.

Victoria consiguió controlar su voz, recurriendo de nuevo a su experiencia policial, llamándolo de manera calmada y autoritaria. —

Necesito que te impulses hacia atrás, lejos de ese cráter. Hazlo ahora.

—¿Dónde está Sergei? —Ashby examinó la zona.

Ned bajó la cabeza y miró hacia el fondo de la grieta. Uno de sus brazos se extendía hacia el interior. —Se ha ido.

Victoria contuvo el aliento. *Y Ned podría ser el siguiente.* El hielo crujía y se desplazaba constantemente. Podría abrirse más en cualquier segundo. —¡Deslízate hacia atrás! ¡Por favor! Tienes que hacerlo ahora.

Ned no se movió.

—¡Levántate! ¡Retrocede! —gritó Ashby, agitando las manos a los lados—. ¡Nos estás matando del susto!

Ned finalmente puso las manos cerca de sus hombros y se deslizó hacia atrás desde el borde del hielo. Arrastrando el bastón por el suelo, caminó hacia ellos.

Ashby miró hacia la grieta. —¿Sergei se ha caído ahí dentro?

Ned cerró los ojos. —Le oí gritar. No queda ni rastro de él.

—¿Crees que está muerto? —preguntó Ashby.

—¡Sí, creo que está muerto, Ashby! —vociferó Ned—. ¡No creo que esté merendando con un conejo ahí abajo!

—¡Vaya! No hay por qué enfadarse conmigo. Solo cálmate. —Ashby dio un paso hacia la grieta—. Echaré un vistazo.

Victoria se lanzó hacia delante y lo agarró. —¡No! ¡No piensas acercarte a eso! —gritó ella—. Nadie más va a acercarse a eso. Si Ned dice que se ha ido, es que se ha ido.

Estudió el rostro de Ned, su expresión ausente. Confiaba en que él sabría distinguir si una persona desaparecía en una grieta o no. Su piel dañada era la prueba de que debía de haber estado colgando sobre el borde durante mucho tiempo.

—Esto es una mierda. —Ashby dio una patada a la nieve—. Es muy triste, pero tengo que decir que me alegro de que haya sido él y no tú, Ned.

—Estuve a punto de caer detrás de él, pero conseguí frenar el deslizamiento antes de que fuera demasiado tarde.

Victoria rodeó a Ned con su brazo, abrazándolo contra ella.

Ashby los miró y luego apartó la vista. —Oye. ¿Qué es eso? Eso no parece parte de este accidente.

Victoria apenas registró las palabras de Ashby. Todavía estaba conmocionada. Sergei se había ido. Ned estaba en estado de choque y tenía la cara congelada.

—Es distinto. —Ashby alargó la mano para coger el bastón y Ned se lo dio. Se alejó diciendo—: Eso es otra cosa. No creo que viniera de nuestro avión.

Victoria y Ned por fin miraron. Detrás del ala desgarrada del Boeing 777, un objeto grande y verdoso reposaba en un montón gigante de nieve recién removida. O bien el reciente accidente de avión o el desplazamiento del hielo lo habían sacado a la luz.

—Voy a echar un vistazo. Tendré cuidado. —Ashby tanteó el suelo delante de él, empujando y luego haciendo una pausa, arrastrándose más cerca del extraño objeto.

Victoria lo siguió.

Cuando Ashby estuvo lo suficientemente cerca, pasó el brazo por encima, quitando la nieve. —Es parte del ala de un avión. Tiene algo escrito. —Golpeó el objeto con el bastón, rompiendo el hielo y apartándolo para descubrir la letra S. Limpió la nieve hasta que las letras quedaron claras. USAF. —¿Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos?

Victoria estudió la gran pieza de aluminio. —¿Sabes qué es esto?

—No. —Ashby volvió a golpear el objeto con el bastón, haciéndolo vibrar—. ¿Qué es?

—Es parte de un bombardero B-52.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Ashby—. ¿Significa que hay una base aérea cerca?

Desgraciadamente, pensó ella con el corazón encogido, significaba exactamente lo contrario. —En los años sesenta y setenta, los Estados Unidos solían volar bombarderos continuamente alrededor del Círculo Polar Ártico como medida disuasoria contra los espías rusos. Algunos cayeron y nunca fueron encontrados. Creo que algunos, o quizá la mayoría, llevaban armas nucleares... bombas de hidrógeno.

—¡Mierda! ¿Podría este lugar ser radiactivo? —Ashby se miró las manos como si estuvieran infectadas—. Vi Chernobyl. La serie. Un desastre total. Menudo lío. Eso no es algo que quieras tener cerca.

—Es poco probable. —Victoria se volvió hacia Ned. Él seguía pareciendo estar aturdido y no había dicho ni una palabra sobre el bombardero o lo que significaba.

—¿Por qué no lo encontraron? —preguntó Ashby—. ¿Nadie lo buscó?

—Los Estados Unidos no tienen por costumbre dejar atrás a personas o equipos —dijo Victoria despacio—. Si todavía está aquí, es solo porque... nunca fue encontrado. —Tragó saliva. No servía de nada mentir. Era hora de que todos aceptaran la realidad—. Y eso es porque el área alrededor del Círculo Polar Ártico es increíblemente vasta y remota.

—Entonces, ¿qué significa eso para nosotros? —Ashby arrastró los pies en la nieve—. ¿Estamos cerca del Círculo Polar Ártico? ¿Eso es como estar en otro continente? ¿Significa que dondequiera que estemos está tan en medio de tierra de nadie que nadie puede llegar hasta aquí? —La ira resonó en sus gritos—. ¿Nadie viene nunca por aquí?

Victoria siguió mirando las letras USAF. Puede que no estuvieran exactamente en el Círculo Polar Ártico, pero el trozo de restos antiguos confirmaba sus peores temores: estaban muy, muy, muy lejos de la civilización.

Nadie iba a venir.

CAPÍTULO 21

Frank caminaba de un lado a otro de su despacho con el teléfono pegado a la oreja.

Un hombre respondió. —Centro de Contacto para Casos Graves del FBI.

—Hola. Soy Frank DeLue. Llamo porque un hombre del FBI me ha dejado un mensaje.

—¿Quién le ha dejado el mensaje?

—No recuerdo su nombre. Lo he borrado. Ha dicho que era agente especial.

—De acuerdo. ¿Qué podemos hacer por usted, Sr. DeLue?

—¿Es usted agente del FBI?

—Sí, lo soy.

—Está bien entonces. —*Probablemente no tengan a los mejores atendiendo los teléfonos.* —Ayer me enteré de lo del vuelo de Skyline que salió de Dulles y desapareció del radar. Tuve un presentimiento sobre algo. Pero, en aquel momento, me pareció absurdo. Ya no lo creo. Acabo de leer un artículo de prensa que

enumeraba algunos de los nombres de los pasajeros del vuelo. Ahora... es demasiada coincidencia.

—¿Qué es lo que es demasiada coincidencia, señor?

Frank suspiró sonoramente. Tenía la intención de que se le oyera. —Esto es exactamente por lo que no quería llamar. ¿Puedo hablar directamente con su superior?

El hombre al otro lado del teléfono se rió. —¿Con mi superior?

—Con una persona que sepa cómo manejar lo que estoy a punto de decirle, para que no acabe repitiéndome una y otra vez. Sé que eso es lo que va a pasar y no tengo tiempo que perder. Tengo plazos de entrega. Le estoy haciendo un favor al hacer esta llamada. —Se aclaró la garganta—. Lo que digo es que me gustaría hablar con su responsable.

—Agradezco que llame, con su apretada agenda y sus plazos de entrega. Haré todo lo posible para que esto avance. Pero el protocolo es empezar conmigo, señor. Piense en mí como un triaje. Quizá pueda ayudarle. Si no puedo, sabré a dónde derivarle.

Volvió a suspirar. —Como he dicho, tengo una fuerte sospecha. Creo que sé quién estuvo implicado en hacer desaparecer el vuelo 745 de Skyline. Tienen que investigar a esa persona.

—Muy bien. Déjeme tomar sus datos de contacto. Luego podrá contarme lo que tenga que decir y podré volver a ponerme en contacto con usted más tarde si tengo alguna pregunta.

—Vale. Me parece bien. —Frank respondió a las preguntas del agente, miró su reloj y tamborileó con los dedos sobre su escritorio.

Cuando terminaron con los datos de contacto, el agente dijo: —Bien, ¿qué es lo que quiere decirnos?

—Alguien tiene que investigar a Eric Musgrave.

—¿Quién es Eric Musgrave?

Frank se encendió. *¡Qué imbécil! ¿Cómo podía alguien no saber quién era Eric Musgrave?* Intentó mantener la calma. Cualquier intento de educar a aquel hombre caería en saco roto. —¡Es uno de los ingenieros más preeminentes de nuestro país! Es una mente brillante.

—Señor, no hace falta que me grite. Oigo perfectamente. ¿Puede deletrear su nombre?

—Eric con C. Y Musgrave se escribe M-U-S-G-R-A-V-E.

—¿Y Musgrave es amigo suyo?

—No. No es amigo mío. Trabajamos juntos. Hace mucho tiempo. Nunca fuimos cercanos. Jamás. Asegúrese de que le quede clara esa parte.

—¿Por qué quiere que el FBI investigue a Eric Musgrave?

—Quiero asegurarme de que el FBI sepa que Musgrave podría haber tenido la tecnología para hacer esto.

—¿Para hacer qué, señor?

—¡Oh, Dios mío! ¡No tengo tiempo para esto! ¿Puedo hablar con alguien que sepa lo que está pasando?

—Cualquier información que me dé será investigada a través de los canales de investigación adecuados.

—Entonces, por favor, prepare su bolígrafo para que no tenga que repetirme. Musgrave estaba trabajando en una tecnología arquetípica para repeler las ondas de radar. El objetivo de su proyecto era la eliminación de los pulsos electromagnéticos entrantes combinada con la alteración del flujo de aire y la electricidad en una fuerza centrífuga que suaviza las superficies del avión, reduciendo la firma de vuelo hasta que sea tan pequeña que ni siquiera se note. Con la ionización...

—Señor, no estoy seguro de qué tiene que ver esto con...

—¡No importa! ¿En qué estaba pensando? —refunfuñó Frank—. Escuche, empecemos por esto. Recibí una llamada de un agente del FBI sobre mis investigaciones anteriores. Creo que debe estar relacionado con esto. No guardé el mensaje. Sé que debería haberlo hecho, pero no le di importancia entonces. No iba a devolverle la llamada porque, como he dicho, tengo un plazo de entrega. Pero ahora estoy bastante seguro de por qué llamaba y estoy intentando ayudar. He olvidado su nombre. Rivers. Puede ser. ¿Tienen a algún agente del FBI que se llame Rivers? ¿Damon Rivers? Me gustaría hablar con él.

—Claro, señor. Intentaré averiguar si trabaja aquí alguien llamado Damon Rivers. Se lo preguntaré a mis *superiores*.

Rivera estaba en la entrada del despacho de Murphy, esperando.

—Estaré en la función cuando empiece. Se lo prometo —decía Murphy mientras hacía un gesto a Rivera para que entrara—. Sé que él es el protagonista. No voy a llegar tarde. Tengo tantas ganas como tú. Guárdame un buen sitio y nos vemos luego. —Murphy colgó el teléfono y centró su atención en Rivera.

—Tengo algo —dijo Rivera.

—¿Qué es?

—He estado investigando más sobre cómo un avión podría evitar la detección del radar. Es posible. Un ingeniero llamado Frank DeLue me ha dado una breve lección sobre cómo podría lograrse con la ionización. —Rivera examinó las notas que había garabateado en cada rincón del papel—. Tiene que ver con colisiones de partículas subatómicas e interacciones con la radiación electromagnética. Puede ocurrir durante las tormentas eléctricas. El pico de una onda saliente se encuentra con el valle de una onda entrante. Las dos se anulan, borrando eficazmente el radar entrante. La combinación constante y adecuada de absorción y reflexión precisa puede utilizarse para eliminar el radar. Si un dispositivo puede emitir energía térmica que esencialmente envuelva al avión...

Murphy levantó la mano. —Las clases de física han quedado muy atrás, Rivera. No estoy seguro de que necesite o quiera oírlo. ¿Te ha dado algo que pueda ayudarnos a encontrar el avión?

Rivera dejó su bloc de notas. —Me ha dado el nombre de la persona que cree que es responsable.

—¿Quién es?

—Se llama Eric Musgrave. Un inmigrante ruso. —Consultó sus notas—. DeLue lo describe como «brillante pero arrogante». Se le atribuyen varios desarrollos revolucionarios que se consideran plantillas para la tecnología de anulación de radares.

—Eso no es suficiente para...

—Hay más. Recuerda a Evan Aarons, el piloto-pasajero que subió al vuelo 745 con el tanque de oxígeno. Al igual que Aarons,

Musgrave es un activista antinuclear, muy implicado en grupos contra las armas nucleares. Ha financiado varias protestas multitudinarias y ha escrito artículos afirmando que la energía y las armas nucleares van a destruirlo todo y a dejar el mundo como un páramo inhabitable. Parece que podría ser un extremista. No sé si llega a la locura del Unabomber, pero he oído lo suficiente como para tener un mal presentimiento.

—¿Este confidente ha dicho que creía que Musgrave hizo desaparecer el avión? ¿O ha sido más bien que usted le ha preguntado *si* alguien hubiera hecho desaparecer el avión, quién sería?

—Un poco de ambas cosas. Yo le he llamado. Pero ha dicho que la implicación de Musgrave ya se le había pasado por la cabeza.

—¿Por qué se le iba a pasar por la cabeza que alguien ha hecho esto cuando el resto del mundo cree que el avión se estrelló?

—Porque vio la lista de pasajeros.

—¿Vio que Evan Aarons estaba en el vuelo?

—No. —Rivera negó con la cabeza—. Aquí está el quid de la cuestión. DeLue afirma que nunca ha oído hablar de Aarons. No fue el piloto lo que le hizo sospechar. Fue la mujer de Musgrave. Ella va en ese vuelo. Con un apellido diferente.

—Eso es interesante. Así que Aarons tenía un cómplice a bordo.

—Sí, eso es lo que estoy pensando. Las piezas encajan. Y es otra prueba de que la gente de ese avión no debía morir. —Rivera empezó a salir de la habitación—. Musgrave vive a las afueras de D. C. Voy a traerle para interrogarlo.

—Consigue una orden primero. Y llévate a un equipo contigo. Quizá solo sea un manifestante rico. O quizá él y sus compinches hayan estrellado intencionadamente un avión de línea y matado a doscientas personas, incluidos un agente del FBI y su propia esposa. No aumentemos el número de víctimas. Haz que Marks os acompañe.

—¿Marks? ¿El de la unidad de desactivación de explosivos?

—Sí. No te la juegues con esta gente. No voy a perder a otro agente esta semana.

CAPÍTULO 22

Al volante, con el agente Marks y el novato Edwards de pasajeros, Rivera pisó el acelerador y se desvió al carril izquierdo. En el coche que le seguía, el agente Johnson hizo lo mismo.

Edwards se inclinó hacia delante, asomando la cabeza entre los asientos delanteros. —¿Por qué vienes con nosotros, Marks?

—No sabemos con seguridad si Musgrave ha hecho algo, pero no nos la vamos a jugar —dijo Rivera echando un vistazo al retrovisor —. Marks es una póliza de seguro... por si acaso.

Ataviado con una sudadera con capucha y vaqueros, como si él y Sam compartieran estilista, Marks apoyó las manos en su vientre. —Un tipo con la tecnología suficiente para burlar el radar de un avión de pasajeros podría tener preparadas unas cuantas medidas de seguridad sorpresa alrededor de la casa para impedir que entremos. Ninguno de nosotros quiere volver a casa en veinte bolsas de cadáveres distintas.

—Ah. —Edwards se echó hacia atrás en su asiento.

Unas ligeras ráfagas de nieve golpearon el parabrisas. Rivera encendió los limpiaparabrisas. —No sabemos qué esperar, así que

estad atentos. Si está en casa y es culpable, podría estar esperándonos. O podría ser completamente inocente.

—Y estar furioso por habernos presentado aquí —añadió Marks con una sonrisa.

—Supongo que un tipo como Musgrave probablemente se enfadará con nosotros pase lo que pase. —Rivera condujo entre dos grandes pilares que tenían grabado «Highgrove Estates». Las casas más allá estaban situadas al fondo de grandes parcelas con jardines. Rivera habría pensado en Victoria entonces, si no lo estuviera haciendo ya—. Si no sabe qué le pasó al avión, debería estar extremadamente preocupado por el bienestar de su mujer. Puede dejar que analicemos su supuesta mente brillante y nos ayude a entender cómo puede desaparecer un reactor comercial.

—¿Y si el tipo ya está de luto por ella? —preguntó Edwards—. Si es inocente y entramos en su casa por la fuerza con una orden... ¿no dejará eso en muy mal lugar al departamento en cuanto llame a sus amigos influyentes para quejarse?

Rivera se encogió de hombros. —Me da igual. Según el amigo de la NTSB de Murphy, Musgrave no se presentó a ninguna de las sesiones informativas que Skyline organizó para las familias.

—Se me ocurren varias razones. —Marks resopló—. O es porque no quería perder el tiempo cuando no tienen información que compartir, o es porque es más culpable que el pecado.

—Exacto. —Rivera apretó las manos en el volante—. Oye, Edwards, ¿has encontrado ya esos diamantes? ¿O sigue la compañía de seguros dándote caña?

—Todavía no los hemos encontrado —contestó Edwards—. Seguimos trabajando en ello. Es agradable participar en algo distinto por una vez.

—Ya casi hemos llegado. —Rivera giró de nuevo a la izquierda por un camino privado. Aminoró la marcha al aproximarse a la casa de Musgrave—. Cuidado con vuestras espaldas, seguid todas las reglas y reservad vuestro juicio hasta que sepamos si puede estar implicado en la desaparición del avión... o no.

Marks agarró el tirador de la puerta. —Si es responsable de algún modo de la muerte de Victoria, va a ser un pobre hijo de perra.

El número 2215 de Old Villas Road, la dirección de Musgrave, era un complejo imponente e intimidante. La casa estaba hecha de ladrillo y piedra, con arcos, frontones y una estructura tipo torreón en cada extremo. Una enorme puerta de hierro flanqueaba la entrada, similar a la de la casa de Victoria. Pero no había adornos navideños colgados de los postes, ni puerta doble para retener a los perros, ni burros mirándolos. El jardín era austero. Los arbustos estaban podados, el césped cortado, pero los parterres y las enormes macetas que bordeaban el camino estaban vacíos.

Rivera escudriñó la propiedad. —Preparaos para cualquier cosa. Por lo que sabemos, Musgrave podría tener su propio equipo de seguridad ahí dentro.

Pulsó el interfono que había fuera de la puerta.

Nadie respondió.

Lo pulsó de nuevo.

Sin respuesta.

Dio la vuelta al coche y lo aparcó lejos de la puerta, bajo una gran arboleda.

—Yo abriré la puerta. —El agente Marks se bajó y cogió una bolsa marrón del maletero.

Tras decir a los otros agentes que esperaran junto a los coches, Rivera siguió a Marks.

Marks iluminó con una linterna la caja de la puerta. —Estos aparatos tienen tornillos inusuales para que el ladrón común no pueda sacarlos. —Como de costumbre, el agente Marks parecía no tener prisa y ser imperturbable. Sacó un destornillador de la bolsa y lo analizó. Lo devolvió a la bolsa y sacó otro.

Rivera estudió las ventanas buscando señales de movimiento y se limpió los copos húmedos de nieve de la nariz. —Date prisa. —Todo parecía suceder con demasiada lentitud. Mientras tanto, el tiempo se agotaba. Un tiempo que Victoria quizás no tuviera, asumiendo que no la hubieran matado hacía días.

—Aquí está. —Marks se puso a quitar los tornillos. Al cabo de poco tiempo, apartaron la puerta hacia un lado. Rivera entró en el camino circular y se detuvo ante la fachada. El agente Johnson dejó su coche fuera de la puerta y se acercó rápidamente a su encuentro.

La entrada de doble puerta estaba hecha enteramente de paneles de cristal rodeados de metal marrón. Cualquiera podía ver a través de la casa hasta las vistas del jardín al otro lado. Nada se movía dentro ni más allá.

—Iré hacia la parte de atrás por si intenta escapar. —El agente Johnson echó a correr hacia un lateral de la casa.

Rivera esperó unos segundos y luego llamó a la puerta.

Esperó un poco más. No hubo respuesta.

—En un sitio como este, supongo que el cristal es a prueba de balas. —Marks sacó otra herramienta de la bolsa marrón—. Intentaré romperlo primero.

—Espera. —Rivera puso la mano en el pomo y giró. La puerta se abrió—. Es como si quisiera que lo encontráramos. —Mantuvo el contacto visual con Marks y Edwards—. Si es el responsable, necesitamos que nos diga qué pasó y dónde podemos encontrar el avión. Así que, pase lo que pase, no lo matéis.

Rivera entró con su pistola en la mano. — ¿Eric Musgrave? Es el FBI. Salga con las manos sobre la cabeza donde podamos verlas.

Marks y el novato entraron tras él con sus armas levantadas.

Reinaba el silencio dentro de la gran casa. No se oía el arrastrar de pasos a lo lejos ni en el piso de arriba.

Los agentes entraron en el vestíbulo. Rivera hizo una señal a Marks para que fuera hacia la izquierda y a Edwards para que le siguiera hacia la derecha. Él y el joven agente atravesaron una sala de estar, un comedor formal y una cocina. Todo despejado. Al final de un pasillo, Rivera empujó una gran puerta en forma de arco y entró en un despacho doméstico.

—Tenemos un cadáver —anunció Edwards. Mantuvo los ojos fijos por toda la habitación mientras se acercaba sigilosamente al cuerpo.

Detrás de un gran escritorio, al lado de una silla de cuero volcada, un hombre yacía desparramado en el suelo. Un gran charco de sangre lo rodeaba, siendo más extenso alrededor de la cabeza. Una pistola descansaba al borde del oscuro líquido.

A Rivera se le cayó el alma a los pies. —Si ese es Eric Musgrave, estamos ante un callejón sin salida. En todos los sentidos.

Una sola hoja de papel y un bolígrafo adornaban la superficie del escritorio. Rivera se puso los guantes y cogió la carta. La nota empezaba: *Yo, Eric T. Musgrave, soy el único responsable de la desaparición del vuelo 745.*

CAPÍTULO 23

Rivera sostuvo la bolsa de plástico transparente con la página escrita a mano en su interior. Murphy se puso las gafas de lectura.

Los teléfonos sonaban en la oficina exterior.

—Jefe —el altavoz de Murphy crujió—. La línea dos es para usted.

—Ahora no. —Murphy cogió la bolsa y la sujetó por las esquinas, mirando la carta como si pudiera estallar en llamas.

—El laboratorio ya ha confirmado la firma y las huellas —dijo Rivera—. Coinciden.

—Mmm, ya veo. —Murphy se ajustó las gafas. Manteniendo la carta dentro de la bolsa, la leyó en voz alta.

Yo, Eric T. Musgrave, soy el único responsable de la desaparición del vuelo 745.

Como el mundo ya ha comprobado, he hecho que un avión comercial sea completamente invisible al radar.

Permítanme que sea explícitamente claro sobre lo que planeaba hacer: captar la atención de todos y amenazar con entregar mi arma al mejor postor a menos que los países eliminen sus arsenales

nucleares. Pero nunca tuve la intención de vender mi dispositivo ni de ponerlo a disposición de nadie más. Mi plan fue siempre demostrar que funcionaba y luego destruirlo. Mi dispositivo no era más que un medio para lograr la paz mundial y liberar a la humanidad de la amenaza de la destrucción nuclear mutua.

Sabía que mis actos tendrían consecuencias. Y habrían valido el precio a pagar. Piensen en la cantidad de almas que mueren cada año en misiones bélicas o en entrenamientos para la guerra. Sacrifican sus vidas por el bien común, para proteger a nuestro país, pero por mucho menos de lo que yo iba a lograr.

Tras hackear el avión, mi piloto debía aterrizarlo en Groenlandia. Con el tiempo, descubrirán la pista de tres mil metros preparada para recibir al avión y a los pasajeros. Transcurrido un tiempo, se habrían sentido orgullosos de haber participado en mi histórica y revolucionaria demostración.

Pero algo salió mal. El avión nunca aterrizó donde debía. El piloto nunca me llamó. No sé dónde está. Desconozco la suerte de los pasajeros. Por ello, siento una profunda preocupación y pesar.

El dispositivo del avión es el único que existe. Tras el aterrizaje, se suponía que el piloto debía destruirlo. Espero fervientemente que así fuera y que el dispositivo no vuelva a encontrarse jamás.

Pido perdón a mi país.

Espero que mi esposa, Rosamond, y los demás pasajeros no hayan sufrido.

Sinceramente,

Eric T. Musgrave

Los labios de Murphy se movieron en silencio mientras volvía a leer la carta para sí mismo. Cuando terminó, miró a Sam y a Rivera. —Tenía razón. No estoy seguro de si eso es bueno o malo todavía. Ni de lo que significa para los pasajeros.

Rivera se metió las manos en los bolsillos. —¿Y ahora qué?

—Tengo que informar a algunas personas sobre esto. —Murphy se quedó mirando la pared que tenían detrás—. Dejadme que aclare en mi cabeza exactamente qué creemos que pasó antes de descolgar el teléfono y dejar a todo el mundo boquiabierto. Si Musgrave dice la verdad, él diseñó el dispositivo que Wilson puso en el avión. Durante

el vuelo, los sistemas operativos del avión fueron pirateados. Incluido el suministro de aire. Luego, el dispositivo de Musgrave bloqueó todas las señales entrantes y salientes y anuló por completo la detección por radar. Una vez que el avión quedó a oscuras, Aarons lo voló por control remoto mientras todos estaban inconscientes. Quizá consiguió entrar en la cabina. ¿Lo he entendido bien?

—Sí. Musgrave es el responsable de la desaparición del avión. Pero no sabe qué ha pasado con él. —Rivera apenas podía creerlo, pero no tenía otra opción—. Alguien le traicionó o las cosas salieron mal por azar. Aun así, hay una posibilidad de que Victoria y los demás pasajeros estén vivos.

—Hay una posibilidad. —Murphy se masajeó las sienes—. Me gustaría tener pruebas concretas de que esto ocurrió realmente y de que Musgrave no era un egocéntrico delirante que se inventó esta historia porque ansía reconocimiento.

—Las encontraremos —dijo Rivera.

Murphy dejó caer la cabeza entre las manos. —Localizar ese dispositivo de ocultación —si es que eso es lo que realmente Wilson puso en el avión— acaba de volverse tan importante como encontrar el avión. No podemos permitir que acabe en malas manos.

Neil Cooper bostezó. Cogió su taza de café, notó que pesaba poco y volvió a soltarla. Se quitó los auriculares de un tirón, los lanzó junto a su taza vacía y apagó el estúpido podcast. Dos horas más de su tedioso trabajo de análisis de datos seleccionando píxeles y se largaba de allí, directo a la tienda y luego a casa para el Maratón de Jugadores Estrella Butt-Rocker. *Una parada en el súper para comprar pizza, alitas, Doritos y unas cuantas botellas de Coca-Cola. Así no tendré que salir del apartamento en dos días.*

Antes de eso, tenía que elaborar una hoja de cálculo para mostrar a Skyline Airlines exactamente cuántas películas, y cuáles, se estaban viendo en su sistema de entretenimiento a bordo. En parte estudio de mercado y en parte para asegurarse de que Movies Plus cobrara por cada una de las películas vistas.

Neil extrajo los datos, cortándolos y pegándolos en su hoja de cálculo. No le importaba qué películas veían los pasajeros ni cuántas. Pero a la empresa para la que trabajaba, sí.

Neil retiró los dedos del teclado y gruñó. —¿Qué porras? ¿Por qué se me ha bloqueado el acceso?

Se echó hacia atrás y luego hacia delante. Tecleó unas líneas de código para volver a comprobarlo.

—¡Alguien ha pirateado la aplicación!

Entornó los ojos y se acercó más, tecleando sin parar. —Por fin, un desafío.

Quince minutos después, Neil se rascó el dedo gordo del pie a través del agujero de su calcetín mientras pensaba en qué hacer a continuación. Se decidió por llamar a su supervisor. El teléfono sonó hasta que saltó el contestador.

Maldita sea. No voy a dejar un mensaje. Quiero saber cómo ha pasado esto.

Neil buscó el número del contacto de Movies Plus en la aerolínea. —Hola, soy Neil Cooper. Soy el director de gestión de datos de Movies Plus.

—¿Qué podemos hacer por usted, Sr. Cooper?

—Alguien ha pirateado el sistema de entretenimiento a bordo que instalamos en uno de sus aviones.

—¿Cómo sabe que lo han hecho?

—Eh... porque es obvio. —Neil se burló—. Sé cuándo piratean un sistema. No puede pasar sin que yo me entere en el momento en que ocurre.

—¿Por qué querría alguien piratear el sistema de entretenimiento de un avión?

—Porque querían ver una película y no querían que se la cobraran. La gente es tacaña. Mientras tanto, Movies Plus está perdiendo dinero. Así que su aerolínea debe saber que no funciona y yo necesito cargar una nueva aplicación para arreglarlo.

—De acuerdo. ¿Es solo en un avión? ¿No en todos?

—Solo en un avión.

—Bien. Entonces arréglelo.

—Lo he intentado. No puedo cargar nada. Las señales están bloqueadas. Vamos a tener que mandar a uno de los nuestros a Dulles.

—¿Por esto? Ni hablar. Tendrá que esperar a una revisión de mantenimiento rutinaria y arreglarlo allí. Se lo comunicaré a los superiores. ¿Cuál es la aeronave?

—Espere. Tengo el número de referencia del avión. ¿Está listo?

—Sí. Adelante.

Neil leyó los números en voz alta. Tuvo unos segundos para rascarse el dedo otra vez y considerar pagar por una crema contra los hongos antes de que el representante de Skyline respondiera.

—Espere. ¿Qué? Imposible.

—¿Qué pasa? —preguntó Neil. Lo hacía mientras se sujetaba el dedo gordo, apretándose de verdad la piel entre los dedos.

—Ese número corresponde al vuelo 745 de Skyline.

—¿Y? —Neil seguía apretándose el dedo gordo.

—¿Cuándo ocurrió ese pirateo? ¿Puede decirlo?

—Un momento. —Neil introdujo unas líneas de código y estudió la pantalla—. Ocurrió el pasado viernes a las 20:50.

—¡Vaya! Creo que esto podría ser algo importante. Muy importante.

Apoyado en el cubículo de la agente Jennings, Rivera terminó de responder a las preguntas sobre la carta de Musgrave.

Jennings se sujetó una de las muñecas y giró la mano hasta que crujió. —¿Nadie llamó para informar de la nueva pista? Una pista gigante en medio de Groenlandia debería levantar sospechas.

Sam abrió una bolsa de ositos de goma. —A los que la construyeron probablemente les pagaron muy bien por sus esfuerzos, como a Joe Wilson. Un cuarto de millón.

—Increíble —dijo Jennings.

Sam ofreció la bolsa de caramelos a Jennings y a Rivera, pero ambos la rechazaron. —El vuelo 745 no llegó a la pista de Musgrave, pero puede haber aterrizado cerca —dijo—. Necesitamos la

ubicación de esa pista. Cavar una lo bastante larga para que un avión comercial aterrice de forma segura requiere maquinaria pesada...

—A menos que no te importara si el avión volvía a despegar —dijo Jennings—. Cualquier franja de terreno podría permitir un aterrizaje accidentado y destructivo.

—Parece que a Musgrave sí le importaba. Voy a identificar a las empresas de Groenlandia que podrían crear esa pista.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Jennings.

Rivera respondió: —Revisa los registros telefónicos y las transacciones comerciales de Musgrave. Ya tenemos la orden judicial para ello.

—Me pongo con ello.

El teléfono de Rivera sonó. —Es Murphy. —Respondió antes del segundo tono y se puso el teléfono en la oreja.

—¿Sigues aquí? —preguntó Murphy.

—Sí.

—Bien. Ven a mi despacho.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré cuando llegues.

—De acuerdo. —Rivera dio un toque a Sam, indicándole que le siguiera. Atravesaron a toda prisa la zona de trabajo abierta, serpenteando entre cubículos, en dirección a las escaleras.

Chris, de la división antiterrorista, dijo: —¿Tienes algo sobre el avión?

Rivera gesticuló en silencio: «Creo que sí». Se volvió para asegurarse de que Sam le seguía antes de subir las escaleras a saltos. Rivera llegó al rellano, escaneó su placa y tecleó un código para abrir la puerta. Se volvió para esperar a Sam y caminaron juntos hacia el despacho de Murphy.

Rivera llamó una vez a la puerta cerrada del jefe de oficina, pero no esperó respuesta antes de entrar.

—Acabo de recibir noticias de Skyline Airlines —dijo Murphy—. Tenemos la prueba que necesitábamos. Evidencias de que el sistema de entretenimiento del vuelo 745 fue pirateado. Desde allí, debieron obtener el control remoto del avión. El ataque ocurrió tres minutos

antes de que el avión desapareciera. Esto ya es oficialmente una investigación terrorista. Estoy formando un equipo entero para dedicarse a esto las veinticuatro horas.

—¿Quién lo dirige? —preguntó Rivera.

—Tú —respondió Murphy—. Llevamos ventaja en esto gracias a ti. Ahora tienes que rematarlo. Rápido.

—No hace falta que me lo diga —dijo Rivera, pensando en Victoria.

—Escuchad —continuó Murphy—. Si se han encontrado el avión y ese dispositivo de ocultación, todos tenemos problemas mayores. Como Sam dijo antes. Esa tecnología cambia instantáneamente la geopolítica mundial. En las manos equivocadas, esto es potencialmente devastador para Estados Unidos.

—Lo sé. —Rivera ya le había estado dando vueltas a las posibles ramificaciones.

—Ese avión podría volver cargado de explosivos. A menos que lo veamos venir, no sabremos que está ahí hasta que sea demasiado tarde. En una noche de tormenta bajo la capa de nubes, podría estrellarse contra la Casa Blanca, contra Times Square en Nochevieja o contra la Super Bowl.

—Lo sé. —Rivera hizo una mueca. Se le disparó la adrenalina al pensar en la tecnología de sigilo en las manos equivocadas.

—Una situación mala acaba de volverse unos cuantos millones de veces peor —dijo Sam—. Hasta que encontremos ese avión y recuperemos el dispositivo, los pilotos de todo el mundo tendrán que estar atentos a cualquier aeronave que no esté emitiendo su código de transpondedor.

—Sí —dijo Murphy—. Y tendremos que desplegar patrullas para derribarlo si es avistado. Ahora, a trabajar. —Murphy cogió su teléfono y se volvió para mirar la bandera estadounidense como un soldado en posición de firmes—. Soy Larry Murphy, jefe de la división de terrorismo del FBI, llamo para hablar con el Director del FBI. Va a necesitar una teleconferencia con el Fiscal General Royden y los demás miembros del consejo de seguridad. Tengo información sobre el vuelo 745 de Skyline que el presidente Moreland debe conocer de inmediato.

—¿Has encontrado algo sospechoso? —preguntó Rivera, agarrando el separador del cubículo de Jennings. Sam estaba a su lado.

Jennings giró su silla para quedar frente a ellos. —Sí. Espero que esto ayude. Musgrave hizo recientemente varias transacciones importantes. A diferencia del pago que recibió el mozo de equipajes, que fue desviado a través de múltiples cuentas imposibles de rastrear, por su parte no hubo ningún intento de ocultar estos pagos. Tres días antes de que Wilson recibiera su dinero, Musgrave envió trescientos mil dólares a una cuenta de una pequeña empresa nueva.

—Parece que Musgrave o sus contables se esforzaron por proteger a sus cómplices, pero no les importó que lo identificáramos a *él* —dijo Sam—. Tiene sentido. Quería que el mundo supiera lo que había hecho.

Jennings se quitó las gafas. Abrió un frasco de gotas para los ojos, echó la cabeza hacia atrás y apretó el frasco sobre su ojo. —Todavía estoy rastreando esa. Pero ya he identificado al destinatario de otro pago sustancial. —Giró su silla hacia el ordenador, volvió a ponerse las gafas y se inclinó hacia delante—. Hay un pago de dos millones de dólares a Ralph's Snow Scaping.

A Rivera se le desencajó la mandíbula. —¡Dos millones!

—Sutil, ¿eh? —dijo Jennings, cogiendo su bolígrafo—. Se encuentran en Groenlandia. Dejad que os envíe la información.

—Esto es excelente —dijo Rivera—. Esa tiene que ser la empresa que despejó la pista de nieve. Hablamos con ellos y ya tenemos un lugar por donde empezar. —Rivera sacó su teléfono del bolsillo y llamó a Murphy—. Creemos que hemos encontrado a la empresa que despejó la pista donde debía aterrizar el vuelo 745. Tengo la dirección.

—Envíala y me pondré en contacto con nuestros agentes más cercanos —dijo Murphy.

—Yo voy para allá —dijo Rivera.

—¿A Groenlandia?

—Sí.

—Es un vuelo largo. No retrases la investigación porque quieras estar allí. Envíame la información y haré que las autoridades de Groenlandia vayan al lugar inmediatamente.

—Bien. Por supuesto. Pero de todas formas voy. El vuelo 745 debe estar cerca de allí. Lo sé. Una vez que tengamos la ubicación de esa pista, podremos redirigir a los grupos de búsqueda y rescate a esa zona.

—Está bien, Rivera. Abrígate bien. Hace más frío de lo que puedas imaginar allí arriba en esta época del año. Consíguete el equipo adecuado rápido mientras yo hago unas cuantas llamadas. Nunca antes había tenido que solicitar agentes en Groenlandia.

CAPÍTULO 24

El sonido de una respiración agitada se extendía por la destrozada cabina de primera clase.

—Oh, no. —Rosamond echó las mantas a un lado y se incorporó, tosiendo al hacerlo—. ¿Es Sarah?

Habían vuelto a llevar a Sarah a la cabina de mando, donde había menos ruido y podían mantenerle la cabeza elevada.

Por favor, que no sea otro ataque. Victoria se enderezó para escuchar mejor. *No, no es Sarah. Viene de la parte trasera del avión.*

—Es solo Ned —dijo Victoria, sintiendo un leve alivio. En el pasillo, entre los aseos y la última fila, Ned tenía el espacio justo para hacer flexiones. Apenas había articulado palabra desde que regresaron al avión sin Sergei. Ella le había dejado su espacio.

—Ah, menos mal. Gracias a Dios. —Rosamond suspiró. Estaba a punto de sentarse de nuevo cuando Sarah gimió y murmuró palabras sin sentido—. Iré a ver cómo está.

—Me da tanta lástima —dijo Lizzie—. Lo que sea que le esté pasando es mucho peor que lo de mi tobillo. Necesita ayuda de verdad y lo mejor que podemos darle son analgésicos. Odio esto.

—Lo sé. —Victoria estaba totalmente de acuerdo. Tenía la firme sospecha de que la lesión de Lizzie en el tobillo era leve. El verdadero problema, sospechaba, era que Lizzie no estaba hecha para las aventuras al aire libre y no estaba acostumbrada a las incomodidades. Pero los lamentos de Sarah eran un recordatorio constante de lo indefensos y vulnerables que se sentían todos.

—No puede morir —dijo Lizzie—. Sencillamente no puede. Solo quedamos seis.

Rosamond salió de la cabina de mando unos minutos después.

—Debía de estar teniendo una pesadilla. Sigue durmiendo.

—Bien —dijo Victoria, deseando que Sarah no despertara. Era algo terrible de desear, pero no soportaba mucho más aquello de quedarse de brazos cruzados mientras otro sufría—. ¿Qué hora es?

Rosamond consultó su reloj.

—Si estuviéramos en D.C., el sol estaría saliendo ahora mismo. —Se mordió el labio inferior, miró al suelo unos segundos y luego pareció reaccionar—. Voy a volver a hacer inventario de la comida.

—Ahora nos toca un poco más a cada uno, ya que Sergei ha... desaparecido. —Lizzie se agarró al asiento de delante y se levantó—. Deja que te ayude. —Fue dando saltitos hacia la parte delantera, rozando el suelo con el pie herido pero sin apoyar su peso—. Es extraño cómo puedes echar de menos un poco a una persona, aunque no te caiga bien.

—¿Porque hemos pasado qué, cinco días seguidos con el tío? Se hace raro empezar otro día sin él por aquí. —Ashby balanceó los brazos extendidos de lado a lado en el angosto espacio que lo rodeaba—. Yo no le echo de menos. Pero me da pena. Y creo que me siento culpable porque no me caía bien.

—Yo soy el único que tiene que sentirse culpable aquí —dijo Ned, acercándose a la parte delantera del avión con unas cuantas zancadas largas.

—Pero fue un accidente e intentaste salvarlo —dijo Ashby—. No es como si lo hubieras empujado ni nada parecido. Te esforzaste mucho por salvarlo. ¿Verdad?

Ned se dio la vuelta y volvió a recorrer el pasillo.

Victoria le sujetó el brazo y rodeó su bíceps con los dedos, sintiendo los firmes tendones musculares bajo el abrigo y el jersey. Rozó suavemente con sus dedos llenos de ampollas la mejilla congelada de él. Ned tenía la mirada sombría y atormentada.

—Tienes que olvidarlo. Hiciste todo lo que pudiste, ¿no?

—Hice todo lo que habrías hecho tú.

Los pensamientos de Victoria pasaron al modo agente. Aún tenía preguntas, pero logró apartarlas. Tenían que confiar plenamente el uno en el otro para salir de esta. No era momento de cuestionar sus actos.

—Solo... tienes que intentar olvidarlo.

—Sí. —Ashby se agarró el pie y dobló la pierna hacia atrás, estirando el cuádriceps—. Nos has mantenido a salvo. De ninguna manera fue culpa tuya. Él llevaba el hacha. Podría haber comprobado el terreno con ella primero.

—Lo sé. Pero no fue así como ocurrió. Él no... —Ned sacudió la cabeza.

—Escuchad —dijo Victoria—. No podemos hacer nada por Sergei. Pero no ocurre lo mismo con nosotros. No podemos esperar aquí ni un minuto más y creer que nos van a encontrar. Si la caja negra todavía funciona, dejará de hacerlo en un día o dos. Solo dura una semana. Ya no podemos contar con que nos rescaten.

—Pero tienen que seguir buscándonos —dijo Lizzie—. Seguro que lo hacen. ¡No pueden simplemente... no pueden olvidarse de nosotros!

—Seguro que hay gente intentando encontrarnos —dijo Ned—. Pero no podemos depender de ellos. Si queremos sobrevivir, tenemos que actuar.

—Tienes razón. —Rosamond sacó el rosario del bolsillo y lo apretó entre los calcetines grises que le cubrían las manos.

—Voy a preparar unas cuantas cosas y empezaré a caminar —dijo Ned—. Tarde o temprano habrá un pueblo o una carretera, un sendero... alguna señal de civilización. Si os quedáis aquí y os centráis en no perder el calor, os prometo que encontraré ayuda. No pararé hasta conseguirlo.

—Podrías morir ahí fuera si vas solo. —Lizzie cogió una servilleta y la hizo pedacitos mientras miraba a Ned—. ¿Habéis visto *El paciente inglés*? ¿Donde el tipo se va a buscar ayuda y su avión se estrella? Te puede pasar cualquier cosa. Podríamos quedarnos aquí esperando y esperando, pensando que volverás con ayuda en cualquier momento, esperando mientras se acaba la comida, esperando hasta que nos congelemos o caigamos en el hielo uno a uno y muramos.

Victoria se aclaró la garganta.

—Esperar más es un deseo de suicidio para todos. Pero no puedes ir solo, Ned. Como ha dicho Lizzie, podría pasar cualquier cosa. Voy contigo.

Ned se apartó el pelo de la frente.

—Iré más rápido si voy solo. Puedo trotar todo el día. Si tenemos que estar ahí fuera, cuanto menos tiempo, mejor.

Victoria sacudió la cabeza.

—Mira, Victoria, sé que eres corredora. Sé que estás muy en forma. Pero, en cierto modo, me he estado entrenando para este momento toda mi vida. En un extraño giro del destino que nunca imaginé... —resopló—. Lo más sensato es que vaya solo.

—No. No puedes ir tanteando con un bastón mientras corres. —Ella se estremeció mientras las imágenes de grietas ocultas se deslizaban en sus pensamientos—. Y no puedes sudar ahí fuera o acabarás con hipotermia. ¿Verdad, Rosamond?

—Llevamos aquí casi una semana —dijo Rosamond—. Pensé que nos habrían rescatado a las pocas horas de estrellarse el avión. Si no han venido ya, es que no pueden encontrarnos. El avión de las Fuerzas Aéreas que encontrasteis basta para convencerme. Pero también estoy de acuerdo con Victoria. Nadie debería ir solo.

Ned se soltó del brazo de Victoria y caminó hacia la zona de servicio.

—Nadie quiere que lo dejen atrás —dijo Ashby, ajustándose el gorro sobre las orejas—. Deberíamos ir todos juntos.

—Yo ni siquiera quiero salir ahí fuera. No puedo caminar. —El tono de voz de Lizzie subió por el pánico—. ¡Pero tampoco quiero que me dejen aquí sola!

—Te ayudaremos —dijo Ashby—. No te preocupes. Cuidaremos los unos de los otros.

—¿Ayudarme? —Lizzie tenía los ojos desencajados—. Caminar es caminar. ¿Cómo se supone que alguien va a ayudarme a caminar? ¿Vais a llevarme a hombros? ¡Y Rosamond intenta ocultarlo porque obviamente no quiere quejarse, pero tampoco se encuentra precisamente bien! Y apenas tenemos comida. ¿Y si tardamos días? ¿Qué haremos cuando se acabe la comida?

—Hay... bueno... otras formas de sobrevivir —dijo Ashby—. Por ejemplo, las agujas de pino hervidas en agua nos darán vitamina C. La corteza de los árboles tiene nutrientes.

—¿En qué las vamos a hervir? —gritó Lizzie—. ¡Ninguno de nosotros metió ollas y sartenes en la maleta para ir a Londres! ¡Y no hay árboles! ¡Ni siquiera podemos hacer fuego!

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Ashby—. Haremos lo que sea necesario para sobrevivir.

Rosamond rodeó a Lizzie con el brazo.

—Cálmate. Tiene razón, ya se nos ocurrirá algo. Estamos juntos en esto.

—Es peligroso. —Lizzie sacudió la cabeza con el ceño fruncido—. Podríamos morir ahí fuera.

—Acabaremos muriendo aquí tarde o temprano —respondió Rosamond—. No hemos visto ninguna señal que indique que saben dónde estamos o que nos están buscando. Por la razón que sea, no pueden encontrarnos. No; si queremos vivir, tenemos que salir de este lugar a pie. Todos nosotros. Juntos. —Atrajo a Lizzie en un abrazo y le acarició el pelo como si fuera una niña.

Ned se apoyó en la puerta del aseo y bajó la cabeza hacia sus manos. Unos segundos después, levantó la vista. Todos lo miraban. —Está bien. —Cerró los ojos brevemente—. Iremos todos juntos. Tiraré de Sarah en una de las balsas. Si alguien tiene dificultades o necesita un descanso —miró a Lizzie y luego a Rosamond—, puede subirse con ella.

—Yo puedo tirar de uno de vosotros —dijo Ashby.

—Bien, porque probablemente tendrás que hacerlo —respondió Lizzie.

Victoria se acercó a Ned, le pasó el brazo por el hombro y le sonrió.

—Ese ya era tu plan B, ¿verdad?

Ned asintió con los ojos cansados.

—No me entusiasma la idea de sacar a todo el mundo ahí fuera, pero tampoco me apetecía dejar a nadie atrás. —Se enderezó—. Hagámoslo.

—¡Sí! —Ashby hizo un pequeño baile en los pocos palmos de espacio entre los asientos—. ¡Vamos a salir de este sitio a pie! De vuelta a la civilización. ¡Ay, internet, cuánto te he echado de menos! ¡Pienso comer, estar caliente y ver películas en streaming durante una semana entera!

Su actitud era contagiosa. Victoria levantó el puño y gritó:

—¡De vuelta a la civilización!

Todos, excepto Lizzie, sonreían. Quizá fueran sonrisas nerviosas, pero se sentía muy bien tomar el control de su situación.

Ned sostuvo la última caja de barritas de cereales frente a él.

—Recojamos todo y larguémonos de aquí.

Victoria fue a la parte trasera del avión y retiró las bolsas de basura usadas.

—¡No hagas eso! —exclamó Lizzie—. Por fin habíamos conseguido aislar casi toda la parte de atrás. ¿Y si tenemos que volver?

Volver significaba que habían fracasado. Victoria no quería pensar en el fracaso.

—Las necesitamos para mantener las piernas secas. No quedan bolsas suficientes para todos. Tendremos que usar cordones de zapatos para atarlas y que no se caigan.

—¿Deberíamos llevarnos los cojines de los asientos? —preguntó Ashby—. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —preguntó Lizzie.

—Hay agua bajo el hielo —dijo Ashby.

Lizzie lanzó un lamento mientras Victoria decía:

—Coge uno para cada uno y échalos en la balsa.

Tardaron casi una hora en empaquetar sus suministros, guardarse botellas de agua bajo la ropa, abrigarse con tantas capas como

pudieron —incluida Esperanza, que ahora llevaba dos jerséis gruesos de niño— y salir de la cabina.

Victoria se marchó con un nudo de emoción nerviosa en el estómago y una energía renovada de «ahora o nunca». También había una parte de miedo. Un poco por ella misma, pero más por Sarah, Rosamond y Lizzie.

Ned y Ashby sacaron a Sarah y la colocaron en la balsa. Sus ojos vidriosos parpadearon y luego se abrieron de par en par. Miró el cielo oscuro sobre ella con una expresión de temor y confusión. Victoria la envolvió en abrigos y mantas y acomodó a Esperanza a su lado. —Está bien, Sarah. Ya estamos fuera. Vamos a salir de aquí. —Victoria no estaba segura de si Sarah había entendido una sola palabra.

Ashby cerró la puerta de un golpe y le dio una patada.

—No quiero volver a ver este avión en mi vida.

—Yo tampoco. Y, si Dios quiere, no lo veremos. —Rosamond caminó hacia la hilera de cuerpos cubiertos de nieve y bajó la cabeza. Cuando volvió a mirar, Victoria la esperaba con el brazo extendido.

—Que conste que creo que esto es una idea malísima —se quejó Lizzie, encorvada ante el viento.

Victoria abrió la marcha con el bastón, sosteniendo parte del peso de Rosamond y dejando que la mujer herida marcara el ritmo lento. —Esta es la parte fácil porque ya hemos trazado el camino. La nieve será más profunda en cuanto pasemos el resto del avión.

Ashby tiraba de la otra balsa, cargada con toda la comida y los suministros más pesados para ayudarles a construir un refugio. La cuerda le rodeaba la cintura y el pecho, dejando sus brazos libres. Lizzie se apoyaba en su hombro y utilizaba un paraguas de golf cerrado como apoyo adicional. Llevaba las Ugg de Sadie en el pie sano, cubiertas con una bolsa de basura, y una bota de hombre en el otro. La bota era lo bastante grande como para que cupieran calcetines extra y cualquier nueva hinchazón.

Ned iba el último, tirando de Sarah y de la ropa extra. Cuando la balsa subió y pasó por encima de la nieve para entrar en la zanja, Sarah se deslizó de lado, tirando un montón de ropa. Esperanza

saltó fuera. Ned se detuvo para recolocar a Sarah, volver a meter la ropa y recoger a la gata.

Cuando llegaron al resto del avión accidentado, se detuvieron a descansar.

El ala rota, el fuselaje y uno de los motores eran claramente piezas de un avión siniestrado. Pero los cuerpos, las partes de cuerpos, la carga y los restos estaban congelados en formas grotescas y cubiertos de nieve como formas artísticas morbosas en un jardín bizarro. Todo lo del accidente permanecía allí, y aquello era aún más inquietante.

Rosamond se agarró el borde de la bufanda que le cubría la cara y oteó por la abertura, girando sobre sí misma.

—No es lo que esperaba. Es casi pacífico.

Las imágenes de la primera vez que Victoria estuvo allí estaban grabadas a fuego en su mente, junto con otros horrores notables de su vida y su carrera. Ninguna de aquellas imágenes era pacífica.

—¿Dónde están mis amigos? —Lizzie también miró a su alrededor, protegiéndose los ojos—. Quiero verlos.

—No creo que sea una buena idea. —Victoria puso la mano sobre el brazo de Lizzie—. Deberías recordarlos como ellos querrían ser recordados. No con el aspecto que tienen ahora.

—Ni siquiera los reconocerías si pasáramos por delante. —Ashby soltó la cuerda y estiró los brazos hacia delante—. Están totalmente...

—Vamos. —Victoria interrumpió a Ashby antes de que pudiera decir más. Se desvió a la derecha, siguiendo una ruta que evitara a los amigos de Lizzie—. Por aquí.

Al pasar junto al fuselaje calcinado, Lizzie lo golpeó deliberadamente con el paraguas, haciendo que la nieve cayera de los costados. —Esperad. —Apuntó con la punta del paraguas a un pequeño dispositivo en la parte inferior del avión—. ¿Qué es esa cosa? ¿Es la caja negra?

Ashby se lanzó hacia ella.

—No sé qué es eso —dijo Victoria, confundida—. Los registradores de datos de vuelo en realidad no son negros. Son naranjas. Y no

están en el exterior del avión. Son mucho más grandes y están en el interior.

Ashby soltó las cuerdas de la balsa y tiró del dispositivo. —Está atascado. —Lo agarró con ambas manos y tiró con más fuerza. Se soltó de golpe, haciéndole tropezar hacia atrás sobre la balsa. Se levantó rápidamente con el dispositivo en las manos—. Sea lo que sea, tiene este botón aquí. —Deslizó la mano enguantada hacia el botón.

—¡No! —gritó Victoria, demasiado tarde, mientras Ashby presionaba el botón.

Ella levantó la mano. —¡No te muevas!

Ashby abrió mucho los ojos. Lanzó la caja hacia la cola del avión.

Victoria cerró los ojos con fuerza y arrugó la cara, esperando una explosión.

No ocurrió nada.

Todos se quedaron mirando en dirección al dispositivo.

—Uf. —Ashby soltó una risita—. ¿Pensabas que era una bomba?

—¿Qué parte de «no te muevas» no te ha quedado clara? —Victoria soltó un fuerte bufido, sin molestarse en ocultar su irritación —. No sé qué pensaba. Por suerte... alegrémonos de que no lo fuera.

—Sí, gracias a Dios. —A Rosamond le costaba respirar a pesar de que habían dejado de moverse—. Nunca había visto nada parecido en un avión.

—¿Debería recogerlo para llevárnoslo? —Ashby se movió en la dirección en que lo había lanzado—. Podría tener que ver con nuestro accidente. Los de la investigación podrán averiguar qué es.

—¡Déjalo ahí! —gritó Victoria, haciéndole señas para que volviera —. Cuando encuentren los restos, ya averiguarán qué es.

—Sí, tenemos que seguir moviéndonos —dijo Ned—. Tenemos que encontrar refugio para pasar la noche.

Ashby recogió las cuerdas de la balsa y regresó con la cabeza baja.

—Escucha, intercambiemos los puestos para que puedas descansar. —Victoria le tendió el bastón para el cambio—. Tiraré yo de la balsa un rato.

—Estoy bien por ahora —dijo Ashby—. Seguid adelante.

Ned le hizo un gesto a Lizzie.

—Dale un descanso a tu tobillo y ponte detrás de Sarah en la balsa.

—¿Estás seguro? —preguntó Lizzie, que ya se acercaba cojeando.

—Segurísimo. Es mejor que descanse un rato para que puedas volver a caminar más tarde. Y puedes sujetar a Sarah para que no se caiga con los desniveles y baches.

—Gracias. —Lizzie se sentó detrás de Sarah como si estuvieran en un tobogán, acunando la cabeza de la azafata en su regazo y a la gata contra su pecho.

—O podemos pasar cosas de mi balsa a la otra para que Lizzie quepa aquí.

—Más tarde —dijo Ned—. Vamos. El sureste está por allí. Y esa es la dirección en la que creo que debemos ir.

Siguieron avanzando de nuevo en la misma formación. Fuera de la zanja, cada paso requería un esfuerzo mayor.

Un crujido llegó desde atrás. Empezó siendo bajo y subió hasta convertirse en un alarido. Todos dejaron de avanzar y se miraron entre sí.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lizzie.

—Solo el hielo. —Ashby giró sobre sí mismo, oteando a su alrededor.

El sonido era ominoso. El instinto de Victoria era correr para salvar su vida, pero no sabía qué dirección era más segura.

—¡Mirad el avión accidentado! —gritó Lizzie—. ¡Se está moviendo!

Detrás de ellos, el fuselaje se deslizó por el hielo. La cola se inclinó hacia el suelo y luego volvió a subir hacia el cielo como un balancín.

El hielo vibró como el motor de un coche y luego gimió como un espíritu errante.

—¡Corred! —gritó Ned, agitando el brazo hacia delante—. ¡Vamos! ¡Vamos!

Ned, que ya iba arrastrando la balsa con dos personas, le gritó a Rosamond:

—¡Súbete! ¡Ahora! ¡Rápido!

Rosamond trepó a la balsa mientras esta salía disparada hacia delante, luchando por situarse detrás de Lizzie. Recibió una sacudida hacia atrás, pero logró enderezarse y permanecer dentro mientras los suministros caían fuera.

—¡El hielo se está rompiendo! —chilló Lizzie—. ¡Rápido!

Victoria agarró parte de la cuerda de Ashby y corrió hacia delante con él, tirando de la balsa. Con la otra mano sostenía el bastón a su lado. No había tiempo para probar el terreno. Rezó para que fuera sólido.

Otro crujido estruendoso estalló cerca. Por encima del hombro de Victoria, Ned corría con fuerza, alcanzándolos. Los restos del avión traquetearon. La nieve se deslizó de las maletas, los trozos de metal y los cuerpos congelados. Con un último rugido ensordecedor, el hielo se abrió y todo desapareció, dejando solo una lluvia de nieve flotando en el aire.

CAPÍTULO 25

Con los pulmones ardiendo, Victoria dejó de correr y se inclinó hacia delante, apoyando las manos en los muslos. A su lado, Ashby soltó las cuerdas. Jadeaba y caminaba en círculos en un espacio reducido con las manos en las caderas. Incluso Ned resoplaba, tras haber tirado de la balsa en la que iban tres personas.

Detrás de ellos, ya no se veía el ala sobresalir hacia el cielo oscuro. Hasta donde alcanzaba la vista de Victoria, una grieta larga y ancha serpenteaba por el suelo como un rayo, separándolos del otro lado.

—Se ha ido todo —Rosamond se apretó los guantes contra la cara. Estaba temblando, ya fuera por el frío o por el miedo—. Lo he visto. Todo lo que quedaba de ese avión se ha desvanecido en la tierra.

Ashby se quedó mirando la enorme grieta. —Ahora ya no hay forma de volver a la cabina de primera clase.

Ned reajustó las cuerdas de la balsa. —Entonces será mejor que dejemos de mirar y nos pongamos en marcha.

Victoria volvió a abrir camino, clavando el bastón en el suelo y empujando con fuerza antes de cada paso cauteloso. La balsa iba detrás de ella, tirando de su cintura.

Rosamond insistió en caminar de nuevo para aliviar a Ned. Ashby se quedó con ella ahora, sosteniendo gran parte del peso de la mujer mientras seguían a Victoria.

La soledad se extendía kilómetros en todas direcciones. El suelo parecía plano a lo lejos, pero de cerca vio fragmentos de hielo rugoso y cristalizado. A mitad de un gran montón de bloques de hielo dentados, la balsa de Victoria se enganchó. Tiró con más fuerza. La balsa se ladeó, derramándolo todo por el costado. Maldijo entre dientes.

Ashby y Ned ayudaron a recoger la comida. Cada movimiento ocurría a cámara lenta; el agotamiento le ganaba la batalla a su energía.

Por su cuenta, Rosamond caminaba con tiento, haciendo muecas de dolor a cada paso.

Ned volvió a asegurar las cuerdas. Inclinado y empujando hacia delante como un buey, tiró de la balsa con Lizzie y Sarah a través de trozos de hielo.

—Espera —Victoria arrastró los pies hasta Ned. Apartó la bufanda que le cubría la frente. El sudor se había acumulado allí y se había convertido en cristales de hielo. Los quitó con la mano y se volvió hacia Lizzie—. Tienes que salir y caminar un poco. Ned necesita un descanso, aunque no quiera decirlo.

—Vale —Lizzie sacó dos pastillas para el dolor de su bolsillo. Una se le cayó al lado y se apresuró a buscarla, poniéndose de pie y registrando el fondo de la balsa como si hubiera perdido un anillo de diamantes. Tras unos segundos, salió de la balsa sin decir ni una palabra más.

—Gracias —dijo Ned—. Solo será un rato corto.

El hielo estallaba a su alrededor, sonando como un espejo al romperse. Todos se tensaron y aceleraron el paso. No podían hacer nada excepto intentar no pensar en ello.

—Estad atentos por si veis una hilera de árboles o rocas visibles —dijo Ned.

—Como si pudiéramos pasarlos por alto —replicó Lizzie.

Ashby levantó el brazo de Lizzie y lo pasó por encima de su hombro. —Venga, deja que te ayude.

—Gracias —Lizzie se apoyó con fuerza en Ashby y, juntos, adoptaron un movimiento de avance cojeante.

—¡Podemos hacerlo! —gritó Ashby lo suficientemente alto como para que se le oyera por encima del viento—. Todos vamos a ser muy famosos. Pensad en eso. Es una verdadera mierda que no podamos grabar esta travesía y transmitirla en directo por las redes sociales. Se haría viral volando.

—Sería más fácil si mi tobillo no me estuviera matando. Cada paso es como si cristales se clavaran en mis músculos y en cualquier otra cosa que haya ahí dentro.

—La gente paga dinero, muchísimo, para subir montañas como el Everest con un tiempo como este solo para demostrar que pueden.

—Al menos nuestra aventura solo ha costado el precio de un vuelo transatlántico. Y apuesto a que la mayoría usamos millas —Victoria apretó sus labios agrietados. Era su primer intento de bromear en mucho tiempo.

—Mucha gente que sube al Everest acaba muerta —Lizzie tuvo que recuperar el aliento antes de poder terminar—. Yo no quiero morir.

—No vamos a morir —dijo Ashby.

—¿De verdad? —exclamó Lizzie—. ¿De verdad crees que lo lograremos? ¿Crees que encontraremos ayuda?

—Sí. Por supuesto —Ashby sonaba convincente y Victoria agradeció su actitud. Pero un rescate a tiempo habría sido mucho mejor que el esfuerzo aparentemente interminable de avanzar con dificultad entre el viento y la nieve en una dirección desconocida.

Los supervivientes se sumieron en un ritmo pausado. El crujir de la nieve bajo los pies, el rechinar de la balsa, sus propios jadeos y resoplidos en el aire gélido y el aullido del viento se convirtieron en su monótona banda sonora. Por suerte, el cielo oscuro estaba despejado y no nevaba.

Realmente no había forma de medir su progreso. Todo lo que tenían delante parecía más de lo mismo. Ni pájaros, ni insectos, ni árboles, ni aviones sobrevolando. Aunque por ahí fuera había osos en alguna parte, no se veía ninguno. Solo estaban el frío, la nieve, el

hielo y el cielo. Subir una cresta y bajar por el otro lado. Una y otra vez.

El hielo se desplazaba y crujía bajo sus pies.

Lizzie se detuvo.

Otro fuerte siseo y un chasquido surgieron bajo ellos.

—Vamos —Ashby avanzó.

—No puedo —Lizzie se quedó clavada en el sitio—. No puedo moverme. Tengo miedo. ¿Cómo sabemos que este hielo no se abrirá de repente y nos tragará como antes?

—No lo sabemos —dijo Ned, deteniéndose tras ellos—. Por eso tenemos que movernos rápido.

—Venga. Nada de lágrimas —dijo Ashby—. Eso sería malo. Tenemos que seguir moviéndonos. Victoria está comprobando el hielo. Estaremos bien. Escucha, dime esto, ¿a quién quieres ver cuando salgamos de esta montaña? ¿Cuando lleguemos a casa?

—A mi madre. A mis compañeras de hermandad. A mi hermana de verdad. A todo el mundo. Los echo mucho de menos a todos.

—Entonces sigue caminando por ellos.

Ella dio un paso cauteloso como si caminara por una cuerda floja a gran altura del suelo.

Ashby miró a Ned y luego volvió a mirar a Lizzie. —Vas a salir de aquí con el resto de nosotros y se lo vas a contar todo a tus padres, a tu hermana y a tus amigos. Así que, vamos. Saldrás en todas las noticias. Querrán oír nuestra historia. Vamos a ser muy famosos. Programas matinales. Programas nocturnos. ¿Te gusta Jimmy Fallon? Es mi favorito. Estaremos en su programa siempre que sigamos moviéndonos.

Lizzie avanzó otro poco.

—Eso es. Cada paso nos acerca a cosas buenas y nos aleja de este lugar. Dile a la nieve que se vaya a la mierda.

Lizzie dio otro paso.

—Dilo. Di: nieve, vete a la mierda.

Lizzie gimoteó. —Nieve, vete a la mierda.

—Dilo como si lo sintieras. ¡Nieve, vete a la mierda!

Ella levantó la barbilla y dio un gran paso adelante, gritando: —¡Nieve, vete a la mierda!

—¡Sí! ¡Así se hace! Vamos a salir de aquí, todos nosotros —él hizo contacto visual con Victoria. Solo se veían los ojos de Ashby, pero ella sabía que estaba sonriendo triunfante.

Tratando de canalizar el espíritu de Ashby, Victoria clavó el bastón en el suelo durante horas, presionando mucho más allá del agotamiento. Sus músculos exhaustos se volvieron inútiles. Le dolían las piernas. Tenía la cara, las manos y los pies entumecidos desde hacía mucho tiempo. Se preocupó por sus dedos, que ya estaban dañados. Tenía que parar. —Ashby, ¿podemos cambiarnos? Ya no siento el brazo.

—Claro —Ashby pasó al frente de la fila. Victoria se quitó las cuerdas de la cintura y le entregó el bastón.

—Tenemos que hidratarnos antes de seguir —dijo Rosamond.

Sondearon bajo sus ropas en busca de sus botellas de agua. La mayor parte del agua estaba congelada, y tenían muy poca para beber. Victoria sacó las botellas que estaban debajo de Sarah. Abrió una y vertió un fino chorro de líquido entre los labios de Sarah, con cuidado de limpiar las gotas que se derramaban por sus labios y su barbilla.

Quedarse quieto bajo el viento era peor que moverse. Siguieron adelante de nuevo con Ashby tirando de la balsa y usando el bastón delante, y Ned atrás. Victoria caminaba entre Rosamond y Lizzie, sirviendo de apoyo para ambas mujeres. Se apiñaron. Con cada paso, el viento las empujaba hacia atrás. Cada paso se volvía más difícil a medida que la energía de Victoria desaparecía.

En medio de un ataque de tos, Rosamond dejó de moverse, con la respiración ronca. Se encorvó. Unas cuantas manchas oscuras de sangre aparecieron en la nieve.

Victoria desvió la mirada. No servía de nada armar un escándalo por ello. No había nada que hacer. Necesitaban encontrar un lugar donde descansar por la noche, y luego levantarse y seguir adelante. Cuanto antes encontraran ayuda, mejor estarían. Cargó con más peso de la mujer y la animó a seguir adelante.

Victoria caminaba fatigosamente en silencio con la cabeza baja, concentrándose en inhalar suficiente oxígeno para dar el siguiente paso. La presión constante del peso de Lizzie en un hombro y el de

Rosamond en el otro se convirtió en una irritación creciente para sus nervios. Se obsesionó con la mucosidad congelada que colgaba de la nariz de Lizzie. Todo el tiempo, se recordaba a sí misma: *si esto es tan malo para mí, imagina cómo se sienten Rosamond y Lizzie.* El hambre y la sed luchaban por su atención. Le dolía la cabeza y tenía la boca reseca, signos claros de deshidratación. La monotonía era deprimente. ¿A dónde les llevaría este esfuerzo?

—Quiero volver a la cabina de primera clase —lloró Lizzie.

—No podemos —dijo Victoria. La destrozada cabina de primera clase ya no parecía tan terrible—. Pero así es como saldremos de aquí. Vamos a estar bien. ¿Te has fijado en que hace mucho tiempo que no oímos el hielo crujir? —No había querido mencionarlo antes para no gafarlo.

—Me he fijado —dijo Rosamond—. Es una buena señal.

Una cresta alta se alzó ante ellos. El ascenso hacia la cima ocurrió como a cámara lenta.

—¡Eh! —gritó Lizzie al llegar arriba, rompiendo el letargo del tedio —. Hay algo ahí abajo. ¡Árboles! ¡Creo que son árboles de verdad!

Miraron hacia el valle. A lo lejos, aguardaba una inconfundible y densa hilera de árboles.

Ned se rió. —Nunca me había hecho tanta ilusión ver un bosque.

Pero aún estaban lejos. Los árboles parecían estar a kilómetros de distancia.

—Esto es genial —dijo Ashby—. Primero haremos un fuego, luego un refugio.

Las posibilidades innatas de los árboles fueron de lo único que hablaron mientras descendían hacia el bosque, bajando las balsas por delante de ellos en lugar de tirar de ellas por detrás. Su aproximación pareció durar una eternidad. De cerca, los árboles no estaban ni de lejos tan juntos como parecía desde la distancia, pero una vez que entraron, los perennes bloquearon parcialmente el viento.

—Aquí es donde descansaremos por la noche —Ned soltó las cuerdas y estiró los brazos—. Es extraño cómo un grupo de árboles casi representa la civilización ahora. Mucho mejor que la nada.

Rosamond se sentó en la balsa y se recostó contra un lado.

Exhausta y entumecida, Victoria solo quería hacer lo mismo. Pero había trabajo por hacer. Temía que si se sentaba, no sería capaz de levantarse. No habían caminado todo un día solo para congelarse y morir en un lugar diferente.

Ned miró a Ashby: —¿Me ayudas a recoger leña?

—Vale —Ashby se volvió hacia Lizzie. La preocupación en su rostro era conmovedora—. Deberías descansar en la balsa. Mantén la pierna en alto.

—No puedo moverme —gimió Lizzie, temblando—. De verdad que no puedo. Creo que mi pierna está totalmente destrozada. Me da miedo mirarla.

—No la mires —dijo Victoria. No le quedaba ni una pizca de energía y no le importaría cambiarse por Sarah, que dormía o estaba en coma bajo fardos de aislante—. Bebe un poco de agua. Tenemos que hidratarnos. Luego saca la botella de agua de Sarah y ayúdala a beber. Después, podrás descansar. Coge uno de los cojines de los asientos para sentarte y mira cómo puedes mantener la pierna elevada.

Ashby bebió su agua de un trago y se quedó mirando la botella vacía. —¿Quizá deberíamos comer primero?

Tosiendo, Rosamond le lanzó una barrita de cereales. —Recoged leña para que podamos encender un fuego, yo organizaré nuestra pequeña zona de acampada aquí.

—Hecho —Ashby recogió la barrita de la nieve, se bajó la bufanda y rasgó el envoltorio con los dientes.

Ned metió nieve en su botella de agua y se la guardó bajo el abrigo. —Vamos. No puedo esperar a sentir ese fuego —se dio la vuelta y se adentró más en el bosque.

Ashby se despidió de las demás y siguió a Ned.

—Volvemos pronto —Victoria tuvo que obligarse a ir tambaleándose tras los hombres.

—Realmente nos vendría bien el hacha ahora mismo —dijo Ashby por la que debía de ser la cuarta vez desde que se perdió.

Ned ya tenía los brazos llenos de ramas pequeñas. —Debería haber suficiente en el suelo. Recoge todas las ramitas y ramas que puedas llevar y las echaremos al fondo para que sirvan de yesca.

Después de que cada uno hiciera dos viajes para descargar ramas, Ned seleccionó un gran tronco caído, parcialmente podrido. —Échame una mano con esto —le dijo a Ashby.

Victoria nunca había hecho su propio fuego. Sabía que no debía usar leña húmeda, y que cuanto más vieja fuera la madera, mejor. Arrastrando otra rama caída de vuelta a las balsas, se le hacía la boca agua al pensar en la comida y el calor. Tragó saliva; tenía la garganta y los labios dolorosamente secos. Su bálsamo labial de cereza no era rival para estar fuera todo el día a temperaturas gélidas. Y no podía permitirse el gasto extra de energía que suponía sacarlo y ponerse otra capa. Así de muerta de cansancio estaba. Se dejó caer de rodillas para recoger unos palos más y no estaba segura de si podría volver a ponerse de pie. La nieve húmeda caló sus pantalones. Lo sintió y aun así no se movió. *Levántate. Levántate,* gritaba en su cabeza, pero permaneció arrodillada.

—¿Victoria? —llamó Ned—. ¿Estás bien ahí atrás?

Ella respiró hondo, se obligó a levantarse y se dirigió de vuelta a su nuevo campamento.

Habían sacado los suministros de las balsas para poder sentarse en los asientos del avión sobre el plástico duro en lugar de sobre la nieve húmeda. Sus comidas restantes estaban fuera y listas para calentarse una vez que el fuego estuviera en marcha.

Ashby prendió una cerilla y la acercó a las ramitas bajo las ramas más grandes. Hubo una chispa y un poco de humo, luego nada.

—¡Mierda! —exclamó, prendiendo otra.

Victoria miraba fijamente, deseando que el fuego prendiera, pero tuvo que desviar la vista mientras Ashby gastaba dos cerillas más.

—Aquí está, aquí está. Casi, casi... ¡Sí! ¡Lo tengo! —La sonrisa de Ashby era enorme.

—Excelente. Buen trabajo —dijo Ned. Sus palabras salían despacio, como si hubiera bebido demasiado.

Ashby alimentó el fuego desde las chispas iniciales hasta convertirlo en una rugiente fuente de calor.

Ned apoyó la otra balsa entre los troncos de los árboles y la aseguró en su lugar con las cuerdas para retener el calor y bloquear el viento que silbaba entre los árboles. Victoria era consciente de sus

esfuerzos y quería ayudar, pero no podía. No podía mover ni un dedo. Sus músculos habían terminado por hoy.

—Cenaremos raciones pequeñas esta noche, para que nos quede suficiente para unos días más —dijo Rosamond—. Pero raciones más grandes para Ned, Ashby y Victoria, que no han descansado y han hecho la mayor parte del trabajo.

—Es muy amable por tu parte, pero no necesito extra —dijo Ned.

—No seas ridículo —respondió Rosamond, colocando sus comidas preparadas de avión al borde del fuego para calentarlas.

Lizzie se hizo a un lado para dejar sitio a Ashby junto a ella. Ned se sentó con Victoria.

Todos, excepto Sarah, que dormía, se quedaron mirando las llamas. El fuego primitivo resultaba absolutamente milagroso.

Sobre ellos, la aurora boreal iluminaba el cielo en un despliegue etéreo de luces verdes danzantes.

Por un breve momento, mientras su cuerpo sucumbía al relativo calor y al agotamiento total, demasiado exhausta para hablar o moverse, Victoria dejó de preocuparse por lo que les deparaba el resto del viaje.

CAPÍTULO 26

Las tinieblas dominaban los cielos de Groenlandia mientras el helicóptero trasladaba a Rivera por la parte norte de la isla. Se encontraban al norte de Ilulissat y al sur de Upernavik, un pueblo de apenas mil habitantes. La palabra «desolador» le vino a la mente y se quedó grabada. Había nieve, nieve y más nieve. Llamarlo Groenlandia —tierra verde— en lugar de Blancolandia tenía que ser un chiste. Si el vuelo 745 había aterrizado cerca de allí, no era de extrañar que nadie lo hubiera visto. La Estación Espacial Internacional, que tiene aproximadamente el tamaño de un campo de fútbol, probablemente podría haber caído del cielo envuelta en llamas y nadie se habría dado cuenta.

—Has dicho que vives cerca de aquí, ¿verdad, Oyvind? —le preguntó al piloto.

—Sí, en Ilulissat. En un fiordo llamado Hevverfellen.

Rivera miró por la ventanilla. —¿Y el sol no sale en todo el invierno?

—Nunca llegamos a estar en oscuridad total, pero el sol se queda por debajo del horizonte en esta época del año durante el día. Es

nuestro invierno polar. No hay luz solar directa de septiembre a marzo.

—¿No resulta eso un poco deprimente?

—Puede serlo para muchos, si no están acostumbrados. Pero también tenemos el sol de medianoche y la aurora boreal. Muy hermoso. A veces hay más luz por la noche. Si nuestros cielos están despejados, puedes apostar que la aurora será visible para ti, amigo. Diciembre es la mejor época para ver las luces del norte porque los cielos están en su punto más oscuro. Muy pintoresco. Pero también es quizá el peor momento para visitarnos porque nuestras temperaturas están en su punto más frío. Mucho frío para ti.

—Sí. Definitivamente lo he notado. ¿A qué temperatura llegáis exactamente?

—En esta época del año, estamos a unos menos quince grados.

—¿Fahrenheit o Celsius?

—Celsius.

—Vaya. Eso son quince grados por debajo del punto de congelación.

—Sin viento, es manejable. Pero el viento puede hacer que la sensación térmica sea mucho más baja. Y puede provocar congelación muy rápidamente si no se tiene cuidado.

Rivera se miró los guantes de esquí. Los pasajeros del vuelo 745 pensaban que iban a aterrizar en Europa occidental. No habrían metido en la maleta ropa para temperaturas árticas. —¿Podría la gente sobrevivir aquí fuera durante una semana, si fuera necesario? —*Si hay supervivientes. Y si es que están en este país, por no hablar de esta zona.*

Oyvind se encogió de hombros. —No lo sé. Depende. Vienen aventureros para hacer travesías árticas. Primero entrenan para la aventura. Vienen con equipos sofisticados y caros con los nombres de sus patrocinadores por todas partes. Traen tiendas especiales y calentadores. —Se rió—. Yo vivo aquí, pero nunca he tenido el loco deseo de acampar a la intemperie.

—¿Y qué hay de la gente normal que acabase aquí después de que su avión cayera? ¿Tendrían alguna posibilidad de sobrevivir?

Oyvind empezó a hablar pero se detuvo. Se ajustó los auriculares. —Sí, es muy posible.

Rivera se dio cuenta de que el piloto mentía. Era hora de cambiar de tema. —¿Qué hacéis por aquí para entreteneros?

—Esquí de fondo. Pesca en el hielo. Netflix. —Inclinó el helicóptero hacia la derecha—. Donde yo vivo es un fiordo resguardado donde apenas sopla el viento. No es para la mayoría, pero a mí me va bien. Me fui a la universidad y luego regresé. Echaba de menos el silencio y la soledad. No hay nada parecido en ningún otro lugar.

—Supongo que te tiene que gustar la nieve. Desde luego hay mucha.

—Nieve sobre hielo. La mayor parte de Groenlandia está cubierta por una capa de hielo. Siempre está en movimiento, desplazándose lentamente y deslizándose hacia el mar.

Tenían una vista de pájaro de la zona mientras el piloto descendía el helicóptero. La pista que se había despejado hace más de una semana todavía destacaba: una depresión gigante y plana a través del espacio vacío. Tres enormes camiones con neumáticos gigantescos estaban aparcados a un lado. Los tres tenían palas quitanieves acopladas al frente. No había nada más que ver. A Rivera se lo habían dicho, pero había insistido en juzgar por sí mismo.

El helicóptero tocó suelo.

—En cuanto te lleve de vuelta, voy a unirme a la búsqueda. —Oyvind maniobraba los controles con destreza—. Ya tengo asignada una zona de la cuadrícula.

—Entonces haré esto muy rápido. —Rivera se quitó los cascos y bajó.

El frío brutal atravesó su ropa, cortándole la respiración. Después de todo lo que habían hablado sobre el viento, pensó que estaba preparado mentalmente. No lo estaba. Por lo que alcanzaba a ver, no había nada que lo amortiguara. Le escocía en las mejillas y le hacía llorar los ojos. Sintió que se le formaba hielo en el interior de la nariz.

Tirando de su capucha hacia adelante para protegerse el rostro, trotó hacia los camiones quitanieves. Los motores rugían y los faros iluminaban la nieve que caía.

Rivera abrió la puerta del pasajero del camión más cercano. Se subió a la cabina, agradecido por escapar de las inclemencias del tiempo.

El hombre que esperaba en el asiento del conductor llevaba un gorro de lana y un abrigo grande a pesar de que la calefacción estaba encendida. Dio una calada a su cigarrillo y mantuvo la mirada al frente mientras Rivera se acomodaba en el asiento, temblando.

—Soy el agente Dante Rivera, del FBI.

El hombre se giró lentamente hacia él. —Malik Hansen. Soy el sheriff. Hablamos por teléfono. Bienvenido a Groenlandia, agente Rivera. ¿Cómo va su visita hasta ahora? —El acento del sheriff delataba su origen nórdico.

Rivera se frotó las manos entre las rodillas. —No puedo decir que sea un fan del clima.

—No va vestido para esto.

—He pedido prestado casi todo esto. Supuestamente es para climas extremos. —Resopló, lo cual fue un error porque hizo que le gotease la nariz—. ¿Qué tenemos aquí?

—Esto es todo. —El sheriff señaló hacia el parabrisas con su cigarrillo—. Los agentes del FBI han ido y venido. No duraron mucho. Hemos estado vigilando la pista por usted, como pidió. No hay mucho que ver.

Rivera no podía estar más de acuerdo.

El sheriff sacudió la ceniza en un vaso en la consola central. —Un reactor comercial podría haber aterrizado aquí. Habría estado muy justo con el hielo, pero era posible. Y podría haber dado media vuelta y despegado de nuevo. Pero eso no ocurrió.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Conozco el terreno. Fue alterado por maquinaria pesada que recorrió este tramo de arriba abajo cavando la pista. Pero ningún avión aterrizó aquí. No hay pruebas de ello. Los que cobraron por manejar las máquinas se mantienen firmes en que ningún avión apareció jamás. Esperaron casi un día aquí fuera. Luego volvieron para comprobarlo.

—¿Dónde están ahora?

—En el pueblo. No tuvieron nada que ver con lo que sea que haya pasado.

—Aun así, tendré que hablar con ellos.

—Claro. Pero solo para que sepa lo que pienso, confío en ellos y respondo por ellos. Son hombres de bien. Operaron sus máquinas y recibieron más dinero por hacerlo del que han visto en su vida. Se podría decir que fue la oportunidad de su vida. Se les hizo creer que estaban allanando una pista para un jet privado. No sabían por qué, pero sí saben esto: la gente muy rica hace cosas locas. Y de higo a breva, la gente trabajadora se beneficia de esas locuras.

—Lo sé. —Rivera miró por la ventana hacia el cielo sombrío—. ¿Es esta la única pista que despejaron por aquí?

—La única. Eso es lo que dicen y les creo. —El sheriff soltó humo en la cabina—. ¿Y ahora qué?

—Hay una operación de búsqueda y rescate en marcha. La mayoría de los recursos se están trasladando de Canadá aquí.

—¿Qué creen ustedes, los agentes del FBI, que le pasó a ese avión?

—No estamos seguros. Hay dos escenarios probables. Uno es que el avión se estrellara antes de llegar aquí. —Ahora que había experimentado la pura lejanía del norte de Groenlandia, la posibilidad de que alguien sobreviviera a ese escenario parecía muy poco probable—. Dos, que el avión aterrizara con éxito en esta zona y fuera ocultado en un lugar remoto, tal vez en un hangar. Si ya ha despegado de nuevo, eso sería otro problema, pero podría haber pistas.

—¿Pistas como un hangar gigante y unos ciento ochenta cadáveres congelados?

Rivera desvió la mirada, sintiendo que la bilis le subía por la garganta. —Sí, algo así.

El sheriff dejó escapar un silbido bajo. —No estoy seguro de cuál de esos escenarios preferir.

Después de buscar con Oyvind, Rivera entró en calor en un pub local. Ante un fuego crepitante, terminó su comida, la especialidad del chef: una sopa con patatas, cebollas y carne de foca. Dejó la cuchara, cogió su taza de café caliente y la acunó entre sus manos. Victoria llenaba sus pensamientos.

Su teléfono vibró sobre la gruesa mesa de madera. Le dio la vuelta. El nombre de Sam iluminó la pantalla.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Sam.

—Estoy en el pueblo de Ilulissat. Tengo una habitación en una posada local. En realidad es una casa con un pub en la planta baja.

—¿Cómo es aquello?

—La hospitalidad ha sido excepcional. Si soportas el frío, es hermoso y tranquilo. —Rivera bajó la voz—. Pero fuera... es el último lugar del mundo en el que querrías quedarte tirado en invierno.

—Me lo imagino.

—He pasado las últimas tres horas en un helicóptero. No hay nada ahí fuera. Afortunadamente, el gobierno de Groenlandia está haciendo todo lo posible para ayudar en la búsqueda. Se han mapeado las zonas en cuadrículas. Los equipos de búsqueda vuelven a salir en unas horas. Expandiendo círculos concéntricos desde la pista que visité. Los lugareños también están colaborando. Un grupo de chavales acaba de salir con raquetas de nieve. Una mujer se ha ido en un trineo de perros. En cualquier momento volveré a subir para revisar una zona nueva.

—Bien. Escucha, hemos encontrado algunas cosas mientras viajabas.

—Cuéntame. —Rivera se apartó un poco del fuego.

—Jennings ha seguido el rastro de las cuentas de Musgrave. Ese pago de trescientos mil dólares era una inversión de capital para un nuevo negocio propiedad de Sarah Barber.

—He oído ese nombre antes. ¿Qué tipo de negocio? ¿Quién es ella? —Por el rabillo del ojo, vio a Oyvind entrar en el pub y sacudirse la nieve de las botas en la entrada.

—El negocio en realidad no existe todavía. Es una de las azafatas del vuelo 745. Y ese pago significa que está involucrada en lo que sea que le pasó al avión de Victoria. También hemos localizado

imágenes de una cámara de una galería frente a The Cactus. Muestran a Joe Wilson saliendo del bar con una rubia menuda, la que se reunió con él justo después de que Evan Aarons se fuera. Esa rubia es la señorita Barber. Probablemente sea ella quien le recomendó a Aarons que contactara con Wilson. Encontramos una foto reciente de ella y Wilson en una de sus redes sociales.

El dueño del pub se acercó a la mesa de Rivera. —¿Le traigo algo más?

Rivera bajó el teléfono. —No. Gracias. Esto está muy bueno. Se lo agradezco mucho. —Una vez que el camarero se fue, volvió a hablar por teléfono—. ¿Sarah Barber también está en contra de las nucleares?

—No que... —La llamada se entrecortó.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

—No que sepamos.

—Entonces, ¿por qué estaba involucrada? ¿Cuál era su papel?

—Probablemente hacer lo que fuera que Musgrave le mandara a cambio del dinero. Tal vez de verdad quería abrir su propio negocio. Si ella y Aarons están muertos, puede que nunca lo sepamos. Si no lo están, serán juzgados como terroristas.

—Hm. Se van encajando más piezas, pero seguimos sin saber qué significa esto para los pasajeros.

—Lo sé. Buena suerte... —

Unos pitidos fuertes asaltaron su oído al cortarse la llamada de repente.

CAPÍTULO 27

Tosiendo, Victoria se incorporó sobre los codos. Parpadeó y dejó que sus ojos se ajustaran a la luz crepuscular. La luz de la luna y las auroras habían desaparecido. Debía de ser por la mañana. Aunque estaba agotada, apenas había dormido; se había quedado traspuesta a intervalos, con el cuerpo dolorido y temblando de frío.

Ned estaba agachado junto al fuego, metiendo palos por debajo para mantener vivas las llamas.

—¿Te has quedado despierto toda la noche? —preguntó Victoria.

—Sí. —Metió otra ramita en las llamas. El fuego chisporroteó y restalló—. Buenos días. ¿Estás bien?

Mientras Victoria asentía, la cabeza le dio vueltas como si se hubiera levantado demasiado rápido. Temió desmayarse. A su lado, Rosamond gimió y se acurrucó en posición fetal.

—Estamos cerca de salir de aquí. Lo presiento. —Ashby sonrió y se apretó las manos contra los ojos—. Una comida caliente más antes de ponernos en marcha. Y más nieve derretida.

Lizzie se subió la pernera del pantalón y examinó su herida. —No creo que pueda. De verdad que no. Me mata toda la pierna y me

duele todo el cuerpo.

—Ned y yo podemos turnarnos para tirar de ti —dijo Ashby.

Otra oleada de mareo asaltó a Victoria cuando intentó incorporarse del todo. Se tambaleó y tuvo que cerrar los ojos. No estaba solo débil o cansada. Esto era diferente. Como si estuviera enferma con fiebre.

Anoche habían tenido toda el agua que quisieron beber. Por primera vez en días, no estaba deshidratada y tenía la vejiga llena. Sintiéndose inestable, se impulsó hacia arriba y se alejó tambaleándose del campamento.

Temblaba, pero no solo por el frío. Era una sensación de estremecimiento dentro de su cuerpo, un síntoma de algo más. Si estuviera en casa, se quedaría allí; llamaría al trabajo para decir que estaba enferma y se lo tomaría con calma, poniéndose al día con el papeleo. Pero aquí, tomárselo con calma no era una opción. Solo representaba un desafío adicional que debía superar.

Tuvo que quitarse un guante exterior para desabrocharse los pantalones. Desde que le disparó al oso, apenas tenía sensibilidad en los dedos. No quería mirarse las manos de cerca. Ya habría tiempo de sobra para eso cuando estuvieran en casa. Cada uno tenía problemas que superar para llegar allí: Rosamond con las costillas rotas y tosiendo sangre, el tobillo de Lizzie hinchado como un globo... y Sarah. No sabían qué estaba pasando dentro del cerebro de Sarah ni si llegaría a recuperarse.

Si mañana avanzamos lo mismo, tenemos que llegar a un pueblo o a una carretera en un día o dos, porque eso es lo que durará nuestra comida. Se subió los pantalones antes de que se le helara la piel. *Podemos hacerlo. Lo estamos haciendo.*

Desde la hoguera, los murmullos se convirtieron rápidamente en gritos.

—¡No respira!

Victoria regresó apresuradamente y tuvo que apoyarse en un árbol cuando llegó allí.

Todos rodeaban a Sarah. Ned le estaba haciendo la reanimación cardiopulmonar. Rosamond rezaba.

—¡No puede morir ahora! ¡No puede! —Lizzie cojeó hacia Ashby y se desplomó en sus brazos, sollozando—. ¡Esto no puede estar pasando ahora! Primero Sadie y Lauren... ¡todo el mundo se está muriendo! ¿Cuánto más falta para que esto acabe? ¿Cuánto?

Ashby apretó la cabeza de Lizzie contra su pecho pero mantuvo los ojos fijos en las manos de Ned.

Sin decir una palabra, Victoria observó cómo el pecho de Sarah rebotaba contra el suelo con cada compresión de Ned y deseó con todas sus fuerzas que Sarah volviera a la vida. *Vamos, Sarah. No puedes morir ahora. ¡No puedes!*

Ned dejó de presionar. Sus brazos cayeron a los costados. Maldijo al cielo, se levantó y se alejó. Se puso las manos en la cabeza y se limitó a mirar el cuerpo sin vida de Sarah.

Rosamond susurró una oración. Su piel estaba pálida, su cuerpo agotado, demacrado, nada parecido a la mujer vibrante que subió al vuelo 745. Subió una manta para cubrir el rostro de Sarah. —El Señor ha creído oportuno llevársela.

Mordiéndose el labio inferior, Ashby soltó a Lizzie y se alejó del fuego cabizbajo.

Victoria abrió los brazos para recibir a Lizzie y abrazó a la chica mientras esta sollozaba en silencio. No se había sentido tan abrumada desde que falleció su madre. Aunque solo los conocía desde hacía una semana, sus compañeros supervivientes ya no eran extraños. Eran tan cercanos como su propia familia.

Ashby regresó poco después, con los ojos rojos e hinchados.

En silencio, comieron la poca comida que quedaba. Victoria apenas podía masticar y tragar. Más que nada, deseaba volver a tumbarse y dormir.

—Esa bolsa de basura no te va a mantener la pierna seca —dijo Rosamond, mirando la bolsa andrajosa alrededor de la pierna de Victoria—. En unos minutos estarás caminando con varios pares de pantalones empapados. Espera. Tengo una idea. —Rosamond hizo agujeros en las bolsas de basura. Se quitó las perlas, las pasó por los agujeros y rodeó la pierna de Victoria. Tras asegurar el cierre, se echó hacia atrás. La bolsa se mantuvo en su sitio.

—Gracias —dijo Victoria—. Te agradezco todo lo que has hecho por cuidarnos. Especialmente porque sé que todavía te duele.

Los ojos de Rosamond se mantuvieron firmes. —Gracias, Victoria. Todos hemos ido más allá de nuestras fuerzas. Saldremos de aquí.

Ned levantó el cuerpo de Sarah y lo llevó a la balsa de la misma manera que lo había hecho cuando aún estaba viva.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Victoria. Tuvo que agacharse para ahorrar sus propias fuerzas. No estaba segura de cómo caminaría la misma distancia que ayer. No estaba segura de si podría caminar en absoluto.

—Me llevo a Sarah con nosotros.

Victoria quiso negar con la cabeza, pero sabía que eso la marearía. —No. No puedes.

Ned la miró con furia.

Normalmente se habría sentido ofendida, pero estaba demasiado enferma y débil para eso. —Vas a necesitar tus fuerzas para los demás. No va a volver a la vida solo porque nos la llevemos. Podemos enterrarla en la nieve y dejar una señal para que la encuentren.

—Tiene razón —dijo Ashby en voz baja—. Tenemos a otros que podrían necesitar nuestra fuerza para sobrevivir. Lizzie y Rosamond apenas pueden caminar. Podemos repartir los suministros entre las balsas. Tú puedes llevar a Rosamond en una y yo llevaré a Lizzie en la otra.

Victoria intentó mostrarse de acuerdo, pero sintió náuseas. *¿Qué me pasa?* ¿Cómo podía decirles que se sentía demasiado enferma incluso para estar de pie? No podía. Todos luchaban con sus propias cargas. Simplemente tenía que aguantar.

Se mantuvo en silencio mientras recogían. Ashby le entregó el bastón.

—Solo quedamos cinco —gimió Lizzie—. ¿A cuántos más perderemos?

Mientras caminaran cerca de los árboles, a Victoria no le preocupaba hundirse en el hielo. Ya no clavaba el bastón en el suelo con fuerza, sino que lo usaba como su anterior dueño, para sostener su cuerpo débil. De alguna manera, consiguió repetir el proceso de poner un pie delante del otro. Ya su cansancio superaba lo que había experimentado al final de la caminata de ayer. Era imposible que llegara muy lejos. En cualquier momento, todo su cuerpo se colapsaría. Pero hasta entonces, su mente la obligaba a mantenerse erguida y seguir adelante.

La línea de árboles terminó y una gran cresta montañosa se alzó ante ellos.

—¡Seguid moviéndoos! —gritó Ned—. ¡No penséis, solo hacedlo! —Tenía toda una colección de mantras, pero la mayoría se perdían en el viento. Aparte de los ánimos de Ned, apenas intercambiaron una palabra mientras avanzaban con dificultad. Incluso Ashby estaba extrañamente silencioso.

—¿Estás bien ahí delante? —llamó Ned desde detrás de ella.

No tenía energía para responder. Siguió adelante. *Izquierda. Izquierda. Izquierda, derecha, izquierda. Al menos ya no tengo frío. Solo llegar a la cima de esta colina. Cima de esta colina... cima de esta colina y luego descansamos.*

—¿Victoria? ¿Estás bien? ¿Por qué te detienes? ¿Necesitas un descanso?

¿Detenerme? No debo de estar moviéndome lo suficientemente rápido. Se esforzó más. *Izquierda. Izquierda. Izquierda, derecha, izquierda.* Caminaba con los ojos cerrados. *Mis palabras no siguen el ritmo de mis pasos. O tal vez mis pasos no siguen el ritmo de mis palabras. Debo de estar cerca de la cima ya.*

—¡Victoria!

Las palabras le llegaron desde algún lugar lejano, no dirigidas a ella. Sus dientes castañeteaban de forma incontrolada.

Pero ahora estaban gritando.

La estaban levantando de la nieve.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Abrió los ojos. Era Ned. La miraba fijamente. Parecía muy asustado.

Habían llegado a lo alto del repecho. El área a su derecha daba a una cresta empinada.

La mano desnuda de Rosamond tocó la mejilla y la frente de Victoria. —Arde de fiebre. Iré a por los suministros médicos.

Ned sacó su agua. —Bebe esto. Todo.

Victoria dejó que sus ojos se cerraran de nuevo.

—¿Dónde está el botiquín? Pensé que lo había puesto aquí. Yo... —Rosamond dio un respingo antes de gritar. El grito se intensificó.

Todos gritaban. Las manos que sostenían a Victoria la dejaron caer en la nieve. Sus ojos se abrieron de golpe a tiempo para ver el borde de la balsa amarilla precipitándose por el otro lado de la cresta. Pero no era una simple cresta. Era un precipicio escarpado.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Lizzie.

En su confusión, Victoria pensó que habían perdido la balsa que contenía toda su comida. Pero no era solo la balsa.

—¡Rosamond! —gritó Ashby.

Lizzie gritaba y gemía. —¡No! ¡No! ¡No!

—Se ha ido. —Ashby cayó de rodillas, todavía mirando al vacío sobre el acantilado—. Rosamond se ha ido.

En medio de una bruma de desorientación, Victoria vio a Ned dirigirse hacia el borde y regresar. Sus manos se movían desde lo alto de su cabeza hacia el suelo y de vuelta a su cabeza, reflejando su impotencia. Avanzó de nuevo, agachándose.

Ashby saltó y lo agarró. —No lo hagas. No hay rastro de la balsa. Nunca lograrías bajar por ese lado. Es una misión suicida. No puedes. Te necesitamos.

La oscuridad nubló la visión de Victoria y volvió a desmayarse.

Rivera escaneó el paisaje desde arriba. Colinas, valles y árboles estaban todos cubiertos de nieve.

Una voz de mujer sonó por la radio. —Aquí Ruth en Snowbird Dos. Estoy a siete millas al oeste de Helena Ridge. Creo que veo gente ahí abajo.

Rivera se puso alerta al instante.

Oyvind pulsó un botón de la radio. —¿Qué ves?

—Tenemos excursionistas a pie. —La radio chisporroteó—. Voy a acercarme para ver mejor.

—Ve a donde va ella —dijo Rivera.

—A la orden, capitán. Agárrate.

Rivera se agarró al asa de la puerta mientras Oyvind empujaba las palancas hacia adelante y el helicóptero giraba a la izquierda.

Un minuto después, Ruth volvió a contactar con ellos. —Solo dos personas. Parecen ser hombres. Están arrastrando una lona o una bolsa grande. Definitivamente no es equipo de senderismo, y no van vestidos para este tiempo. Hay una cizalladura de viento de cuarenta nudos bajando de los picos. Me está sacudiendo como a una bola en una máquina de pinball. Tengo que dar vueltas alrededor.

—Vamos hacia allá —dijo Oyvind por la radio. Luego a Rivera—: La alcanzaremos.

—Podrían ser personas del avión, ¿verdad? —preguntó Rivera.

—Podrían serlo. —Oyvind ajustó los controles frente a él y miró por la ventana lateral.

Rivera apretó los dientes, intentando controlar sus expectativas. Dos hombres. Podría ser cualquiera. Un padre y un hijo. Dos amigos en un viaje de pesca en el hielo. Podría no tener relación con el accidente. Pero ¿quién más estaría ahí fuera sin estar vestido para el clima?

Ned no podía dejar de pensar en Rosamond. No haber podido llegar hasta ella, no saber realmente con seguridad... Estaba allí en un minuto y al siguiente había desaparecido. Y ahora estaba muerto de preocupación por Victoria. Estaba desmayada o durmiendo. De cualquier manera, necesitaba atención médica urgente. Quizá no había comido o bebido lo suficiente. Quizá tenía hipotermia o era por sus manos. No lo sabía. Si ella no salía de esta...

Sujetó la balsa restante sobre la nieve irregular, tirando de Lizzie y Victoria subiendo una cresta y luego bajándolas por otra. Él y Ashby caminaron pesadamente otra hora, quizá dos. Sin el reloj de

Rosamond, no tenían forma de saberlo. Tenía que sacar fuerzas de flaqueza para cada paso, como si fuera el último tramo de un Ironman. No había elección. Pronto se detendría para beber agua. Pero no quedaba comida para reponer fuerzas.

—Haz que beba más agua y luego abrázala para mantenerla caliente —le dijo a Lizzie. Esperó mientras ella acercaba una botella de agua a los labios de Victoria.

Las muertes de Rosamond y Sarah lo habían dejado destrozado. Rosamond nunca se había quejado ni una sola vez. Era valiente y fuerte y no merecía morir. *¿En qué estoy pensando? Ninguna de ellas lo merecía. Ninguno de nosotros.*

Tal vez el cuerpo de Victoria simplemente había llegado a su punto de no retorno. Ayer había tirado de una balsa con suministros durante la mayor parte de la caminata. Cuando no hacía eso, hincaba el bastón con fuerza en la nieve antes de cada paso, apoyando a las otras mujeres. Debería haberla obligado a descansar, haber hecho que comiera y bebiera más. Pero hasta esta mañana, no había notado ninguna señal de que no estuviera a la altura de la tarea.

¿Cuánto más pueden empeorar las cosas? ¿Dónde está la línea de meta?

—Deberíamos habernos quedado en los restos del avión —gimió Lizzie. No había dejado de llorar desde que murió Rosamond. Grandes sollozos sacudían su cuerpo. Se había tumbado junto a Victoria, con un brazo rodeándola. Con el otro brazo se aferraba a Esperanza, con las alergias aparentemente olvidadas—. Todos vamos a morir.

El daño en su psique es mucho peor que la lesión del tobillo, pero al menos todavía tiene energía para expresar sus miedos. Eso es una buena señal.

—No, no lo haremos. No vamos a morir —dijo Ashby, caminando junto a la balsa. El chico no se había rendido y seguía diciendo las palabras adecuadas para animar a Lizzie, pero su confianza estaba mermada. Llevaba la cabeza baja mientras seguía moviéndose, con su entusiasmo desaparecido tiempo atrás—. Tenemos agua. Dije que

podemos aguantar siete días sin comida, y tú me hablaste de tu abuela.

—Mi abuela solo tenía que dormir, no atravesar el Ártico dando tumbos. No puedo creerlo. Solo quedamos cuatro. Todos vamos a morir. Yo seré la siguiente. Yo o Victoria. Lo sé.

—Para. —Ashby levantó la mano—. Calla.

Ned se quedó quieto, escuchando.

Lizzie levantó la cabeza de golpe. —¡Pensé que ya no estábamos sobre el hielo!

—¡Chist! —dijo Ned.

Un zumbido se hizo cada vez más fuerte.

—No es el hielo. —Ashby señaló hacia el cielo—. Estad quietos y escuchad.

Ned se protegió los ojos y miró hacia arriba. Quería creer lo que estaba oyendo. Pero después de todo lo que habían pasado, podría ser una alucinación.

—¡Es un helicóptero! —gritó Ashby—. ¡Tenemos que asegurarnos de que nos vean! —Corrió lejos de los árboles, hacia un claro, agitando los brazos—. ¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí!

Ned lo siguió, sorprendido por un subidón de adrenalina que estaba seguro de haber agotado ya. Rápidamente adelantó a Ashby y apareció en el claro. Quitándose el abrigo, lo agitó como una bandera.

El helicóptero siguió de largo, alejándose de ellos.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —gritaron, aunque no había posibilidad de que los oyeran.

A Ned se le cayó el alma a los pies. *Esto no puede estar pasando. Tiene que vernos. Tiene que vernos.*

El helicóptero dio un giro y voló hacia ellos, encendiendo sus luces rojas.

—¡Nos ven! —gritó Ashby.

Los dos hombres corrieron de vuelta a la balsa, con las lágrimas rodando por sus mejillas y congelándose en líneas de hielo.

El ruido se hizo más y más fuerte hasta convertirse en un rugido ensordecedor. El helicóptero descendió, y sus palas agitaron la nieve fresca convirtiéndola en una ventisca localizada.

Minutos después, Rivera divisó el otro helicóptero en el suelo, en un claro. El viento de sus rotores lanzaba ráfagas de nieve en todas direcciones. Rivera no podía ver a los hombres con claridad, pero vislumbró retazos de sus ropas desparejadas y al azar. —¡Bájalo! —gritó.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo —respondió Oyvind —. Agárrate fuerte.

El helicóptero aterrizó. Rivera saltó fuera. La nieve le golpeó los ojos mientras corría hacia los hombres. Ruth ya estaba con ellos.

—¿Son del vuelo 745 de Skyline? —preguntó.

—¡Sí! —gritó el joven. Sus ojos brillaron de alegría.

El mayor de los dos hombres se quitó las cuerdas de los hombros y las dejó caer al suelo. Era alto y fuerte, aunque parecía agotado y tenía quemaduras terribles en las partes visibles de su rostro.

—Soy del FBI —dijo Rivera—. Os hemos estado buscando desde que vuestro avión desapareció. ¿Dónde están los otros del vuelo?

—Solo somos nosotros —respondió el más joven con una voz que lo identificaba como estadounidense—. Somos los únicos que lo logramos.

—¿Dos? ¿Eso es todo? —El corazón de Rivera se hundió. Se quedó sin aliento.

—Cuatro —dijo el hombre mayor, también con acento estadounidense—. Hay dos mujeres en la balsa. Una es también agente del FBI. Victoria Heslin. Necesita ayuda.

La mirada de Rivera se disparó hacia la balsa. —¿Victoria está ahí dentro?

—¿La conoce? —preguntó el hombre mayor.

Rivera pasó corriendo a su lado hacia la balsa, donde las otras dos supervivientes estaban ocultas bajo una pila de abrigos y mantas. Una de ellas intentó levantarse sobre una pierna, cargando a la gata con un jersey.

. Estaba tosiendo, estornudando y sollozando histéricamente. No era Victoria.

Ruth la tomó del brazo y la ayudó a salir.

Victoria permanecía oculta, inmóvil.

—¡Traed la camilla! —gritó Rivera a Oyvind.

—Ya voy —respondió el piloto, corriendo de vuelta al helicóptero.

Rivera se arrodilló al lado de Victoria. Le descubrió la cara y le sostuvo la cabeza.

Nunca se había sentido tan emocionado de ver a nadie, pero su estado le preocupaba. Se desplomaba como un peso muerto en sus brazos.

—¿Dónde está esa camilla? —gritó Rivera. Se volvió hacia Victoria —. Aguanta, Victoria. Estoy aquí.

Sus ojos se abrieron ligeramente. Eran de un gris apagado en lugar del azul penetrante de costumbre. —¿Rivera?

Él sonrió. —Eso es. Ya casi estás en casa.

—¿Estoy soñando? —Intentó incorporarse pero se derrumbó contra él.

—Tranquila. Te tengo. Has llegado hasta aquí. Yo te llevaré el resto del camino.

CAPÍTULO 28

Victoria estaba incorporada en la cama del Hospital Universitario de Georgetown, vestida con pantalones de chándal, una sudadera suave y calcetines cómodos. Llevaba el pelo limpio y recogido en una coleta. Tenía la cara moteada de costras, agrietada y quemada por el viento, y cubierta de un denso ungüento cicatrizante. Una crema blanca recubría las ampollas de sus labios. Tenía las manos vendadas.

La luz del sol entraba a raudales por una ventana rodeada de luces de Navidad.

El padre de Victoria se acercó desde la ventana a la cama. —La prensa hace cola fuera. Están esperando a ver a los supervivientes.

—Estupendo. —Victoria suspiró—. Por favor, dime que podemos escabullirnos por la puerta de atrás.

—Ya he hecho los preparativos. Pero si no quieres que acampen frente a tu casa, quizá te convenga decir unas palabras y terminar con esto ahora.

—De verdad que no quiero. Estoy segura de que Ashby y Lizzie pueden mantenerlos entretenidos a todos por nosotros. Estaban

deseando que llegara este momento. Y los dos se merecen toda la atención que reciban. Ya los he visto juntos en la televisión. Estaban adorables, discutiendo por quién se iba a quedar la gata. Lizzie no quiere soltarlo, aunque tenga alergia. Dice que le salvó la vida. —Victoria sonrió—. Además, tengo un aspecto horrible. He pasado la mayor parte de mi vida evitando a la prensa. No es así como voy a enfrentarme a ellos por fin.

—Siempre estás guapa, pase lo que pase.

—¡Venga ya, papá! Mi cara parece haber sido arrastrada por el pavimento durante unas horas y luego embadurnada con maquillaje de payaso.

—Puede que tengas razón. No es el momento. —Él sonrió—. ¿Son las perlas de tu madre las que llevas puestas?

Victoria se presionó la garganta con las manos vendadas, sintiendo las cuentas. —No son las perlas de mamá. Eran de Rosamond. Las llevaba para sujetar mis bolsas de basura. —Las palabras sonaban ridículas, pero la situación no había tenido nada de graciosa.

Su padre asintió lentamente. —¿Cómo estás? Y no me refiero a tus heridas físicas.

Apretó los labios para no llorar. —Estoy muy feliz de haber vuelto. No veo la hora de irme a casa. Pero me siento triste. Muy triste. Y vacía.

Ante un golpe en la puerta detrás de ellos, Victoria y su padre se giraron.

Rivera saludó desde el umbral. Sus ojos se encontraron con los de Victoria.

Ella sonrió.

—Hola, Dante —dijo el señor Heslin—. Es un placer volver a verte. Gracias por todo lo que has hecho para traer a mi hija a casa. Te estoy más que agradecido.

—No hay de qué.

—Estoy a punto de ir a por una taza de café. ¿Puedo traeros algo a alguno de los dos? —Miró alternativamente a Rivera y a Victoria.

—Estoy bien, gracias. —Rivera se quedó donde estaba.

—¿Un latte de jengibre? —preguntó Victoria.

—Veré qué puedo hacer. —Su padre se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Le susurró al oído—: Es un buen hombre. Se preocupa de verdad por ti.

—¿Qué ha pasado entre vosotros dos mientras yo no estaba? —le susurró ella.

Él se incorporó y no respondió. —Volveré en unos veinte minutos para escoltarte a casa, o el tiempo que me lleve encontrar un latte de jengibre. —Se dio la vuelta para irse—. Espero volver a verte pronto, Dante.

—Sería un placer, señor.

Su padre salió de la habitación.

—Hola, Rivera. —Victoria le hizo un gesto con la cabeza—. Pasa, para que no tengamos que gritarnos de un lado a otro de la habitación. ¿Me habéis echado de menos?

—¿Echarte de menos? No. Para ser sincero, pensamos que estarías haciendo tus cosas de perros en España. Ninguno de nosotros se dio cuenta de que ibas en ese avión hasta que te encontramos. Yo estaba por casualidad en Groenlandia para una excursión en helicóptero. —La comisura de su boca se curvó e hizo un pequeño tic antes de sonreír del todo.

Ella se rio. —No recuerdo mucho de ese rescate. Ahora que vuelvo a estar coherente —me han metido todo tipo de fluidos por vía intravenosa—, cuéntame qué pasó. Quiero oírlo.

—Vuestro avión desapareció. —Rivera se sentó al borde de la cama y levantó las manos en un gesto que sugería que no había mucho más que decir.

Ella tuvo que contener la sonrisa porque le dolían las mejillas y los labios. —Sí. Eso ya lo había deducido. Dame los detalles.

—Se esfumó del radar y todas las comunicaciones cesaron a unos cuantos miles de kilómetros de donde acabasteis. Así que, aunque hubo innumerables equipos buscándoos...

—No había muchas posibilidades de encontrarnos. Eso me lo creo. Pero ¿cómo descubristeis que el avión había sido secuestrado?

—Atamos cabos. No había restos por ninguna parte. Un piloto, Evan Aarons, embarcó con un tanque de oxígeno suplementario que no necesitaba por motivos médicos. Hackeó los sistemas operativos

del avión a través de la red de entretenimiento. Una vez dentro, controló el suministro de aire. Se suponía que debía agotar el oxígeno lo suficiente como para dejar inconscientes a los pasajeros y a la tripulación.

—Lo hizo. Me desperté antes de que aterrizáramos. —Cerró los ojos, no quería que la pesadilla regresara.

—Una vez que los pilotos de Skyline quedaron incapacitados, calculamos que apagó los transpondedores y desactivó el Sistema de Direccionamiento e Informe para Comunicaciones de Aeronaves (ACARS), y luego activó el dispositivo de ocultación. Musgrave pensó que todos estaríais encantados de haber formado parte de su experimento histórico.

—¿Experimento? —Apretó los labios, hirviendo de rabia—. Fue un fracaso épico y fatal.

—Basta decir que el piloto no era tan bueno controlando el avión a distancia como pensaba.

—Encontré a Aarons todavía atado a su asiento, congelado, con su tanque de oxígeno. El dispositivo para evadir el radar tampoco sobrevivió. No tenía ni idea de lo que era en aquel momento, solo que no debería haber estado pegado al avión, pero lo vi. Todos lo vimos. Ashby lo tuvo en sus manos.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era negro, del tamaño de un libro de bolsillo. Unos trece por veintitrés centímetros. De un par de centímetros de grosor.

—Es ese.

—Ya no está. El suelo se abrió y todo lo del avión que se desprendió de primera clase desapareció en una grieta gigante.

—Eso es probablemente lo mejor que le pudo haber pasado a ese dispositivo.

El siseo y el estruendo del hielo desplazándose se repitieron en la cabeza de Victoria. Estremecida, se abrazó a sí misma. —Fue horroroso.

—Lamentablemente, tendrás que revivirlo todo unas cuantas veces en el interrogatorio.

—Lo sé. —Bajó la cabeza pero solo durante unos segundos—. Entonces, Aarons y Eric Musgrave, que resulta ser el marido de

Rosamond Spencer, ¿hicieron esto para tener una moneda de cambio para acabar con las armas nucleares?

—Exacto.

—Es una locura, es lo que es. ¿Y qué hay de Sarah? Una de las azafatas de primera clase. Ella estaba involucrada, ¿verdad?

—Sí. Sarah Barber. No hemos podido determinar su papel exacto, pero le pagaron para facilitar una parte del plan de Musgrave.

—Probablemente para permanecer consciente y abrir la cabina si era necesario. Rosamond nos contó que un amigo vio hace poco a Musgrave con una mujer mucho más joven. Una rubia preciosa. Me pregunto si sería Sarah.

—Aún no lo sabemos. Pero lo descubriremos.

—Rosamond no tuvo nada que ver con esto, lo sabes. Nada. Estoy segura. —Victoria tuvo que reprimir un sollozo antes de poder continuar—. Me alegro de que hayáis encontrado su cuerpo.

Rivera asintió, mirando fijamente sus vendajes. —Siento lo de tus dedos.

Victoria se encogió de hombros. —Todavía me quedan más que suficientes. Saldré adelante.

Una gran sonrisa se dibujó lentamente en el rostro de él.

—¿Qué?

—Es que... me alegro mucho de que te hayamos encontrado. Me alegro mucho de que estés viva. Sé que no debería decir esto, pero nunca creí que hubieras muerto, y estaba empeñado y decidido a seguir buscándote, me llevara a donde me llevara...

—¿Por qué no deberías decir eso?

—Porque... estaba... quiero decir... cuando me di cuenta de que cabía la posibilidad de que te hubieras ido, y de que nunca tuve la oportunidad... nunca aproveché la oportunidad de decirte lo que significas para mí y... —Tragó saliva—. Y has pasado por un calvario, así que no es el momento de entrar en todo eso.

Ella puso su mano vendada sobre la de él. —Me alegro de que no dejaras de buscar. Papá tiene razón. Eres un buen hombre, Rivera.

Se quedaron mirándose el uno al otro.

—Pero... —susurró ella, con las lágrimas asomando a sus ojos—, me siento culpable de estar viva cuando tantos otros no lo están.

Tanta gente a la que ni siquiera conocía. Y los que sobrevivieron al accidente, estuve con ellos siete días seguidos. Rosamond Spencer era una mujer maravillosa. Y Sergei y Sarah...

—No lo hagas. Si alguien muere cuando un avión se estrella, es el destino o la mala suerte. Tú no tuviste nada que ver en eso. Todo el tiempo que estuviste desaparecida, supe una cosa. Que si estabas viva, saldrías de allí por tu propio pie. Dondequiera que estuvieras, lo sabía. Así eres tú.

—No estaba precisamente caminando cuando me encontraste. Apenas sabía ni quién era hasta que volvimos a los Estados Unidos.

—Pero lo lograste.

En la mesa junto a su cama, su teléfono vibró y el nombre de Ned parpadeó en la pantalla. —Es Ned.

—No sabía que Ned era el hombre que tiraba de la balsa cuando lo vi por primera vez. Lo hizo bien.

—Lo hizo. Acabo de estar con él. Está al final del pasillo. Recibiendo mucha atención de las enfermeras jóvenes. —Se rio, pero se detuvo bruscamente—. Está esperando su cirugía. No están seguros de cuánto de su cara... —Sollozó y sacudió la cabeza—. Lo siento. Me siento tan mal por él. Es culpa mía que estuviera en el avión, y si no fuera por él... Tengo que compensárselo de alguna manera.

Rivera se aclaró la garganta. —Todos tenemos que hacer lo que debemos cuando estamos en una situación difícil. Adaptarnos y seguir adelante. Incluso yo.

—¿A qué te refieres?

—Te lo contaré en otro momento. —Se levantó de la cama y retrocedió unos pasos hacia la puerta—. Ahora mismo, céntrate en ponerte bien. Te necesitamos ahí fuera. Y sé que tus perros y tus burros no pueden esperar a verte. Y escucha, tengo un nuevo encargo. Me vendría bien tu experiencia.

—Estaré allí tan pronto como pueda. —Levantó sus manos vendadas—. Mis siete puntas de los dedos y yo.

Rivera se encogió de hombros. —Quizá así te libres de mecanografiar algunos informes. Cuídate, Victoria. Nos vemos pronto.

—Ya me conoces, nadie puede tenerme parada por mucho tiempo. Volveré al trabajo antes de lo que crees.

Rivera asintió y una amplia sonrisa iluminó sus labios. —No tengo ninguna duda de ello, agente Heslin.



La historia de Victoria continúa en su próxima investigación, el cuarto libro de la serie, La sombra de la duda.

JENIFER RUFF

Jenifer Ruff, autora superventas del USA Today, escribe novelas de suspense, entre las que destaca la galardonada serie Las investigaciones de Victoria Heslin. Jenifer creció en Massachusetts, es licenciada en Biología por el Mount Holyoke College y posee un máster en Salud Pública y Epidemiología por la Universidad de Yale. Adora la paz y el silencio, los animales y el ejercicio, especialmente el senderismo. Jenifer vive en Carolina del Norte y Virginia con su familia y una manada de galgos. Si no está escribiendo, probablemente esté devorando libros o explorando senderos con sus perros. Para más información, visite su sitio web en Jenruff.com

Otros libros de Jenifer Ruff en español

EL ASESINO DE LOS NÚMEROS
NIÑAS PERFECTAS
CUANDO NOS ENCUENTREN
LA SOMBRA DE LA DUDA
DESAPARECIÓ EL NOVIO
DESAPARECIDA EN VACACIONES
LOS CRÍMENES DE LA EXPIACIÓN
LOS ENTERRADOS
EL MAL VECINO
MENTIRAS EN LA NIEVE